
JAVIER NEGRETE
LA CONQUISTA
ROMANA
DE
HISPANIA
ILUSTRACIONES DE
SANDRA DELGADO

Esta es la historia ilustrada de una de las mayores epopeyas de la Antigüedad, la conquista romana de Hispania. Marcada por continuas guerras y conjuras, la llegada de Roma a la península forjó el carácter y el destino de este territorio a lo largo de sucesivos siglos.

Javier Negrete nos introduce con su habitual maestría en una época fascinante apoyado por la reconocida ilustradora Sandra Delgado, que ha realizado treinta obras originales para plasmar la vida, la lucha y la muerte en la Hispania romana. Cartago, los pueblos íberos o las guerras civiles, se entremezclan en un relato trepidante con personajes como Escipión, Aníbal, Viriato o el gran Julio César para ofrecer al lector uno de los episodios históricos más apasionantes de nuestro pasado.

Javier Negrete

La conquista romana de Hispania

ePub r1.1

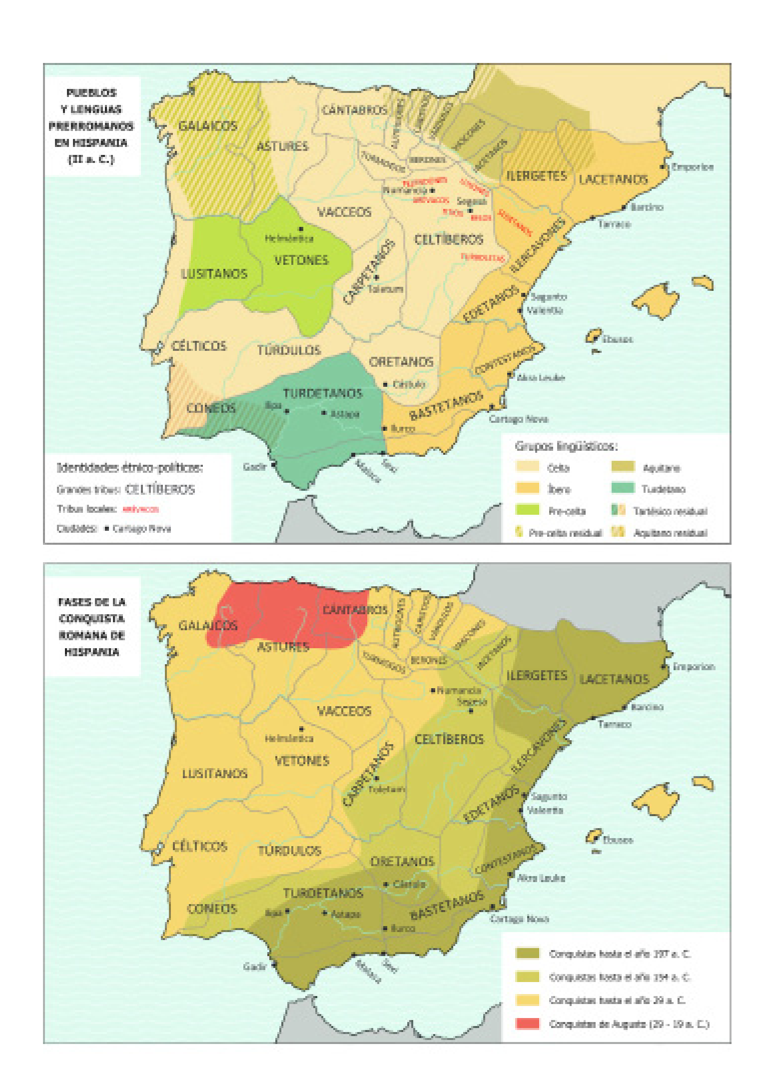
Titivillus 23.11.2019

Título original: *La conquista romana de Hispania*
Javier Negrete, 2018
Ilustraciones: Sandra Delgado

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




Índice de contenido



PUEBLOS Y LENGUAS PRERROMANOS EN HISPANIA (II a. C.)
GALAICOS
ASTURES
CÁNTABROS
ILERGETES
LACETANOS
VACCEOS
CELTÍBEROS
LUSITANOS
VETONES
CARPETANOS
ILERCAVONES
EDETANOS
CÉLTICOS
TÚRDULOS
ORETANOS
CONTESTANOS
TURDETANOS
BASTETANOS
CONEOS
Emporion
Barcino
Tarraco
Numantia
Segeda
Helmántica
Toletum
Saguntum
Valentia
Ebusus
Cástulo
Akra Leuke
Cartago Nova
Gadir
Grupos lingüísticos:
Celta
Íbero
Pre-celta
Pre-celta residual
Aquitano
Tudetano
Tartésico residual
Aquitano residual
Identidades étnico-políticas:
Grandes tribus: CELTÍBEROS
Ciudades: Cartago Nova
FASES DE LA CONQUISTA ROMANA DE HISPANIA
GALAICOS
CÁNTABROS
ASTURES
ILERGETES
LACETANOS
VACCEOS
CELTÍBEROS
LUSITANOS
VETONES
CARPETANOS
ILERCAVONES
EDETANOS
CÉLTICOS
TÚRDULOS
ORETANOS
CONTESTANOS
TURDETANOS
BASTETANOS
CONEOS
Emporion
Tarraco
Numantia
Segeda
Helmántica
Toletum
Saguntum
Valentia
Ebusus
Akra Leuke
Cartago Nova
Gadir
Conquistas de Augusto (29 - 19 a. C.)

INTRODUCCIÓN

En el verano del año 218 antes de Cristo [1] una flota arribó a la ciudad de Emporión (Ampurias), en la actual provincia de Gerona. Venía costeando desde la desembocadura del Ródano y estaba compuesta por trirremes y quinquerremes, las naves de guerra de la Antigüedad: unos barcos alargados como gigantescas piraguas, con las proas reforzadas por espolones de bronce que servían para abrir boquetes en las naves enemigas. Viajaban a vela cuando el tiempo era favorable y a fuerza de remo las más de las veces. Los acompañaban también decenas de barcos de transporte, cargueros panzudos propulsados por la fuerza del viento.

Pero lo más importante no era la flota en sí, sino el cargamento que transportaba.

Soldados romanos.

Puesto que son protagonistas importantes de esta historia —aunque no los únicos—, conviene examinar de cerca a los más de veinte mil hombres que desembarcaron en Ampurias. Se trataba de un ejército consular formado por dos legiones de ciudadanos romanos y dos *alae* o alas, unidades similares a las anteriores pero compuestas por aliados de Italia. Cada legión contaba con una pequeña fuerza de caballería y entre mil y mil doscientos vélites, soldados de infantería ligera armados con jabalinas y protegidos con pequeños escudos circulares.

El núcleo «duro» de las legiones lo constituía la infantería pesada o de línea, que constaba de tres líneas de legionarios. En la primera se desplegaban los soldados más jóvenes, conocidos como astados (*hastati*), y en la segunda los príncipes (*principes*). Unos y otros estaban dotados de un equipo similar. Como defensa, contaban con un gran escudo de forma ovalada y un blindaje

corporal que variaba desde simples pectorales hasta elaboradas cotas de malla. Como armas ofensivas, tenían el famoso *pilum* —un proyectil con asta de madera y una larga vara de hierro rematada en punta piramidal— y el *gladius* o espada recta, que empezó siendo corta, pero aumentó su longitud durante la época que nos ocupa. Precisamente se conoció a esta arma como *hispaniensis* por la influencia en ella de los diseños hispanos.

Detrás de estas dos líneas se desplegaba una tercera de veteranos, los triarios (*triarii*), que en lugar del *pilum* empuñaban una lanza no arrojadiza al estilo más tradicional de las falanges griegas. En teoría, sumando unos y otros, una legión con sus efectivos completos contaba con mil doscientos astados, otros tantos príncipes y seiscientos triarios, para un total de cuatro mil quinientos combatientes entre infantería pesada, ligera y caballería.

Las tres líneas se subdividían en unidades menores, manípulos y centurias, sumamente manejables. Contaban asimismo con un sistema de relevos muy entrenado que permitía descansar a los legionarios y enviar tropas de refresco a la primera línea de batalla. Añadamos a eso los estandartes, signos sagrados que servían para que cada soldado reconociera su puesto en la batalla y también para alimentar el espíritu de cuerpo; un cuadro de mandos muy estructurado que mantenía una disciplina férrea; y un armamento más homogéneo y de mayor calidad que el de otros ejércitos. Todo ello componía la máquina de guerra que había derrotado al gran Pirro, rey del Epiro, y a la poderosa Cartago en la Primera Guerra Púnica. Una máquina que, después de largos siglos de luchas en Italia, empezaba a expandirse fuera de su península: primero en Sicilia, y después en Córcega y Cerdeña.

Y en 218, nuestra península. En aquel año las botas claveteadas de los legionarios, las célebres caligas, pisaron por primera vez el territorio que ellos conocían como Hispania.



Evolución de la panoplia romana desde el siglo III a. C. (arriba a la izquierda) hasta las guerras cántabras (27-19 a. C.).

Las caligas romanas seguirían pisando estas tierras más de seis siglos. Durante ese largo periodo los soldados —y también los contingentes posteriores de colonos, mercaderes, funcionarios e ingenieros que los siguieron— fundaron ciudades, extendieron el uso de su idioma, el latín, y construyeron calzadas, acueductos, templos, baños públicos, teatros y anfiteatros.

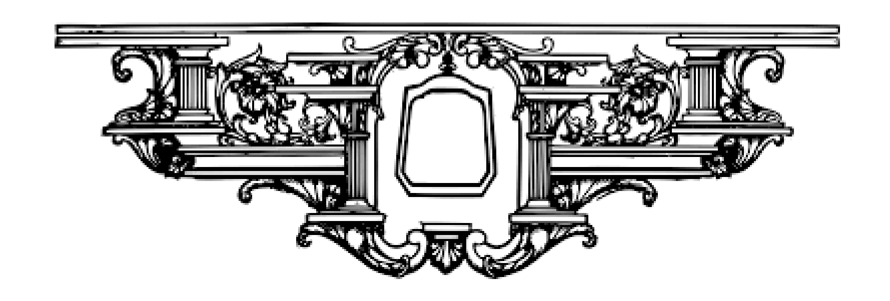
Los romanos no eran precisamente una ONG benéfica. También masacraron, robaron y extorsionaron. Incluso destruyeron montañas enteras con tal de arrancarle a la tierra sus tesoros, como en las Médulas. Juzgar hoy día si su presencia fue positiva o no resulta complicado: tendríamos que saber qué habría ocurrido si los

romanos no hubiesen conquistado Hispania. ¿Se habría convertido en provincia de Cartago? ¿La cultura ibérica habría evolucionado hasta crear su propio Estado? Imposible saberlo.

Este libro no pretende ser un juicio, sino un relato. El relato de cómo los romanos conquistaron Hispania; o las Hispanias, ya que dividieron la península en varias provincias para administrarla y explotarla mejor.

Pero las historias rara vez empiezan por lo que parece ser su principio. En el caso de esta, para comprender qué trajo a los romanos al país que ellos conocían como Hispania y los griegos como Iberia, tenemos que retroceder casi veinte años.

I



LOS CARTAGINESES EN HISPANIA

EL ORIGEN DEL IMPERIO CARTAGINÉS EN HISPANIA

En el año 237, en la ciudad de Cartago, situada en el actual país de Túnez, el general Amílcar Barca recibió de su Senado, el *adirim*, el mando de una poderosa expedición militar. Su objetivo: el sur de la Península Ibérica.

Una península a la que no está demasiado claro cómo llamaban los cartagineses, puesto que apenas nos han llegado textos escritos por ellos. Conforme a la teoría más extendida, se referían a ella como Ishephanim, «costa de los conejos», por la abundancia de este animal. Hay que precisar que la palabra usada por ellos —si es que la usaban— se habría referido al damán, un roedor típico de Fenicia, que era lo más parecido que ellos conocían a un conejo. Según otra hipótesis, la habrían llamado Ispanya, que podría significar o bien «tierra del norte» o bien «costa de los metales».

Más tarde, los romanos adoptaron de oído uno de estos dos nombres, o incluso alguna otra variante local, y lo convirtieron en Hispania, término que sí que está de sobra atestiguado. Hispania, por evolución fonética del castellano, se convirtió en el nombre actual de España. En este libro, por comodidad, utilizaré el nombre de Hispania y el gentilicio «hispano» incluso cuando hable desde el punto de vista griego o cartaginés. En un contexto puramente griego sería más correcto el uso de Iberia, pero como digo me limitaré al término Hispania por evitar confusiones.

Volvamos a los cartagineses, también conocidos como púnicos. ¿Qué se les había perdido en Hispania?

De pérdidas precisamente se trataba, y de cómo compensarlas.

Entre los años 264 y 241, cartagineses y romanos se habían enfrentado en la Primera Guerra Púnica. El conflicto resultó

extremadamente cruento: Roma perdió setecientos barcos de guerra y al menos doscientos cincuenta mil combatientes, y las bajas de Cartago debieron de ser similares.

La diferencia entre ambas potencias estribaba en que Roma parecía capaz de sobreponerse a los desastres reclutando ejércitos y construyendo flotas sin cesar. En cambio, los cartagineses acusaban más que sus adversarios cada golpe que recibían. Al final, tras sufrir una desastrosa derrota en la batalla naval de las islas Égates, perdieron la voluntad de seguir luchando. Como resultado, en 241 le entregaron al general Amílcar Barca plenos poderes para negociar la paz.

En su idioma, el nombre de este personaje era *hmlqrt Brq* (los cartagineses, como los demás semitas, omitían las vocales al escribir). El primer nombre, «hermano de Melkart», era muy frecuente entre los cartagineses. El segundo es un epíteto que significa «relámpago»; probablemente se debía a los ataques sorpresa que Amílcar y sus tropas lanzaban contra los romanos desde su base montañosa en Hercte (Sicilia). Del mismo modo que se heredaban los nombres honoríficos ganados por los generales romanos tras sus victorias, los *cognomina ex virtute* (Africano, Macedónico, Británico, etc.), el epíteto de Amílcar se transmitió a sus descendientes, conocidos como los Bárquidas o Bárcidas.

Amílcar, que al final de la guerra tenía poco más de treinta años, era reacio a rendirse. Pero los éxitos terrestres que había cosechado en la isla de Sicilia no compensaban las derrotas navales sufridas por otros generales. No le quedó otro remedio sino obedecer la orden del *adirim* y negociar la paz con una comisión de diez enviados romanos, decenviros nombrados a tal efecto.

Las condiciones fueron duras, aunque no tanto como en otras guerras en las que Roma simplemente se anexionaba a su enemigo derrotado: a Cartago se le permitió conservar fuerzas suficientes como para mantener su independencia. No obstante, tuvo que evacuar Sicilia, isla cuya parte occidental había dominado durante más de tres siglos. También se vio obligada a devolver a Roma los prisioneros de guerra sin cobrar rescate y a pagar por recuperar a los suyos.

El tratado suponía algo más que un armisticio. Ambos estados firmaron un pacto de amistad por el que se comprometían a

respetar los dominios del otro bando. Quedaba prohibido cobrar tributos en territorios ajenos, así como construir edificios públicos, reclutar mercenarios o entrar con armas en dichos territorios.

No obstante, no dejaba de ser una paz asimétrica. Cartago debía entregar a Roma en el acto una indemnización de mil talentos, más otros mil doscientos pagaderos en diez o en veinte años, según las fuentes. Eran unas cien toneladas de plata, una cifra más que respetable en una época mucho menos monetizada que la nuestra.

Sin duda, Amílcar rechinó los dientes de rabia al estampar su firma en este tratado. Estaba convencido de que, merced a su talento como estratega, podría haber derrotado a los romanos. Aquella espina clavada debió de dolerle tanto como en la Primera Guerra Mundial les dolió la rendición a los generales alemanes que querían seguir luchando; una sensación de frustración que Hitler aprovechó para alimentar el mito de la «puñalada en la espalda» y que sirvió como combustible para la Segunda Guerra Mundial.

¿Estuvo la frustración que experimentaban Amílcar y su entorno en el origen de la Segunda Guerra Púnica? Es más que posible, aunque evidentemente no fue la única causa.

Apenas terminada la guerra, de regreso en África, muchos de los mercenarios que habían servido con Amílcar se rebelaron contra Cartago reclamando pagas atrasadas. Aquel conflicto, conocido como la Guerra sin Tregua, fue tan sangriento y cruel que escandalizó a los historiadores de la Antigüedad.

No hablamos de personas criadas con *Bambi* de Walt Disney, sino de gente acostumbrada a vivir en un mundo infinitamente más duro y despiadado que el nuestro. Sin embargo, al narrar cómo los mercenarios rebeldes ejecutaron a setecientos prisioneros cartagineses cortándoles manos, narices, orejas y genitales, quebrándoles las piernas y arrojándolos a morir a una fosa, el historiador Polibio no pudo evitar comentar: «A veces nacen en las almas podredumbres y gangrenas tales que logran que entre los seres vivos no haya ninguno más impío ni más cruel que el ser humano» (1.81.7).

El ejército mercenario llegó a contar con cincuenta mil soldados y puso en peligro la mismísima supervivencia de Cartago. Esta recurrió de nuevo a Amílcar, que se enfrentó contra los rebeldes reclutando tropas entre los ciudadanos cartagineses. A pesar de

hallarse en inferioridad numérica, el gran general púnico consiguió derrotarlos a fuerza de talento, disciplina, astucia y algo de suerte.

Pese a que Cartago había sobrevivido a esta crisis, todavía le esperaban nuevos sinsabores. Otra revuelta de mercenarios, esta vez en Cerdeña, provocó la intervención de los romanos en el año 239. Sin entrar en más detalles, Roma arrebató a Cartago de forma tramposa sus posesiones en Cerdeña y Córcega, pese a que estas islas no entraban en el tratado de paz.

Si existía alguna posibilidad de que el pacto firmado tras la guerra diera origen a una verdadera amistad entre ambas potencias, lo ocurrido en Cerdeña la abortó. Esta crisis no solo agravó la desconfianza entre púnicos y romanos, sino que decidió el destino posterior de Hispania.



¿Qué hizo que los cartagineses, probablemente incitados por Amílcar Barca, se lanzaran a conquistar un imperio en nuestra península, que en aquella época se hallaba en el extremo más alejado del mundo civilizado? Seguramente reflexionaron sobre por qué habían perdido la guerra contra Roma, y también acerca de los motivos que habían provocado las revueltas de sus mercenarios.

Roma había combatido en la Primera Guerra Púnica basándose en los recursos de Italia, tanto en los económicos como, sobre todo, en los humanos. Entre ciudadanos y aliados, la base de reclutamiento posible de la República se elevaba a unos setecientos cincuenta mil hombres. La razón principal de tal abundancia es que Roma era mucho más generosa con los derechos de ciudadanía que otros estados de la Antigüedad.

Obviamente, esos setecientos cincuenta mil reclutas potenciales no entraron jamás en combate de forma simultánea. Eso habría supuesto abandonar las tierras de cultivo y, además, habría resultado imposible alimentar y equipar a tantas tropas. Pero esa

base, ese poder humano o *manpower*, significaba que Roma podía recuperarse de sus derrotas, por terribles que fuesen, en muy poco tiempo.

El poderío militar cartaginés, en cambio, dependía en gran proporción del uso de mercenarios. Tal como había descubierto el gran general Pirro en su guerra contra los romanos (guerra que perdió pese a vencerlos en dos batallas), los mercenarios resultaban caros de mantener y difíciles de reemplazar. Además eran poco fiables, podría haber añadido el propio Amílcar, que se había visto obligado a combatir contra muchos de los soldados de fortuna que habían servido bajo sus órdenes.

Si quería recuperarse de los daños sufridos y ponerse a la altura de su rival, Cartago debía reconvertirse, pasar de ser una potencia naval y comercial a un imperio terrestre con abundantes recursos para alimentar y reclutar tropas.

¿Por qué basar ese imperio en Hispania, que, como hemos visto, se hallaba a una distancia considerable?

Para comprender la respuesta, conviene analizar las posibles direcciones por las que podía expandirse Cartago.

Acrecentar sus conquistas por el norte de África habría brindado a Cartago más grano y más ganado; un botín interesante, sin duda, pero cuyo comercio no rentaba tanto como el de metales, telas, perfumes u otros productos de lujo. Por otra parte, los guerreros a caballo de las tribus númidas, aparte de ser propensos a rebelarse y a pelear entre ellos, difícilmente servirían como tropas de choque contra las sólidas legiones romanas. Empero, en las circunstancias y el terreno adecuado sus tácticas de ataque, hostigamiento y retirada demostrarían ser muy eficaces, como aprendió a su costa el procónsul Publio Escipión en tierras hispanas.

Más al sur de Numidia empezaba la región subsahariana, y pasada esta se extendía la vasta desolación del Sahara, una barrera infranqueable para cualquier ambición imperial.

En dirección opuesta, al norte de Cartago, se hallaban el Mediterráneo y las islas que antaño formaron parte de su imperio: Sicilia, Córcega y Cerdeña. Allí mandaban ahora los romanos, así que lo mejor era no derramar lágrimas por lo que se había perdido y no se podía recuperar.

Al este también se extendían vastos desiertos, y más allá del

golfo de Sirte se hallaba la próspera ciudad griega de Cirene. Atacarla habría supuesto enfrentarse con el Egipto de los Ptolomeos. A la sazón reinaba allí Ptolomeo III Evergetes; la ciudad de Alejandría se encontraba en su apogeo cultural y económico y en el mejor momento de su gran Biblioteca. Además, chocar con Egipto habría supuesto enfrentarse de rebote con las demás potencias helenísticas. A Cartago le convenía llevarse bien con ellas, ya que también eran potenciales rivales de Roma.

Eso dejaba únicamente una dirección: el oeste. Pasadas las tierras de los mauritanos se llegaba a las columnas de Heracles y, cruzando el mar que separaba estas, a Hispania. Allí aguardaba un suculento botín para quien tuviera la audacia y la energía de tomarlo. Se trataba de un territorio relativamente virgen, rico en recursos humanos y bastante civilizado en su parte meridional y oriental; mucho menos en el centro, el norte y el oeste.

Soldados de diversas tribus hispanas llevaban sirviendo como mercenarios fuera de la península desde hacía siglos, tanto al servicio de los cartagineses como de los griegos de Sicilia. Esos guerreros, fieros y bien armados, podían enfrentarse cuerpo a cuerpo incluso con las legiones romanas, siempre que los cartagineses consiguieran convencerlos para que combatieran de su parte.

No faltaban tampoco los recursos materiales. El valle del Guadalquivir rendía excelentes cultivos, y las tierras más altas se podían explotar para la ganadería. Sobre todo, en la península se encontraban los mejores yacimientos minerales del Mediterráneo, lo que la convertía en un territorio muy codiciable.

FENICIOS Y CARTAGINESES EN HISPANIA

A esas alturas, la Península Ibérica no era un territorio del todo ignoto para los cartagineses. Sus hermanos de sangre, los fenicios de Levante, llevaban fundando ciudades y colonias en la costa sur y comerciando con los nativos al menos desde el siglo VIII antes de Cristo. Además del importante enclave de Gadir (Cádiz), los navegantes fenicios habían fundado otras colonias como Sexi (Almuñécar), Abdera (Adra) o Malaka (obviamente, Málaga).

Más que colonias propiamente dichas, estas fundaciones eran asentamientos comerciales que los fenicios utilizaban como bases para hacer negocios con los pueblos del interior. Los fenicios llegaron a extender sus viajes también a Baleares, donde en el siglo VII fundaron la colonia de Ebussus. Este nombre, del que proviene el de Ibiza, era una adaptación griega tomada de oído de un posible original fenicio *Ibshim*, «isla de los pinos». También del término para dicho árbol, pero en este caso en griego, *pitys*, proviene el nombre de Pitiusas con el que se conoce en conjunto a Ibiza y a su vecina Formentera.

¿Qué buscaban los fenicios en Hispania? Fundamentalmente, metales, de los que por entonces existía una gran riqueza en la península: cobre, plomo, estaño, mercurio e incluso oro en los ríos del noroeste.

Sobre todo, abundaba la plata. El mítico metal del no menos mítico rey Argantonio («el hombre de la plata») que supuestamente reinó en Tartessos durante ochenta años entre los siglos VII y VI. El enigma de Tartessos ha dado y dará para escribir miles de páginas, pero como no tiene demasiada relevancia para nuestra historia lo dejaremos aquí.

Las principales ciudades fenicias, Sidón, Biblos y sobre todo Tiro, prosperaron como repúblicas comerciales de forma similar a como lo haría, mucho tiempo después, la Serenísima República de Venecia. Pero a principios del siglo VI estas ciudades cayeron en poder del Imperio babilonio y ya nunca recobraron su independencia. Su influencia y su red de colonias y factorías en el Mediterráneo Occidental fueron heredadas por la más importante de las colonias de Tiro: precisamente Cartago, cuyo nombre fenicio era *Qart-Hadašt*, la «ciudad nueva».

Dicha red de colonias incluía Hispania. Desde principios del siglo VI, todo indica que los cartagineses cerraron el paso del Estrecho de Gibraltar a los griegos y que sustituyeron a Gadir y otras colonias fenicias como principales comerciantes del oeste del Mediterráneo. Como curiosidad, en el puerto de Ibiza se han encontrado dos piezas de cerámica de Atenas —un cuenco y un plato de pescado— con inscripciones tanto en griego como en fenicio, lo que parece indicar que los cartagineses hacían de intermediarios comerciales con piezas griegas… o simplemente que su comprador final fue un cartaginés. A menudo la arqueología tiene que basar en datos muy escasos sus interpretaciones del pasado, y esas interpretaciones deben modificarse cuando se descubren nuevas evidencias.

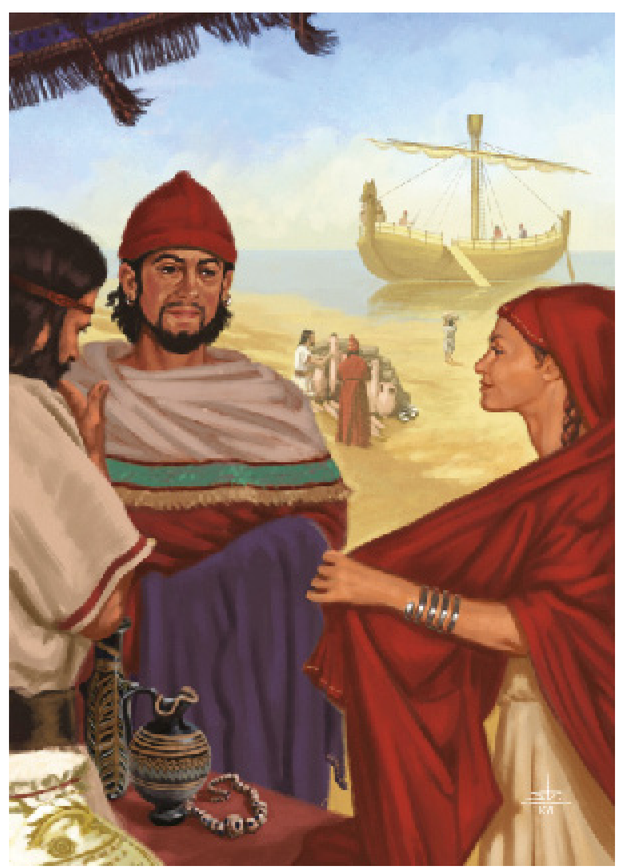
Desde bien pronto los intereses de púnicos y romanos empezaron a chocar, o más bien a rozarse, lo que los llevó a firmar diversos tratados, como los de los años 509 y 348. Al principio los términos resultaban más ventajosos para Cartago, la potencia predominante por aquel entonces, ya que Roma no poseía el poder que alcanzaría en siglos posteriores. Las cláusulas pactadas impedían a los romanos «recoger botín» —el comercio de la época, si las circunstancias lo propiciaban, solía convertirse en pillaje y piratería— más allá de Mastia, ciudad que diversos autores creen que se encontraba en la zona de Cartagena.

Durante aquellos siglos la presencia púnica en nuestra península no se puede calificar todavía de imperialismo. Los cartagineses se limitaban a controlar puestos y factorías comerciales de la costa y, tomándolos como bases, a comerciar con los pueblos de tierra adentro. Pero no eran ellos quienes explotaban las riquísimas minas del interior, sino que se limitaban a recibir las materias primas que

les traían los nativos iberos, intercambiándolas por productos manufacturados, y a comercializarlas o llevarlas a Cartago.

AMÍLCAR EN HISPANIA

La situación, como ya hemos visto, había cambiado radicalmente para Cartago después de la Primera Guerra Púnica. La ciudad estaba en crisis, herida en su orgullo, y para colmo tenía que pagar indemnizaciones a Roma. Los miembros de las facciones aristocráticas de Cartago pugnaban de forma constante por el poder. Existían por entonces dos bandos principales: el de Hannón, conocido como «el Grande», que pretendía centrar la política de Cartago en el norte de África; y el de Amílcar, cuyo programa de acción era conquistar y explotar la Península Ibérica.



Mercader fenicio ofreciendo sus mercancías a una pareja hispana.

El prestigio de su victoria en la guerra contra los mercenarios le dio a Amílcar el punto de ventaja que necesitaba para imponer sus planes sobre los de Hannón. Gracias a ese prestigio, los miembros del *adirim* le encomendaron a él llevar a cabo ese plan como general.

En el mundo antiguo no había actividad humana importante, máxime si estaba relacionada con la guerra, que no viniera precedida por un ritual religioso destinado a propiciarse la buena voluntad de las divinidades. Antes de partir hacia la península, Amílcar acudió a ofrecer un sacrificio ante el altar del más poderoso de sus dioses, Baal Shamim.

Se hallaba presente su hijo mayor, que a la sazón tenía nueve años. Cuando Amílcar le preguntó si quería acompañarlo en aquella

expedición, el niño respondió con vehemencia que sí. Su padre le tomó la mano, se la puso sobre la carne ensangrentada de la víctima recién sacrificada y le dijo: «Si quieres venir conmigo, debes jurar que serás enemigo eterno de los romanos». «Lo juro», contestó el muchacho, y no se trató de un voto inane, pues durante el resto de su vida mantuvo su palabra.

El nombre de aquel chico, como los lectores habrán imaginado, era Aníbal. Tal como se desencadenaron los hechos, fue él el principal causante de que las legiones de la República plantaran sus botas en Hispania. Conociendo las tendencias imperialistas de los romanos, aunque Aníbal no hubiese existido seguramente habrían acabado por conquistar nuestra península, pero mucho más tarde. Parece más lógico que hubieran concentrado antes sus esfuerzos en regiones más cercanas, como la Galia Transalpina, Nórico o Dalmacia. Sin embargo los acontecimientos, tal como vamos a ver enseguida, adelantaron la conquista de nuestra península.

Antes de dirigirse a Hispania, acompañado entre otros allegados por su hijo Aníbal y por su yerno Asdrúbal, conocido como «el Bello», Amílcar trató de asegurar el dominio cartaginés en el norte de África hasta las Columnas de Hércules (de Melkart para los púnicos). Una vez pacificada la zona, cruzó con sus barcos y sus hombres el Estrecho de Gibraltar; obviamente, todavía no se llamaba así, pues le debe el nombre de Jab al-Tarik al caudillo bereber Tarik.

En el año 237 el ejército de Amílcar desembarcó en la ciudad de Gadir. No está muy claro qué relación mantenía en aquel momento la ciudad gaditana con Cartago, si amistosa, neutra o más bien hostil. Es de suponer que a los gaditanos no les quedó otro remedio que ceder independencia y entregarse al poderoso ejército púnico.

Gadir era en origen una ciudad fenicia, fundada por colonos de Tiro con el nombre de *Gdr*, «lugar amurallado». Según la tradición esto ocurrió ochenta años después del final de la Guerra de Troya, en 1104. Sin embargo, no se han encontrado restos arqueológicos anteriores al siglo VIII; si Gadir se fundó en torno a estas fechas, sería más o menos coetánea de Cartago.

En aquellos tiempos Gadir era una isla, o más bien un pequeño archipiélago. Tanto fenicios como griegos procuraban fundar sus colonias en islas muy cercanas a la costa, o al menos en

promontorios de acceso estrecho. Eso les permitía controlar con facilidad el litoral y, al mismo tiempo, defenderse de la posible hostilidad de los nativos gracias a la protección natural que les brindaba el mar. Con el tiempo, los sedimentos arrastrados por el río Guadalete han ido rellenando el estuario en el proceso conocido como colmatación, hasta que Cádiz ha dejado de ser una isla.

Gadir era un enclave básico para los cartagineses. Para empezar, contaba con un puerto magnífico. Su situación era estratégica como punto de partida para las rutas del Atlántico que los fenicios exploraban en busca del cobre y el estaño de las llamadas Casitérides. (Con el nombre de Casitérides los griegos se referían a todas las zonas productoras de estaño más allá de Gibraltar, desde el noroeste de Hispania hasta las Islas Británicas).

Por otra parte, Gadir dominaba la fértil vega del río Guadalete, recibía mercancías y alimentos del valle del Guadalquivir y era asimismo rica en pesca. Todo ello hizo que la ciudad prosperara y que en ella se desarrollasen industrias muy florecientes, como la de salazón de pescado. También destacaba por sus templos, sobre todo el de Melkart, dios al que los griegos identificaron con Heracles y los romanos con Hércules.

Tomando Gadir como punto de partida, Amílcar y sus tropas empezaron a penetrar hacia el nordeste. Era la primera vez que un ejército cartaginés y por ende africano actuaba en la Europa continental, y también la primera ocasión en que la Península Ibérica entraba en el gran juego político y militar de las potencias del Mediterráneo.

En esta ocasión no se trataba de desembarcos pacíficos de a lo sumo unos centenares de comerciantes fenicios para intercambiar productos, sino de miles de guerreros armados hasta los dientes, con caballería y elefantes de combate. Muchas tribus locales interpretaron certeramente que se hallaban ante una invasión. Los turdetanos del valle del Guadalquivir, que no estaban dispuestos a perder su independencia sin más, pidieron ayuda o contrataron como mercenarios a bandas de guerreros celtas mandados por un caudillo llamado Istolacio y por un hermano de este cuyo nombre desconocemos.

El historiador que narra los hechos, Diodoro Sículo, no precisa el nombre de la tribu de dichos guerreros, pero es probable que se

tratara de los *Celtici*, un pueblo que habitaba entre el Guadiana y el Atlántico. Que dichos *Celtici* se aliaran con los turdetanos a cambio de una paga era algo muy habitual. Tanto las tribus iberas como las celtíberas salían a menudo de sus territorios y combatían como mercenarios para otros pueblos hispanos, para los cartagineses o, más adelante, para los mismos romanos.

Las tropas de Amílcar derrotaron a las de Istolacio, que pereció en el combate. Tras esta primera victoria, el general cartaginés se adueñó de la parte baja del valle del Guadalquivir y reforzó su propio ejército reclutando a la fuerza a tres mil prisioneros.

No obstante, las tribus locales siguieron ofreciendo resistencia a lo que cada vez veían más claro como una invasión en toda regla. Otro caudillo llamado Indortes reunió a cincuenta mil hombres y se enfrentó a Amílcar. Puede que la cifra sea exagerada, como suele ocurrir en los textos antiguos; pero no cabe duda de que Indortes debía de poseer una red de influencias regionales lo bastante extensa como para reclutar un gran ejército.

Por aquel entonces, en las zonas iberas del sur y el este de Hispania, más desarrolladas que las del interior, se estaban produciendo una serie de cambios sociales que se reflejaban en la práctica de la guerra. Unos siglos antes, cuando las comunidades eran más pequeñas, la guerra consistía más en pillaje y depredación que en conquista: bandas de algunos centenares de guerreros, la mayoría de ellos vinculados a sus jefes por juramentos y relaciones clientelares, que invadían el territorio de otra comunidad enemiga para saquear sus campos y robar su ganado. En ocasiones se producían batallas campales, pero siempre a una escala de magnitud reducida.

En el siglo III, sin embargo, en las regiones hispanas que hemos señalado, algunas comunidades habían crecido lo bastante como para acrecentar su poder y absorber bajo su dominio a otras más pequeñas que tenían que pagarles tributo y aportar tropas cuando se lo pedían.

En su libro *Armas de la antigua Iberia* (p. 265) el experto Fernando Quesada hace un cálculo demográfico sobre las diferentes operaciones militares que se producían en la península en aquella época. Las típicas expediciones de pillaje podían mover como mucho unos cientos de guerreros. Guerras entre comunidades, con

caudillos importantes que dominaban sobre varias poblaciones, podrían movilizar hasta unos siete mil hombres. Solo «el esfuerzo máximo de una confederación de varios pueblos podría llegar a los 25 000-40 000 efectivos» (*op. cit.*). En el caso que nos ocupa, el de Indortes, se trataba de esto último, lo que demuestra que las poblaciones del sur de Hispania consideraban la llegada de los cartagineses una amenaza lo bastante grave como para olvidar rencillas internas, renunciar a las guerras endémicas entre ellos y aliarse contra el invasor.

Dicho esto, no hay que caer en anacronismos nacionalistas más típicos del siglo XIX y pensar que Hispania era una unidad política y social, como tampoco lo eran Galia o Italia —si bien esta empezaba a serlo merced a la acción de Roma—. Los pueblos hispanos se aliaban algunas veces entre ellos para oponerse a cartagineses o romanos, pero también se unían a los extranjeros a la hora de combatir con tribus vecinas rivales.



Volviendo al ejército de Indortes, por muy numeroso que fuera, su comportamiento a la hora de actuar hace pensar más en una horda desorganizada: antes de entrar en combate la mayoría de sus hombres se dispersaron en desbandada y lo dejaron prácticamente abandonado a su suerte.

Indortes se hizo fuerte en una colina con sus seguidores más acérrimos, y después de anochecer trató de huir al amparo de la oscuridad. Sin embargo, los centinelas cartagineses lo descubrieron y apresaron. Amílcar, decidido a evitar que otros caudillos o reyezuelos siguieran el ejemplo de Indortes, recurrió con él a la táctica del terror. Imitando el bárbaro comportamiento de los mercenarios en la Guerra sin Tregua, hizo que le sacaran los ojos, lo mutilaran —probablemente la mutilación incluyó castrarlo— y lo crucificaran. Por otra parte, liberó a los diez mil prisioneros que

cayeron en sus manos. Aquello anunciaba un mensaje muy claro: los habitantes del lugar podían sentirse seguros con Amílcar, pero cualquier líder que intentara oponérsele sufriría el mismo destino que Indortes. Gánate a las bases y aterroriza a los dirigentes, diríamos ahora.

Mezclando fuerza y diplomacia en proporciones variables, Amílcar y sus hombres fueron remontando el fértil valle del Guadalquivir. Este era de por sí una presa muy apetecible, pero lo que le interesaba se encontraba al nordeste: la zona de Castulo, en Sierra Morena.

En aquel tiempo, esa región y el otro gran distrito minero, el de La Unión —hacia el que Cartago extendería sus tentáculos a continuación—, producían plata, cobre y plomo en abundancia, además del mercurio y el minio de Sisapón (Almadén).

Amílcar tenía sobradas razones para interesarse por las minas hispanas. Como ya quedó dicho, el tratado de paz vigente obligaba a Cartago a indemnizar a Roma con doscientos veinte talentos de plata al año. En números redondos, ese dinero podía pagar el salario anual de catorce mil legionarios, es decir, de unas tres legiones. Teniendo en cuenta que Cartago dependía en gran medida de tropas mercenarias, los doscientos veinte talentos que le entregaba a Roma significaban que le estaba subvencionando al enemigo la manutención de catorce mil hombres y que, al mismo tiempo, perdía esa suma para abonar el sueldo de otros tantos soldados para su propio ejército. En la práctica, la indemnización podía traducirse en una diferencia militar entre ambas potencias de casi treinta mil hombres. Así pues, conseguir nuevos ingresos para compensar esta sangría no era una cuestión baladí.

De ahí el afán de Amílcar y del Senado cartaginés por administrar por su cuenta las zonas mineras del sur de la península en lugar de limitarse a negociar con las tribus autóctonas que las trabajaban hasta aquel momento. La conquista, además, acarreó una explotación más intensiva y racional en la que los cartagineses aplicaron métodos de extracción desarrollados en el mundo helenístico y en su propia patria.

Para hacernos idea de lo importante que resultaba para los púnicos controlar las minas, solo el pozo de Baebelo, en la zona de La Unión, reportaba a los cartagineses trescientas libras de plata al

día, lo que suponía al año mil trescientos talentos. Una auténtica fortuna.

CONQUISTADORES E IMPERIALISTAS: ¿SOLO LOS ROMANOS?

El término «controlar» que acabo de utilizar al hablar de las minas no es más que un eufemismo para «conquistar». Pues, pese a ciertas teorías, no eran los romanos los únicos conquistadores ni imperialistas de la época.

Un libro en particular ha ejercido una gran influencia en este sentido: *Guerra e imperialismo en la Roma republicana*, de William V. Harris. Esta obra sostiene que Roma era una ciudad especialmente agresiva y codiciosa, y que fueron las ansias de gloria y dinero de sus élites —la casta senatorial y el orden ecuestre— las que la llevaron a conquistar el Mediterráneo. Algo así como si Roma hubiera sido un lobo suelto en medio de un rebaño de pacíficas ovejas.

En realidad, en igualdad de condiciones todos los pueblos de la Antigüedad se comportaban de forma parecida. Cuando un estado o una tribu se sentía más poderoso que sus vecinos, trataba de arrebatarles sus bienes y, en muchas ocasiones, incluso sus tierras. En cuanto a sus habitantes, a menudo los masacraban, los convertían en esclavos o, en el mejor de los casos, en súbditos.

En aquellos tiempos la situación más habitual de las relaciones entre los diversos pueblos era la guerra. En todos los estados existían aristocracias hambrientas de honor que perseguían ideales heroicos y se complacían en las hazañas y trofeos de sus antepasados. Cartago, supuesta víctima de la agresividad romana en la visión de algunos autores, no constituía ninguna excepción. Como tampoco lo eran las diversas tribus hispanas, conocidas desde la Antigüedad por su belicosidad.

En ese aspecto, me resulta más convincente la tesis del

historiador Arthur M. Eckstein en su libro *Mediterranean Anarchy, Interstate War and the Rise of Rome*. Según este autor, todos los estados del Mediterráneo en la Antigüedad, fueran superpotencias, poderes de segunda fila o pequeñas ciudades estado, se veían presionados por las características de un sistema interestatal que no podían controlar y que, quisieran o no, los arrastraba a conflictos constantes.

Eckstein define dicho sistema como una «anarquía multipolar». Multipolar porque convivían varios estados de poder equiparable: Roma, Cartago, los reinos helenísticos. Anarquía porque apenas existían leyes internacionales, aparte de ciertas normas de derecho de gentes, como por ejemplo, no asesinar a los embajadores de otro estado; norma que, no obstante, se quebrantaba en bastantes ocasiones.

El sistema se regulaba —es un decir— por equilibrios de poder cambiantes, entendiendo por poder básicamente la fuerza militar, ya que el peso de la economía en este balance no era comparable al que tiene hoy día. El principal objetivo de todos los estados era autoprotegerse y sobrevivir. Para asegurarse de ello, cada estado individual se veía obligado a incrementar su poder, como estaba haciendo Cartago al conquistar el sur de Hispania, o a buscar aliados fuertes que lo protegieran —en breve veremos el ejemplo de Sagunto—. El débil o el que cometía errores simplemente perecían, a veces hasta el extremo de desaparecer físicamente del mapa, como le sucedió a la ciudad griega de Síbaris en Italia. La supervivencia era un asunto muy serio con el que no se jugaba; algo que hoy día saben muy bien los ciudadanos de Israel y que nosotros los europeos, por suerte, prácticamente hemos olvidado.

Pero no bastaba con tener poder: también había que aparentarlo para intimidar a posibles agresores. Por eso el prestigio era exageradamente importante. Las grandes potencias como Roma y Cartago no podían permitirse ser humilladas a ojos de los demás estados.

Para un estado, una buena forma de acrecentar el prestigio era conseguir que otras comunidades menores se acogieran a su protección. Sin embargo, esta clase de patronazgo acarreaba sus obligaciones: había que intervenir militarmente para ayudar al estado cliente, ya que de lo contrario la reputación propia quedaba

menoscabada. Eso provocaba que a veces conflictos locales, como el de Sagunto contra sus vecinos los turboletas, se convirtieran en guerras a gran escala; en este caso, la de Roma contra Cartago.

Por engordar ese prestigio y atemorizar a posibles rivales, muchos estados trataban de aparentar más poder del que poseían: eso explica, por ejemplo, las enormes máquinas de guerra de los reinos helenísticos, los barcos con miles de remeros que apenas podían navegar o los desfiles y celebraciones desaforados con que sus monarcas competían entre sí. Combinando esa búsqueda de las apariencias con el hecho de que la inteligencia militar no estaba demasiado desarrollada, la consecuencia era que los estados de la época ignoraban muchas cosas de los demás: tanto las intenciones, fueran hostiles o no, como la capacidad militar.

«Ignorancia» es una palabra clave en este contexto: la ignorancia genera desconfianza, y esta a su vez provoca hostilidad, de la que resulta fácil pasar a la agresión.



Concretando todo esto con el caso de Cartago y su expansionismo en la Península Ibérica, se ha aducido a menudo que se veía obligada a esta política de expansión por la presión que le suponía pagar a Roma. Resulta verosímil que esa presión económica fuese una de las razones de origen para conquistar el sur de la península. Pero, una vez que los cartagineses afianzaron su control en Hispania, la plata que extraían de sus minas les bastaba y les sobraba para pagar su deuda anual con Roma. ¿Qué hacían con el excedente? Alistar y mantener tropas en número creciente. Y todo induce a sospechar que Amílcar no reclutaba esos contingentes con fines estrictamente defensivos.

Nada más lejos, pues, de la realidad que cierta imagen de Cartago como una ciudad de pacíficos mercaderes, víctimas del agresivo imperialismo romano. No hay que olvidar el pasado de

Cartago. Desde el siglo VI había combatido en batallas navales contra los griegos para dominar el comercio del Mediterráneo Occidental. También había utilizado el mismo recurso que usarían los romanos en lugares como Grecia, Hispania o la Galia: aprovechar que una ciudad más pequeña, como Motia, les pedía ayuda para plantar una cuña en un territorio (en este caso Sicilia) y no marcharse ya de él.

Antes de la Primera Guerra Púnica, los dominios de Cartago en África y Sicilia tenían una extensión mayor que los de Roma y sus aliados; en ellos plantaba guarniciones militares y cobraba tributos. De todo ello se enriquecía la aristocracia púnica, cuyos miembros no se limitaban a ser taimados mercaderes como ciertos estereotipos antisemitas han vendido. Sus ciudadanos sabían combatir cuando era necesario, como demostraron en la guerra contra los mercenarios o cuando defendieron su ciudad con uñas y dientes en la Tercera Guerra Púnica. Ahora bien, si necesitaban mercenarios, a diferencia de Roma, era porque contaban con un número de ciudadanos relativamente reducido, algo que también les sucedía a los reinos helenísticos del Mediterráneo Oriental.

LA PRIMERA EMBAJADA ROMANA A HISPANIA

Las actividades de Amílcar en la península no tardaron en despertar la desconfianza de los romanos. En 231 enviaron una legación a Hispania con el fin de averiguar qué tramaba el general cartaginés.

Los embajadores, al parecer, se presentaron con la prepotencia habitual de los romanos, muy crecidos por sus últimos éxitos militares y confiados en el poder casi mágico de aquellas togas purpuradas que proclamaban con orgullo: «Somos ciudadanos romanos».

Aquella visita de control en un territorio que teóricamente ni le iba ni le venía a Roma debió de sentar muy mal a los cartagineses, y contribuyó muy poco a que se rebajaran las tensiones entre ambos estados. Pero Amílcar, que todavía no se veía en una situación lo bastante ventajosa como para hacerse el ofendido, disimuló, mostró a los enviados sus actividades con la amabilidad de un guía turístico y les explicó por qué estaba en Hispania: su ciudad necesitaba la plata para pagar a Roma la indemnización de guerra que todavía le adeudaba.

¿Convenció aquella explicación a los embajadores? Posiblemente no. Pero ellos también tuvieron que disimular, fingiendo que creían a Amílcar, y regresaron sin reprocharle nada. Aunque en aquel momento Roma se sentía superior a Cartago, no podía hacer gran cosa por entorpecer sus planes. Se hallaba demasiado ocupada en la guerra contra la reina Teuta en Iliria (país que ocupaba más o menos el territorio de la extinta Yugoslavia) y en luchas contra los galos del valle del Po.

En cualquier caso, los romanos debieron de pensar que Hispania se encontraba muy lejos y que lo que pudieran hacer allí los

cartagineses no suponía ninguna amenaza inmediata para la República.

No tardarían en comprobar cuán equivocados estaban.

EL FINAL DE AMÍLCAR

Una vez dominado el valle del Guadalquivir, Amílcar prosiguió sus campañas hacia Levante. Allí fundó una ciudad que, según los historiadores, bautizó como Akra Leuke. El nombre, «Punta Blanca», es griego; es de suponer que habría un equivalente en el idioma púnico. Muchos autores creen que podría tratarse de la ciudad que los romanos llamaron Lucentum (traducción casi literal de Leuke, «brillante») y que después, a través del árabe, se convirtió en Alicante.

En realidad, el emplazamiento de Akra Leuke no está demasiado claro. Hay expertos que opinan que podría encontrarse tierra adentro, más cerca de Sierra Morena que del mar. En cualquier caso, la intención de Amílcar era convertir esta ciudad en su nuevo centro de operaciones, pues estaba mejor situada que Gadir para controlar las zonas mineras.

Para entonces, Amílcar mandaba un ejército de cincuenta mil hombres bien adiestrados, contaba con una caballería excelente y con cien elefantes cuyo efecto psicológico sobre los enemigos resultaba incluso más devastador que el daño material. Cartago, que tradicionalmente había sido una potencia naval —llegó a movilizar hasta trescientas cincuenta naves de guerra en la Primera Guerra Púnica—, se había convertido ahora en una potencia terrestre.

Que Amílcar apostara por el ejército de tierra tiene su lógica, ya que había cosechado sus éxitos militares mandando tropas de infantería. Por otra parte, si Cartago se hubiera dedicado a construir barcos en masa para recuperar el dominio del Mediterráneo, difícilmente habría podido ocultarlo a los espías romanos, por mucho que, como hemos comentado, la inteligencia militar de la época fuera un tanto primitiva. En tal caso, Roma se habría

preocupado por la amenaza de una posible invasión de sus costas y habría tomado medidas más contundentes que despachar una simple embajada.

En el invierno de 229-228 Amílcar dejó la mayor parte de sus tropas en Akra Leuke, su nuevo centro de operaciones, y con fuerzas relativamente reducidas se dirigió a asediar otra ciudad cercana llamada Hélice. Suele identificarse con Elche, aunque, de nuevo, existen argumentos en contra, y bien podría tratarse de Elche de la Sierra, en Albacete.

Los habitantes de Hélice pidieron ayuda a unos vecinos situados al oeste, los oretanos, quienes acudieron acaudillados por su rey Orisón. Amílcar, que se encontró de repente en inferioridad numérica, se vio obligado a retirarse de forma precipitada. Para salvar a sus hijos Aníbal y Asdrúbal, que tenían dieciséis y catorce años respectivamente —no confundir a este Asdrúbal con el yerno de Amílcar, Asdrúbal el Bello—, los envió por otro camino, mientras él trataba de atraer tras de sí a los perseguidores. Su huida a caballo lo llevó hasta la orilla de un río que intentó cruzar, pero el ímpetu de la corriente, acrecentada por las lluvias invernales, lo descabalgó, y murió ahogado.

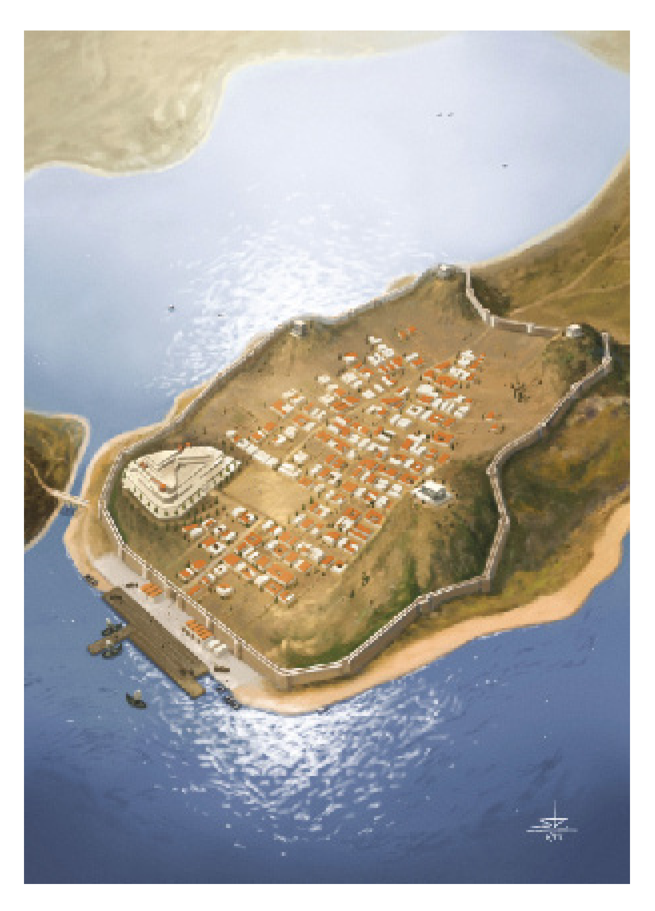
Existe otro relato más pintoresco sobre su muerte. La mayoría de los historiadores lo consideran una invención posterior, pero merece la pena contarlo. Antes de atacar a los cartagineses, los oretanos mandaron contra ellos grandes carretones tirados por bueyes y cargados de paja. Al principio los soldados púnicos se burlaron de aquello. Las risas se les borraron del rostro cuando vieron que los oretanos disparaban flechas flamígeras contra los carros: la paja prácticamente estalló en llamaradas que hicieron cundir el pánico entre las filas cartaginesas. Durante la estampida humana que se produjo a continuación, Amílcar cayó al suelo y pereció pisoteado por sus propios hombres.

Fuera de una manera o de otra, el mejor general de Cartago falleció a los cincuenta años sin ver cumplido su sueño de vengarse de los romanos. Ese sueño lo heredaría su hijo Aníbal, pero no de inmediato, ya que todavía no había cumplido veinte años. Tampoco podían hacerlo sus dos hermanos, Asdrúbal Barca y Magón, que eran incluso más jóvenes que él. En aquel momento las tropas decidieron aclamar como general a Asdrúbal el Bello, yerno de

Amílcar, un hombre de comprobada experiencia guerrera, que poco antes había sofocado una revuelta de las tribus númidas en el norte de África. Más tarde, el Senado cartaginés refrendó esa elección.

ASDRÚBAL Y CARTAGO NOVA

Asdrúbal continuó la labor de Amílcar, combinando operaciones bélicas con acciones diplomáticas para asegurar el dominio púnico en Hispania, la base desde la que los Bárcidas pretendían iniciar su guerra contra Roma.



Cartago Nova, con el palacio de Asdrúbal a la izquierda.

Escarmentado por lo que le había ocurrido a Amílcar, Asdrúbal pidió refuerzos de África. Cuando los recibió, lo primero que hizo fue vengar la muerte de su suegro aplastando a los oretanos y conquistando sus doce ciudades. Aunque los cronistas relatan muy someramente esta campaña, debió de resultar bastante complicada, ya que los enclaves oretanos eran fortalezas situadas sobre montes fáciles de defender y difíciles de expugnar.

Aparte de la revancha, existían más motivos que empujaron al flamante general a llevar a cabo aquella ofensiva. Asdrúbal no podía permitir que el prestigio de Cartago quedara menoscabado. De lo contrario otros pueblos ya sometidos le perderían el respeto y podrían rebelarse contra él: ya se ha mencionado lo importante que era para un estado no solo ser poderoso, sino también parecerlo. Además, también contaba el interés económico; entre las ciudades que tomó Asdrúbal se encontraban enclaves mineros tan importantes como Castulo o Sisapón.

Después de su victoria, Asdrúbal se casó con una princesa ibera. Con aquel vínculo de alianza trataba de demostrar que los cartagineses no habían venido a Hispania meramente para explotarla. No se sabe si Asdrúbal había enviudado de su anterior esposa, la hija de Amílcar, o si practicó la bigamia por motivos políticos (en principio, los cartagineses eran de costumbres monógamas). También arregló la boda de su cuñado Aníbal con una princesa de Castulo.

Poco después, en 227, Asdrúbal fundó una ciudad a la que, siguiendo la tradición púnica, bautizó *Qart-Hadašt*, «ciudad nueva». Para no confundirla con su metrópolis, los romanos la denominaron Cartago Nova, lo que supone una redundancia: «Nueva Ciudad Nueva».

El lugar elegido era excelente. Cartago Nova, la futura Cartagena, gozaba de una situación mucho mejor que Gadir para el contacto con la Cartago original, pues se hallaba casi quinientos kilómetros más cerca. Contaba con un puerto natural, resguardado de vientos y mareas. La ciudad en sí se alzaba en una pequeña península fácilmente defendible, con el mar al sur y al oeste, y protegida al norte por una marisma de cierta profundidad.

Esta península tenía cinco cerros. En el más elevado, situado al

oeste y conocido hoy como Molinete, Asdrúbal se hizo construir un fastuoso palacio en cuyas ruinas lleva años trabajando el equipo del arqueólogo vallisoletano Iván Negueruela. (Volveremos a hablar con más detalle de la topografía de Cartago Nova a raíz de las campañas de Escipión).

Por otra parte, en las cercanías de la ciudad se encontraba la sierra de Cartagena-La Unión, un enclave minero que estuvo funcionando hasta finales del siglo I después de Cristo, y que se volvió a explotar con nuevas tecnologías desde el siglo XIX hasta los años noventa del XX. La razón de esta riqueza metalífera es que hace siete millones de años —anteayer en términos geológicos— se produjo un intenso vulcanismo en la zona. Aguas termales a temperaturas muy elevadas ascendieron hacia la superficie, arrastrando con ellas grandes cantidades de metales en disolución. Estos metales se precipitaron después en las grietas y fallas de las montañas, lo que originó los ricos filones que después explotarían tanto mineros antiguos como modernos.

Además de su riqueza en metales, la zona de Cartago Nova contaba con explotaciones de sal e industrias de pesquería y salazón, y también con campos de esparto, un material que se utilizaba para todo tipo de ropas y utensilios y, sobre todo, para el mantenimiento de los barcos. En suma, la nueva ciudad ofrecía un futuro muy prometedor como enclave del poder púnico en Europa o, quién sabe, como la capital de un nuevo imperio gobernado personalmente por Asdrúbal.

EL TRATADO DEL EBRO

Después de la primera embajada en 231, los romanos ya no apartaron sus ojos de Hispania. Era lógico que les preocupara el creciente poderío de Cartago: su rival ya controlaba casi media península —la parte más rica, a falta de los yacimientos de oro del noroeste— y contaba cada vez con más recursos. De los fértiles valles del Guadalquivir y otros ríos cercanos los cartagineses obtenían abundantes cosechas de cereales, olivos y vides, gracias a los métodos avanzados de cultivo que se habían desarrollado en la propia Cartago. (Magón, un autor púnico, escribió un tratado *Sobre agricultura* en veintiocho volúmenes que alcanzó un gran prestigio en la propia Roma). Las tierras altas del interior, sin ser tan feraces, les servían para criar ganado y para una agricultura extensiva no desdeñable.

Pero lo que más envidiaban los romanos eran las fabulosas minas hispanas, y lo que más les preocupaba era que Cartago contaba con una base cada vez más amplia en la que reclutar tropas iberas y celtas de calidad. A esas alturas, los cartagineses habían compensado y superado la pérdida de Sicilia, Córcega y Cerdeña, y amenazaban con superar en recursos materiales y humanos a la República.

Por tal razón, en el año 226 el Senado despachó una nueva embajada. Su misión era poner límites a la expansión púnica. En lugar de enviar a los embajadores a la Cartago original, los mandaron a la nueva, para que trataran directamente con Asdrúbal en su fastuoso palacio. Eso sugiere que los romanos veían al yerno de Amílcar como un dirigente casi plenipotenciario. De hecho, Asdrúbal se había autoproclamado general *autokrátor* de todos los iberos, título en el que se reconoce la influencia de los soberanos

helenísticos de la época, cuya pompa y parafernalia adoptó en buena parte. Hay quienes han pensado incluso que Asdrúbal planeaba crear su propio Estado; aunque el hecho de que llamara también Cartago a su fundación parece sugerir que, más que un reino independiente, pretendía que fuera una ciudad hermana de la metrópoli.

Es de suponer que las negociaciones entre Asdrúbal y los embajadores romanos fueron arduas. El resultado fue el celebérrimo tratado del Ebro. Del que, aunque lo acabo de calificar como «celebérrimo», se desconocen los términos exactos. Básicamente, en él se estipulaba que los cartagineses no podrían viajar al norte del Ebro llevando armas. En reciprocidad, tampoco las tropas romanas podrían traspasarlo hacia el sur.

Como suele ocurrir al referirnos a épocas tan remotas, los hechos no están tan claros como desearíamos. Las fuentes antiguas que mencionan el tratado hablan de un río denominado «Íber» en griego e «Hiberus» en latín, que la mayoría de los autores posteriores han identificado con el Ebro. Pero también hay historiadores que consideran que esa supuesta frontera se hallaba demasiado al norte de Cartago Nova, lo que supondría para los romanos ceder excesivo terreno a sus rivales. Para dichos autores, el Hiberus sería en realidad el Júcar o el Segura.

Como sea, no disponemos aquí de espacio para discutir los pros y contras de las diversas opiniones, por lo que aceptaremos la tesis tradicional de identificar al actual Ebro como la divisoria del tratado. Es cierto que este río se encontraba muy lejos de Cartago Nova, pero con sus casi mil kilómetros de longitud trazaba una frontera muy clara de zonas de influencia.

El Ebro, además, se hallaba lo bastante apartado de los Pirineos como para que la cercanía de las tropas de Asdrúbal no pusiera nerviosa a la ciudad griega de Masalia, la gran aliada de Roma en el sur de la Galia. Por otra parte, ese extenso territorio intermedio —toda Cataluña, Navarra y medio Aragón actuales— serviría de cojín para mantener bien separados a cartagineses y galos, no fueran a hacer buenas migas.

Hay que decir que, desde que una tribu mandada por el caudillo Breno saqueara Roma en 387, los galos se habían convertido en la peor pesadilla de los romanos. Su temor estaba más que justificado,

pues por aquellas fechas se hallaban envueltos en una dura guerra contra ellos en el norte de Italia. Apenas un año después de firmar el tratado con Asdrúbal, dos ejércitos consulares romanos libraron una terrible batalla en Telamón contra setenta mil invasores galos. El resultado fue una de las victorias más importantes de la historia de Roma. Pero esa victoria pendió de un hilo, y en la invasión los romanos corrieron un peligro tal como no se recordaba desde hacía generaciones.

Si añadimos que Aníbal, el sucesor de Asdrúbal, buscó y consiguió la ayuda de varias tribus galas en su guerra contra Roma, comprenderemos que el temor de una alianza entre púnicos y galos no era ninguna fobia paranoica, sino que se hallaba bien justificado.

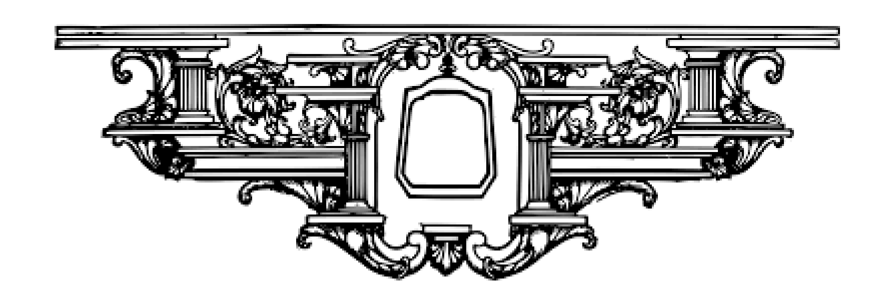
En cualquier caso, el tratado del Ebro resultó muy ventajoso para los cartagineses. Eso demuestra que su posición negociadora había mejorado mucho desde que los romanos les arrebataran de forma tan humillante Córcega y Cerdeña. En Hispania los cartagineses eran fuertes, muy fuertes. A esas alturas su ejército contaba con sesenta mil soldados de infantería entre africanos e hispanos, más una excelente caballería de ocho mil jinetes y doscientos elefantes.

Para agravar la situación desde el punto de vista romano, Cartago había terminado de satisfacer su deuda de guerra. Eso privaba al erario de la República de aquella subvención que, como ya comentamos, equivalía al salario de tres legiones, y significaba que los beneficios de las minas hispanas iban a parar íntegramente a Cartago. No de forma literal: aunque la metrópoli recibía una inyección constante de riquezas que engrasaba de forma conveniente la popularidad de los Bárcidas, una buena parte de la plata hispana se quedaba en la península para acuñar moneda y pagar a aliados y mercenarios. Se han encontrado en España muchas monedas con símbolos típicamente cartagineses en una cara —elefantes, palmeras— y en la otra imágenes del dios Melkart tocado con una piel de león al modo de Heracles.

Por muy preocupados que estuvieran, los romanos no podían hacer mucho más en aquella tesitura. Seguían con las manos atadas por culpa de sus luchas contra los galos y una nueva guerra en Iliria. De momento, en Hispania solo podían poner los ojos y los oídos, no las manos ni los pies.

Aunque esa situación no tardaría en cambiar.

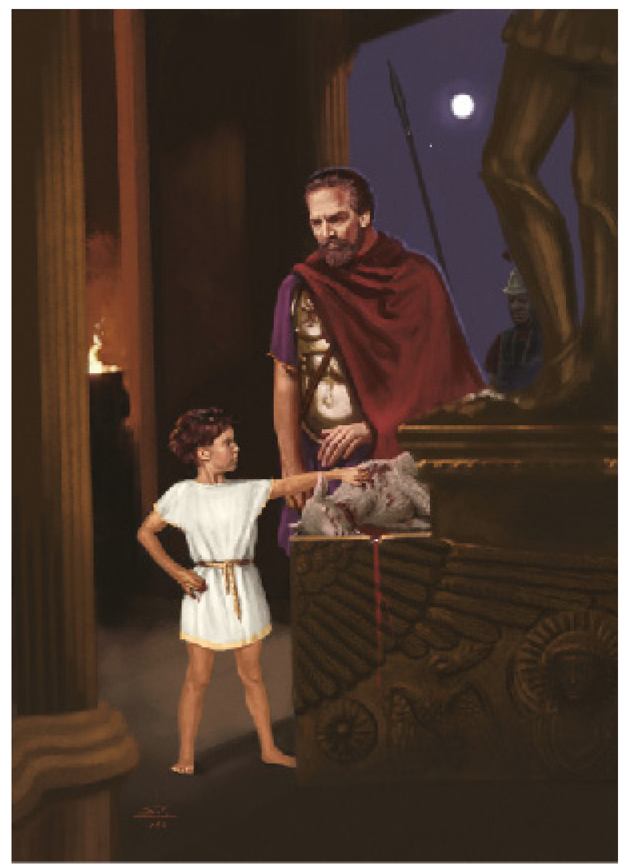
II



ANÍBAL Y EL ORIGEN DE LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA

En 221, Asdrúbal hizo crucificar por una ofensa a un noble o reyezuelo local, del que únicamente sabemos que se llamaba Tago. Un sirviente del tal Tago, decidido a vengar a su amo, se coló en el palacio del general cartaginés burlando la vigilancia y lo asesinó degollándolo con una espada; en aquellos tiempos en que prácticamente todo el mundo iba armado, ni los más poderosos se hallaban a salvo de atentados cuerpo a cuerpo. El sirviente fue apresado y torturado, pero estaba tan orgulloso de lo que había hecho que murió con una sonrisa en medio del tormento.

A esas alturas no cabía ninguna duda de quién iba a ser el sucesor de Asdrúbal. El ejército —o más bien sus elementos cartagineses— proclamó nuevo general a Aníbal. Después el *ham*, la asamblea de ciudadanos de Cartago, ratificó dicha elección. En la práctica, Aníbal se convirtió en el nuevo líder de la política cartaginesa no solo en Hispania, sino también en la misma Cartago, ya que sus partidarios disfrutaban de mayoría en el *adirim* y acaparaban buena parte de las magistraturas.



Aníbal, cuando era solo un niño, jurando odio eterno a los romanos ante su padre Amílcar.

En el momento en que tomó el mando aquel joven que había jurado enemistad eterna a los romanos, los acontecimientos se aceleraron y desencadenaron una nueva guerra. Guerra que, a su vez, fue la causa de que los romanos vinieran a Hispania tal vez un siglo antes de lo que habrían hecho en otras circunstancias.

Por aquel entonces Aníbal tenía veintiséis años. Pese a su juventud, ya había adquirido experiencia militar de sobra a las órdenes de su tío político, mandando la caballería en algunas campañas.

En esto, como en tantas otras cosas, Aníbal recuerda al general que sirvió de modelo a tantos comandantes posteriores: Alejandro Magno, que antes de convertirse en rey dirigió también la caballería macedonia a las órdenes de su padre Filipo.

Un siglo antes, Alejandro había atravesado el firmamento como un bólido de fuego, y en apenas trece años su luz cegadora había cambiado la vida de medio mundo conocido. Sus sucesores, los reyes helenísticos, se miraron siempre en el espejo de Alejandro, el gran conquistador y fundador de ciudades. Pero no solo los inspiró a ellos, sino también a otros importantes generales de aquella comunidad cultural que era el Mediterráneo de la época, tanto en Roma como en Cartago.

Está claro que Aníbal no era inmune al embrujo de Alejandro. Existen bastantes semejanzas en las vidas de ambos, aunque Plutarco emparejara al macedonio con Julio César en sus célebres *Vidas paralelas*. Unas semejanzas de las que el joven cartaginés debía de ser consciente. Los dos eran hijos de grandes generales, Filipo y Amílcar, que les inculcaron sus planes y sus sueños de derrotar a dos grandes potencias. En el caso del primero, la idea era atacar al Imperio persa para vengar las invasiones de Jerjes y Darío, y en del segundo, tomarse la revancha contra la República romana por la humillante derrota sufrida en la Primera Guerra Púnica.

Hay muchos autores que no creen que Amílcar o Asdrúbal hubieran concebido planes para la invasión de Italia, y piensan que esta habría sido solo idea de Aníbal. Resulta más verosímil la hipótesis de un auténtico programa de guerra compartido por los tres Bárcidas.

Siguiendo con la comparación entre Alejandro y Aníbal, los dos heredaron de sus predecesores sendos ejércitos perfectamente adiestrados. Y ambos, influidos por designios paternos, decidieron lo que en su momento debió de parecer una locura: llevar la guerra al corazón del territorio enemigo.

Sobre los motivos y los planes de invasión de Aníbal se ha escrito muchísimo ya desde la Antigüedad. También han sido de sobra narradas las grandes batallas que libró en Italia, incluyendo la de Cannas, que sigue estudiándose en las academias militares de todo el mundo. Sin embargo, dado el alcance de esta obra, aquí nos limitaremos a relatar los acontecimientos de la Segunda Guerra Púnica que se desarrollaron en Hispania.

LAS PRIMERAS CAMPAÑAS DE ANÍBAL

En su primer año, Aníbal lanzó un ataque relámpago contra los olcades, una tribu que se cree que habitaba en la provincia de Cuenca, y tomó su capital, Cartala. Otras ciudades más pequeñas, escarmentadas por la dureza de su actuación, se le sometieron y le pagaron tributo. Después, Aníbal se retiró a pasar el invierno a Cartago Nova.

En el segundo año llevó a cabo una campaña de más alcance. Partiendo desde la costa, en la primavera de 220 cruzó con sus tropas el Tajo y la Sierra de Gredos y, siguiendo el curso de la Vía de la Plata —una ruta muy antigua que comunicaba el suroeste y el noroeste de la península—, subió por la Meseta Norte hasta el mismo Duero. Allí se enfrentó con la tribu celta de los vacceos, sin que mediara excusa ninguna, y saqueó sus extensos cultivos de cereales. También atacó y tomó con facilidad la ciudad de Hermándica o Helmántica (Salamanca). La segunda plaza fuerte que asaltó, Arbucala (probablemente Toro), le ofreció más resistencia, por lo que tuvo que someterla a asedio. Pero finalmente Arbucala cayó también en su poder y fue saqueada.

Aníbal no dejó guarnición en estas plazas, puesto que el fin de su expedición no era anexionarse nuevas tierras. Lo que buscaba con esta campaña era asegurar su dominio en Hispania demostrando a las tribus de la Meseta Norte quién era él. De paso, le sirvió para conseguir grano y botín para su ejército, capturar prisioneros para trabajar en las minas y reclutar tropas con vistas a la invasión de Italia.

Cuando regresaba a Cartago Nova, Aníbal se encontró con resistencia más seria de la que esperaba. Entre el Sistema Central y

el Tajo habitaban los carpetanos, otra tribu de origen céltico que había dejado pasar al ejército púnico en el camino de ida.

Ahora, en el de regreso, los carpetanos decidieron atacar.

Los atraía, por un lado, el señuelo del gran botín que transportaban los cartagineses. Por otra parte, los refugiados vacceos de Helmántica y Arbucala y los supervivientes olcades de la campaña del año anterior los habían convencido de que o se enfrentaban todos juntos a los cartagineses o acabarían convertidos en sus vasallos.

Entre unas tribus y otras, según Livio (21.5), se juntó una enorme horda de cien mil guerreros. La cifra real debía de estar más cerca de la mitad, que incluso así supondría un ejército muy numeroso. En cuanto al de Aníbal, contaba con unos veinte mil infantes y entre cinco y seis mil jinetes. Los detalles de esta batalla, la primera realmente importante que libró Aníbal en su larga carrera, son un tanto vagos y confusos, pero trataremos de reconstruirla.

Las tribus aliadas empezaron a hostigar a los cartagineses cuando estos se hallaban en las inmediaciones del Tajo; tal vez cerca de Toledo, pero es imposible situar el lugar con seguridad. El joven general púnico se enfrentaba a un dilema. Podía abandonar el botín y retirarse a toda velocidad sin la rémora del convoy de bestias de carga, pero eso no lo haría precisamente popular entre sus hombres, a los que había que pagar y alimentar. O cabía la posibilidad de tomar posiciones y enfrentarse en batalla campal contra las tribus coaligadas, lo cual habría sido una decisión muy arriesgada ante un enemigo que lo superaba en número.

En lugar de elegir una de estas dos opciones, Aníbal rechazó el combate e hizo que sus hombres levantaran un campamento a orillas del río. Después, ya de noche, cuando comprobó que en el vivac enemigo casi todo el mundo dormía, cruzó la corriente con sus hombres y les hizo levantar una empalizada al otro lado. Esta construcción tenía truco: estaba diseñada de tal manera que ofrecía a los carpetanos y sus aliados espacio para atravesar el río. Dicho espacio era lo bastante ancho para tentarlos, pero no tanto como para que pudieran extender sus alas y rodear por los flancos al ejército cartaginés.

A carpetanos, olcades y vacceos se les inflamó la moral al ver

que el enemigo parecía retirarse llevado por el miedo, y se lanzaron a cruzar el río en tropel, sin formación regular ninguna. En ese momento, siguiendo las órdenes de Aníbal, la caballería púnica se lanzó a la corriente y chocó contra los guerreros hispanos.

En medio del vado, resultaron decisivos la mayor altura y peso del conjunto jinete-caballo, que los hacía más estables para resistir el embate de la corriente y los remolinos. Los hispanos de la vanguardia, que con el agua casi al cuello prácticamente no podían levantar los brazos para manejar sus armas, fueron masacrados. Los pocos que lograban llegar hasta la orilla opuesta se encontraban allí con los cuarenta elefantes de Aníbal, apostados en la ribera, que los aplastaban bajo sus patas.

Al ver lo que ocurría, la retaguardia hispana retrocedió y se alejó del río para reorganizarse. Antes de que pudieran hacerlo, Aníbal cruzó el Tajo de nuevo con el grueso de sus tropas en formación y los atacó. Los carpetanos y sus aliados apenas resistieron la acometida púnica y se retiraron en desbandada. Victorioso, Aníbal saqueó aquel territorio durante unos cuantos días, hasta que los carpetanos se tragaron su orgullo y le enviaron emisarios para someterse a él.

LA CUESTIÓN DE SAGUNTO

A partir de ese momento, como señala Tito Livio (21.5), «quedaba en poder de los cartagineses todo lo que había al otro lado del Ebro, salvo los saguntinos». Es una afirmación un tanto exagerada, puesto que había extensas zonas de la península, al oeste y al norte, por las que ni siquiera habían visto pasar a un soldado cartaginés. Pero lo cierto era que, gracias a sus últimas razias, Aníbal disponía de un gran colchón territorial que protegía a sus aliados y vasallos de la costa y las sierras mineras, las regiones que más le interesaban.

No obstante, en el imperio que los cartagineses estaban forjando en Hispania había un lunar: Sagunto.

Esta ciudad, que según las monedas más antiguas allí encontradas recibía el nombre de Arse, estaba poblada por edetanos, miembros de una tribu ibera. En algún momento muy reciente, pero no precisado, los saguntinos habían firmado un tratado de *amicitia* o amistad con los romanos. Tal vez por sugerencia de estos, Sagunto se dedicaba a provocar revueltas en los territorios ya sometidos a Aníbal y a guerrear contra sus vecinos turboletas, aliados de Cartago.

También es muy posible que las rencillas entre saguntinos y turboletas vinieran de antes. En la costa oriental de Hispania era un fenómeno habitual que tribus de las colinas y las montañas saquearan a otras de las llanuras y las costas, más prósperas y desarrolladas. Los romanos conocían bien dicho fenómeno, porque este mismo enfrentamiento entre montañeses y gente del llano llevaba siglos produciéndose en Italia, y ellos mismos y sus aliados lo habían sufrido en más de una ocasión.

En cualquier caso, a los romanos les interesaba aceptar la protección que pedían los saguntinos. Su política por aquel entonces

era insertar cuñas en el territorio de otras grandes potencias. Lo habían hecho hacía poco en Iliria: allí, con el pretexto de socorrer a la isla de Issa, habían cruzado el Adriático e iniciado una guerra contra la reina Teuta.

Aníbal, bien consciente del efecto de estas cuñas —no en vano existían contactos diplomáticos entre los reinos helenísticos y Cartago—, no quería dejar a sus espaldas ningún foco de inestabilidad. Además, por aquel entonces la flota romana dominaba el Mediterráneo Occidental. Si se declaraba la guerra que Aníbal tenía planeada, las legiones de la República habrían podido desembarcar a placer junto a Sagunto, en pleno territorio cartaginés, y atacar al general púnico por la espalda.

En teoría, Sagunto no entraba dentro del tratado del Ebro, ya que distaba casi ciento cincuenta kilómetros de este río. Pero lo que prohibían las cláusulas del pacto era que tropas romanas en armas cruzaran el Ebro, algo que se habría interpretado como actitud agresiva. Eso no significaba que Roma reconociera la soberanía cartaginesa total sobre las tierras al sur del río: Sagunto, como ciudad libre que era, podía, de nuevo en teoría, buscar la amistad del pueblo romano.

Se ha escrito y conjeturado mucho acerca de si el tratado permitía a los romanos pactar con los saguntinos; si Aníbal, debido a su alianza con los turboletas, tenía o no razones legítimas para atacar Sagunto; o si los romanos estaban en su derecho de declararle la guerra a Cartago por esta ciudad.

Lo que está claro es que fue Sagunto la mecha que prendió la antorcha de la Segunda Guerra Púnica.



Entre la primavera y el verano del año 219, el poderoso ejército de Aníbal, formado por unos cincuenta mil hombres y particularmente fuerte en caballería, como era siempre el caso con

los Bárcidas, se dirigió contra Sagunto.

Por aquel entonces la ciudad se encontraba a unos mil metros del mar. Con el tiempo, los aluviones arrastrados por el río Palancia han alejado la línea costera más de cinco kilómetros. Lo mismo ha sucedido con otros escenarios bélicos de la Antigüedad, como el paso de las Termópilas, que ya no es aquel angosto desfiladero en que los espartanos resistieron a Jerjes.

Sagunto se alzaba sobre un cerro estrecho y alargado de unos ochocientos metros de longitud y una anchura que oscilaba, según las zonas, entre los cincuenta y los ciento cincuenta metros. El cerro contaba con tres lados muy abruptos, prácticamente inexpugnables, y una cuesta más accesible al oeste por la que el camino de entrada bajaba a la llanura.

Amén de esta protección natural, Sagunto se hallaba fortificada con una muralla, cuya base estaba formada por sillares de piedra. Los restos arqueológicos evidencian que dicha base no tenía demasiada anchura, por lo que no podría sostener mucho peso, lo que implica que la parte superior debía de ser de adobe y no de roca.

Eso no significa que no fuese una muralla sólida o que no cumpliese su función. El adobe era un material rápido, cómodo y barato tanto para construir como para reparar lo construido. Por otra parte, absorbía los impactos de los arietes mejor que la piedra, ya que esta, al ser más dura, tendía a romperse y a saltar por las junturas. A cambio, al adobe adolecía de un defecto: el agua lo deshacía. Así, por ejemplo, el rey espartano Agesípolis consiguió derribar las murallas de adobe de Mantinea desviando el curso de un río. No obstante, como bien sabe cualquiera que conozca la zona de Levante, la humedad no debía de suponer un grave problema para los muros de Sagunto.

Cuando llegó a las inmediaciones de Sagunto, lo primero que mandó hacer Aníbal fue saquear los campos que rodeaban la ciudad. Esta acción, muy habitual, obedecía a un doble objetivo. Por una parte, enfurecer y provocar a los defensores para conseguir que abandonasen sus murallas (era la táctica que había tratado de usar Esparta contra Atenas durante la Guerra del Peloponeso). Por otra, esas rapiñas servían para aprovisionar de grano a sus propias tropas.

A continuación, Aníbal lanzó un ataque por tres puntos. Donde concentró más esfuerzos fue en el ángulo oeste, el que estaba orientado a la llanura. Por allí hizo arrimar las víneas, unos parapetos móviles que protegían los arietes. El terreno permitió a los cartagineses acercarse al muro, pero una vez allí se encontraron con dificultades. Los saguntinos, conscientes de que aquel sector de la muralla era más vulnerable, lo habían levantado a más altura. Además, a pocos metros se alzaba una torre desde la que los defensores sometían a los atacantes a un diluvio de proyectiles.

Para inspirar a sus hombres con su ejemplo, Aníbal, todavía joven e impetuoso, se acercó en persona a la muralla. Demasiado para su propia seguridad, pues una lanza lo hirió en el muslo. Se trataba de una trágula, un venablo cuya punta barbada o arponada hacía que, al extraerla de la herida, aumentaran los daños en el tejido afectado.

Aníbal debió de pasar unas cuantas semanas curándose, y lo más probable es que la herida le dejara secuelas en los músculos de la pierna. Durante su convalecencia, sus hombres renunciaron a lanzar más asaltos y se dedicaron a perfeccionar las obras de asedio.

Lo habitual en tales casos era tratar de acercar las máquinas al muro. Los operarios de Aníbal, protegidos por manteletes de madera, apilaban tierra para levantar terraplenes y ganar altura en relación con la muralla. Sobre esos terraplenes, diseñados con un grado de inclinación practicable, empujaban los arietes o incluso elevadas torres de asedio. Las máquinas se cubrían con planchas de hierro o con pieles mojadas, con el fin de evitar que los proyectiles incendiarios de los defensores les prendieran fuego.

Existía otra posibilidad más insidiosa para atacar una fortificación: perforar túneles hasta los cimientos de la muralla y socavarlos. Pero, en el caso de Sagunto, Aníbal no podía recurrir a esta treta, ya que la ciudad se hallaba construida sobre duros canchales de roca caliza.

Una vez terminados los preparativos, los cartagineses lanzaron un nuevo ataque, mucho más consistente que el primero. En esta ocasión, después de mucho batir la muralla, sus arietes lograron derribar tres torres, que al venirse abajo también hicieron caer los lienzos que las unían. Eso significa que su construcción debía de ser un tanto primitiva: en esa época ya se levantaban torres que podían

aguantar en pie de forma independiente. Por otra parte, los restos demuestran que las torres saguntinas tenían planta cuadrada, lo que las convertía en más vulnerables a los golpes de ariete. Así lo señalaba Vitruvio en su célebre obra *Arquitectura* (1.5): era preferible construir torres redondas, con piedras en forma de cuña que absorbían mejor los golpes. En cambio, en una torre cuadrada un ariete podía romper los ángulos con más facilidad.

Una vez abierta esta primera brecha, los hombres de Aníbal se lanzaron al asalto. Pero los defensores se apostaron entre los escombros y sustituyeron el muro derruido por otro formado por sus propios escudos.

Allí se libró un encarnizado combate. Al narrarlo, Livio (21.8) menciona otro proyectil típico de los iberos, la falárica: una jabalina de madera con una punta de hierro de tres pies de largo a la que liaban estopa embadurnada de pez para luego prenderle fuego. Si la falárica se clavaba en el escudo enemigo, el portador no tenía más remedio que soltarlo para evitar quemarse. Sin duda, una andanada de jabalinas en llamas debía de resultar un espectáculo sobrecogedor.

Amén de estos proyectiles flamígeros, los defensores contaban con ciertas ventajas. El fuerte desnivel del terreno los favorecía y la estrechez del lugar volvía inservible la superioridad numérica de los cartagineses. No hay que subestimar tampoco el efecto de la moral: los saguntinos luchaban no solo por sus vidas, sino por las de sus familias. Los hombres de Aníbal, en cambio, pensaban más en el botín. Pese a que se trataba de un incentivo poderoso, no lo era tanto como el de la supervivencia.

Gracias a todo eso los defensores se mantuvieron firmes, hasta que los cartagineses no tuvieron más remedio que retirarse.

Fracasado aquel asalto, los saguntinos se apresuraron a levantar nuevas defensas. No obstante, albergaban más esperanzas en la ayuda de su poderoso socio, Roma, que en sus propios medios.

Ayuda que llegó por fin, pero en la forma más exigua: una legación de embajadores que venían para exigir a Aníbal que levantara el asedio. El general púnico no los recibió, arguyendo que la situación en los alrededores de Sagunto era muy complicada y que le resultaba imposible garantizar su seguridad. Un argumento de lo más cínico: resulta muy difícil creer que él, general supremo

del ejército asaltante, no pudiese responder de la seguridad de los embajadores.

Como era de esperar, la legación romana se dirigió a Cartago para protestar ante el *adirim* por la conducta inaceptable de Aníbal. Los senadores púnicos contestaron que aquella guerra la habían iniciado los saguntinos al atacar a los turboletas, leales aliados de Cartago.

Entre ir y venir de embajadas, Aníbal prosiguió con el cerco. Tras varios días o semanas de descanso, los sitiadores arrimaron un nuevo ingenio a la muralla; en esta ocasión se trataba de una torre móvil.

Las torres de asedio eran un ingenio ya antiguo por aquel entonces; lo sabemos porque aparecen representadas en relieves asirios. Al principio servían para transportar tropas que disparaban flechas conforme la torre se acercaba y después se lanzaban al asalto de la muralla enemiga aprovechando su superior altura.

A partir del siglo IV, estas torres incorporaron además en sus diversos pisos máquinas balísticas de torsión, auténticas piezas de artillería que lanzaban flechas y piedras de diversos tamaños para batir el adarve y limpiarlo de defensores. De la precisión de estas máquinas da testimonio el siguiente pasaje de *La guerra de las Galias* (7.25) de Julio César, que relata el asedio de Avarico:

> Ocurrió ante mis ojos algo tan digno de recordar que me parece que no debo omitirlo. Había delante de la puerta de la ciudad un galo al que otros le pasaban trozos de sebo y de brea, y él los arrojaba al fuego contra nuestra torre. Entonces el proyectil de un escorpión le atravesó el costado derecho y cayó muerto. Pasando sobre su cadáver, uno de sus compañeros más cercanos continuó con su trabajo. Cuando este pereció alcanzado del mismo modo por el escorpión, lo sucedió un tercero, y al tercero un cuarto. Y aquel lugar no quedó despejado de defensores hasta que, tras extinguir el incendio del terraplén y rechazar a los enemigos por todas partes, se puso fin al combate.

La torre construida por los ingenieros de Aníbal superaba en altura la muralla de Sagunto. Gracias a eso, las catapultas y balistas de su interior mataron a buena parte de los defensores que estaban

apostados en los parapetos y ahuyentaron a los demás. Una vez que el panorama quedó más despejado, Aníbal ordenó avanzar a quinientos soldados africanos provistos de picos. Los zapadores, que tal vez formaban parte de un cuerpo especializado, llegaron indemnes al pie del muro y empezaron a picar sus sillares.

Livio (21.11.8) comenta que los bloques de piedra no estaban unidos por mortero —un método más moderno en la época—, sino por barro, y que los hombres de Aníbal no tuvieron problema en desmenuzarlo con sus picos.

Las excavaciones de Sagunto revelan otra cosa: los sillares estaban unidos sin más en hiladas un tanto irregulares y calzados entre sí con piedrecillas y con lascas a modo de cuñas; es el mismo tipo de construcción que se ve en tantos muretes repartidos por el campo. En cualquier caso, aquel modo de unir los mampuestos también era más frágil que la argamasa, gracias a lo cual los zapadores consiguieron abrir en el muro varias brechas. Por ellas entraron los asaltantes en pequeños grupos.

Para complementar esta acción y empeorar la situación de los saguntinos, los cartagineses consiguieron también apoderarse de una posición en las murallas, probablemente una torre. Aníbal hizo que subieran piezas de artillería a aquel punto estratégico, y sus hombres empezaron a disparar sobre las calles de Sagunto sembrando el pánico entre sus habitantes. No tardaron en levantar un muro rodeando este enclave, con lo que lo convirtieron en una especie de ciudadela incrustada en las defensas de Sagunto a modo de tejido tumoral.

Como respuesta, los saguntinos levantaron una nueva muralla más adentro. Seguramente lo hicieron en forma de media luna o en ángulo, pues así los defensores de las almenas podían concentrar sus disparos sobre los atacantes desde varias direcciones.



El asedio de Sagunto.

El combate prosiguió de esa forma durante varios días. Los saguntinos, que se negaban a rendirse, levantaban defensas interiores para reemplazar las que derribaban los cartagineses. De este modo, perdían terreno poco a poco y su ciudad se iba haciendo más pequeña. Eso, sin duda, agravaba los problemas sanitarios derivados del hacinamiento y la falta de agua. Por otra parte, como era común en los asedios, las provisiones se les estaban agotando.

Con todo, el asedio duraba ya meses. Aníbal tuvo que marcharse para reprimir a los oretanos y carpetanos, que se negaban a entregarle soldados según lo estipulado. En su ausencia, se encargó de las operaciones su oficial Mahárbal. Decidido a ganar méritos ante su superior, Mahárbal lanzó un asalto. Tras batir la muralla con tres arietes, sus hombres abrieron otra brecha y se apoderaron

de un sector de la ciudadela.

Los saguntinos, que seguían aguardando en vano la ayuda de los romanos, empezaron a tantear la posibilidad de una rendición honrosa. Un tal Alcón se presentó en el campamento cartaginés para pedir la paz, quizá por su cuenta. Aníbal, que ya había regresado de su breve campaña, exigió que los saguntinos le entregaran todo el oro y la plata que tuvieran, y que salieran de la ciudad únicamente con la ropa que llevasen puesta, sin armas. Solo entonces les permitiría marchar con vida para establecerse allí donde él se lo ordenase.

Las condiciones eran tan draconianas que Alcón no se atrevió a volver a exponérselas a sus compatriotas, pues sospechaba que lo matarían. Entonces un hispano llamado Alorco, que servía a Aníbal pero tenía relaciones de hospitalidad con los saguntinos, se ofreció voluntario para transmitir el mensaje.

Cuando Alorco entró en la ciudad y explicó la propuesta del general cartaginés, el desánimo cundió entre los saguntinos. Si se rendían en esas condiciones, se convertirían en parias desposeídos y, algo todavía más grave, inermes. Como señala Fernando Quesada en *Armas de la antigua Iberia*, las armas eran excepcionalmente valiosas para los antiguos hispanos, ya fueran iberos, celtíberos o lusitanos, porque los marcaban como hombres, y no solo eso, sino como hombres libres. Muy acertadamente compara esas armas con la jambia o jambiya, la daga curvada que llevan los yemeníes desde que cumplen los catorce años, y también podrían equipararse al kirpán, el cuchillo ritual de los sijs. Las armas de los hispanos constituían una marca de virilidad y de estatus, y por eso se encuentran tantas en enterramientos de nuestra península, a menudo dobladas e inutilizadas de forma ritual. Sagunto no sería la última ocasión en que una tribu hispana prefiriera arriesgarse a la destrucción en lugar de entregar sus armas.

Los ciudadanos de la élite saguntina, antes que rendirse y entregar sus tesoros, decidieron convertirlos en inservibles para los sitiadores. Reunieron en la plaza principal todos sus objetos de oro y plata, tanto los de dueños privados como los de la ciudad, los fundieron en un gran fuego y los mezclaron con cobre y plomo. No contentos con ello, muchos de ellos se arrojaron a la hoguera —conducta que presenciaremos de nuevo no muchos años después, en

este caso contra los romanos en Astapa—, mientras que otros se encerraron con sus familias en sus casas y, al extenderse el incendio a las viviendas, dejaron que los techos en llamas se desplomaran sobre sus cabezas.

Mientras esto ocurría en la plaza, una torre de la ciudadela, minada por los zapadores de Aníbal, se desplomó. Los cartagineses aprovecharon el gran hueco abierto para penetrar en tromba en la ciudad. Furiosos por la duración y las penalidades del asedio, los asaltantes mataron a todos los hombres en edad de luchar con los que se toparon, mientras que a las mujeres y niños los apresaron para venderlos como esclavos y pagar el botín de la tropa. Trágico, pero no era nada que no ocurriera en otros cercos prolongados cuando se resolvían por asalto.

Aun así, no parece que la destrucción fuera total. Debieron de quedar bastantes supervivientes de la matanza final, bien fueran habitantes que huyeron o prisioneros liberados previo pago de un rescate. La prueba es que pocos años después los romanos entregaron Sagunto a dichos supervivientes.

En cuanto al botín, la venta de muebles, ropa y objetos valiosos, junto con la de los prisioneros, reportó una gran suma para Aníbal. Parte se la quedó y parte la envió a Cartago, acrecentando así su prestigio en la metrópolis.

LA DECLARACIÓN DE GUERRA

Sagunto cayó a finales de 219 o principios de 218, aguardando en vano la ayuda que nunca llegó. ¿Por qué Roma no envió un ejército, considerando que entre los preparativos y el asedio en sí la crisis duró casi un año?

En aquel momento, los romanos gozaban de la hegemonía en el mar. Estaba en su mano mandar una flota con tropas para socorrer a los saguntinos. Por esas mismas fechas los cónsules Emilio Paulo y Livio Salinátor habían cruzado el Adriático para combatir a los ilirios. Si en lugar de navegar hacia el este lo hubieran hecho hacia el oeste y sus dos ejércitos consulares hubiesen desembarcado cerca de Sagunto con una flota, habrían puesto en graves problemas a Aníbal.

Otra posibilidad habría sido enviar tropas con un pretor, o incluso con uno solo de los cónsules, ordenándole regresar de Iliria. Pero no tomaron ninguna de estas medidas y dejaron abandonados a los saguntinos a su suerte.

Otros pueblos peninsulares tomaron buena nota de lo que podían esperar de la *fides romana*. Así lo manifiesta un autor tan poco antirromano como Livio (21.19), cuando tribus del nordeste responden a los romanos que se busquen aliados «allí donde ignoren el desastre de Sagunto, pues sus ruinas son un ejemplo siniestro de lo que se puede esperar de la lealtad romana».

Los argumentos para explicar esta inacción de Roma son variados: desde la mencionada campaña en Iliria hasta que su alianza con Sagunto era demasiado reciente como para arriesgarse a perder soldados combatiendo por aquella lejana ciudad hispana. Incluso que los romanos deseaban que Sagunto fuera destruida para tener un *casus belli*, una causa de guerra justa contra Aníbal.

Esta última posibilidad resulta bastante verosímil. Cuando la noticia de la caída de Sagunto llegó a Roma, se decretó el alistamiento de seis legiones y de casi cuarenta y cinco mil *socii* o aliados, un contingente más que considerable. También se aprestaron doscientas cuarenta naves de guerra.

Por otra parte, las provincias que se asignaron a los cónsules fueron Sicilia, para Tiberio Sempronio, e Hispania, para Publio Cornelio Escipión. En ambos casos se trataba de detener una posible invasión de Italia, bien fuese desde África —el ejército invasor tendría que pasar forzosamente por Sicilia— o desde Hispania. Pero las tropas destinadas a evitar la previsible ofensiva púnica podían servir, a su vez, para atacar primero los territorios africanos e hispanos de Cartago, lo que demuestra que los romanos estaban decididos a la guerra.

En cualquier caso, había que cumplir los requisitos legales. A finales del invierno, cuando el mar se reabrió a la navegación, el Senado envió una nueva legación a Cartago. Los cuatro embajadores eran personajes de peso, todos ellos antiguos cónsules. De hecho, dos de ellos eran precisamente los cónsules salientes, Fabio y Livio. Aun así no eran ellos quienes llevaban la voz cantante, sino el mayor de los cuatro, Fabio Buteón, un veterano político que había desempeñado el cargo de censor, el más prestigioso de la República.

Los embajadores fueron recibidos por el *adirim*. Allí exigieron la entrega de Aníbal para castigarlo por quebrantar los pactos. Un magistrado púnico, probablemente uno de los sufetes —cargo similar al de cónsul—, respondió que Cartago no había roto los tratados firmados con los romanos, puesto que en ninguno de ellos, ni siquiera en el de Asdrúbal, se mencionaba a Sagunto.

Los argumentos de los senadores cartagineses no impresionaron a Fabio Buteón. El antiguo censor agarró con ambas manos su toga, la prenda nacional de los romanos. Como si escondiera algo entre sus pliegues, declaró en tono dramático: «Aquí traigo la guerra y la paz. Elegid lo que queráis».

Aquella arrogancia encendió los ánimos de los miembros del *adirim*, que empezaron a gritar y le dijeron que escogiera él. Con gesto dramático, Buteón abrió una de sus manos y declaró: «Entonces os ofrezco la guerra».

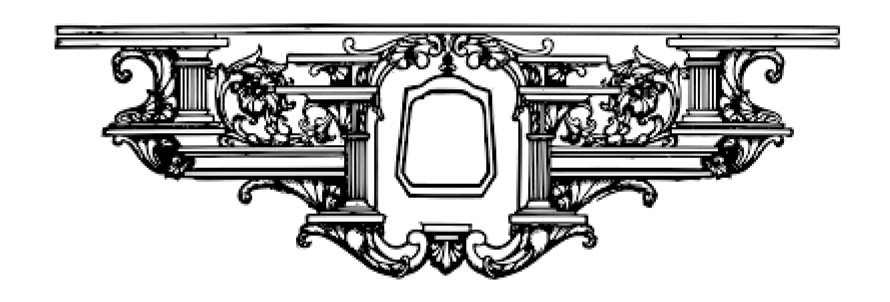
Los miembros del *adirim* no se lo pensaron mucho. Cartago había sufrido demasiadas humillaciones. Sus ciudadanos —al menos los que contaban, los miembros de la élite— no estaban dispuestos a consentir más. Por otra parte, habían terminado de pagar la indemnización, se habían repuesto de los efectos de la revuelta de los mercenarios y llevaban unos años recolectando los frutos de su nuevo imperio en el noroeste de África y, sobre todo, en Hispania. Cartago volvía a ser poderosa.

Con esa confianza, los senadores púnicos contestaron a grandes voces a la provocación de Buteón: «¡Aceptamos la guerra!».

La suerte estaba echada.

Aquí puede aplicarse la teoría de Eckstein sobre la anarquía interestatal: del mismo modo que unos servicios de inteligencia primitiva causaban ignorancia y desconfianza con respecto al posible enemigo, una diplomacia también tosca solía acabar en cruces de insultos, cuando no en la muerte de embajadores. En este caso, al menos, la sangre no llegó al río.

III



HISPANIA, CAMPO DE BATALLA ENTRE ROMA Y CARTAGO

EL INICIO DE LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA

Tras el reparto del botín de Sagunto, Aníbal permitió que sus hombres descansaran durante el resto del invierno. A sus aliados iberos los licenció temporalmente, con el fin de bienquistarse con ellos para campañas venideras. Mientras tanto, no dejó de hacer preparativos para el futuro inmediato y envió espías y agentes a los Alpes occidentales y al valle del Po con la misión de reconocer el terreno y, sobre todo, sondear a las tribus galas. ¿Estarían dispuestas a aliarse con Cartago y servir a las órdenes de Aníbal para enfrentarse contra un enemigo común, los odiados romanos?

Al final del invierno Aníbal y su ejército estaban preparados para llevar a cabo su plan: atacar el corazón del territorio enemigo. Del mismo modo que Alejandro había heredado el sueño de su padre, invadir el Imperio persa, Aníbal hacía suyo el de su padre Amílcar: invadir Italia. La rapidez con que llevó a cabo los preparativos de esa invasión después de tomar Sagunto sugiere que, en efecto, se trataba de un plan largo tiempo premeditado, no de una improvisación del momento.

Se ha debatido mucho sobre los motivos del general cartaginés para lanzar una ofensiva tan audaz. Sobre todo, ¿por qué eligió un camino tan difícil como los Alpes?

Llevar la guerra al terreno del adversario parecía lo más lógico: mejor que las devastaciones y saqueos los sufrieran los romanos y sus aliados itálicos, no Cartago.

Otra posibilidad para conseguirlo habría sido intentar una invasión por mar. Sin embargo, debido a las duras condiciones de la rendición tras la Primera Guerra Púnica, Cartago no poseía una flota tan numerosa como la romana y había dejado de ser la dueña

del Mediterráneo Occidental. Además había perdido sus bases en Sicilia, isla que habría podido servirle como cabeza de puente para la invasión de Italia.

Por otra parte, Aníbal había heredado la mentalidad de general de infantería de su padre Amílcar, que siempre había luchado con tropas de tierra. Sin duda era consciente de las terribles pérdidas que durante la guerra anterior sufrieron tanto las flotas cartaginesas como las romanas por culpa de las tormentas, un elemento que ni siquiera alguien tan meticuloso y previsor como Aníbal podía controlar.



Los romanos también hicieron sus preparativos, aunque con cierta lentitud. Roma era una apisonadora con un tremendo poder a la que le costaba arrancar. Los cónsules del año 219 estaban embarcados en la guerra de Iliria, motivo o tal vez excusa para no ayudar a Sagunto. Pero a los cónsules elegidos para 218 se les asignaron provincias directamente relacionadas con la guerra recién declarada contra Cartago.

Puesto que en esta historia se habla constantemente de provincias, es conveniente que definamos bien este término. Al principio, provincia se refería a la esfera de mando que se otorgaba a un magistrado *cum imperio* para ejercer ese *imperium*. (Básicamente, el *imperium* era el poder de dar órdenes y exigir que fueran obedecidas. Poseían *imperium* los cónsules y pretores, y también los procónsules y propretores que actuaban fuera de Roma).

Normalmente esa esfera de mando o provincia se hallaba fuera de Italia y estaba relacionada con la guerra, pero también podía consistir en someter a una tribu de Italia, o encargarse del tesoro, o construir una flota, o incluso el mantenimiento de caminos y bosques.

En circunstancias normales, sin embargo, la mayoría de las provincias eran misiones bélicas encomendadas fuera de Italia. Por ejemplo, combatir en Iliria para derrotar a Teuta. En sí, la provincia no era Iliria, sino la guerra en el teatro de operaciones de Iliria.

Con el tiempo, no obstante, muchos de los pueblos derrotados en estos conflictos acabaron sometiéndose a Roma, por lo que sus territorios pasaron a ser administrados por magistrados de la República. Así, «provincia», que en principio se refería a la misión encomendada a cada magistrado, se acabó identificando con el territorio administrado por él; territorio con límites geográficos claros, dentro de la escasa precisión que podemos esperar en aquella época.

A uno de los dos cónsules electos, Tiberio Sempronio, se le encomendó dirigirse con dos legiones a Sicilia. Con esta acción el Senado ponía el punto de mira en África y en una posible invasión de Cartago para adelantarse a los planes del enemigo. Ya en la Primera Guerra Púnica el cónsul Régulo había intentado una invasión similar, que al principio cosechó varios éxitos y que terminó con un desastre.

Previendo que los romanos actuaran así, Aníbal había enviado refuerzos a su patria: unos catorce mil infantes iberos, mil doscientos jinetes y casi novecientos honderos de Baleares. Estos últimos eran muy apreciados en los ejércitos antiguos. El historiador Diodoro de Sicilia explica:

> Dirigen con tanto tino sus disparos que la mayoría de ellos no fallan el blanco. Eso se debe a que practican desde niños: cuando son pequeños sus madres los obligan a ejercitarse continuamente con la honda. Como blanco les ponen un trozo de pan sobre un palo, y no dejan que se lo coman hasta que lo alcanzan con sus tiros. (5.17.1).

Sin embargo, la misión o provincia más relevante para esta historia fue la que recibió el otro cónsul, Publio Cornelio Escipión: marchar a Hispania con un ejército consular, compuesto por dos legiones y dos alas de tropas aliadas; en total algo menos de veinticinco mil hombres. Su objetivo era impedir que Aníbal avanzara hacia el norte y se pusiera en contacto con las tribus galas.

El nombre «Escipión» seguirá sonando mucho en esta historia,

incluso más allá de la Segunda Guerra Púnica. El destino de los Escipiones quedaría unido al de Hispania desde aquel momento. Se trataba de una familia rica, culta y amante de la cultura griega, una de las ramas más afamadas del linaje patricio de los Cornelios. Según la tradición, el primer Cornelio que recibió el sobrenombre de *Scipio*, «báculo» o «cetro», lo hizo porque servía como bastón de apoyo a su padre ciego.

Por aquellas fechas, los Escipiones ya habían ascendido a la más alta nobleza o *nobilitas* romana, debido a que entre sus antepasados contaban con varios cónsules que, además, habían desempeñado también el cargo de censores. Llegar a censor era el máximo honor al que podía aspirar un romano: los censores, elegidos cada cinco años para un mandato de año y medio, controlaban el censo de ciudadanos y senadores, como su nombre indica, pero también eran guardianes de las costumbres y, algo aún más importante, controlaban los gastos e ingresos de la República, por lo que eran ellos quienes adjudicaban los contratos de las grandes obras, como los acueductos o las calzadas.

Mientras los romanos reclutaban, equipaban y ponían en marcha ambos ejércitos consulares, Aníbal partió de su base de Cartago Nova, dejando a su hermano Asdrúbal a cargo de los asuntos de Hispania. En aquel primer instante de la guerra el general cartaginés llevaba consigo más de cien mil efectivos entre infantería y caballería. Aparte de tropas africanas, lo acompañaba un gran número de guerreros iberos, que habían regresado con él de sus tierras de origen a principios de la primavera, tal como se había pactado.

Por el momento, la mayoría de los aliados hispanos de Aníbal estaban demostrando ser de fiar. No todos, sin embargo. Aníbal no tardó en licenciar a diez mil de cuya lealtad sospechaba, y más adelante, durante la travesía de los Pirineos, tres mil carpetanos desertaron de su ejército. Así y todo, el plan de su padre de convertir la península en la base de poder de Cartago estaba funcionando.

Tras cruzar el Ebro, Aníbal dividió sus tropas y combatió durante cerca de un mes en diversos escenarios, sometiendo tribus y asaltando fortificaciones. Con todo, no consiguió pacificar por completo aquella región que hasta entonces no habían pisado tropas

cartaginesas. Para asegurarla, dejó allí una guarnición de más de diez mil hombres al mando de un oficial llamado Hannón.



Los censores controlaban las obras públicas más importantes, como la construcción de acueductos.

Después, el general cartaginés seleccionó a cincuenta mil soldados de infantería y nueve mil jinetes y atravesó con ellos los Pirineos. Por supuesto, se llevó con él los famosos elefantes de guerra, en número de treinta y siete.

Se acercaba el final del verano.



Entretanto, el cónsul Escipión y su ejército navegaban siguiendo la costa desde Pisa hacia la ciudad aliada de Masalia, con un objetivo: el Ródano. Este río era el principal obstáculo que se oponía al avance de Aníbal y, por tanto, era allí donde Escipión planeaba detenerlo.

Ya en Masalia, mientras sus soldados se reponían del mareo provocado por cinco días seguidos en barco, Escipión envió una avanzadilla de trescientos jinetes apoyados por caballería gala y guías locales. Tras una sangrienta escaramuza contra jinetes númidas de Aníbal, los hombres de Escipión regresaron a informarle de dónde se encontraba el campamento cartaginés. El cónsul se apresuró a marchar hacia el oeste. Mientras se aproximaba al río dispuso a sus soldados, no en una alargada columna de marcha, como era lo habitual en los desplazamientos, sino en una formación cuadrangular, con la intención de combatir directamente.

Sin embargo, cuando alcanzó las orillas del Ródano no encontró más que un campamento abandonado. Había llegado tres días tarde. No sería la última vez en esta guerra en que un general romano se encontraba con que Aníbal se había adelantado a sus movimientos. Hay que tener en cuenta, asimismo, el estadio un tanto primitivo de la inteligencia militar de la época, como ya hemos comentado en páginas anteriores.

Cuando Escipión supo que Aníbal se dirigía hacia el norte con la intención de girar en algún momento al este y emprender la travesía de los Alpes, se encontró ante un dilema. Con las prisas por interceptar a Aníbal había viajado a marchas forzadas, dejando en Masalia la impedimenta, las provisiones y las bestias de carga. Si quería perseguir a Aníbal, tenía que regresar a Masalia y reorganizarse, lo que le haría perder mucho tiempo.

Escipión sabía que los cartagineses habían dejado tropas por toda Hispania, desde Gadir hasta más allá del Ebro, pasando por Cartago Nova. Desde esa base de poder Aníbal podía recibir

refuerzos y suministros en un flujo constante. Por no hablar de las finanzas: las minas de plata de la zona de Cartago Nova y de Sierra Morena que le permitían contratar y pagar mercenarios suficientes como para librar tres guerras.

Era crucial cortar el puente entre Hispania y Aníbal e interrumpir ese flujo. Por otro lado, también había que enfrentarse con el general púnico. Si bien a sus veintiocho años Aníbal no había demostrado todavía de lo que era capaz —en breve lo haría—, su prestigio ya era más que considerable. La gloria para el cónsul Escipión radicaba en enfrentarse a él, no a sus segundones.

No hay que olvidar que la gloria suponía un gran estímulo, tal vez el más poderoso, para hombres ambiciosos como Publio Escipión, que emprendían el *cursus honorum,* la trabajosa carrera de los cargos públicos, con el más que confesado anhelo de alcanzar el puesto de cónsul, mandar ejércitos y enfrentarse a los enemigos de la República.

Escipión pensó que la mejor opción para él y para su honor era regresar al valle del Po y tomar el mando de dos legiones que habían quedado estacionadas allí, al mando del pretor Manlio. De ese modo podría aguardar el momento en que Aníbal bajara de los Alpes, salirle al encuentro y —eso esperaba— derrotarlo.

Como acabamos de decir, tampoco podía olvidarse de Hispania. Eso le llevó a tomar una decisión que resultó crucial para el futuro de nuestra península: salvo unas cuantas tropas que se reservó para sí, entregó el mando de las demás a su hermano Cneo.

¿En calidad de qué podía mandar Cneo, que no era magistrado, un ejército consular? Seguramente como *legatus* o legado, un ayudante y hombre de confianza del general al que se le encomendaban tareas específicas. En este caso, dichas tareas poseían una importancia vital, pues Cneo se había convertido a efectos prácticos en el *alter ego* del cónsul, su hermano.

No se trataba de una muestra de nepotismo irreflexivo. Cneo no era ningún novato de la política ni la milicia, ya que había servido como cónsul en el año 222. En ese tiempo había combatido contra los galos junto con el otro cónsul, el gran Claudio Marcelo (conocido como «la espada de Roma»). Entre otros logros de mérito, había conquistado la ciudad de Milán. De modo que la decisión se hallaba más que justificada.

Cuando Publio entregó sus tropas a su hermano Cneo, lo hizo sin consultar al Senado: la distancia y la lentitud de las comunicaciones lo impedían. Normalmente, los generales disfrutaban de una gran autonomía en estas cuestiones. Muchos de los senadores que se reunían en Roma eran hombres de larga experiencia militar, conscientes de que en la guerra las decisiones deben tomarse sobre el terreno y sin tardanza. El Senado comprendió que la decisión de Publio Escipión era la correcta, y lo demostró a lo largo de toda la guerra enviando refuerzos constantes a los generales romanos que combatían en Hispania, por más reveses que pudieran sufrir. Aquella actitud suponía una gran diferencia con la de los gobernantes cartagineses, que solían castigar los errores de sus comandantes con la crucifixión.

LOS ESCIPIONES EN HISPANIA

Regresamos al momento inicial de este relato, cuando Cneo Cornelio Escipión, con un *imperium* proconsular —es decir, con poder de actuar en nombre del cónsul— desembarcó en Ampurias con la mayor parte de las dos legiones de su hermano y las unidades aliadas, hasta sumar más de catorce mil infantes y mil seiscientos jinetes.

Ampurias, colonia griega fundada por los masaliotas, era un lugar seguro. Pero más allá de sus murallas se extendía un territorio hostil. Al principio Cneo contaba con pocos apoyos locales, salvo el que pudiera prestarle Masalia, su aliado más cercano, que le brindaba cobertura naval. Tenía que ganarse dichos apoyos sobre el terreno. No tardó en acometer la tarea, combinando fuerza y diplomacia. Como muestra de la primera, empezó a realizar desembarcos y saqueos por toda la costa hasta la desembocadura del Ebro. Como muestra de la segunda, trató con benevolencia y acogió bajo su protección a todos los pueblos que recibían a sus embajadores.

La operación de más importancia de aquel año se libró cerca de Cissa. Existen dudas sobre el emplazamiento de esta ciudad: algunos autores la identifican con Tarraco y otros piensan que se encontraba más al interior. En cualquier caso, allí las tropas de Cneo obtuvieron la primera victoria de cierto fuste, derrotando al ejército del cartaginés Hannón, que cayó prisionero. También apresaron a Indíbil, caudillo de los ilergetes, una tribu cuyo nombre se refleja en su capital Ilerda, que evolucionaría a Lérida en castellano y Lleida en catalán. Por otra parte, la victoria sirvió a los romanos para apoderarse de un cuantioso botín, ya que los expedicionarios de Aníbal habían dejado buena parte de sus pertenencias en manos de

Hannón, y también para extender su influencia hasta el Ebro.

Al año siguiente, en 217, Cneo se enteró de que Asdrúbal se dirigía hacia el norte en otra expedición por tierra y por mar. Tanto la flota como las tropas de tierra avanzaban a la par, con las naves costeando el litoral y varando por las noches mientras los soldados caminaban por la orilla. La intención del hermano de Aníbal era acabar con la superioridad naval de Roma, al menos en esa zona: si lo conseguía, podría cortar los suministros a las legiones de Cneo y ponerlo en serios apuros.

Asdrúbal contaba, entre trirremes y quinquerremes, con cincuenta y cinco naves de guerra, y un ejército cuyo número exacto se desconoce, pero lo bastante numeroso para que Cneo Escipión pensara que no convenía enfrentarse con él a campo abierto. Por tal motivo, el general romano decidió apostarlo todo a la carta del mar.

En teoría, Cneo debería haber disfrutado de superioridad naval. Había llegado a Hispania con sesenta quinquerremes y ahora contaba además con naves de refuerzo de Masalia. Sin embargo, Polibio (3.95) afirma que únicamente equipó treinta y cinco barcos. O bien había enviado naves al Ródano de regreso con su hermano o, simplemente, no contaba con suficientes hombres para tripularlas todas.

Con esa reducida flota tardó dos días en llegar de Tarraco al delta del Ebro. Allí envió por delante dos naves ligeras de Masalia para que exploraran el terreno. Cuando los masaliotas regresaron y le informaron de que la flota cartaginesa se hallaba fondeada en la desembocadura del Ebro, Cneo dio orden de navegar contra ella para sorprenderla.

Asdrúbal no tardó en observar la aproximación de la flota romana, por lo que ordenó que todas las tripulaciones embarcaran, levaran anclas y se lanzaran a su vez contra el enemigo. En cuanto al ejército de tierra, hizo que se desplegara junto a la costa, como testigo de la batalla y también para dar muerte a las dotaciones de los barcos romanos que arribaran a la orilla con desperfectos.

Según Polibio, el hecho de que hubiera fuerzas de reserva cartaginesas en la costa cercana no sirvió para infundir moral a sus compañeros de la flota, sino todo lo contrario. Al verlos allí, sabiendo que si sus barcos se hundían podían llegar a nado a una

tierra firma controlada por los suyos, lucharon con menos denuedo que si lo hubieran hecho por sus vidas.

Tras un primer embate, los romanos hundieron dos naves enemigas e inutilizaron otras cuatro. El resto de la flota cartaginesa se retiró hacia tierra. Los romanos se lanzaron en su persecución y lograron capturar otros diecinueve barcos, que remolcaron hacia mar abierto con la moral por las nubes. Habían conseguido, en total, arrebatarle veinticinco naves a Asdrúbal, que ya podía olvidarse de recuperar la superioridad naval.

Al enterarse de esta victoria, el Senado se animó a enviar refuerzos a Cneo, comprendiendo que, por muchos apuros que estuviesen pasando en Italia contra el propio Aníbal, las operaciones en Hispania eran vitales.

Quien llevó los refuerzos fue Publio, el hermano de Cneo. El año anterior, en noviembre, siendo todavía cónsul, había resultado malherido en la batalla del río Tesino, en la que su hijo, también llamado Publio, tuvo que salvarle la vida pese a su juventud (no tenía más que diecisiete años). La batalla terminó mal para el ejército romano, aunque no tanto como los tres desastres siguientes en Trebia, el lago Trasimeno y Cannas. En cualquier caso, cuando Publio se repuso de sus heridas, el Senado le renovó el mando en calidad de procónsul y lo envió a Hispania con treinta quinquerremes y ocho mil soldados.

Una vez reunidos, ambos hermanos empezaron a tomar iniciativas más audaces y a atreverse con incursiones al sur del Ebro, límite hasta ese momento infranqueable. De todos modos, da la impresión de que no llegaron mucho más lejos, aunque las fuentes romanas tratan de lavar la cara de sus generales hablando de diversas campañas, entre ellas un supuesto ataque naval a Ibiza.

Una de esas expediciones los llevó a Sagunto, a mucha distancia del Ebro. De forma sorprendente, o tal vez sospechosa, no se toparon por el camino con tropas enemigas. Allí, en la ciudadela de Sagunto, una guarnición poco numerosa custodiaba a un importante número de rehenes. Según Livio, dichos rehenes eran el único factor que garantizaba la lealtad de los caudillos y reyezuelos hispanos, temerosos de perder a sus hijos y allegados.

La historia que narran Livio (22.22) y Polibio (3.98) a continuación tiene trazas novelescas, lo cual no quiere decir que no

pueda ser veraz. Había un noble hispano llamado Abílix que hasta entonces había sido aliado de los cartagineses. En aquel momento sus cálculos lo convencieron de que las tornas no tardarían en cambiar y de que era mejor pasarse al bando de Roma. Con el fin de ganarse la confianza de los Escipiones, pensó que lo mejor que podía ofrecerles era a aquellos rehenes.

Para ello se puso en contacto con Bóstar, comandante púnico que dirigía un contingente de tropas apostado entre Sagunto y el mar con la misión de cerrar el paso a los romanos. Abílix le convenció de que la mejor forma de hacer frente al ejército enemigo, cuya llegada parecía inminente, era sacar a los rehenes de la ciudadela y devolverlos a sus tribus. De este modo, los hispanos pelearían con mucho más valor y convicción a favor de Cartago. Añadió que él mismo, con su red de influencias y conocidos, se encargaría de entregar a aquellos muchachos a sus familias.

Tras convencer a Bóstar, Abílix se sirvió de amigos hispanos que luchaban con los romanos para presentarse ante los dos Escipiones. Les contó algo muy parecido —que de la devolución de los rehenes podía depender la benevolencia de los pueblos de la región—, y les ofreció entregarles aquellos prisioneros. Después se dirigió a Sagunto, se encargó de recoger a los rehenes y, abandonando el lugar de noche, en lugar de llevarlos con sus familias se los entregó a los romanos. Estos, agradecidos, le confiaron la misión de recorrer los pueblos y aldeas para restituir a los rehenes y ganar nuevos aliados para Roma.

La historia suena un poco extraña. ¿Qué hacían tantos rehenes en Sagunto, un lugar medio derruido, en lugar de estar custodiados en la inexpugnable fortaleza de Cartago Nova? La impresión que da este relato, pese a la exagerada longitud que le conceden Livio y Polibio, es que se trató de una anécdota, un pequeño éxito que consistió en recuperar a un puñado de rehenes, no a los de toda Hispania como afirman los dos autores.

DESASTRE EN EL SUR

La impresión que sugieren las crónicas de estos años es de avances y retrocesos de las tropas romanas, sin alcanzar grandes éxitos. Por lo general, los historiadores modernos dudan de las supuestas victorias que, según Livio, cosecharon los Escipiones entre 215 y 212.

Al menos algo estaban consiguiendo: Asdrúbal se mostraba reacio a cruzar el Ebro para viajar a Italia y ayudar a su hermano. Aunque lograra esquivar a los romanos, dejaría Hispania prácticamente a merced de los Escipiones. Estos, por su parte, vacilaban en enfrentarse al enemigo en una batalla decisiva, pues si eran derrotados, ¿quién impediría ese viaje de Asdrúbal?

En 212, sin embargo, los Escipiones se decidieron finalmente a lanzar una gran ofensiva. Los animó a ello el hecho de que gracias a sus gestiones y a una buena suma de dinero habían conseguido contratar a veinte mil mercenarios celtíberos. También debió de moverles a la acción saber que la guerra marchaba bien en Sicilia y no demasiado mal en Italia. ¿Iban ellos a ser menos que otros generales?

Si querían ganar prestigio, necesitaban vencer en alguna acción decisiva. Lo mejor era lanzar una ofensiva en Turdetania y arrebatar a los púnicos el control de las regiones mineras: de este modo asestarían un golpe letal a las finanzas de Cartago. El peligro estribaba en que se iban a alejar mucho de sus bases de aprovisionamiento, pero la ayuda de las tribus celtíberas podía compensar ese riesgo.

A estas alturas de la guerra había en Hispania tres ejércitos cartagineses. Dos de ellos los mandaban los hermanos de Aníbal, Asdrúbal y Magón Barca, y el tercero Asdrúbal Giscón, al que llamaré simplemente Giscón en aras de la claridad. Normalmente

actuaban muy alejados, pero en 211 los Escipiones recibieron informaciones de que los tres generales púnicos se hallaban prácticamente juntos. Asdrúbal Barca tenía a sus hombres cerca de una ciudad llamada Amtorgis, cuya localización se desconoce. Algunos creen que podría tratarse de Iliturgi —Mengíbar, en Jaén —, mal transcrita en los manuscritos de Tito Livio por el error de algún copista. A solo cinco días de marcha de aquel lugar se encontraban los ejércitos de Magón y de Giscón, que habían unido sus fuerzas.

Los Escipiones pensaron que había llegado la ocasión de tomar la iniciativa y barrer del mapa de Hispania a los púnicos de una vez por todas.

Lo más prudente habría sido enfrentarse primero con Asdrúbal Barca, el enemigo al que tenían más cerca. Pero los hermanos pensaron que, si lo derrotaban, la noticia no tardaría en llegar a Giscón y a Magón, con lo cual estos separarían sus tropas de nuevo y se retirarían a montes fragosos donde no los podrían alcanzar.

Con el refuerzo de los veinte mil celtíberos, pensaron los Escipiones, disponían de tropas suficientes para derrotar a ambos ejércitos púnicos por separado. De modo que Publio tomó consigo dos tercios de los legionarios y las tropas auxiliares itálicas y emprendió la marcha hacia las posiciones de Giscón y Magón. Cneo se quedó con el tercio restante del ejército romano original, más los mercenarios celtíberos. Su misión era enfrentarse a Asdrúbal Barca.

Por el momento, los dos cuerpos de ejército marcharon juntos hasta las cercanías de Amtorgis. Allí, ya a la vista del enemigo y separados de Asdrúbal únicamente por un río, los dos hermanos se despidieron, y Publio emprendió la marcha de cinco jornadas en busca de su objetivo.

Aunque el relato de Livio (25.32) no queda del todo claro, es de suponer que Cneo formó a sus hombres durante varios días ofreciendo batalla a Asdrúbal Barca. Este, desde el otro lado del río, observó que la mayor parte del ejército de Cneo estaba compuesto por guerreros celtíberos. Seguramente no le hizo falta infiltrar espías: desde aquella distancia podían apreciarse las diferencias en la disposición de las filas y los estandartes.

Para lo que sí necesitó actuar en secreto fue para enviar a otros hispanos, que se pusieron en contacto con los celtíberos y los

sobornaron. Teniendo en cuenta que ambos ejércitos se encontraban relativamente cerca y que la disciplina, sobre todo en el campamento celtíbero, sería más bien laxa, aquellas conversaciones no debieron de resultar demasiado difíciles. Además, en el ejército de Cneo las tropas legionarias eran menos numerosas que las mercenarias, por lo que difícilmente habrían podido controlar sus idas y venidas.

El resultado fue que, para sorpresa de Cneo, los celtíberos desclavaron sus estandartes y anunciaron que se marchaban del campamento. Cuando el general les preguntó el motivo, ellos adujeron una guerra que se había declarado en su propio territorio. Obviamente no iban a revelarle la verdadera causa: que Asdrúbal los había sobornado, es de suponer que superando con su oferta la soldada que pagaban los romanos. Como no se les exigía que lucharan contra Cneo Escipión, sino «tan solo» que lo abandonaran, no consideraron aquella deserción demasiado deshonrosa. Cuando narra este episodio, Livio extrae una moraleja: los generales romanos no deben confiar tanto en tropas extranjeras como para permitir que superen en número a las propias dentro de un campamento.

Mientras todo esto ocurría en la ilocalizable Amturgis, Publio Escipión había llegado a las inmediaciones de los campamentos de Magón y Giscón. Por el camino había sufrido el acoso constante de tropas de caballería ligera númidas. A primera vista estos guerreros, montados a pelo sobre caballos de pequeña alzada y armados únicamente con un escudo y un manojo de jabalinas, no infundían demasiado temor. Sin embargo, eran tan hábiles en sus maniobras de ataque y retirada y tenían tal puntería con sus venablos que podían hacerle la vida imposible a un ejército en orden de marcha como el de Publio.



Guerreros hispanos. Empezando por la parte superior izquierda, un ibero, un lusitano y un celtíbero.

Los jinetes númidas no buscaban el choque directo contra las poderosas legiones, sino que hostigaban a todos aquellos que se separaban de la columna de marcha, sobre todo a los forrajeadores que buscaban provisiones, agua y leña para las hogueras. Estos *pabulatores, aquatores* y *lignarii*, sirvientes que llevaban los brazos cargados y estaban prácticamente desarmados, eran muy vulnerables a los ataques de la caballería y la infantería ligera, como se comprobará en muchas ocasiones a lo largo de esto libro.

Al frente de esas tropas africanas se hallaba un joven llamado Masinisa, que llegaría a ser rey de Numidia y que seguiría combatiendo en persona con sus hombres siendo ya casi nonagenario. En aquel momento, la audacia de Masinisa lo llevaba a atacar por la noche incluso las empalizadas del campamento

romano, sembrando el temor entre los vigías.

Para empeorar la situación, a Publio le llegó la noticia de que el caudillo Indíbil venía desde el norte con siete mil quinientos guerreros de la tribu de los suesetanos, un pueblo que vivía al norte del Ebro, en la zona que teóricamente dominaba Roma.

Si aquel contingente se reunía con el ejército púnico y la caballería númida, juntos constituirían un enemigo formidable. Publio decidió salirles al paso. Para ello, abandonó el campamento a medianoche y en secreto, dejando parte de sus tropas al mando del legado Tiberio Fonteyo.

Para su desgracia, el pretendido secreto no fue tal y el enemigo detectó su maniobra. La caballería númida siguió a los romanos a corta distancia, y tras ella acudió el grueso de las tropas de Asdrúbal Giscón y Magón.

Ya por la tarde, Publio Escipión tomó contacto con el ejército de Indíbil prácticamente en columna de marcha, y al instante se trabó un reñido combate. Durante un breve tiempo el resultado favoreció a los romanos, pero poco después apareció la caballería de Masinisa y los atacó por un flanco. En medio del caos se presentó el resto de los cartagineses y el ejército de Publio se vio prácticamente rodeado.

Todavía podrían haber resistido más los romanos, ya que eran combatientes de calidad y muy experimentados. Pero mientras Escipión cabalgaba de un lado a otro para infundirles ánimos, una jabalina enemiga le atravesó el costado y lo derribó del caballo sin vida.

Al ver a su jefe muerto, el desánimo se apoderó de sus hombres, que rompieron filas para huir cada uno por donde mejor pudo. Como solía suceder en esas circunstancias, la batalla se convirtió en una masacre: siempre se producían muchas más bajas en las retiradas que en el combate frontal, pues la protección que brindaban las formaciones cerradas y los escudos desaparecía. Únicamente la llegada de la noche salvó a los romanos de la aniquilación completa. Aun así, debieron de perder un gran número de hombres a manos de los númidas y de la infantería ligera púnica, tropas especialmente apropiadas para misiones de persecución.

Tras descansar lo imprescindible después de su victoria, los dos generales cartagineses ordenaron a sus hombres que viajaran a

marchas forzadas para reunirse con Asdrúbal Barca, con la intención de aniquilar al otro ejército romano y acabar con la guerra en Hispania.



En el segundo escenario, los hombres de Cneo Escipión, que tras la defección de los celtíberos no llegarían ni a diez mil, llevaban unos días en retirada. En todo momento procuraban evitar el terreno llano donde el ejército de Asdrúbal podía aprovechar su superioridad numérica.

A los vigías y exploradores romanos no les pasó inadvertido el momento en que el ejército de Giscón y Magón se juntó con el de Asdrúbal. Aunque no tenían noticia directa de la derrota sufrida por sus compañeros, la llegada de aquel contingente de enemigos les hizo sospechar lo sucedido y les hundió la moral.

Cneo y sus oficiales comprendieron que, si los alcanzaba, aquel enemigo que ahora los superaba de forma abrumadora, estaban perdidos. A primera hora de la noche abandonaron el campamento, dejando encendidas las antorchas para hacer creer a los cartagineses que seguían en él.

El engaño nocturno planeado por Cneo resultó más eficaz que el de su hermano Publio, quizá porque contaba con menos hombres. En cualquier caso, la trampa se descubrió con la primera luz del día. Los generales púnicos lanzaron a Masinisa y sus númidas en persecución de las tropas de Cneo. Aunque estas llevaban varias horas de ventaja, la velocidad de la caballería ligera era tal que por la tarde Masinisa ya había localizado a los romanos y estaba empezando a hostigarlos.

El acoso era tan eficaz que hacía detenerse una y otra vez a los hombres de Cneo. Este, al ver que apenas lograban avanzar y temiendo que el grueso del contingente púnico les diera alcance, hizo subir a sus hombres a una colina para protegerse allí durante

las horas de oscuridad.

La disciplina romana era tan estricta que todas las noches los legionarios construían un campamento con foso y empalizada, tras cuya protección resultaba muy difícil que un enemigo, por numeroso que fuese, pudiese aniquilarlos. Mas, para desgracia de Cneo y los suyos, la colina donde se habían refugiado era una especie de monolito rocoso en el que no había forma de picar y extraer tierra para un terraplén, y se hallaba tan pelado que también resultaba imposible cortar madera para fabricar estacas. De haber sido más abrupto esto no habría supuesto un inconveniente tan grande, pero la erosión había redondeado tanto sus laderas que no impedían ni siquiera el ascenso de los pequeños y ágiles caballos númidas.

Lo único que tenían a mano los romanos eran las sillas de montar de la escasa caballería y las albardas de las bestias de carga. Ataron unas con otras, pusieron encima los fardos a modo de barrera y se dispusieron a resistir el ataque.

Cuando llegó el grueso de los cartagineses, se sorprendieron ante aquel improvisado parapeto. Hubo unos momentos de confusión, hasta que sus jefes los exhortaron a derribar aquella ridícula muralla que no habría detenido ni siquiera a mujeres o a niños. Los atacantes, usando estacas a modo de arietes, derribaron el parapeto por varios puntos y empezaron a masacrar a los hombres de Cneo.

Algunos romanos lograron escapar ladera abajo, se refugiaron en bosques cercanos y más tarde llegaron al campamento de Publio Escipión, donde el legado Fonteyo se había quedado al mando de la guarnición.

Como era de esperar, Cneo Escipión también pereció en la batalla. Según algunas versiones murió sobre la misma colina. Según otras, huyó con algunos de sus hombres a una torre de madera cercana. Pero los enemigos la rodearon, prendieron fuego a las puertas y mataron a todos los que estaban en su interior.

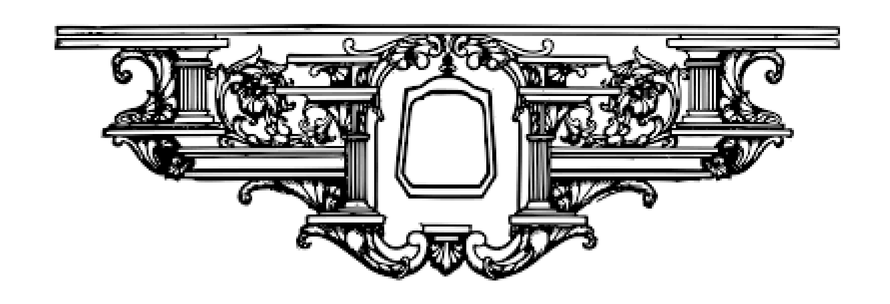
En pocos días, un terrible desastre había caído sobre los intereses de Roma tanto en Hispania como en la guerra en su conjunto. Los restos del ejército romano, mandados por Fonteyo y un tribuno o centurión llamado Lucio Marcio, se retiraron hacia el norte, donde lograron retener parte del territorio más allá del Ebro. El historiador Livio narra una serie de éxitos militares cosechados

por el tal Marcio, pero no parecen sino exageraciones destinadas a maquillar el tremendo varapalo que habían sufrido los intereses romanos en Hispania.

Los tres ejércitos púnicos volvieron a dispersarse, como era conveniente por necesidades logísticas —alimentarlos a todos juntos resultaba mucho más difícil— y también por cubrir más territorio. Una vez derrotados los Escipiones, lo que más urgía era evitar posibles revueltas entre los súbditos/aliados e incluso ampliar el dominio púnico en la península.

Los romanos enviaron a Cayo Claudio Nerón para sustituir en el mando a los dos proconsulares muertos. Este hombre, que cosecharía años más tarde una importantísima victoria en la batalla de Metauro, llegó con refuerzos de algo más de doce mil hombres. Aquí, en Hispania, se limitó prácticamente a contener la marea en espera de tiempos mejores.

IV



LA HORA DE ESCIPIÓN

UNA NUEVA ESPERANZA

Los dos Escipiones, a los que años después Cicerón llamaría *fulmina nostri imperii*, «rayos de nuestro imperio», habían muerto. Pero en el seno de su misma familia se encontraba la gran esperanza para Roma: el joven Publio Cornelio Escipión, llamado como su padre. No tenía más que veinticuatro años, muy pocos para el criterio de los romanos. Sin embargo, en las circunstancias más extremas es cuando pueden madurar los líderes. Y la hora de Escipión estaba a punto de llegar.

En Italia había caído Capua, una ciudad muy importante de Campania que había estado largos años en poder de Aníbal. Eso relajó un poco la presión sobre Italia, por lo que el interés de la República se dirigió de nuevo a Hispania. Había que nombrar un nuevo general con imperio proconsular —Nerón lo tenía como propretor— y darle tropas de refuerzo.

Se decidió que el nombramiento, en lugar de hacerlo en el Senado, se votara en los comicios centuriados, la asamblea más importante del pueblo romano. La idea era que se presentaran candidatos de acreditada experiencia militar que se considerasen a sí mismos a la altura del puesto. Sin embargo, nadie se atrevió a hacerlo.

En ese momento, con el pueblo reunido en el Campo de Marte para votar, el joven Escipión subió a un estrado, de modo que todo el mundo pudiera verlo, y se ofreció voluntario para recibir el mando. En medio de aclamaciones, se procedió con la votación: Escipión fue elegido por todas y cada una de las centurias, un hecho inusitado.

Todo el procedimiento era irregular. De entrada, es extraño que la asamblea votara una promagistratura, pues ya hemos dicho que

esos puestos los otorgaba el Senado. El relato hace pensar que había algo precocinado en todo lo que ocurrió. La familia de Escipión era muy influyente, y es posible que el joven se hubiera servido de sus partidarios para evitar que nadie más se presentara al mando. También es cierto que a esas alturas todos en Roma debían de saber que Hispania era el lugar donde Cartago era más poderosa. Puede que eso, más la lejanía y la dificultad ocasional para recibir suministros, hicieran aquel mando menos apetitoso que otros.

Por otra parte estaba la edad de Escipión, tan solo veinticuatro años, muy lejos de los treinta y ocho mínimos para pretor y los cuarenta para cónsul. Dentro del *cursus honorum* únicamente había desempeñado la magistratura de edil curul, un puesto civil. Aun así, contaba con experiencia militar en escenarios señalados. Había participado en la batalla de Tesino, donde auxilió a su padre herido, y en la batalla de Cannas, donde sirvió como tribuno y, en medio del desastre, logró reorganizar a un grupo de supervivientes.

Además, las muertes de su padre y su tío lo habían convertido en jefe de la familia de los Escipiones, lo que significaba heredar una vasta red de influencias. Muchas de las cuales, y eso es lo que importa aquí, se hallaban en Hispania, donde sus familiares llevaban años entretejiendo esa red a fuerza de favores y relaciones personales.

Como se había demostrado con la familia de Aníbal y mucho más tarde se comprobaría durante la guerra entre César y Pompeyo, las tribus hispanas tendían a establecer vínculos no con el Estado romano, un ente abstracto y lejano, sino con líderes individuales. Y esos vínculos personales se heredaban.

Por último, hay que tener en cuenta la personalidad de Escipión. Todos los retratos que se nos hacen del personaje invitan a pensar que irradiaba un gran carisma. Como explica Livio (26.19), poseía desde muy joven el arte de resaltar sus cualidades, lo que ahora podríamos llamar *automarketing*. Sabía aprovechar, además, la religiosidad de sus conciudadanos, a los que presentaba sus actos y decisiones como si se los inspirara la divinidad o se le presentaran en sueños. Eso no quiere decir que lo hiciera de forma cínica; en las novelas históricas se suele —o solemos— presentar a muchos personajes de forma anacrónica, explotando la superstición de los demás como si ellos mismos fueran filósofos racionalistas y ateos. Es

muy posible que el mismo Escipión se hallara convencido de que estaba tocado por la mano de la divinidad, como más de un siglo después le ocurriría a Sertorio, otro de los protagonistas de esta historia.



Escipión llegó a Hispania en el verano de 210, con una flota de treinta quinquerremes. Al igual que su tío, desembarcó en Ampurias, acompañado por el veterano Junio Silano, que ostentaba el cargo de propretor. De ahí se dirigió por tierra a Tarraco, mientras la flota seguía su navegación. Entre las tropas que quedaban allí y las que traía —diez mil infantes y mil jinetes— el joven general contaba con algo más de treinta mil hombres. No se trataba de una gran cifra para un territorio tan extenso, máxime teniendo en cuenta que en Hispania había tres ejércitos enemigos, cada uno de ellos de un tamaño parecido al de Escipión. No obstante, hay que tener en cuenta que el número de tropas que importa es el que se puede poner en el campo de batalla en un lugar determinado, y juntar y manejar de forma simultánea a esos tres ejércitos habría resultado casi imposible.

A la sazón, Giscón era el general que se encontraba más lejos, en Lusitania. Magón estaba en el territorio de los conios, entre la provincia de Cádiz y el Algarve. El ejército más cercano era el de Asdrúbal, en Carpetania, a unos diez días de marcha de los romanos.

Escipión pasó el invierno en Tarraco. Durante los meses de mal tiempo trató con tribus locales y, tal como él mismo explicó en una carta que escribió a Filipo V de Macedonia veinte años después, se dedicó a hacer averiguaciones sobre sus enemigos. En realidad, desde que tenía pensado presentarse al puesto, estando todavía en Roma, había recopilado información sobre las causas de la traición de los mercenarios celtíberos, el grado de lealtad que se podía

esperar de las tribus al norte del Ebro y las disputas que existían entre los tres generales cartagineses.

Buena parte de estas disensiones internas tenían que ver con el modo de tratar a los aliados hispanos. Giscón, llevado por la codicia, se estaba dedicando a extorsionar a Indíbil, pese a la ayuda que este les había brindado en la batalla contra Publio Escipión. El caudillo ilergete tuvo que entregarle como rehenes a sus hijas, una humillación que no contribuyó a la popularidad de la causa púnica en Hispania. Escipión pensó enseguida en aprovecharse de aquella circunstancia.

Lo que no se planteaba el joven general era cometer el mismo error en el que habían caído su padre y su tío dividiendo el ejército y quedando en inferioridad numérica. Se le ofrecía otra posibilidad: actuar como el hermano Horacio superviviente en el duelo legendario de los Horacios contra los Curiacios, enfrentándose a sus enemigos de uno en uno. Ahora bien, por mucha rivalidad que existiera entre los tres generales púnicos, no iban a esperar sin más a que Escipión los fuese derrotando. Como ocurría en las guerras antiguas, nada los obligaba a aceptar la batalla por más que el procónsul se la ofreciera. El primero al que atacase podía limitarse a aguardar fortificándose en alguna posición segura y esperar los refuerzos de los otros generales, lo cual dejaría a Escipión entre dos frentes.

Existía una tercera posibilidad. Un plan de acción sumamente audaz, un movimiento que podía decidir el curso de una guerra. Pero todo dependía del secreto, y por eso Escipión no se lo confió más que a una persona, su legado e íntimo amigo Cayo Lelio.

En primavera, dejando a Silano al mando de una guarnición, Escipión cruzó el Ebro con veinticinco mil infantes y dos mil quinientos jinetes. Sus hombres pensaban que iba a atacar a alguno de los tres ejércitos púnicos. Él mismo contribuyó al engaño, diciéndoles que los generales cartagineses estaban enemistados y que, por tanto, se los podía vencer por separado.

Al mismo tiempo, la flota de treinta y cinco quinquerremes partió hacia el sur. La dirigía Lelio, el único al que Escipión había informado de sus verdaderas intenciones. El legado tenía órdenes de viajar despacio e incluso de dar rodeos para no adelantar al ejército de tierra. (Una flota siempre avanzaba más rápido, a no ser que

tuviera los vientos y el mar en contra). La idea era que las tropas de tierra y la armada alcanzaran al mismo tiempo su destino.

Que no era otro que Cartago Nova. La auténtica joya de la corona del poder púnico en Hispania.

LA CAMPAÑA DE CARTAGO NOVA

Según Livio (26.41), Escipión llegó a la ciudad seis días después de cruzar el Ebro. Considerando que hay una distancia de 550 kilómetros, la proeza se antoja imposible incluso para legionarios romanos acostumbrados a hacer marchas forzadas. Unas etapas de 30 kilómetros de media ya habrían resultado lo bastante duras, máxime considerando que todavía no existían calzadas romanas en la región; si bien es cierto que sus tropas avanzaban por la zona costera, menos agreste tanto por el relieve como por los pueblos que la moraban. (Con el tiempo se construiría en esa región la Vía Augusta, sobre una ruta ibérica tradicional). Hay que pensar que los seis días deben contarse desde Sagunto o bien que, simplemente, se trata de un error de los textos.

Tomar una ciudad amurallada al asalto o por asedio no representaba una tarea sencilla. Lo primero que necesitaba el ejército sitiador era dominar los alrededores. Para Escipión era imperativo que ninguno de los generales púnicos acudiera en auxilio de la ciudad. De ahí el extremo secreto con que lo había planeado todo. Si hubiera revelado sus planes al cruzar el Ebro, un espía montado a caballo habría podido llegar a Toletum en siete u ocho días a lo sumo y darle la noticia a Asdrúbal Barca.

El plan de Escipión sorprendió no solo a sus propios hombres cuando por fin se lo confesó, sino también, algo mucho más importante, a sus adversarios. Los generales púnicos debían de pensar que los romanos no se atreverían a atacar una ciudad con unas defensas naturales y artificiales tan formidables, por lo que Cartago Nova se hallaba relativamente desprotegida. El comandante de la guarnición, Magón —otro Magón, no el general que estaba en el territorio de los conios— contaba únicamente con mil militares

profesionales. Había un gran número de hombres en la ciudad, pero eran marineros del puerto, pescadores, albañiles o artesanos de las abundantes manufacturas de Cartago Nova, sin apenas experiencia militar. Magón disponía de armas para equipar a unos dos mil hombres más, a elegir entre los ya mencionados y los ciudadanos acomodados que no desempeñaban trabajos menestrales.

De todo esto había procurado enterarse Escipión, así como de la situación de las defensas de la ciudad. Aunque ya hemos hablado un poco de la topografía de Cartago Nova a raíz de su fundación, no estará de más describirla con algo más de detalle.

En aquel entonces, Cartago Nova estaba asentada en una península, unida en su parte oriental a tierra firme por un tómbolo o lengua de tierra de apenas cuatrocientos metros de anchura. Al sur se hallaba el puerto, protegido por un islote, por lo que las aguas se hallaban siempre encalmadas. Al oeste también la rodeaba el mar, y al norte había una laguna comunicada con el Mediterráneo. Esta laguna, que aparecía en los mapas como Almarjal, fue desecada en el siglo XX. (Almarjal fue el nombre del campo de fútbol del Cartagena hasta 1987). La laguna no era excesivamente profunda, pero sí lo suficiente para que los pescadores faenaran en ella con sus botes. De sus oscilaciones de profundidad hablaremos en breve.

La propia ciudad interior tenía forma de cuenco, rodeado por cinco elevaciones en las que se levantaban templos y palacios. El historiador Polibio enumera sus nombres adaptándolos de la lengua púnica a su propio idioma, el griego: Hefesto (quizá el dios fenicio Kusor), Aletes (¿un héroe hispano?), Cronos (Baal), Asclepio (Eshmun) y un quinto cerro dedicado a Asdrúbal el Bello, en el que se alzaba el fastuoso palacio construido por el difunto cuñado de Aníbal. Todo este recinto, además, se hallaba rodeado por altas murallas.

Tomar tal bastión se antojaba una tarea formidable. Para colmo, el ejército cartaginés más cercano, el de Asdrúbal Barca, se encontraba a apenas diez jornadas de marcha. Escipión no tenía tiempo que perder. Si quería resolver el asedio a su favor necesitaba superioridad numérica, y únicamente podía contar con ella unos cuantos días.

Al mismo tiempo que la flota de Lelio entraba en la bahía,

desguarnecida de barcos de guerra, los legionarios y aliados plantaron el campamento en el istmo situado al este. Con el fin de facilitar y acelerar las entradas y salidas de sus propios hombres, Escipión no se molestó en fortificar el lado del campamento orientado a la ciudad. Eso demuestra que no tenía demasiado miedo de las posibles salidas de los defensores, lo que a su vez implica que había recibido información fidedigna sobre su escaso número.

Por comparar con otro asedio, cuando Julio César cercó la ciudad de Alesia en 52 a. C. hizo que sus soldados levantaran empalizadas, terraplenes y obras defensivas por ambos lados. Temía tanto la llegada de las tropas exteriores de refuerzo como las salidas de los defensores sitiados dentro de Alesia. En cambio, a Escipión solo le preocupaba que lo atacaran desde fuera, y por eso había empalizada y doble foso únicamente en el lado exterior.

El mismo día de su llegada, Escipión situó a la flota en el puerto, al sur de la ciudad, y ordenó a los capitanes de los barcos que prestasen suma atención a las guardias nocturnas. «Al principio del asedio es cuando el enemigo intenta las maniobras más audaces», les advirtió. Dada su juventud, este conocimiento le provenía más de las lecturas —por ejemplo, la *Poliorcética* de Eneas Táctico— que de la experiencia. Después arengó también a sus tropas de tierra, explicándoles la importancia de la presa que tenían ante ellos. En Cartago Nova había rehenes de muchas tribus hispánicas, más buena parte del tesoro con que los cartagineses pagaban a sus ejércitos, por no hablar de numerosas máquinas de guerra. La propia ciudad, con su situación estratégica y su magnífico puerto, era el mayor trofeo que podían conquistar.

Para animar a sus hombres, Escipión les contó que Neptuno, dios de los mares, se le había aparecido en sueños y le había sugerido aquel plan aparentemente descabellado de tomar Cartago Nova. «Cuando llegue el momento —terminó—, su ayuda será tan evidente que nadie podrá dudar de ella».

Mientras tanto, Magón llevaba a cabo sus propios preparativos. De los mil soldados profesionales que tenía a su disposición, llevó a la mitad al noroeste, a la colina de Asdrúbal, conocida hoy como cerro del Molinete, con la misión de defender el palacio y la acrópolis. A los otros quinientos los apostó en la colina de Asclepio o Eshmun, junto al mar por la parte sur. En cuanto a la milicia

ciudadana de dos mil hombres reclutados a toda prisa, los concentró en la puerta este de la ciudad, allí donde se podía esperar el primer ataque de los romanos.

¿Por qué llevar a los soldados menos experimentados al lugar donde era previsible que empezara la acción? Algunos autores opinan que Magón confiaba más en los milicianos, que se jugaban su ciudad y las vidas de sus familias, que en los mercenarios. Mi opinión es la contraria: los profesionales, guerreros de élite, eran más difíciles y caros de reemplazar, por lo que Magón prefería reservarlos para el final, únicamente en caso de que la situación llegara a ser desesperada. Era mejor «gastar» tropas ciudadanas de menor calidad mientras aguardaba a que llegaran refuerzos del exterior.

Al amanecer del día siguiente, Escipión ordenó a Lelio que fondeara la flota frente a la muralla sur. Aunque los autores que relatan el asedio, Polibio y Tito Livio, no dan muchos detalles, es de suponer que las máquinas de guerra a bordo de las naves empezaron a batir la muralla con todo tipo de proyectiles, mientras los defensores del monte de Asclepio respondían con sus propias catapultas y balistas.

Pero la acción principal se llevó a cabo en la parte oriental. Allí, Escipión lanzó el primer ataque a la tercera hora del día, que se correspondería con las nueve de la mañana si lleváramos el horario solar. En una primera oleada, a toque de corneta, envió dos mil soldados para acompañar a los hombres que llevaban las escalas de asalto.

Sin duda, los atacantes esperaban una defensa encarnizada en las murallas, pero no lo que en realidad sucedió: las puertas se abrieron de repente y los dos mil ciudadanos armados salieron en tropel contra ellos.

Estas salidas repentinas de los sitiados, si estaban bien realizadas, a veces sorprendían y ponían en fuga a los sitiadores, sobre todo si estos avanzaban con las líneas muy abiertas. Así venció Julio César alguna batalla en la guerra de las Galias, y más adelante veremos que Viriato se sirvió asimismo de esta estratagema. El lugar no era malo para los defensores, puesto que ofrecía un campo de batalla estrecho, en que los dos mil cartagineses —o cartageneros, por diferenciarlos de los ciudadanos

de la Cartago africana— podían luchar contra un número similar de enemigos.

La salida no rindió el efecto esperado por los defensores, debido a que las tropas de Escipión se hallaban bien aleccionadas y eran muy disciplinadas. Aunque durante un rato se trabó una cruenta refriega en el tómbolo, se trataba de una batalla desigual. Según Polibio (10.12), los defensores habían atravesado a la carrera dos estadios, más de trescientos metros, para llegar al frente donde se estaba librando el combate, mientras que los romanos lo tenían prácticamente a la salida de su campamento, por lo que podían recibir refuerzos constantes. (Los legionarios eran afamados por su habilidad para relevarse en primera línea de combate, aunque se sigue debatiendo la mecánica exacta con que llevaban a cabo estos relevos). Esto puede significar que Magón había lanzado a sus defensores anticipándose al asalto, o que Escipión había hecho retroceder a sus hombres ordenadamente hasta el borde de su campamento.

Fuere como fuere, la fatiga y el desánimo cundieron entre los combatientes púnicos, que no tardaron en retirarse hacia la muralla. Cuando intentaron entrar por las puertas, se organizó ante ellas una montonera en la que muchos perecieron pisoteados por sus compañeros, mientras que los de las últimas filas eran masacrados por sus perseguidores romanos.

En el adarve, el desaliento se extendió también entre los mismos defensores que unos minutos antes jaleaban la salida de sus compañeros. Hubo muchos de ellos que abandonaron sus puestos, por lo que los atacantes romanos lograron llegar hasta el pie de la muralla y tender las escalas. Escipión los acompañaba en persona para impartir instrucciones y levantarles la moral con su ejemplo. Sin duda tenía presente lo que le había ocurrido en Sagunto al espejo en que se miraba, su archienemigo Aníbal, que por arrimarse demasiado al muro había recibido un lanzazo en un muslo. Por eso lo acompañaban hasta tres escoltas que cubrían con sus escudos prácticamente todos los ángulos por los que podía alcanzarlo algún proyectil.

Al ver las escalas apoyadas en el muro, los defensores acudieron para evitar que los legionarios pusieran pie en el parapeto. Les devolvió ciertos ánimos comprobar que algunas de aquellas escalas

se partían, porque eran muy altas y además estaban trepando demasiados soldados a la vez por ellas y no aguantaban tanto peso. Como explica Polibio (10.13), la muralla era tan alta que los asaltantes tenían que poner la escalera casi en vertical, lo que hacía que algunos sufrieran mareos al ascender.

Muchos de los cascos romanos, como el del tipo llamado Montefortino, estaban reforzados con un reborde en la parte posterior para proteger la nuca, el punto más vulnerable para un soldado que ascendía por una escala mirando a la pared mientras rezaba a todos los dioses para que no cayera de arriba un pedrusco, arena caliente o aceite hirviendo. Los más audaces treparían mirando a las alturas, pero eso dejaría sus rostros vulnerables a cualquier impacto.

Escalar una muralla no era algo hecho para pusilánimes. Por eso una de las condecoraciones más valoradas por los romanos era la *corona muralis*, que se concedía a aquel soldado que pisara el primero el parapeto enemigo. En aquella ocasión el galardón debió de quedar desierto, por culpa de las escalas que se rompían y las que tiraban abajo los defensores empujándolas con largos palos en forma de horca, tal como recomendaba el autor Eneas Táctico. (Esta técnica se puede ver también en películas históricas o de fantasía, como en la batalla del Abismo de Helm de *Las dos torres*).

¿Era tan alta la muralla de Cartago Nova? Seguramente por la parte que daba a tierra sí. Se han excavado sectores entre los montes de Despeñaperros y San José, en la zona del antiguo istmo donde se libró la refriega que estamos narrando. Los restos muestran que había dos paramentos de piedra arenisca, con un espacio entre ellos de más de cinco metros, y espacios interiores para alojar al cuerpo de guardia y almacenar armas y herramientas. En algunos puntos se conserva una altura de más de tres metros, pero la anchura de la base permite suponer que aguantaba suficiente peso como para elevarse mucho más. La mayor parte de esa altura sería de adobe, que parece ser que estaba enlucido con cal, lo que daba a la muralla un vistoso color blanco, disimulaba las imperfecciones y protegía al adobe de la humedad, su mayor enemigo.

Según Polibio, el asalto se prolongó muchas horas. No está tan claro que fuese así, pues todos los estudios modernos subrayan que

los combates cuerpo a cuerpo no podían durar demasiado tiempo debido al esfuerzo extremo, al calor, al peso de las armas y al efecto de la propia adrenalina, todo lo cual elevaría las pulsaciones de los contendientes a doscientas por minuto o más. Es más factible suponer que se produjo una serie de asaltos, retiradas, momentos de descanso y nuevos ataques. En cualquier caso, al final del día los romanos se retiraron, y la muralla de Cartago Nova todavía resistía.



Cartago Nova, al igual que Sagunto, había superado el primer asalto frontal. Los defensores estaban agotados, pero eufóricos. Las ciudades que resistían de aquella manera la primera ofensiva solían aguantar asedios de semanas o meses.

Escipión no disponía de semanas, ni mucho menos de meses. Lo último que deseaba era ver aparecer por el horizonte una espesa nube de polvo anunciando la llegada del ejército de Asdrúbal Barca.

Así que no aguardó ni siquiera veinticuatro horas.

A diferencia de Magón, él contaba con tropas frescas de sobra para lanzar otra ofensiva. Además, sabía que un nuevo ataque tan pegado al primero minaría la moral de los defensores.

Y todavía contaba con la estratagema que, según él, le había revelado Neptuno.

Cuando empezó a caer la oscuridad, Escipión envió una nueva oleada de asaltantes contra la puerta oriental. (Sigo aquí a Polibio y no a Livio, que habla de mediodía). Para su desmayo, los defensores se encontraron con una segunda ofensiva cuando apenas se creían libres de la primera. No obstante, acudieron a las murallas para rechazar a los enemigos y la batalla se renovó.

Previamente, y a escondidas de los defensores, Escipión había enviado a quinientos hombres provistos de escaleras al extremo de la laguna que rodeaba la ciudad por el norte. Fue allí y entonces cuando llegó la ayuda prometida por Neptuno. Como si del Mar

Rojo ante Moisés se tratara, las aguas de la marisma empezaron a retroceder de forma misteriosa. Los quinientos soldados escogidos, arengados previamente por Escipión y ayudados por guías locales, se metieron en la laguna confiados en que, pese a las armas, no se hundirían tanto como para ahogarse. De este modo pudieron llegar hasta el pie del sector norte de la muralla, que se hallaba desguarnecido tanto por la protección que, supuestamente, brindaba el marjal como porque a poca distancia, en el sector este, se libraba una rabiosa y estridente batalla.

Sin perder ni un minuto, los quinientos soldados tendieron las escalas y, sin oposición ninguna, se encaramaron al muro. Desde ese punto corrieron hacia el este por el camino de ronda, barriéndolo de enemigos. Es de suponer el desconcierto que sentirían los defensores al ver que por su izquierda, cargando por el estrecho adarve —lo bastante ancho, no obstante, como para permitir un frente de cinco o seis hombres—, aparecía de la nada un nuevo tropel de enemigos.

Tras un breve combate en las alturas, los recién llegados se apoderaron también del sector este, lo que permitió que sus compañeros treparan con seguridad por las escalas. Además, muchos de ellos bajaron por la parte interior del muro y desde allí abrieron las puertas. Los atacantes de fuera, muchos de los cuales se habían arrimado a la muralla formando con sus escudos la famosa *testudo* o tortuga, empezaron a entrar en masa.

En ese momento la batalla se convirtió en masacre. Como cuenta Polibio (10.15, traducción de Manuel Balasch para Gredos):

> Publio Escipión […] envió, según la costumbre de los romanos, a la mayoría contra los de la ciudad, con la orden de matar a todo el mundo que encontraran, sin perdonar a nadie; no podían lanzarse a recoger botín hasta oír la señal correspondiente. Creo que la finalidad de esto es sembrar el pánico. En las ciudades conquistadas por los romanos se pueden ver con frecuencia no solo personas descuartizadas, sino perros y otras bestias.

Este fragmento, que yo mismo incluí en *Roma victoriosa*, se suele utilizar como demostración de la especial agresividad y crueldad de los romanos. En realidad, no creo que las tropas de

Aníbal hubieran sido menos crueles al entrar en Sagunto, ni que cuando una tribu hispana asaltaba la ciudad o la aldea de otra se portara con más miramientos.



Asalto a las murallas de Cartago Nova desde el marjal.

En lo que solían distinguirse los romanos era en su método y su disciplina. De ahí la orden de Escipión de no precipitarse a por el botín. Lo hacía por dos motivos: porque si los soldados se dispersaban por las casas para saquear, serían más vulnerables a contraataques de los defensores, y también porque podían aprovechar para esconderse monedas, joyas o vajillas de oro y plata en lugar de aportarlas al botín común.

Escipión en persona tomó a mil soldados consigo y se dirigió a la colina de Asdrúbal, donde Magón resistía con los quinientos mercenarios escogidos. Tras un rápido intercambio de mensajeros,

el general cartaginés rindió oficialmente Cartago Nova. En ese momento, Escipión ordenó a los cornetas que tocaran la señal para interrumpir la matanza. Había llegado el momento de saquear, pero de hacerlo de forma equitativa.



Antes de seguir hablando del botín, hay una cuestión por la que hemos pasado de puntillas. ¿En qué consistió la misteriosa ayuda de Poseidón que permitió asaltar la muralla norte?

Según Polibio (10.8), la laguna que había al norte de la ciudad estaba llena de fango y se podía vadear por muchas partes, pero sobre todo a la hora del crepúsculo, pues normalmente se producía un reflujo de las aguas. La palabra que utiliza el autor,
α’ποχω’ρησις,
es la misma que se emplea en otros contextos para «retirada», refiriéndose a tropas. ¿A qué podía deberse este fenómeno?

En lo primero que cabe pensar es en la marea. Pero las del Mediterráneo son bastante débiles: cuando la flota de Alejandro Magno en la India se topó con las mareas oceánicas, mucho más amplias, sus hombres se quedaron asombrados. Si uno consulta la oscilación actual de la marea en Cartagena (*tablademareas.com*), puede comprobar que la oscilación de bajamar a pleamar puede llegar a cuarenta centímetros. En Gijón, por poner un ejemplo familiar para cualquiera que haya recorrido la playa de San Lorenzo, la oscilación máxima alcanza casi cinco metros. Es decir, unas doce veces más; un efecto que en horizontal, supone una diferencia dramática. Hay casos más exagerados: en el célebre Monte Saint-Michel el coeficiente de marea pasa de los quince metros, lo que en horizontal se traduce en una distancia de cientos de metros.

Como se ve, la marea por sí sola no podría explicar este reflujo en la zona de Cartagena. Sin embargo, que nos transmita esta

historia un historiador tan serio como Polibio, que pudo consultar documentos del propio Escipión y que visitó personalmente la ciudad, hace pensar que algo de verdad había en ella.

Una posibilidad es que en la laguna hubiera algunas zonas semivadeables que, con el efecto de la marea sumado al de algún viento local, ofrecieran una vía practicable para los hombres de Escipión, siempre que estos contaran con la ayuda de guías locales.

Del viento habla precisamente Livio (26.45). Según él, un fuerte aire del norte impulsó el agua de la marisma sumándose a la bajamar, por lo que el agua llegaba en esos vados tan solo al ombligo, e incluso en ciertos puntos apenas alcanzaba las rodillas. Aunque él habla de mediodía, si sumamos lo que cuenta a la versión de Polibio, que sitúa la acción al anochecer, podríamos pensar en el viento terral, que se levanta por la noche a la orilla del mar. La razón es que el agua conserva más tiempo el calor recibido durante el día, por lo que la masa de aire situada encima del mar se eleva y deja su lugar al aire más frío que proviene de tierra adentro. Tal vez este terral, o algún otro viento estacional, fuese más fuerte y previsible localmente.

La suma del viento con la marea podría hacer que el nivel del agua bajara un par de palmos. Eso habría sido suficiente para los soldados de Escipión: en ciertos puntos, la diferencia entre hacer pie y no hacer pie.

Cito aquí el atinado comentario de Manuel Balasch, traductor de Polibio para la Biblioteca Clásica Gredos, en su nota 44 al libro X:

> La solución más cómoda es pensar que lo del reflujo es una leyenda. Pero las fuentes de Polibio son fidedignas y todas hablan de este reflujo, del que es difícil pensar que es algo inventado […]. No hay razones para pensar que Escipión no lanzó el ataque decisivo aprovechando el reflujo, que podía producirse por los vientos de una determinada época del año, cosa sabida por Escipión y anunciada a sus soldados como una profecía de Neptuno para darles moral […]. Escipión se exponía a que, precisamente en el día del asalto, los vientos no soplaran y que no se produjera el reflujo, pero el riesgo, que no pasó de tal, se debía correr […]. Todo lo expuesto hasta aquí […] atestigua la extrema seriedad de Polibio como historiador, la destreza de Escipión el Africano, su audacia (no su temeridad) como militar y su

religiosidad pragmática, lejos de todo misticismo.

EL BOTÍN DE CARTAGO NOVA

Al día siguiente de la caída de la ciudad, el botín se repartió en la plaza principal. El procedimiento, que Polibio explica con cierto detalle (10.16), es muy interesante, y se repetiría infinidad de veces durante la conquista de Hispania por los romanos.

A la hora de coger el botín, los tribunos escogían cierto número de soldados de cada unidad. En el caso de una ciudad tan importante como Cartago Nova, este número podía llegar hasta la mitad, pero nunca superarla. Los demás permanecían en formación, alerta y con las armas preparadas ante cualquier posible eventualidad.

Una vez recogido el botín y apilado en un sitio bien visible —en este caso, en la plaza de Cartago Nova—, los saqueadores regresaban con sus unidades. Entonces se procedía a la valoración y posterior venta de los objetos. La parte correspondiente a los soldados se dividía de forma equitativa, no solo entre los encargados del saqueo en sí, sino también entre los que habían vigilado el proceso, los vigías del campamento, los enfermos y los soldados que en aquel momento estuvieran ausentes en cualquier misión.

¡Gente organizada los romanos, incluso para saquear! Esto era más importante de lo que parece, pues la esperanza de botín constituía una de las mayores motivaciones de los soldados. Que los romanos se contuvieran de lanzarse al saqueo y aguardaran en formación se debía a que estaban convencidos de que recibirían su parte. Esto no ocurría con otros pueblos y, por ese motivo, en algunas ocasiones un ejército que había vencido de primeras una batalla se desorganizaba tanto a la hora del pillaje que sufría un contraataque del enemigo supuestamente derrotado y lo echaba

todo a perder.

Sobre el botín, quien ofrece más detalles es Livio (26.47). Había 276 pateras de oro de casi medio kilo de peso cada una de media, unas seis toneladas de plata acuñada y en lingotes, e innumerables piezas de vajilla del mismo metal. En provisiones, unas dos mil quinientas toneladas de trigo y una cantidad algo inferior de cebada. Además, 63 naves mercantes capturadas en el puerto con sus cargamentos: grano, armas, hierro y bronce en lingotes, velas, esparto… También cayeron en poder de Escipión 120 catapultas grandes, 281 pequeñas, 23 balistas de gran tamaño y muchísimos escorpiones. Amén de 64 estandartes, que podrían parecer la presa objetivamente menos valiosa desde nuestro punto de vista, pero que los romanos valoraban como el más preciado trofeo.

Hablando de trofeos, ese día se entregaron también las condecoraciones. La más valorada en aquella ocasión era la *corona muralis*. Como en el caos de la batalla resultaba difícil saber con certeza quién trepaba el primero a la muralla, la cuestión se tuvo que dirimir. Dos hombres se presentaron para reclamar la corona: Quinto Trebelio, centurión de la Cuarta Legión (en esta época las unidades se organizaban y desmantelaban constantemente, de modo que no heredaban la numeración), y Sexto Digicio, soldado de marina. La presencia de este último puede indicar que por la parte sur de la muralla el ataque de la flota había prosperado también, aunque los cronistas no pongan el foco de su narración en este episodio; otra posibilidad es que entre los quinientos hombres que cruzaron la marisma hubiese infantes de marina.

La cuestión se enconó tanto que estuvo a punto de organizarse una trifulca entre ejército y flota. Para evitarlo, Escipión nombró tres árbitros que llevaron a cabo una investigación con testigos. Todo esto demuestra que las condecoraciones eran un asunto que los romanos se tomaban sumamente en serio.

No obstante, para inquietud de Escipión, la situación no tardó en degenerar: una rivalidad que podía ser incluso sana se estaba convirtiendo en odio. Ambos bandos estaban dispuestos a jurar por los dioses que su hombre había escalado el muro el primero y a defender, en palabras de Livio, «no aquello que sabían que era cierto, sino aquello que deseaban que lo fuese» (26.46). Esta frase podría ser perfecta para retratar las banderías políticas de hoy día.

Finalmente, Escipión tomó una decisión salomónica y concedió la corona mural a ambos.



No hay que olvidar el botín humano que reportó la caída de Cartago Nova. Cuando condujeron ante Escipión a los prisioneros, cerca de diez mil, el general liberó a los ciudadanos, lo cual hace pensar que la masacre inicial no debió de ser tan terrible como el relato de Polibio sugiere.

A los artesanos de condición inferior, probablemente iberos que no poseían la ciudadanía de Cartago Nova, Escipión los convirtió en esclavos públicos, aunque prometió liberarlos a la larga si colaboraban con el esfuerzo bélico de Roma. En cuanto a los cautivos que vio en mejor forma física, los mezcló con las tripulaciones de remeros de su flota, también con la promesa de la libertad si ayudaban a derrotar de forma definitiva a los cartagineses. Gracias a eso y al número de barcos capturados en el puerto, Escipión incrementó el número de naves y dotaciones en un cincuenta por ciento.

El destino de los prisioneros nobles fue muy distinto. Entre ellos se encontraban Magón —comandante de la guarnición—, dos importantes consejeros de Cartago y quince miembros del *adirim*. A todos ellos Escipión los envió a Roma custodiados por Cayo Lelio, a quien encargó también que anunciara aquella gran victoria al Senado y el pueblo.

Por último, estaba el caso de los rehenes de las tribus hispanas. Entre adultos y niños había unos trescientos. Cuando los condujeron ante Escipión, una mujer se separó del grupo y se arrodilló a sus pies en gesto de suplicante para pedirle que los trataran tanto a ella como a sus hijos y sobrinos mejor de lo que los habían tratado los púnicos. Se trataba de la esposa de Mandonio, hermano del líder ilergete Indíbil.

Escipión, sin duda en una imitación consciente de Alejandro cuando este se mostró tan caballeroso con la madre y con la esposa de su rival Darío, hizo que la mujer se levantara y le prometió que los trataría a todos como si fueran su propia familia. Tanto el texto de Polibio como el de Livio dejan entrever que los cartagineses habían abusado de las rehenes.

Escipión liberó directamente a los niños, no sin antes regalarles joyas y armas valiosas, y a los rehenes de más edad les prometió enviarlos de regreso con sus tribus si estas se hacían amigas de Roma. Es decir, estaba pactando una alianza sin necesidad de guardarse prisioneros. Este gesto lo congració con muchas tribus hispanas. Para complementarlo, cuando le ofrecieron una bella cautiva a modo de concubina y él descubrió que era la prometida de un noble celtíbero llamado Alucio, hizo venir a este y le entregó a la joven. Esto último lo narra Livio (26.50) con un estilo que recuerda a las novelas amorosas imbricadas en el primer volumen del *Quijote*.



De todas las presas obtenidas, la más valiosa era la misma ciudad. Gracias a su situación, la hegemonía de Roma en el mar se afianzó todavía más. Sobre todo, la República pasó a controlar las salinas y las minas de plata. Con ello, no solo aumentaba sus fondos, sino que asestaba un severo golpe a los cartagineses, que dependían de la sal y la plata para pagar a sus mercenarios.

La toma de Cartago Nova cimentó el prestigio creciente del joven Escipión. Había demostrado que era un general previsor y carismático y que los mismos dioses se hallaban de su parte. Por fin los romanos encontraban a un comandante a la altura de Aníbal y, de paso, superaban la barrera del Ebro que los retenía desde que las primeras legiones se plantaran en Ampurias. Aunque el viaje desde Tarraco hasta Cartago Nova no fuese el cruce de los Alpes, también

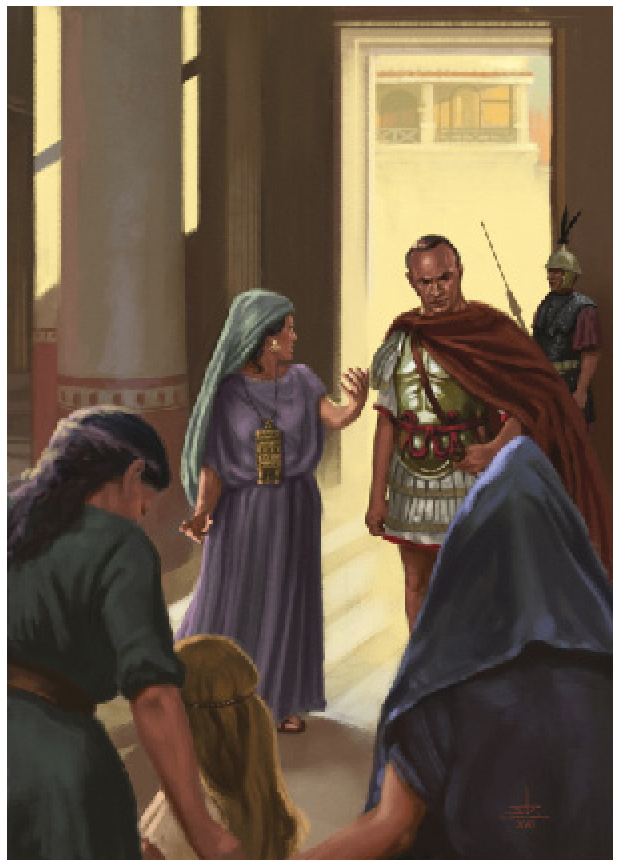
se trataba de un movimiento de gran audacia. Y, mientras que Aníbal había fracasado al asediar ciudades de Italia como Cumas, Nola o Neápolis, Escipión había conseguido conquistar en menos de cuarenta y ocho horas una fortaleza que se consideraba inexpugnable.

Gracias a la toma de Cartago Nova, Escipión tenía las espaldas cubiertas y se le abría el camino a la cabecera del valle del Guadalquivir, el siguiente paso en su empeño de arrebatarle Hispania a Cartago.

Durante el resto del año Escipión no llevó a cabo grandes operaciones. Para evitar que sus hombres se acomodaran a la molicie, situación que suponía uno de los mayores temores de todos los generales, los sometía a un intenso circuito de entrenamiento. El primer día les hacía correr entre cinco y seis kilómetros cargados de impedimenta, y el segundo limpiar a conciencia sus armas (un clásico, como saben todos los que han hecho la mili). Tras un día de descanso, al cuarto se combatía con armas de instrucción. Es particularmente interesante el texto de Polibio (10.20), pues nos dice que los legionarios entrenaban la esgrima con espadas cubiertas de cuero y con la punta embolada, y arrojaban sus jabalinas —los letales *pila*— también emboladas. Al quinto día, el circuito de entrenamiento comenzaba de nuevo. La flota, por su parte, llevaba a cabo sus propias maniobras.

Escipión pasó así un tiempo en Cartago Nova. Después dejó una guarnición en ella y se dirigió a Tarraco con el resto de sus fuerzas para pasar el invierno. Es de suponer que las instalaciones eran mejores, o que no quería perder el control del norte del Ebro y sus tribus; no sería por el clima, ya que el invierno en Cartago Nova habría sido más suave —medias invernales en torno a los doce grados— que en Tarraco —unos tres grados menos—. Al año siguiente, 208, Escipión volvió a entrar en acción. Cuando su amigo Lelio regresó de Roma, el joven procónsul disolvió la flota, puesto que no temía ningún peligro por mar. A los marinos más aptos para el combate los alistó en sus legiones, y de este modo acrecentó el número de sus tropas. Lelio le había comunicado la preocupación del Senado, que temía que Asdrúbal cruzara los Alpes y se uniera a Aníbal. Por tal motivo, el procónsul decidió tomar una táctica más

arriesgada y agresiva y dirigirse hacia la cuenca minera de la cabecera del Guadalquivir.



La mujer de Mandonio explica a Escipión la situación de los demás rehenes hispanos.

Sin duda, mientras Escipión viajaba al sur no dejaba de pensar en el destino sufrido por su tío y su padre unos años antes, cuando se aventuraron a un riesgo similar. Pero él no tenía la menor intención de dividir sus tropas. Confiaba en el favor de los dioses y en que sus nuevos aliados hispanos no desertarían como habían hecho aquellos mercenarios celtíberos de infausto recuerdo.

Su estrella en alza estaba provocando la adhesión de muchos pueblos que hasta entonces eran vasallos de Cartago y que se hallaban resentidos por la dureza con que los caudillos púnicos, sobre todo Giscón, los trataban en los últimos tiempos. Entre otros,

se pasaron al bando romano los ilergetes de Indíbil y Mandonio, agradecidos por haber recuperado a sus rehenes, y también Edecón, caudillo de los edetanos, un pueblo situado entre Castellón y Valencia.

Al ver estas defecciones en masa, Asdrúbal decidió que había llegado el momento de actuar. Además, la guerra iba mal en Italia, donde Aníbal estaba estancado y los romanos habían tomado la ciudad de Tarento, consiguiendo un botín incluso mayor que el de Cartago Nova. La situación era peor todavía en Sicilia, donde Siracusa había caído en manos de Marcelo pese a los ingenios defensivos creados por el gran Arquímedes.

Asdrúbal y los otros generales conferenciaron, directamente o por medio de mensajeros, con el fin de repartirse las tareas. Por segunda vez, Asdrúbal iba a intentar el viaje a Italia para llevarle a su hermano los refuerzos que necesitaba como agua de mayo. La misión de su hermano Magón sería reclutar más mercenarios y aliados, mientras Giscón controlaba el sur de la península para evitar nuevos avances de Escipión.

En primavera, Asdrúbal se enteró de que se acercaba Escipión.

Dispuesto a evitar que penetrara en el valle del Guadalquivir, tomó posiciones en Baécula, que la mayoría de los autores identifican con la zona de Bailén. El general cartaginés eligió un cerro con la cima plana, que tenía laderas abruptas a ambos lados y un río que protegía la parte de atrás. En dicha cima levantó un campamento para sus mejores tropas, mientras que a los aliados los dejó en una segunda explanada, una especie de terraza inclinada que se extendía por debajo de la primera. Se trataba de una posición fuerte, muy difícil de atacar, lo que extraña un poco si es verdad que quería plantarle batalla a Escipión tal como cuenta Livio (27.17). Es posible que Asdrúbal no estuviera tan decidido como cree el historiador, sino que aguardase a que aparecieran los otros dos generales o al menos uno de ellos.

Cuando llegó a las inmediaciones y estudió el terreno, Escipión envió una cohorte a ocupar el lugar por donde el río entraba al valle, y apostó otra en un camino que daba paso a toda aquella zona. De ese modo, si aparecían refuerzos cartagineses, podría retenerlos aprovechando las angosturas de aquellos accesos.

Durante dos días, Escipión aguardó a que Asdrúbal bajara del

cerro a plantarle cara. El hecho de que esto no ocurriera refuta la teoría de que el general púnico estaba deseando combatir. Asdrúbal tenía unos treinta mil hombres, mientras que el contingente romano ascendía a cerca de cuarenta mil gracias a sus aliados. Por tanto, parecía mucho más sensato por parte del general cartaginés esperar refuerzos. En el peor de los casos, si Escipión cometía la temeridad de atacarlo cuesta arriba en aquella posición tan fuerte, Asdrúbal confiaba en aprovechar la topografía del lugar para aniquilarlo y conquistar toda la gloria.

El peor de los casos se produjo, pero el resultado no fue el que esperaba Asdrúbal. Tras dos días de escaramuzas, temiendo que, en efecto, llegara otro ejército cartaginés y lo rodeara, Escipión decidió atacar. Mandó por delante a los vélites, sus soldados de infantería ligera, más unas cuantas unidades de legionarios de élite. Estos subieron la cuesta que llevaba a la primera terraza y, aunque recibieron una lluvia de proyectiles de la infantería ligera del enemigo y de los afamados honderos baleares, lograron poner el pie en la explanada y trabar combate cuerpo a cuerpo. A la refriega se unieron también esclavos del ejército, los llamados *calones*, que recogieron piedras del suelo para arrojarlas contra los enemigos.

Al ver lo que ocurría a sus pies y que su primera línea empezaba a perder terreno, Asdrúbal desplegó a sus tropas principales en el borde de la explanada superior, pensando que tras el primer ataque romano vendría una ofensiva general del grueso del ejército.

Pero ese ataque no era más que una maniobra de distracción.

Con la iniciativa y originalidad que lo caracterizaban, Escipión se había saltado el manual no escrito del general romano, que rezaba que había que colocar en el centro las tropas más experimentadas y fiables. Él, al contrario, había dividido las legiones y las alas de aliados itálicos en dos y las había enviado a los flancos: en la parte izquierda bajo el mando de Lelio y en la derecha bajo el suyo propio.

El combate que se libraba en la terraza inferior y el propio relieve del terreno hicieron que a Asdrúbal le pasaran inadvertidas las maniobras de Lelio y Escipión. Las alas romanas rodearon el cerro, cada una por un lado, y empezaron la ascensión de sus escarpadas faldas laterales. Que lo hicieran sin perder el orden ni la disciplina fue mérito del duro adiestramiento al que los había

sometido Escipión desde el primer momento, incluso durante los meses invernales.

Las líneas de Asdrúbal todavía no estaban formadas del todo cuando los hombres de ambos flancos se dieron cuenta de que habían aparecido nuevos enemigos en la posición que hasta ese momento habían creído inexpugnable. Y esos enemigos no venían de frente, como esperaban, sino por los lados.

Las formaciones cerradas —a no ser las que estaban tan entrenadas como las legiones de Escipión— eran vulnerables a esos ataques laterales, pues no podían cambiar de frente girando noventa grados sin más ni más sin desordenarse. Al ver que cundía el caos entre sus filas, Asdrúbal tomó todas las tropas que puedo reunir, el tesoro y los elefantes —que sin duda retardarían la maniobra, lo que hace pensar que no debió de tratarse tanto de una huida atropellada como de una retirada organizada—, y se dirigió hacia el norte.

También consiguió escapar el númida Masinisa, pero a cambio cayó cautivo su joven sobrino Masiva, que se había lanzado a caballo a la refriega desobedeciendo a su tío. Más tarde Escipión liberó a Masiva y lo envió de vuelta con Masinisa, lo que principió una relación de amistad con el jefe númida que resultaría decisiva para el desenlace de la guerra.

Tras la batalla, los romanos tomaron prisioneros a diez mil infantes y dos mil jinetes. El número de bajas púnicas no se especifica. Asdrúbal prosiguió su viaje hacia el norte, cruzó los Pirineos, la Galia y los pasos alpinos y, por fin, entró en Italia. Eso hace pensar que llevaba consigo más de la mitad de su ejército original, quizás incluso hasta dos tercios.

Por tanto, la batalla de Baécula no fue una victoria tan aplastante como la propaganda romana posterior intentó hacer creer, si bien es cierto que demostró por segunda vez el enorme talento del joven Escipión. Fue la primera ocasión en que utilizó a las tropas ligeras para distraer la atención del enemigo en el centro y a las pesadas para atacarlo por los flancos.

No sería la última.

Por temor a los otros dos generales, Escipión renunció a perseguir a Asdrúbal, limitándose a enviar una pequeña fuerza a los Pirineos para vigilar el avance de Asdrúbal, sin orden de

interceptarlo. Tal vez pensaba que el hermano de Aníbal haría menos daño en Italia, donde en aquellas fechas había hasta quince legiones desplegadas.

Gracias a su victoria, Escipión se apoderó de la cabecera del Guadalquivir. El espacio que tenían los cartagineses en Hispania se iba reduciendo paulatinamente. Y también el número de sus aliados, pues nuevas tribus acudieron a rendir homenaje al vencedor de Baécula. Sus caudillos incluso pretendieron proclamarlo rey, honor que Escipión se apresuró a rechazar: desde que tres siglos antes expulsaran al último monarca, Tarquinio el Soberbio, los romanos sentían una auténtica fobia por el término «rey». Sin embargo, sí permitió que sus hombres lo aclamaran como *imperator*, hecho que ocurrió por primera vez documentada en la historia de Roma. Este título, con el que las tropas saludaban a su general victorioso, acabaría convirtiéndose en el de emperador que hoy conocemos.



Durante el resto del año 208 el teatro de operaciones de Hispania se calmó un poco. A principios de 207 llegaron refuerzos de Cartago mandados por un nuevo general llamado Hannón (que no era Hannón el Grande, el rival de los Bárcidas, sino otro). Para incrementar aún más sus tropas y tomar ventaja sobre los romanos, Hannón y Magón viajaron a Celtiberia a reclutar mercenarios. Al enterarse, Escipión envió contra ellos a diez mil quinientos hombres al mando de su legado Silano.

Cuando se aproximaba al enemigo, Silano se enteró de que este se había repartido en dos campamentos. En uno de ellos, situado a la derecha de su ruta, se acantonaban los cartagineses. En el otro, emplazado a la izquierda, estaban los nueve mil reclutas celtíberos —*tirones* o novatos es el término que utiliza Tito Livio (28.1)— a los que Hannón y Magón pretendían alistar.

Los exploradores informaron a Silano de que el campamento púnico se hallaba perfectamente defendido, con medidas de vigilancia similares a la de un *castra* romano. Por el contrario, los celtíberos habían acampado sin tomar apenas precauciones, debido en parte a que eran bisoños, pero también a sus costumbres y, sobre todo, al hecho de que se encontraban en su propia tierra y no se sentían amenazados.

Como era de esperar, Silano decidió que la presa más sencilla eran los celtíberos. Tomando un gran desvío a la izquierda para no ser avistado desde el campamento cartaginés, se dirigió hasta un valle escondido, en el que ordenó a sus soldados descansar y comer. Después dejaron allí su impedimenta y avanzaron en formación de batalla.

A un kilómetro y medio de distancia, los celtíberos divisaron la polvareda del ejército romano en marcha y empezaron a desplegarse. Poco después llegó también a galope tendido Magón desde el otro campamento y trató de organizar a toda prisa a sus nuevos reclutas. En primera línea situó a cuatro mil celtíberos armados con escudos largos y lanzas, que Livio denomina *iusta legio* o legión regular por comparación con los soldados romanos. A los demás, con armas más ligeras, los dejó de reserva.

En cuanto salieron de la protección de la empalizada, los celtíberos se encontraron de frente con los hombres de Silano, que se hallaban a tan poca distancia que arrojaron una andanada de jabalinas, los temibles *pila*. Los celtíberos se agacharon tras sus escudos, resistieron la lluvia de proyectiles y después se incorporaron para lanzar sus propios venablos. Ante esto, los legionarios juntaron sus escudos para protegerse, desenvainaron las espadas y embistieron contra los guerreros hispanos.



Los legionarios romanos cargan contra la infantería hispana después de arrojar sus jabalinas.

Como se ve, la forma de combatir de ambos ejércitos era similar, salvando ciertas diferencias en los detalles del armamento. Por ejemplo, buena parte de las jabalinas de los celtíberos serían los llamados *soliferreum*. Este tipo de proyectil estaba forjado en una sola pieza de hierro de más de dos metros. La punta podía variar, desde un sencillo extremo aguzado como una aguja hasta barbas o ganchos que hacían más difícil y dañosa la extracción de la herida; algo que ya se mencionó a raíz de la herida que recibió Aníbal en Sagunto. Se trataba de un arma con una capacidad de perforación similar a la de los *pila* romanos: en el caso de ambas armas, como tenían la punta más gruesa que el astil, una vez abierto un orificio en la madera del escudo el resto de la vara de hierro podía penetrar con bastante holgura.

Sin embargo, aquellos reclutas eran demasiado bisoños para enfrentarse a los romanos; probablemente poseían experiencia individual en el combate, pero no habían practicado lo suficiente como unidad. Los legionarios, pese a que el terreno se hallaba sembrado de piedras y arbustos, estaban acostumbrados a romper la rectitud de sus líneas cuando era preciso y a combatir de uno en uno o de dos en dos, «como en duelos por parejas» en palabras de Livio. Los celtíberos empezaron a retroceder y la propia dificultad del terreno les estorbó la huida, por lo que quedaron «expuestos a ser degollados como si estuvieran maniatados».

Entonces dio comienzo la carnicería. Una vez derrotados los cuatro mil celtíberos de infantería pesada, los romanos se dedicaron a masacrar a la infantería ligera y también a los cartagineses que habían acudido a ayudarlos desde el otro campamento. Magón, al ver lo fea que se ponía la situación, huyó con su caballería y con dos mil hombres de infantería. Los celtíberos supervivientes se dispersaron por los bosques cercanos y después regresaron a sus tribus, es de suponer que para negarse a saber nada más de aquella guerra.

Hannón, el general que acababa de venir de África, fue capturado con vida al final de la batalla: su carrera en Hispania fue breve y poco venturosa. Acabó como cautivo en Roma, adonde lo llevó Lucio Escipión cuando viajó para informar al Senado y el pueblo de los progresos de su hermano.

El otro general, Giscón, se hizo fuerte en Gadir tras repartir a los hombres de su ejército como guarnición de las ciudades más importantes. Puesto que se negaba a presentarle batalla, Escipión se retiró a pasar su tercer invierno en Tarraco.

LA BATALLA DE ILIPA

El año siguiente, 206, se presentaba de manera muy distinta. En Italia las cosas seguían torciéndose para Cartago: sin llegar a reunirse con Aníbal, Asdrúbal había sido vencido en la batalla de Metauro (207) por Claudio Nerón, el mismo al que vimos como propretor en Hispania unos años antes. Decidido a no sobrevivir a la derrota, el hermano de Aníbal pereció cabalgando contra los enemigos. El destino de Cartago en Italia parecía sellado, por más que el gran general todavía permaneciera cinco años más en la península.

Los cartagineses necesitaban dar un vuelco a la situación en Hispania. Si ya veían imposible ganar la guerra en Italia, al menos podían conservar el imperio peninsular que tantos réditos les había dado. Para ello, Giscón reunió un gran ejército: setenta mil infantes, cuatro mil jinetes y treinta y dos elefantes. Con ellos, ahora que la estrella de los Bárcidas parecía declinar, esperaba alcanzar la gloria de expulsar de Hispania a Escipión, el joven procónsul que tanto daño les estaba haciendo. En esta ocasión el general Magón combatiría con él, aunque subordinado a sus órdenes, y también lo haría Masinisa con sus aguerridos jinetes númidas.

Contra ellos se puso en marcha Escipión. Consciente del gran despliegue que estaban llevando a cabo sus enemigos, buscó aliados entre las tribus hispanas. Para ello difundió una especie de proclama general en la que se presentaba como «libertador» para todos aquellos pueblos descontentos con el yugo púnico, que se había endurecido en los últimos tiempos. Consiguió muchos apoyos, en buena parte porque en lugar de reclutar a la fuerza a los nativos los contrataba como mercenarios y les pagaba mejor. Pasados unos años muchos hispanos se darían cuenta de lo que podían esperar de

sus «libertadores» romanos y se lamentarían de haber cambiado de bando.

Llegado a Castulo, Escipión se reunió con diversos contingentes hispanos. El más importante era el del caudillo Culcas, que gobernaba en veintiocho poblaciones y que contribuyó con tres mil soldados de infantería y quinientos jinetes.

A esas alturas, Escipión ya contaba con cuarenta y cinco mil infantes y tres mil jinetes. No todas estas tropas eran de la misma calidad: el procónsul confiaba ciegamente en sus legiones y sus alas, a las que llevaba entrenando y dirigiendo desde antes de la toma de Cartago Nova. Debían de suponer la mitad del total, quizás un poco más. En cuanto a los aliados autóctonos, los había más y menos leales. Escipión no dejaba de tener presente el final de su padre y su tío, por lo que tenía claro que no iba a confiarles su destino a los hispanos.

El ejército romano avanzó por la orilla derecha del Guadalquivir hasta avistar al enemigo. Giscón había ocupado una colina que dominaba una amplia llanura, terreno ideal para una batalla campal: resultaba evidente que quería combatir. El lugar de este enfrentamiento no resulta fácil de localizar. Los textos de Polibio y Livio parecen corruptos y ofrecen nombres extraños, como Silpia, que los filólogos han reconstruido como Ilipa. En general, se tiende a situar esta Ilipa en Alcalá del Río, a unos quince kilómetros al norte de Sevilla, aunque hay autores que piensan en Carmona o en lugares más cercanos a Castulo.

Cuando los romanos todavía estaban llegando al lugar donde tenían pensado plantar su campamento —unas colinas bajas, no muy lejos del enemigo—, Magón y Masinisa los atacaron con la caballería con la intención de pillarlos desprevenidos. En circunstancias normales, una columna en marcha resultaba más vulnerable a las rápidas ofensivas de jinetes tan ligeros como los númidas. Sin embargo, Escipión había previsto aquella contingencia. Tenía oculta a su propia caballería detrás de una loma, y ahora la lanzó en una contraemboscada. Tras una refriega en la que incluso se combatió a pie durante un rato —circunstancia que a veces se producía durante los choques entre tropas montadas —, la caballería cartaginesa se retiró en desorden y con la moral por los suelos.

Después, ya montado el campamento romano frente al púnico, siguieron unos días de espera. Aparentemente, Escipión cedió la iniciativa a su enemigo. Todos los días, ya casi a media mañana, Giscón hacía bajar por la ladera a sus tropas y las desplegaba en el llano con la formación clásica: las tropas africanas en las que más confiaba ocupando el centro y las tribus hispanas en las alas, flanqueadas por tropas de caballería y por los elefantes. En respuesta, el procónsul colocaba en medio de su formación a las legiones y las alas itálicas, y en ambos extremos apostaba a sus propios aliados hispanos y su caballería. Todo presagiaba que el choque decisivo de aquella partida se produciría, pues, en el centro del tablero.

Pero Escipión había urdido otros planes.

El día escogido por él, tras impartir órdenes detalladas a través de los tribunos y los centuriones, hizo que sus hombres se levantaran durante la última guardia y desayunaran para hacer acopio de fuerzas. Después, al rayar el alba, los hizo salir del campamento en orden y ocupar sus nuevas posiciones.

Que, en este caso, no podían ser más opuestas a las anteriores: los hispanos ocupaban el centro, el lugar teóricamente más importante, y las tropas romanas e itálicas los flancos. Con el fin de evitar que el enemigo observara los detalles de este nuevo despliegue, Escipión ordenó a sus jinetes y a sus vélites de infantería ligera que atacaran el campamento enemigo.

En respuesta, Giscón hizo salir a su propia caballería y su infantería ligera para enfrentarse a los escaramuceros enemigos. Mientras ambos contingentes combatían en la tierra de nadie, levantando una polvareda que impedía ver lo que estaba ocurriendo en el frente romano, el general cartaginés hizo formar a toda prisa a su infantería de línea con el despliegue habitual; es decir, con las mejores tropas en el centro. Sus hombres, sorprendidos por la rapidez de los acontecimientos, apenas tuvieron tiempo de probar bocado. Los romanos, en cambio, habían consumido calorías de sobra para aguantar el combate.

Los ataques de los jinetes y vélites romanos se sucedieron durante un buen rato: Escipión tenía la intención de hacer que sus enemigos empezaran a notar las punzadas y vahídos del hambre. Todo ello, es de suponer, bajo el sol de justicia que cae en verano

por las cercanías de Sevilla.

Cuando lo consideró oportuno, el procónsul ordenó a la caballería y a los vélites que se replegaran tras los flancos, cosa que hicieron con buen orden entre los huecos que dejaban los manípulos de infantería: si había algo que practicaban los romanos hasta el hartazgo eran las maniobras de repliegue y relevo entre líneas.

Después, Escipión ordenó avanzar. Mientras los hispanos del centro lo hacían con toda parsimonia —habían recibido instrucciones de no entablar combate a no ser que fuese necesario—, las legiones y las alas de los flancos llevaron a cabo una maniobra sumamente complicada. Sobre la marcha, las fuerzas de ambos flancos giraron en ángulo recto. Al hacerlo, dejaron de avanzar en la triple línea tradicional del ejército romano para hacerlo en triple columna, con un manípulo de astados, uno de príncipes y otro de triarios encabezando la marcha.

¿Cuál era el motivo detrás de esta inusitada acción? Una formación en columna avanzaba con más orden y rapidez que una fila. Al tener menos frente, le resultaba más sencillo sortear obstáculos tales como árboles, rocas o zanjas, y se veía obligada a detenerse menos veces para reorganizar líneas. De este modo, los flancos itálicos se adelantaron al centro hispano. Un dron o el ojo de un dios habrían podido contemplar una imagen invertida de la que presentó Aníbal en Cannas: una media luna cóncava en lugar de convexa.

Se trataba de una maniobra muy arriesgada que, en caso de error, habría ocasionado un desastre. Pero los legionarios repetían hasta la saciedad los cambios de despliegue, de formación de marcha a combate y de formación de combate a marcha, y tenían todos esos movimientos tan interiorizados como el puesto que ocupaba cada uno en su unidad y junto a su estandarte.

La primera variación la hicieron las tropas de Escipión cuando todavía se hallaban a casi un kilómetro de las líneas enemigas. Después de un rápido avance, cuando estaban a punto de entrar en contacto, llevaron a cabo la segunda parte del plan, todavía más peligrosa: convertir la columna de marcha de nuevo en un frente de ataque. Esto lo hicieron prácticamente a tiro de venablo del enemigo. Todo hace suponer que, por muy rápido que maniobraran,

más que dos frentes rectos en las alas se formaron dos líneas oblicuas. Quizás era lo que pretendía Escipión: el orden oblicuo había brindado grandes éxitos a otros estrategas en el pasado, como al célebre Epaminondas, que gracias a esa táctica destrozó en Leuctra a los hasta entonces invencibles espartanos.

Por fin, a la hora séptima según Livio (28.15), ya pasado el mediodía, se produjo el choque en ambos flancos entre las tropas de élite de Escipión y los aliados hispanos de Giscón. Eran estos hombres aguerridos, pero ni tan motivados como las tropas africanas ni, probablemente, tan adiestrados y conjuntados en el orden cerrado.

Seguramente lo que buscaba Escipión con aquella combinación de infantería pesada, vélites y jinetes era conseguir una rápida superioridad en los dos extremos del campo de batalla, poner en fuga al enemigo y después atacar a las tropas del centro.

No dejaba de ser una táctica arriesgada. Las líneas de Escipión se habían desplegado a derecha e izquierda más lejos que las cartaginesas, lo que ofrecía la posibilidad de una maniobra envolvente, pero al hacerlo también habían abierto huecos que separaban sus alas de su centro. Giscón podría haber mandado a su caballería y sus elefantes por esos espacios, y ordenar a su infantería africana que cargara contra los hispanos de Escipión, destrozando la formación de estos.

Pero no lo hizo. O bien le faltó iniciativa, o bien no poseía tanto control sobre sus tropas como Escipión. Probablemente la clave radicó en la rapidez de ejecución de las maniobras. Después de tantos años de guerra, las tropas itálicas estaban soberbiamente adiestradas; quizá más que en cualquier otro momento de la historia de Roma, salvo en la época de César.

Las alas hispanas de Giscón empezaron a retroceder. Al principio lo hicieron con orden, pero ese orden no duró demasiado. Los vélites y los jinetes romanos se dedicaron a acribillar con sus proyectiles a los elefantes, que acabaron entrando en estampida y provocando el caos entre sus propias filas más que entre las romanas: un resultado que se daba en más de una ocasión con estos paquidermos, que a menudo representaban un pasivo más que un activo para el ejército que los empleaba.

Solo entonces llegó por fin la lucha al centro. Pero los veteranos

africanos de Giscón se hallaban ya hambrientos y cansados, por lo que llevaban un rato apoyándose en sus propios escudos para no desplomarse, y cuando chocaron con los aliados hispanos de Escipión no fueron capaces de romper su formación.

En cuanto a los flancos, cuando los soldados de Asdrúbal situados en esa zona llegaron en su retroceso semiorganizado al pie de la colina, un nuevo empuje de los romanos les hizo volver la espalda, perder todo atisbo de orden y huir en desbandada hacia el foso de su campamento.

En ese momento, Escipión habría podido enviar a los vélites y a los jinetes en persecución de los que huían, y dirigir a las tropas pesadas de sus flancos contra el centro del ejército enemigo, que estaba batiéndose contra los aliados hispanos de los romanos. Pillando en esa maniobra de pinza a la flor y nata de Giscón, lo más probable es que la hubiera masacrado.

Pero de repente los sorprendió un tremendo aguacero, una de esas intensas tormentas veraniegas que a veces caen a últimas horas de la tarde en días de mucho calor. La lluvia torrencial embarró el terreno y dificultó la visibilidad, lo que favoreció a las tropas que huían ladera arriba para refugiarse en el campamento y las salvó de ser aniquiladas.



Pese a haber escapado en el último instante de la destrucción total, el ejército de Giscón y Magón había sufrido una contundente derrota. Así lo interpretaron los aliados hispanos de Cartago, que empezaron a desertar en masa de su causa. Cuando lo hizo el más importante de ellos, el caudillo turdetano Atenes, Giscón comprendió que todo estaba perdido. A la noche siguiente, el general púnico ordenó levantar el campamento sigilosamente y huyó hacia el oeste con sus tropas, no sin despachar antes a unos mensajeros con instrucciones para que le mandaran barcos a

recogerlo a la costa.

En esta ocasión Escipión no obró como en Baécula, sino que se lanzó en persecución de Giscón, enviando por delante a sus tropas más ligeras. De esa manera fue alcanzando y destrozando o apresando a los que se quedaban más rezagados. Finalmente, Giscón logró llegar al mar con tan solo seis mil hombres, con los que embarcó y huyó a Gadir. Las mismas naves sirvieron en el viaje de vuelta para recoger al otro general, Magón, y llevarlo también a Gadir.

El otro gran protagonista de la batalla, Masinisa el númida, escapó asimismo gracias a tratos secretos que mantuvo con Silano, el legado de Escipión. En agradecimiento, acabaría cambiando de bando y convirtiéndose en uno de los aliados más longevos de la República.

Como consecuencia de Ilipa, todo el valle inferior del Guadalquivir quedó en manos de los romanos. Fue en aquellos días, o poco tiempo después, cuando Escipión fundó no muy lejos del campo de batalla una ciudad para los heridos y mutilados de su ejército, y también para los más veteranos. Esta colonia, la primera de las muchas que establecieron los romanos en Hispania, fue conocida como Itálica. Durante un tiempo poseyó el estatus de ciudad latina, y ya en tiempos de César se convirtió en municipio romano de pleno derecho. En ella nacieron, siglos más tarde, dos ilustres emperadores: Trajano y su sucesor Adriano.



Ilipa fue la mayor victoria de Publio Cornelio Escipión en Hispania y quizá la batalla tácticamente más compleja de toda la Segunda Guerra Púnica. La coordinación que demostraron las tropas de Escipión superó incluso a la del ejército de Aníbal en Zama. De hecho, la maniobra de sus flancos resultaría difícil de creer si no fuera porque nos la relata con todo detalle un historiador de tanta

calidad como Polibio, que además se hallaba lo bastante cercano en el tiempo —nació seis años después de Ilipa— como para haberse entrevistado con supervivientes de la batalla. Con su victoria, el joven procónsul llegó a la cima de su genio táctico y demostró que era capaz de jugar con los generales enemigos, eligiendo el momento, la táctica y, en ocasiones, incluso el terreno de cada acción. Había hecho con Asdrúbal, Giscón y Magón lo mismo que Aníbal hiciera unos años antes con su padre Publio, con Flaminio, con Paulo o con Varrón.

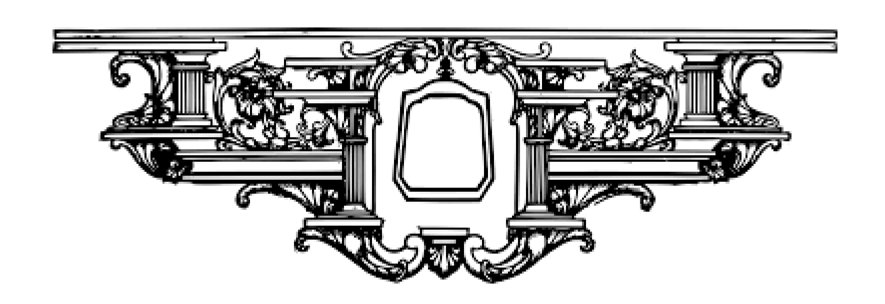
No era mérito exclusivo del general, por supuesto. En Ilipa, como en Baécula o en el asedio de Cartago Nova, habían vencido sus soldados, y lo habían hecho combatiendo de una forma muy diferente a las legiones que lucharon en Trebia, en el lago Trasimeno o en Cannas: como auténticas unidades coordinadas.

Una vez victorioso, Escipión le entregó el mando a su legado Silano y regresó a Tarraco en setenta etapas con parte de sus tropas. Mientras viajaba, procuró organizar un sistema de alianzas para consolidar el dominio romano en la península. Tras llegar a Tarraco, envió a su hermano Lucio a Roma como *nuntius receptae Hispaniae* (Livio 28.17), o sea, como mensajero de que Hispania había sido reconquistada.

El mensaje era tanto prematuro como impreciso. En primer lugar, mal podía haber sido reconquistada Hispania cuando jamás había estado en poder de los romanos. Además, todavía quedaba un inmenso territorio en el que no habían plantado sus caligas. Pero hay que tener en cuenta que los romanos no eran conscientes de la verdadera extensión de la península: sus mapas, muy toscos, eran más lineales que bidimensionales.

Algo sí era cierto. Hispania había dejado de ser cartaginesa.

V



LOS NUEVOS CONQUISTADORES

LA REPRESIÓN DE ESCIPIÓN

Cinco años antes, después de aniquilar a los Escipiones, los generales cartagineses debieron de pensar que ya podían quitarse la careta amable con que se habían disfrazado hasta entonces, y empezaron a apretar las clavijas a sus aliados hispanos, demostrándoles que, en realidad, no eran más que vasallos.

Ahora, tras su victoria en Ilipa, Escipión hizo algo parecido. En su caso le movió el afán de revancha contra algunas ciudades que se habían pasado al bando romano cuando parecía que las cosas iban bien para la República, pero que después del desastre de 211 habían regresado al bando cartaginés. Se hallaban en dicha circunstancia Castulo, en cuyas cercanías había muerto su padre, e Iliturgi. En el caso de esta segunda ciudad, su crimen era todavía más grave, porque había acogido a supervivientes romanos del desastre de los Escipiones y, después de ofrecerles garantías, los había entregado a los cartagineses.

De tratar con Castulo se encargó el legado Silano, que marchó a ella desde Tarraco. Cuando sus habitantes se negaron a entregarse a Roma, Silano envió un mensajero a Cartago Nova. Escipión se apresuró a salir de allí para ayudar a su legado, pero en el camino decidió atacar por sorpresa Iliturgi. (Hay ciertos problemas con la situación de esta ciudad, que Apiano, *Ibér*. 32 denomina Ilurgia). La ciudad cayó tras un asalto por dos puntos distintos de la muralla, en cuatro horas de combate rabioso en el que el mismo general recibió una herida en el cuello. Cuando entraron en la ciudad, los hombres de Escipión masacraron a sus habitantes, sin perdonar tan siquiera a los niños, y lo redujeron todo a escombros.

Los soldados no tuvieron tiempo de rapiñar todo el botín como hubieran querido, porque Escipión los sacó de allí enseguida para

atacar Castulo. En esta ciudad había, aparte de sus habitantes, una guarnición de cartagineses mandados por un tal Himilcón. Cuando los castulanos se enteraron del horrible destino que había sufrido Iliturgi, uno de sus líderes, Cerdubelo, se puso en contacto con Escipión y le entregó a Himilcón junto con sus tropas. Gracias a esto y a que el ariete romano no había llegado a tocar la muralla, la toma de Castulo fue mucho menos cruel.

Escipión dejó una guarnición en Castulo y regresó a Cartago Nova a celebrar los juegos en honor de su padre y de su tío que había prometido. El espectáculo consistió en combates de gladiadores (este tipo de espectáculo había nacido como un ritual funerario entre los etruscos), pero en este caso dichos gladiadores no eran ni esclavos ni hombres libres que se habían sometido a la infamación, sino hispanos que se presentaron voluntarios y sin cobrar dinero. Algunos combatieron entre ellos por honrar a Escipión y otros para aventar sus rencillas a golpe de espada. Así ocurrió, por ejemplo, con dos primos nobles llamados Corbis y Orsua, que se disputaban la herencia del poder en su ciudad y que, al no aceptar el arbitraje de Escipión, acabaron enfrentándose en un duelo mortal delante de miles de personas. Venció el mayor de los dos, Corbis, del que no volvemos a saber nada.

Como se ve, incluso en las celebraciones seguía corriendo la sangre.



Mientras esto ocurría en Cartago Nova, los legados Silano y Marcio recorrían el valle del Guadalquivir con la misión de saquear y controlar todo el territorio posible. Por el camino, atacaron la ciudad de Astapa (Estepa, en Sevilla). En este caso, Astapa no solo había apoyado a los cartagineses, sino que mostraba una actitud especialmente beligerante contra las patrullas de soldados romanos y los mercaderes y vivanderos que acompañaban a las legiones,

hasta el punto de saquear una caravana de suministros y exterminar a sus miembros. Los romanos eran muy celosos de la integridad física no solo de sus legionarios, sino también de los comerciantes romanos e itálicos, de modo que decidieron dar un escarmiento a los astapenses.



Las luchas de gladiadores, que nacieron como ritual funerario, terminaron convirtiéndose en espectáculos de masas tanto en Roma como en las provincias.

La respuesta de estos recuerda a la de los saguntinos antes o a la de los numantinos después. Convencidos de que sus murallas no resistirían, decidieron inmolarse. Pero antes tomaron todos sus bienes y los apilaron en la plaza del mercado, el espacio que un griego interpretaría como ágora y un romano como foro. Sobre esa pila colocaron a las mujeres, los niños y los ancianos. Vigilándolo

todo dejaron a cincuenta guerreros, juramentados para prenderle fuego a la pila y matarse ellos mismos en el momento en que vieran que la ciudad caía.

Después, los guerreros restantes llevaron a cabo una salida en tropel por las puertas de la ciudad y cargaron contra los romanos. El ímpetu del ataque provocó de primeras el pánico entre los vélites de Marcio, pero este consiguió formar a tiempo las líneas de infantería pesada. Aun así, se libró un combate encarnizado en que las primeras líneas de astados, más jóvenes, flaquearon, y los veteranos príncipes y triarios tuvieron que intervenir. Marcio extendió sus alas, aprovechando su superioridad numérica, embolsó a los astapenses y los aniquiló.

En ese momento, los juramentados encendieron la pira en el centro de la plaza, y cuando las llamas empezaron a rugir,

> … Se lanzaron ellos mismos al fuego con sus armas. Los romanos victoriosos entraron cuando ya la matanza se había perpetrado. Al pronto se quedaron paralizados ante tan horrendo espectáculo. Pero después, la codicia natural en el ser humano hizo que quisieran rescatar de la hoguera el oro y la plata que brillaban en medio de la pila. Algunos se vieron envueltos por las llamas y otros quemados por el aire abrasador, ya que los que estaban más cerca no podían retroceder debido a la multitud que los presionaba por detrás. (Livio 28.23).

Tras esta terrible escena, los soldados se quedaron sobrecogidos y prácticamente sin botín. A Marcio le impresionó tanto el feroz coraje de aquella gente que respetó sus casas y sus murallas.

Después de esta campaña, Marcio regresó a la base de Cartago Nova. En ese momento se presentaron unos desertores cartagineses que aseguraron que podían entregar a los romanos la ciudad de Gades, junto con la guarnición y su comandante. Que no era otro que Magón Barca, el hermano de Aníbal.

Escipión cayó enfermo por aquellas fechas, por lo que en lugar de viajar personalmente a Gadir envió a Marcio con varias cohortes de infantería ligera y a Lelio, su experto en guerra naval, con siete trirremes y una quinquerreme. Lo discreto de estas fuerzas permite suponer que o los romanos esperaban una victoria rápida por

sorpresa o las fuerzas de Magón no eran tan considerables.

El intento fracasó, pues la conspiración fue descubierta a tiempo. Magón arrestó a los conjurados y los deportó a Cartago con ocho trirremes y una quinquerreme. Cuando cruzaba el Estrecho, esta flotilla se topó con la de Lelio. Se libró una batalla, que resultó más confusa de lo normal debido al oleaje y la corriente. Finalmente, los romanos llevaron la mejor parte y capturaron tres naves enemigas. Gracias a los prisioneros, Lelio supo que nadie iba a abrirles las puertas de Gadir, así que se apresuró a enviar un mensajero a Marcio para que regresara a Cartago Nova con sus cohortes.

Pese a este contratiempo, Gadir no tardó en caer como una manzana madura. El culpable no fue otro que el propio Magón. El *adirim* cartaginés le envió la orden de trasladarse con la flota al norte de Italia, contratar mercenarios celtas y ligures y unirse a las tropas de Aníbal. Con la orden llegó una suma de dinero, pero a Magón no le pareció suficiente, de modo que exprimió a conciencia las bolsas de los gaditanos más ricos y saqueó el erario y los templos, sin respetar tan siquiera el más sagrado, el de Heracles-Melkart.

En su navegación hacia el este, Magón trató de tomar Cartago Nova, aprovechando que andaba escasa de guarnición. (Esto debió de ocurrir al mismo tiempo que los ilergetes de Indíbil y Mandonio se sublevaban, como veremos enseguida). Si esperaba repetir el éxito fulgurante de Escipión, fracasó de forma miserable y dejó ochocientos soldados muertos al pie de las murallas.

Para colmo, cuando regresó a Gadir se encontró con que sus habitantes, furiosos por haber sido expoliados, le cerraban el puerto y las murallas de la ciudad. Frustrado, puso proa de nuevo hacia el este con su flota y se dirigió a las Baleares. Cuando intentó desembarcar en Mallorca, los honderos del lugar los recibieron a él y a sus hombres con una lluvia de proyectiles tan densa como el pedrisco. Después de este tercer fracaso, Magón navegó hasta Menorca. Allí pasó el invierno, reclutó soldados que envió a Cartago y fundó la ciudad que todavía lleva su nombre, Mahón. Topónimo que, según cierta etimología muy discutida, daría origen al nombre de la mahonesa o mayonesa. No dejaría de ser curioso que el nombre de esta salsa se deba al hermano de Aníbal.

Después de librarse de Magón, Gadir se entregó, esta vez sí, a los romanos, con la condición de que no se le impusiera un gobernador. En esa entrega participó como intermediario Masinisa, que quería regresar a África teniendo a los romanos, y a Escipión en concreto, como aliados.

Si Gadir ya antes era una ciudad floreciente, bajo el gobierno de Roma prosperó incluso más. Según señala un texto del geógrafo Estrabón (3.5.3), a principios de la Era Cristiana la situación era esta:

> Por población [Gadir] no es inferior a ninguna otra ciudad, con la excepción de Roma. Según me han contado, en un censo reciente se calculó que había quinientos gaditanos pertenecientes al orden ecuestre, un número que en Italia únicamente alcanza la ciudad de Patavium (Padua).

El orden ecuestre era la clase social que se hallaba inmediatamente por debajo de la de los senadores. Para pertenecer a ella se necesitaba un patrimonio considerable, superior a los 400 000 sestercios. Es posible que la información que brindaron a Estrabón fuese exagerada, o que en la cifra se hubiera incluido no solo a los llamados *equites* —miembros de ese orden— sino también a sus familias. En cualquier caso, el hecho es que Gadir gozaba de una gran reputación en el mundo romano por sus riquezas.

La pérdida de Gadir supuso el fin de siglos de presencia fenicia y púnica; unos siglos rematados por treinta años en que dicha presencia se había convertido en una auténtica conquista imperial dirigida por los Bárcidas. Sin embargo, cuando los cartagineses abandonaron la península dejaron atrás su influencia civilizadora. Los romanos, siempre pragmáticos, aprovecharían dicha influencia, adoptando los métodos púnicos de agricultura intensiva, de pesca y salazón y, sobre todo, de explotación minera. No se limitaron a asimilar todas estas técnicas, que la propia Cartago había adoptado en parte de los reinos helenísticos, sino que, como discípulos aventajados que eran, las mejoraron.

PRIMERAS REVUELTAS CONTRA ROMA: INDÍBIL Y MANDONIO

Según vimos, los ilergetes mandados por Indíbil y su hermano Mandonio habían iniciado la guerra como aliados del bando cartaginés. Pero cuando los púnicos empezaron a apretarles las clavijas, subiendo sus exigencias tributarias y reclamándoles rehenes, la alianza que al principio había sido voluntaria se convirtió de hecho en sumisión.

No es de extrañar, por tanto, que cuando Escipión tomó Cartago Nova y les devolvió a sus prisioneros en un calculado gesto de caballerosidad, los ilergetes se pasaran al bando romano.

Sin embargo, la situación no tardó en cambiar cuando los romanos empezaron a comportarse como los cartagineses. Estos, en cuanto acabaron con los dos Escipiones y se creyeron seguros en Hispania, habían comenzado a mostrarse como implacables conquistadores y no aliados. Del mismo modo, en el momento en que los romanos se sintieron afianzados en una Hispania libre de enemigos púnicos, también endurecieron su actitud ante los nativos.

Era únicamente cuestión de tiempo que las tribus hispanas se dieran cuenta de que los romanos ni habían venido como libertadores ni albergaban la menor intención de abandonar la península. Cuando se supo que Escipión había enfermado de gravedad, Indíbil aprovechó para rebelarse y realizó una incursión en territorio ya pacificado por los romanos.

Para agravar la situación, coincidiendo con la revuelta de los ilergetes y la enfermedad de Escipión, se produjo un motín entre las legiones acampadas en Sucro (Albalat, en Valencia). Como señala Apiano (*Ibér*. 34), habían gastado sus ganancias por su vida llena de

vicios y ahora exigían que Escipión les pagara los atrasos de su salario. No deja de tratarse de un tópico sobre la vida de los soldados —entregados al vino, los dados y las prostitutas o «seguidoras de campamento» por decirlo más finamente—, pero probablemente era cierto.

Los amotinamientos no eran tan infrecuentes en el ejército romano, pese a su renombrada disciplina. El mismísimo Julio César los sufrió durante su guerra contra Pompeyo, y el emperador Tiberio empezó su mandato como emperador enfrentándose a gravísimos motines de las legiones del Danubio y el Rin.

En el caso de Sucro, los legionarios eligieron entre sus cabecillas, que eran treinta y cinco, a sus propios centuriones y comandantes y les prestaron juramentos de obediencia. Cuando los tribunos legítimos hacían rondas de inspección por los puestos de guardia, los soldados los insultaban. Algunos incluso llegaron al extremo de escapar del campamento para dedicarse a saquear los territorios circundantes, que ya estaban pacificados.

Aunque Escipión no se había repuesto del todo de su enfermedad, a la hora de sofocar el motín supo obrar con astucia. En primer lugar, envió a Sucro a siete tribunos militares con una carta. En ella les explicaba que debido a su estado no había podido pagarles, pero que ya se estaba recobrando de su mal. Si comparecían ante él en Cartago Nova les abonaría los atrasos, y además de eso les entregaría provisiones y les perdonaría todos los desmanes cometidos.

La generosidad de aquella oferta resultó sospechosa para algunos de los amotinados, que se quedaron en su base. Pero la mayoría de ellos, hasta ocho mil hombres, decidieron acudir al llamado de Escipión, acaudillados por sus jefes principales, Atrio Umbro y Albio Caleno.

Cuando los insurrectos se presentaron en Cartago Nova, vieron cómo un ejército más que considerable mandado por Marco Silano se preparaba para salir de la ciudad en dirección norte con la misión de aplastar la revuelta de los ilergetes en el Ebro. Al pensar que Escipión se iba a quedar con un número de tropas muy reducido, los cabecillas se envalentonaron.

La confianza les duró poco. Cuando los líderes del motín se repartieron para alojarse en Cartago Nova, los soldados que ejercían

de anfitriones suyos los apresaron y maniataron, sin que el resto de los insurrectos llegara a enterarse.

Al final de aquella noche, durante la cuarta guardia, la impedimenta de la expedición, siempre más lenta, salió del campamento. Poco después, con las primeras luces del día, lo hicieron los legionarios de Silano. Casi al mismo tiempo, Escipión convocó a asamblea a los soldados de la unidad amotinada. Estos acudieron a la explanada de reuniones con actitud arrogante. Aunque no llevaban armas, sabían que el campamento se hallaba prácticamente vacío y que Escipión apenas contaba con hombres, por lo que estaban convencidos de que conseguirían intimidarlo con sus exigencias.

Pero el joven general era más artero que ellos. La columna de marcha de Silano se había detenido a poca distancia de la base. Después de un tiempo de espera, el legado dio la orden de volver. Sus soldados no tardaron en entrar de nuevo en el campamento, y de pronto los amotinados se encontraron rodeados de soldados armados hasta los dientes que los dividieron en dos grupos.

Después de una severa reprimenda de Escipión, sus legionarios leales empezaron a aporrear los escudos con las espadas, lo que sembró el terror entre los amotinados, que viéndose inermes debieron de pensar que iba a ajusticiarlos a todos. Después un heraldo leyó los nombres de los treinta y cinco cabecillas, que fueron traídos ante los demás a rastras y desnudos; entre ellos se encontraban los principales instigadores, Albio y Atrio. Allí, en el centro de la asamblea, los lictores de Escipión —una especie de guardaespaldas que tenían los magistrados de más alto rango— ataron a los líderes del motín a unos postes, los azotaron con varas y después los sujetaron con clavos al suelo y los decapitaron.

Contemplando aquello, los ocho mil insurrectos empezaron a temblar de miedo. Sin duda, esperaban recibir el severo castigo conocido como *decimatio*. Cuando una unidad romana se amotinaba o demostraba cobardía en el combate, su comandante podía ordenar que fuese diezmada. Para ello se formaban grupos de diez soldados y echaban a suertes entre ellos quién debía morir —de ahí lo de diezmar, es decir, matar a uno de cada diez—. Eran los mismos compañeros quienes tenían que matar al infortunado a pedradas o garrotazos.

Sin embargo, para sorpresa de los amotinados, Escipión hizo que fueran llamados por su nombre y le juraran lealtad ante los tribunos. Después, a cada uno se le abonó su paga. De ese modo el joven general extinguió el motín sin necesidad de recurrir a medidas más drásticas. Los insurrectos, que se habían visto en un tris de ser ajusticiados, tragaron saliva y, al contemplar los cadáveres clavados al suelo y decapitados tomaron buena nota de cómo se las gastaba Escipión por las malas.

Una vez sofocado el levantamiento, la atención de Escipión se volvió hacia otro asunto no menos urgente, la revuelta de Indíbil y los ilergetes. Es más que posible que esta rebelión explique la sorprendente generosidad del general con los amotinados: la situación era tan delicada que no podía permitirse prescindir de aquellos ocho mil soldados.

Escipión se encontraba ya lo bastante recuperado de su enfermedad como para ponerse él mismo al frente de sus tropas, a las que condujo hacia el norte. Llegaron al Ebro tras diez días de camino, un plazo exigente pero verosímil, y tres días después acamparon ante las tropas de Indíbil.

De entrada, Escipión tendió una trampa a los ilergetes. Mandó por delante a los vélites de infantería ligera arreando cientos de cabezas de ganado que habían robado en el mismo territorio enemigo. Como esperaba, los hombres de Indíbil y Mardonio, creyendo que podrían recuperar con facilidad aquellos animales, corrieron contra los vélites. Tras un breve intercambio de proyectiles no tardó en trabarse el combate cuerpo a cuerpo con espadas.

Pero detrás de un espolón montañoso se hallaba emboscada la caballería de Escipión, mandada por su fiel Lelio. Los jinetes se lanzaron sobre los enemigos en un doble ataque envolvente, tanto por el frente como por la retaguardia, y dieron muerte a muchos.

Al día siguiente se libró una batalla más generalizada, aunque no llegaron a entrar en acción todos los contingentes de ambos bandos, por tratarse de un valle estrecho. En un espacio más reducido, los soldados romanos llevaban las de ganar, pues estaban acostumbrados a estoquear con sus espadas más que a usarlas para asestar tajos: una técnica que no requería de tanto espacio a ambos lados y que, además, resultaba mucho más letal, pues las puntas de

sus *gladii* causaban heridas más profundas e interesaban órganos vitales.

Finalmente, tras masacrar a los adversarios que combatían en aquel angosto campo de batalla, los romanos se apoderaron de su campamento, donde hicieron tres mil prisioneros. Un tercio del ejército hispano, que había permanecido a la espera sobre una colina por falta de espacio para entrar en liza, huyó al contemplar el desastroso desenlace del combate.

Entre los huidos se encontraba el propio caudillo Indíbil, aunque el texto de Livio (28.33) y la lógica dan a entender que había participado en la batalla y que únicamente huyó al darse cuenta de que su ejército iba a verse embolsado. Después, al percatarse de que Escipión, lejos de haber muerto por su enfermedad, estaba más vivo que nunca y su rebelión se hallaba condenada al fracaso, envió a su hermano Mandonio a suplicar piedad de rodillas ante el general romano.

De nuevo Escipión se mostró clemente, como había hecho con los amotinados. Sin requisar las armas de los rebeldes ni exigir que le entregaran rehenes, dejó marchar a Mandonio a cambio de que su hermano le entregara dinero suficiente para pagar a sus tropas.



Después de aquello, en 206 Escipión abandonó por fin Hispania para presentarse a las elecciones consulares del año siguiente. Como argumento para convencer a los votantes, aparte de las victorias cosechadas y de haber expulsado a los cartagineses de Hispania, llevaba catorce mil libras de plata. Al mando de las tropas romanas en la península se quedaron como generales Lucio Léntulo y Manlio Acidino, que habían sido pretores unos años antes.

Su designación demuestra que el Senado comprendía lo importante que era asegurar la presencia romana en la península. Era primordial evitar que los cartagineses regresaran a Hispania,

lugar que Aníbal había utilizado como base de operaciones para invadir Italia en una maniobra de una audacia asombrosa. Pero los motivos no eran únicamente militares, sino también económicos: el comercio con Hispania enriquecería a los comerciantes itálicos por una parte y, por otra, los productos hispanos mejorarían la calidad de vida de los romanos.

Llegadas las elecciones consulares Escipión venció como era previsible, pese a que seguía sin alcanzar ni de lejos la edad legal: tenía por entonces treinta y un años. Una vez nombrado cónsul, consiguió que se le asignara Sicilia como provincia. Desde aquella isla preparó la invasión de África. En 204, con un mandato proconsular, cruzó el mar y se dedicó a asolar los territorios de Cartago. La situación se hizo tan apurada para la ciudad que esta tuvo que recurrir a Aníbal. Al gran general no le quedó otro remedio que abandonar Italia para enfrentarse a su némesis. La batalla definitiva se libró en Zama, en el año 202: después de una primera fase muy igualada, la llegada o más bien el regreso de la caballería romana y númida —Masinisa ya era abiertamente aliado de Escipión— decidió el resultado.

La Segunda Guerra Púnica había terminado.

LA ÚLTIMA REBELIÓN DE INDÍBIL

Antes de la batalla de Zama se habían producido acontecimientos importantes en Hispania. En el verano de 205, mientras Escipión adiestraba en Sicilia a las tropas con las que planeaba invadir Cartago, Indíbil volvió a rebelarse. Como señala Livio (29.1.19), lo hizo porque no sentía temor ante los pretores que habían sucedido a Escipión, que además mandaban a soldados en su mayoría bisoños.

Hay que tener en cuenta, asimismo, que Indíbil, como otros caudillos hispanos, había prestado juramentos de lealtad a Escipión, una persona concreta, y no a una entidad abstracta como la República romana, un estado que se hallaba en una fase más avanzada de desarrollo político. Desaparecido el hombre al que había dado su palabra, Indíbil no se sentía obligado con sus sucesores. Por otra parte, los hispanos habían comprobado que los romanos estaban fundando colonias como Itálica y dejando guarniciones por doquier, sobre todo en las bases de Cartago Nova, Gades y Tarraco. Si bien su guerra con Cartago en la península había terminado, era evidente que no pensaban marcharse.

A no ser que se les obligara por la fuerza.

Alistando tropas entre su propio pueblo, los ausetanos y otros pueblos vecinos, el caudillo ilergete logró reunir treinta mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería. Con este ejército más que considerable, Indíbil se dirigió al territorio de los sedetanos, en el valle medio del Ebro.

Los dos generales romanos comprendieron que la amenaza era lo bastante grave como para unir sus dos ejércitos. Después se dirigieron hacia la región de los sedetanos y acamparon a unos cinco kilómetros de las tropas de Indíbil.

El primer día ya se produjeron escaramuzas de caballería, y el

segundo se libró una batalla campal. Los romanos tomaron la iniciativa introduciendo a sus jinetes por los pasillos que había abierto el enemigo, con lo cual acosaban a sus guerreros de a pie y al mismo tiempo impedían que el enemigo lanzara su propia caballería por esos huecos.

Ante la falta de espacio, Indíbil y los suyos descabalgaron; en este tipo de combates no era infrecuente que los jinetes desmontaran y se convirtieran en infantería. Durante un rato se peleó con ardor, pero las tornas no tardaron en volverse contra los rebeldes hispanos. En esta ocasión Indíbil no abandonó a sus hombres, incluso cuando los temibles *pila* de los legionarios abatieron a los soldados que luchaban a su alrededor. El propio Indíbil, que había recibido ya una herida de gravedad, pereció finalmente cuando un último impacto de jabalina lo dejó clavado al suelo. Como ocurría habitualmente cuando caía el caudillo de un ejército, aquello provocó la estampida de sus hombres.

La derrota hispana fue devastadora. Si atendemos a Livio (29.2), allí cayeron trece mil hombres, un porcentaje muy elevado del total. Tan alta tasa de mortandad se debió en parte a que los jinetes que habían descabalgado no tuvieron tiempo de montar de nuevo a caballo, y también a que el campamento hispano cayó en poder de los romanos.



El caudillo ilergete Indíbil, equipado con una panoplia que mezcla elementos hispanos y romanos.

Resignados a la superioridad romana, los ilergetes y ausetanos se rindieron a Léntulo y Manlio. Como represalia, los generales romanos reclamaron el doble de tributo para aquel año, grano para seis meses, ropas de abrigo para los legionarios y rehenes. Entre estos últimos exigieron a Mandonio y a otros cabecillas, pero en lugar de guardarlos como prisioneros los ejecutaron, probablemente crucificándolos, como escarmiento para futuros líderes levantiscos.

Después de aquella batalla hubo unos años de relativa calma: si no reinó la paz, al menos no se produjeron revueltas tan importantes como la de los ilergetes.

LAS DOS NUEVAS PROVINCIAS

Desde el principio los romanos trataron de forma distinta a los pueblos hispanos, dependiendo de la actitud que hubieran demostrado durante la guerra contra Cartago. Era una estrategia que ya habían utilizado con buenos resultados durante la conquista de Italia: establecer pactos diferentes con cada tribu o estado, de modo que los más favorecidos se sintieran menos dispuestos a aliarse con los demás contra Roma e incluso los miraran por encima del hombro. Se trataba de la vieja máxima de «divide y vencerás».

La situación más beneficiosa para los pueblos hispanos era la de convertirse en *foederati*, federados con Roma mediante un tratado de amistad que, precisamente, se llamaba *foedus*. Se conseguía, lógicamente, a cambio de haber combatido al lado de los romanos contra Cartago. El tratado se guardaba con sendas copias en ambas ciudades, Roma y la aliada. Aunque la ciudad federada no poseía política exterior propia, sino que debía tener los mismos amigos y enemigos que Roma, no se veía obligada a pagar tributos ordinarios.

Una segunda situación era la de las tribus o ciudades *liberae et immunes*, adjetivos que se entienden por sí solos. En este caso no existía tratado mutuo, sino un favor unilateral de Roma como agradecimiento por servicios prestados. Las ciudades libres no tenían por qué alojar tropas, se regían por sus propias leyes y estaban exentas de la mayor parte de los tributos.

Por último, el caso más frecuente era el de las ciudades *stipendiariae*, así llamadas porque debían pagar un estipendio o tributo a Roma en forma de tropas, dinero, provisiones o servicios diversos. La cuantía de dicho tributo dependía de la voluntad de los

sucesivos gobernadores, que podían subirlo y a menudo lo hacían para quedarse con una parte. Esta arbitrariedad daría lugar en muchas ocasiones a episodios de corrupción y a revueltas de los nativos.

Con el tiempo, muchas de las ciudades federadas y libres acabarían convirtiéndose en *municipii*, poblaciones cuyos habitantes recibían la ciudadanía romana. Pero eso solo ocurriría más adelante, cuando el proceso de romanización llegó a un nivel más elevado.

Ese proceso, que convertiría a Hispania en una especie de extensión de Italia, aunque con rasgos y personalidad propios, había empezado ya. En los momentos de paz, entre batalla y batalla, los legionarios y auxiliares acantonados en lugares como Tarraco, Cartago Nova o la nueva colonia de Itálica se relacionaban con las poblaciones indígenas de muchas maneras; entre otras, apareándose y creando familias formales o informales. A los soldados los seguían otro tipo de personas en busca de oportunidades, sobre todo mercaderes. La presencia de unos y otros hacía que los enclaves romanos y sus alrededores prosperasen, pues llegaban más dinero y más productos y también se requería el trabajo de obreros y artesanos locales. Eso hizo que la influencia romana se extendiera por la costa este y sur de Hispania, en zonas que ya estaban urbanizadas y habían desarrollado culturas más refinadas gracias a sus contactos anteriores con griegos y fenicios. Poco a poco las aldeas se convirtieron en ciudades y se empezaron a construir calzadas, acueductos, puentes… Todas aquellas muestras de la civilización romana de las que tantas huellas quedan en nuestra península.



Cuando Escipión abandonó Hispania, el territorio que dominaba Roma llegaba desde la costa noroeste al valle del Ebro, y

continuaba por el litoral levantino y parte del interior, hasta unirse con el nacimiento del Guadalquivir y todo su valle. Quedaban todavía vastas zonas sin controlar en el interior, pero el territorio era ya tan extenso que Escipión se vio forzado a dividir el ejército en dos para poder acudir a tiempo a los escenarios bélicos que surgían. Aunque él no organizó las provincias posteriores, de alguna manera prefiguró la división basada en dos núcleos fluviales: el valle del Ebro y el del Guadalquivir.

Años más tarde, en 197, el Senado comprendió que el terreno que debía controlar en Hispania era muy extenso, tanto como toda la Península Itálica, y eso sin haberse adentrado apenas en las zonas del interior. (En total, la Península Ibérica es cuatro veces más extensa que la Itálica). Por tal motivo, se decidió partir Hispania en dos provincias, convirtiendo en oficial la tendencia que ya habían marcado Escipión y sus sucesores al dividir el ejército en dos.

Las dos provincias en cuestión eran la Hispania Citerior o «más cercana», situada al nordeste de la península y centrada en el valle del Ebro, y la Ulterior o «más lejana» —obviamente, desde el punto de vista de Roma— cuyo núcleo era el fértil valle del Guadalquivir. En las dos mesetas y en las costas atlántica y cantábrica quedaban vastas zonas sin conquistar, territorios ignotos para los romanos, más atrasados y, por el momento, menos codiciables.

De las dos provincias, en principio la más abundante en recursos era la Ulterior, aquella donde la presencia cartaginesa había sido más intensa. Su riqueza se basaba en los cultivos del valle del Guadalquivir, la prosperidad de Gadir —a la que de ahora en adelante daremos su nombre romano de Gades— y las minas de Sierra Morena. No obstante, durante los primeros tiempos la Citerior brindó más ingresos gracias a las minas de Cartago Nova, donde unos cuarenta mil esclavos extraían más de mil talentos de plata al año, y también merced a los tributos pagados por las tribus locales estipendiarias.

Con el fin de gobernar dichas provincias se reformó la constitución romana, entendiendo como tal un conjunto de leyes y normas mucho menos coherentes que las constituciones modernas. Hasta entonces se había elegido cada año a cuatro pretores, los magistrados inmediatamente inferiores a los cónsules: uno para gobernar Sicilia, otro Cerdeña y los llamados pretor urbano y pretor

peregrino. A partir de aquel momento su número subió a seis, con la idea de que los dos pretores nuevos se encargaran precisamente de gobernar la Ulterior y la Citerior.

Cada uno de estos magistrados contaba con una legión y un ala aliada: en total, unos ocho mil infantes y cuatrocientos jinetes. No se trataba, pues, de grandes ejércitos. La reducción se justificaba por razones económicas y también políticas: los senadores eran reacios a tener en Hispania a dos generales con imperio proconsular mandando ejércitos muy numerosos. Tan lejos de Roma, donde el Senado no podía controlar en la práctica a los generales, estos gozaban de una autoridad casi absoluta sobre sus tropas y podían sentirse tentados de utilizarlas para acrecentar su poder personal. De hecho, eso sucedió en las últimas décadas de la República con generales que se convirtieron en auténticos señores de la guerra, como Mario, Sila, Pompeyo o Julio César.

No obstante, cuando surgieron emergencias realmente graves, se recurrió a un cónsul, lo que implicaba el doble de tropas, o incluso a dos llegado el caso.



En el mismo año en que se procedió a la reestructuración territorial estallaron sendas revueltas que, aunque no estaban coordinadas, afectaron a ambas provincias. Se enfrentaron a ella Sempronio Tuditano, gobernador de la Citerior, y M. Helvio, de la Ulterior.

Ignoramos cuáles eran los pueblos sublevados en la Citerior, pero debían de contar con bastantes tropas, pues lograron derrotar al pretor. Tuditano no solo perdió a buena parte de su ejército, sino que él mismo falleció poco después de la batalla debido a las graves heridas que había recibido.

En cuanto a la Ulterior, allí se rebeló el caudillo Culcas, quien había sido el más importante de los aliados hispanos de Escipión en

la batalla de Ilipa. Como tantos otros nobles nativos, no tardó en caer en la cuenta de que únicamente se habían librado del yugo cartaginés para caer bajo el romano, y para colmo veía cómo las exigencias de tributo de los nuevos amos eran cada vez mayores. A Culcas se le unieron un caudillo de Carmona llamado Luxinio, ciudades como Málaca y Sexi y los habitantes de la Beturia, la región que se extendía entre el Guadiana y el Guadalquivir.

Para sustituir al fallecido Sempronio, el Senado envió en 196 como pretor a Minucio Termo, que consiguió una victoria en la batalla de Turda contra los caudillos Budar y Besadino, capturando a este. Se ignora dónde estaba Turda y quiénes eran estos personajes, pero a Minucio se le otorgó un triunfo en su regreso a la urbe.

Por su parte, a Helvio, que no conseguía hacerse con la situación, lo reemplazó Quinto Fabio Buteón. Al menos, en su camino de regreso tuvo la satisfacción de que, al recibir el ataque de veinte mil celtíberos cerca de Iliturgi, consiguió una gran victoria sobre ellos y reconquistó la ciudad. Si al llegar a Roma no se le otorgó el triunfo, sino únicamente una ovación, fue porque al librar la batalla ya no tenía el *imperium* como pretor, que había entregado a su sucesor.

LAS CAMPAÑAS DE CATÓN

Pese al triunfo de Minucio y la ovación de Helvio, la situación en Hispania se volvía cada vez más complicada, con sublevaciones continuas que se extendían por buena parte del territorio.

Por aquel entonces Roma se había embarcado en la Segunda Guerra Macedónica, que se libraba en territorio griego. Aquel conflicto, debido al prestigio y al botín que se podían conseguir en él, interesaba más a los senadores. Por ese motivo se le dedicaban muchos más recursos que a la revuelta de Hispania.

Finalmente, en 197 las legiones de Flaminio y las falanges del rey Filipo se enfrentaron en Cinoscéfalas. El resultado fue una contundente victoria romana que dio fin a la guerra. Cuando Roma se enfrentaba a un estado más desarrollado y centralizado como era el caso de Macedonia, una única victoria podía decidir el conflicto, ya que los gobernantes enemigos se rendían y sus súbditos acataban esta decisión. Eso llegó a ocurrir incluso en la Galia siglo y medio después, cuando César derrotó a una confederación de pueblos galos acaudillada por Vercingetórix y prácticamente solventó la guerra en aquella zona.

Pero la guerra en Hispania, como comprobarían los romanos, suponía una auténtica pesadilla. Los pueblos de la península combatían casi siempre de forma independiente y rara vez formaban alianzas permanentes. Eso hacía que resultara más fácil derrotarlos por separado. La contrapartida era que, cuando se pacificaba una zona, una nueva tribu volvía a rebelarse en algún lugar donde los romanos ya no estaban presentes. Con las exiguas tropas de los ejércitos pretorianos resultaba imposible controlar un territorio tan extenso y con un relieve tan accidentado.

Sin embargo, tras Cinoscéfalas el Senado pudo dedicar más

recursos a Hispania. En vista de que las revueltas no cesaban decidió enviar allí a uno de los dos cónsules: Marco Porcio Catón, que sería conocido más tarde como Catón el Censor.

Catón era un *homo novus*, alguien que no contaba entre sus antepasados con ningún cónsul. Años antes había sido cuestor de Escipión en Sicilia, a pesar de lo cual se trataba de uno de sus principales detractores. En buena parte se debía al contraste entre el talante de ambos: mientras que Escipión, al igual que el resto de su familia, admiraba el pensamiento griego y la cultura helenística, Catón era un acérrimo defensor de las virtudes romanas ancestrales y enemigo de cualquier influencia extranjera. Esto último pese a que su propia obra *Sobre la agricultura* mostraba claras influencias helenísticas y cartaginesas.

En ese mismo tratado, como muestra del talante ahorrativo e implacable de Catón, se puede leer cómo calculaba la forma de optimizar la inversión en esclavos: alimentándolos lo justo para que trabajen, reduciendo todavía más las raciones si están enfermos ya que no tienen que trabajar —sin tener en cuenta el esfuerzo del organismo para combatir la enfermedad—, y vendiéndolos cuando sean ancianos como cualquier otro objeto o animal viejo que ya sobra.

Por lo general, Catón hacía gala de una dureza extrema. No solo contra los enemigos, sino contra sus propios soldados, a los que sometía a una disciplina tan severa que hacía alancear sin piedad a aquellos que retrocedían en la batalla. Al examinar su vida y su obra, si hay algo que parece ausente de él es lo que hoy llamaríamos empatía, o simplemente humanidad.

A cambio, le sobraba eficacia.

Catón tomó posesión como cónsul en marzo de 195. En aquel entonces el año oficial romano empezaba en este mes; no tardaremos en ver que, precisamente, las guerras en Hispania fueron la causa de que se adelantase a enero.

Tras llevar a cabo diversas tareas de gobierno en Roma, Catón embarcó desde Portus Lunae, cerca de Pisa, y se dirigió al puerto de Rosas con un ejército consular formado por dos legiones y dos alas de aliados. Estas tropas se agregaron a los dos ejércitos pretorianos que ya estaban en Hispania, lo que sumaba entre sesenta y setenta mil hombres, una fuerza más que considerable.

Lo primero que tuvo que hacer Catón fue reprimir a los iberos que se habían sublevado en el barrio nativo de Ampurias. El hecho de que se viese obligado a combatir en la zona más romanizada de Hispania sugiere que la situación era muy grave. No obstante, hay que tomar con cierta precaución todo lo que los historiadores antiguos narran sobre las proezas militares de Catón, ya que su principal fuente era el propio Catón, un inmejorable publicista de sí mismo.

Tras una contundente victoria a cinco kilómetros de Ampurias que dejó pacificada la zona, Catón se dedicó a recorrer la Citerior. En su opinión, la guerra debía abastecerse por sí misma, por lo que despidió a los vivanderos que suministraban trigo al ejército y se dedicó a saquear los cultivos locales. Con su mentalidad ahorrativa, su idea era que su campaña no le costase un denario al erario romano.

La siguiente batalla importante que libró fue contra los bergistanos, situados en la comarca de Berga, Solsona y Cardona, que trataron de aprovechar aquel relieve que consideraban favorable. Pero Catón los aplastó no una, sino dos veces: a la segunda ocasión en que se sublevaron, vendió como esclavos a los bergistanos supervivientes y entregó sus territorios a las tribus vecinas.

Poco después las ciudades de Turdetania utilizaron sus riquezas —no olvidemos que era la zona más próspera de Hispania— para contratar a diez mil mercenarios celtíberos. Cuando el pretor de la Ulterior solicitó la ayuda de Catón, este decidió antes de partir requisar las armas de los hispanos del norte del Ebro. Muchos se suicidaron antes que obedecer, pues estaban convencidos de que la vida sin armas no merecía la pena. Esta actitud, que recuerda a la famosa frase de Charlton Heston (*give you my gun when you take it from my cold, dead hands*
I'll
), la recalca el experto Fernando Quesada en varios pasajes de *Armas de la antigua Iberia*, como ya comenté al hablar de Sagunto. En cualquier caso, resulta difícil de creer que Catón dispusiera de medios para confiscar *todas* las armas de los hispanos de aquella región.

Catón se presentó con su ejército en el valle del Guadalquivir.

No fue necesaria una batalla campal: recurriendo a maniobras diplomáticas convenció a los mercenarios celtíberos de que era mejor que no se metieran en líos con Roma. Cuando se retiraron sin luchar, los turdetanos —a los que Livio, seguramente reflejando el tópico de las pocas virtudes guerreras de los pueblos prósperos, consideraba los más ineptos para la guerra de los hispanos (34.17) — se lo pensaron mejor y se rindieron.

En su regreso al norte, Catón no viajó por la costa, sino que se internó en la meseta y atravesó territorios celtíberos en una demostración de fuerza orientada a prevenir futuros problemas con aquellas tribus a las que, de momento, únicamente pretendía amedrentar, no someter.

Al final de su mandato, Catón regresó a Roma con un gran botín: 1400 libras de oro, 25 000 de plata, 123 000 denarios y 540 000 monedas de acuñación indígena conocidas como *argentum oscense*. Esto, más el número de enemigos muertos —cifra que seguramente hinchó—, le valió recorrer en triunfo las calles de Roma. Más tarde, Catón alardearía de que había tomado cuatrocientas ciudades, más incluso que días había pasado en Hispania. Una exageración, sin duda, puesto que alejándose de la costa mediterránea apenas se encontraban poblaciones merecedoras del nombre de ciudad. Pero, como ya hemos comentado, Catón era experto en hacerse propaganda.

LOS PACTOS DE SEMPRONIO

Después de las campañas de Catón, Roma controlaba una tercera parte de la península, la que bordeaba las costas este y sur. Esta zona se correspondía prácticamente con las tierras pobladas por tribus iberas, que estaban más desarrolladas. En cambio, la parte del interior que lindaba con las provincias romanas habitaban pueblos más atrasados y belicosos: vetones, carpetanos y, sobre todo, celtíberos y lusitanos, los que más problemas dieron a la República. Como ha ocurrido tantas veces a lo largo de la historia, estas tribus se dedicaban a hacer incursiones de saqueo contra los vecinos más prósperos. Más alejados todavía del territorio conquistado, en las costas del Atlántico y el Cantábrico, moraban pueblos como los galaicos, los astures, los cántabros y los vascones, que todavía tardarían mucho tiempo en tomar contacto con los romanos.

Los años siguientes a Catón, pese a que este había pacificado supuestamente la península, vieron guerras y revueltas constantes. No se debían únicamente a la actividad belicosa de las tribus que acabamos de mencionar, sino al propio modo de actuar de los romanos. Los pretores y cónsules que viajaban a Hispania no lo hacían con una verdadera visión de administradores. Por una parte, casi lo único que les interesaba era recaudar tributos y enviarlos a Roma. Como estaba en su mano subirlos arbitrariamente, a menudo lo hacían para quedarse con una buena porción: así compensaban los grandes gastos que habían hecho previamente en Roma en sus campañas para convencer a los votantes y llegar a las magistraturas más altas. Esa presión fiscal, que alcanzaba niveles de auténtica extorsión, ponía en una situación tan precaria a los nativos que muchas veces no les quedaba otro remedio que rebelarse.

Por otra parte, los mandatos de los magistrados eran tan breves que no podían planificar una auténtica labor de gobierno. Se consideraba oficialmente que habían desarrollado bien su tarea si al regresar a Roma podían celebrar un triunfo o, al menos, recibían una ovación. Eso únicamente se conseguía matando en batalla campal al menos a cinco mil enemigos —siempre que no se sufrieran demasiadas bajas en el propio ejército—, lo que significaba que si no había una guerra en curso muchos de estos gobernadores la provocaban.

La situación cambió un poco al empezar la tercera década de aquel siglo, con la llegada de uno de los gobernadores más capaces de la primera mitad del siglo II: el cónsul Tiberio Sempronio Graco, padre de los famosos hermanos Graco que presentaron sendas reformas agrarias décadas después y que acabaron muriendo de forma violenta.

Sempronio Graco fue elegido como pretor en 179, y recibió como provincia el mando de Hispania Citerior. Allí había servido el año anterior como gobernador Fulvio Flaco, que se había visto envuelto en una guerra contra celtíberos y lusones. Al igual que su predecesor, logró varias victorias, también contra los celtíberos, pero además contra los lusitanos. A lo largo de sus campañas cosechó un botín de casi quince toneladas de plata que después exhibiría en su triunfo por las calles de Roma.

Pero por lo que Sempronio pasó a la historia por encima de otros gobernadores romanos de la época fue por su labor política y pacificadora. Graco firmó pactos con las tribus independientes del exterior de las provincias, por los que dichas tribus se comprometían a no formar grandes confederaciones entre ellos que pudieran amenazar a Roma. Por esos acuerdos se les prohibía, además, construir nuevas ciudades fortificadas que pudieran servir como bases de operaciones para acosar los territorios de la Citerior y la Ulterior. Asimismo, estas tribus —hablamos, sobre todo, de los celtíberos— se comprometían a prestar ayuda militar a Roma cuando esta la solicitara.

Aparte de estos tratados, Sempronio repartió tierras cultivables entre los pueblos nativos. De este modo, asentó y sedentarizó a poblaciones enteras, que dejaron de ser seminómadas y de lanzar expediciones de pillaje contra los vecinos. Como señala Ian Morris

en *Guerra: para qué sirve*, es una constante histórica que los pueblos agrícolas y más urbanizados son menos violentos que los nómadas, y por eso este tipo de guerras de conquista que al principio causan mucho sufrimiento y devastación acaban dando más paz y prosperidad.

Sobre el destino posterior de Sempronio Graco, ya en Roma, se cuenta una historia muy peculiar. Estaba casado con Cornelia, la hija menor de Escipión Africano, una mujer de enorme personalidad que dio a luz a doce hijos, entre ellos los dos reformadores que ya hemos mencionado y que tan mal acabaron décadas después.

Un día, Sempronio encontró dos serpientes en su cama. Un hecho de aquel tipo no debía de resultar infrecuente en una ciudad que todavía tenía mucho de rústico, pero aun así Sempronio decidió consultar a los adivinos el significado de aquel fenómeno: para los antiguos, y más incluso para los romanos, las divinidades, los númenes y lo sobrenatural lo impregnaban todo.

Los adivinos le dijeron que, si dejaba ir a la serpiente macho y mataba a la hembra, su esposa no tardaría en fallecer. Si, en cambio, acababa con la serpiente macho, sería él quien moriría. Sempronio, que amaba profundamente a su esposa, dio muerte al ofidio macho y poco después cayó enfermo y murió.

De esta historia se burlaba Cicerón, un hombre racional, preguntándose por qué Sempronio no había dejado marchar a ambos reptiles, con lo cual ninguno de los dos habría muerto. Pero el siguiente autor que la transmitió, el polígrafo Plutarco, un hombre de acendrada piedad que creía en los prodigios y los oráculos, explicó que los adivinos habían advertido a Sempronio de que no podía soltar al mismo tiempo a las dos serpientes, por lo cual uno de los dos, él o Cornelia, no tenía más remedio que morir.

Como tantas otras anécdotas de aquellos tiempos, esta de las serpientes probablemente no refleje un hecho histórico, pero sirve para ilustrar el carácter y mentalidad de los personajes implicados y de los romanos en general.



Durante casi un cuarto de siglo los pactos firmados entre Sempronio y los pueblos limítrofes con las provincias romanas se mantuvieron razonablemente bien. Las fronteras apenas se desplazaron; entre otros motivos porque Roma concentraba sus esfuerzos sobre todo en las guerras de Macedonia y Grecia, que brindaban a los vencedores más beneficios, más prestigio y menos sinsabores.



Tiberio Sempronio y su esposa Cornelia, hija de Escipión Africano y madre

de los Graco.

Sin embargo, la mayoría de los gobernadores romanos que sucedieron a Graco no poseían su altura de miras y su único afán era enriquecerse. El Senado acabó comprendiendo que un exceso de corrupción perjudicaba a Roma, pues le granjeaba los odios de los pueblos nativos y suscitaba continuas revueltas. Por tal motivo, en el año 149 la *lex Calpurnia* de Lucio Calpurnio Pisón creó un tribunal especial, presidido por un pretor, con el fin de procesar a los magistrados corruptos. Se trataba de la llamada *Quaestio perpetua de repetundis*, que podríamos traducir como «tribunal permanente contra la corrupción».

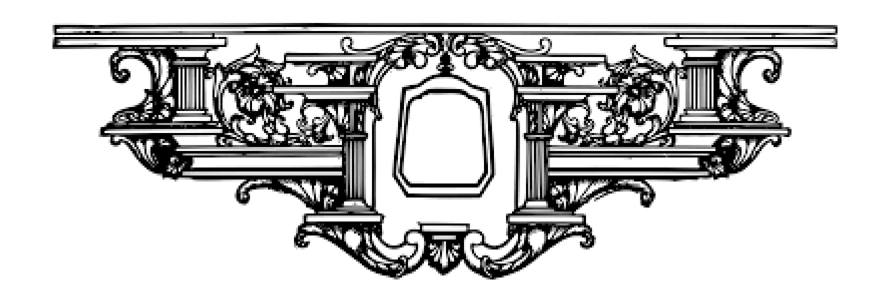
La intención era loable, pero había un obstáculo que impedía que este tribunal fuese realmente eficaz: los hombres que juzgaban a los exgobernadores provinciales pertenecían a su misma clase, el orden senatorial, por lo que lo más frecuente era que terminaran absolviendo a los acusados, aunque fuera tapándose las narices ante el hedor de la corrupción.

Pero incluso antes de que se creara ese tribunal, las revueltas habían vuelto a estallar en Hispania, protagonizadas por dos pueblos: los lusitanos y los celtíberos. El resultado fueron veinte años de guerras de los que Roma sacó muy poco provecho material y en las que perdió a miles de hombres.

Ambas guerras están relacionadas con sendos nombres propios, en un caso el de un hombre y en otro el de una ciudad.

Por supuesto, nos referimos a Viriato y a Numancia.

VI



VIRIATO Y LUSITANIA

LOS LUSITANOS

Si bien las campañas contra lusitanos y celtíberos se solaparon en el tiempo, con el fin de evitar confusiones conviene tratarlas por separado más que por orden estrictamente cronológico. Por tanto hablaremos primero de Viriato y de Lusitania.

La región conocida como Lusitania se encontraba en el suroeste de la península. Al sur limitaba con los célticos, al norte con los galaicos y al oeste con los vetones. Básicamente, sus tierras estaban comprendidas entre el Duero y el Guadiana, lo que suponía casi todo el actual territorio de Portugal y parte de Extremadura. Gracias a una inscripción conocemos los nombres de algunas comunidades lusitanas que pagaron la construcción del puente de Alcántara: igaeditanos, lancienses, opidanos, taloros, interamnienses, colarnos, lancienses, transcudanos, aravos, meidubrigenses, arabrigenses, banienses y pesuros. La inscripción es de la época del emperador Trajano, a principios del siglo II d. C., pero es más que probable que algunos de estos nombres reflejen los de tribus lusitanas más antiguas.

El idioma lusitano pertenecía a la familia indoeuropea, aunque entre los lingüistas existen discrepancias sobre su filiación exacta. Algunos lo consideran parte de la rama céltica, si bien un tanto diferenciado, mientras que otros creen que se trataría de un idioma precéltico. Incluso se lo ha relacionado con lenguas itálicas. Como muestra para los lectores, en esta inscripción lusitana se describe un ritual relacionado con el sacrificio que los romanos llamaban *suovetaurilia*, en el que se inmolaban un cerdo, una oveja y un toro. El texto reza:

Oilam Trebopala

Indi porcom Laebo…
Indi taurom ifadem Reve Tre…

En él se identifican los nombres del cerdo, *porcom*, y del toro, *taurom*. La oveja, *oilam*, que ha perdido una *w* intermedia, es más difícil de reconocer, pero si insertamos dicha *w* tenemos *owilam*, que muestra relación fonética con el latino *ovis*, «oveja».

Por desgracia, debido a la carencia de textos no se puede precisar mucho más sobre el lusitano: como ocurría en la mayor parte de Hispania, sus hablantes eran iletrados. Rasgo que debía de ser más acusado en el caso de Lusitania, ya que se trataba de una región menos desarrollada que las que la rodeaban por el este y el sur.

Según algunos autores antiguos, el mayor atraso de los lusitanos se debía a que su país era rico en minerales, pero de suelos pobres para la agricultura. Esa es la explicación tradicional para la costumbre lusitana de hacer razias de pillaje contra los pueblos vecinos. También cabe pensar que la falta de productividad de sus tierras se debía a que los lusitanos poseían una estructura social menos desarrollada que otras comunidades vecinas y a que preferían dedicarse a la ganadería seminómada que a la agricultura sedentaria.

Ríos para irrigar sus tierras no les faltaban. Guadiana y Duero limitaban sus tierras por el sur y por el norte, mientras que por el centro corría el caudaloso Tajo, y había también otras corrientes fluviales. Algunos de esos ríos, además, arrastraban arenas ricas en oro, aunque la explotación debió de ser muy pobre antes de que llegaran los romanos.

Veamos lo que dice el geógrafo Estrabón (3.3.6) sobre los lusitanos y sus costumbres, en un texto en el que se mezcla lo etnográfico con lo puramente anecdótico:

> Según se dice, los lusitanos son expertos en tender emboscadas y explorar el terreno, y muy ágiles. Llevan armas ligeras y son muy habilidosos en las maniobras. Se protegen con un escudo pequeño de dos pies de diámetro, cóncavo por la parte delantera y colgado con correas, ya que no tiene abrazadera ni asas. Además de estas armas llevan

> un puñal o un machete. La mayoría usan corazas de lino: unos pocos tienen cotas de malla y yelmos de tres crestas, y los demás cascos de nervios. Los soldados de infantería usan grebas, y cada uno de ellos lleva varios venablos. Algunos manejan también lanzas, cuyas puntas son de bronce.
>
> Se cuenta que algunos de los que viven cerca del Duero siguen una forma de vida espartana, pues utilizan dos veces al día los alipterios [lugares donde se untan de aceite o grasa antes del ejercicio], toman baños de vapor con piedras candentes, se bañan en agua fría y hacen una sola comida al día, pura y frugal.
>
> Los lusitanos son aficionados a los sacrificios e inspeccionan las entrañas de las víctimas sin arrancarlas. Examinan asimismo las venas de los costados y adivinan al tacto. Profetizan también por las entrañas de los cautivos de guerra: primero los cubren con sagos y después, cuando el arúspice los hiere en las entrañas, adivinan en primer lugar por la forma en que caen al suelo. Además cortan las manos a sus prisioneros y consagran las diestras.

Esta bárbara costumbre, la de cortar la mano derecha a los cautivos, no era privativa de los lusitanos: romanos tan célebres y «civilizados» como Escipión Emiliano o el mismo Julio César recurrieron a ella.

En la continuación del pasaje citado, Estrabón sigue mencionando costumbres alimenticias de los pueblos de las tierras altas. Usaban mantequilla en lugar de aceite de oliva, comían pan de bellotas durante dos tercios del año (es de suponer que porque no disponían de trigo ni cebada), y bebían cerveza en lugar de vino.

Lo que comenta Estrabón podría ser un tópico para señalar que los lusitanos y otros pueblos de la zona occidental de Hispania no estaban civilizados: mantequilla-bellotas-cerveza, dieta de gente tosca, en oposición a aceite de oliva-harina de trigo-vino, alimentación propia de pueblos desarrollados. Pensemos, por ejemplo, en los cíclopes de la *Odisea*, que no conocían el vino ni el pan y eran, por tanto, unos salvajes asilvestrados.

También es posible que, tópicos aparte, los lusitanos consumiesen esos productos de forma preferente por las circunstancias de su país. No obstante, el texto no es del todo preciso, pues habla de montañeses: puede referirse a galaicos y

astures, y también a los lusitanos de las tierras altas.

De forma similar representa a los lusitanos el historiador Diodoro de Sicilia (5.34), aunque para él las jabalinas que utilizaban eran «con lengüeta, forjadas por completo en hierro». Las arrojaban «con gran precisión y a larga distancia, y el impacto es violento. Como son ágiles y llevan armas ligeras, se les da muy bien tanto huir como perseguir, pero en la resistencia en combate son inferiores a los celtíberos. En época de paz ejecutan una danza muy rápida para la que se necesitan unas piernas muy elásticas». Leyendo este último pasaje, acuden a la mente las acrobacias de los cosacos. Danzas de este tipo eran habituales en muchos pueblos guerreros; los griegos, por ejemplo, tenían la danza guerrera llamada «pírrica».

El siguiente comentario de Diodoro resulta muy curioso:

> Los más pobres de entre los que llegan a la juventud y destacan por su fuerza y su valor […] se reúnen en las regiones montañosas más agrestes y, formando bandas de considerable tamaño, se dedican a hacer correrías por Iberia y a reunir riquezas mediante el saqueo […]. Como usan armas ligeras y son muy ágiles y rápidos, a los demás les cuesta mucho vencerlos. Las zonas más inaccesibles y ásperas de los montes son su patria y su refugio, ya que a los ejércitos grandes y con armas pesadas les resulta difícil atravesarlas.

De nuevo podemos encontrarnos ante una mezcla de historia y tópicos, pero lo cierto es que grandes bandas de lusitanos se dedicaban a lanzar razias sobre las tierras más llanas y fértiles de sus vecinos. En realidad, la mayoría de las campañas de las guerras entre los lusitanos y los romanos se llevaron a cabo en las zonas limítrofes entre Lusitania y las zonas más romanizadas, o directamente en la Carpetania y el valle del Guadalquivir, no en las propias tierras lusitanas, donde solo se actuó al final del conflicto.

Sobre estas expediciones de saqueo, el historiador Julio Mangas (*De Aníbal al emperador Augusto*, p. 37) señala que las bandas de guerreros jóvenes que bajaban de los montes más pobres para saquear las tierras bajas recuerdan a un ritual conocido como *ver sacrum* o «primavera sagrada». Esta antigua costumbre se

observaba en algunos pueblos itálicos de las montañas, como los volscos o los samnitas. Cuando afrontaban una batalla decisiva, o se veían ante una hambruna o una epidemia, prometían al dios Marte (o a su equivalente Mamers) ofrendarle toda aquella criatura que naciera en la siguiente primavera. A los animales que nacían durante esa estación los inmolaban, mientras que a los niños los dejaban crecer como consagrados. Pero cuando se acercaban a los veinte años, los obligaban a abandonar la tribu en busca de nuevas tierras y pastos. Se trataba de resolver la tensión demográfica obligando a que los excedentes de población de unas tierras pobres y poco cultivadas se buscaran la vida en los territorios de otros pueblos más prósperos.

La escasez de datos nos impide saber si existía una similitud real entre la primavera sagrada y las expediciones de saqueo de los lusitanos. ¿Servían estas también como rituales de iniciación para sus jóvenes? Rituales de este tipo eran habituales en sociedades divididas por clases de edades, un sistema arcaico que perduró en lugares como Esparta. En los textos de autores antiguos relativos a Hispania se encuentran algunas trazas de esta separación por edades, pero más entre los celtíberos que entre los lusitanos. Veremos un ejemplo en el capítulo sobre Numancia: los jóvenes guerreros de la ciudad celtíbera de Lutia se mostraron dispuestos a combatir contra los romanos, mientras que los ancianos que dirigían el Senado local fueron más prudentes y prefirieron pactar con el conquistador. Esta división entre consejos de ancianos sensatos y jóvenes guerreros combativos resulta, en el fondo, natural… salvo en el caso de Roma, donde en muchas ocasiones los más beligerantes parecían los senadores, que no eran precisamente unos jovenzuelos.

PRIMERAS CAMPAÑAS DE ROMA CONTRA LOS LUSITANOS

Las razias lusitanas sobre territorio romanizado venían ya de antes de Viriato. Los problemas más serios empezaron en 154, cuando un caudillo llamado Púnico lideró una serie de incursiones lusitanas contra los habitantes de la Bética. El nombre, Púnico, sugiere que este lusitano tenía sangre cartaginesa. Un mestizaje que después de tantos siglos de convivencia no tendría nada de extraño: podría ser descendiente de un refugiado cartaginés de la Segunda Guerra Púnica y de una mujer lusitana, o viceversa.

El cuestor Terencio Varrón intentó acabar con estas correrías, pero fue derrotado por Púnico y sus hombres en una batalla en la que él mismo y seis mil soldados perdieron la vida. Los vetones se sumaron a la razia. La horda formada por ellos y los lusitanos cruzó el Guadalquivir y llegó hasta las ciudades del litoral, donde se dedicó a saquear toda la región entre Cádiz y Almuñécar. Durante un combate, Púnico murió al ser alcanzado en la cabeza por una piedra, y lo sustituyó otro caudillo llamado Césaro.

Los romanos enviaron contra el nuevo líder hispano al pretor Lucio Mummio, el mismo que poco después arrasaría Corinto. Mummio, que llegó por mar a la zona, libró un combate contra los lusitanos apenas desembarcó y logró ponerlos en fuga.

O eso creía él. Cuando los perseguía de forma desordenada, es de suponer que con las unidades más rápidas como la caballería y la infantería ligera muy adelantadas al resto, los hombres de Césaro giraron en redondo y se lanzaron sobre ellos. Aunque Apiano no afirma que esta retirada fuese una añagaza voluntaria (*Ibér. 56*), actuaciones posteriores de los lusitanos hacen pensar que sí pudo ocurrir así, ya que entre las virtudes de estos guerreros destacaban

la rapidez y la maniobrabilidad, tal como señalaba el pasaje de Estrabón citado.

El resultado fue una derrota humillante para el pretor. Los romanos perdieron nueve mil hombres, más el botín que habían arrebatado a los enemigos y muchos estandartes que los lusitanos se dedicaron a exhibir como burla en sus correrías.

Mummio se refugió con los restos de su ejército en un campamento fortificado. Cuando una parte de las bandas de Césaro pasó cerca de allí, el pretor aprovechó para atacar de improviso y recuperar parcialmente el botín y los estandartes que habían perdido. Eso se nos cuenta: este tipo de revancha después de una gran derrota siempre suena un tanto sospechosa, como la famosa batalla de Calatañazor donde el invencible Almanzor «perdió el tambor».

En esa batalla perdió la vida Césaro. Los lusitanos no tardaron en escoger otro líder llamado Cauceno. Este logró la adhesión de las bandas lusitanas del norte del Tajo, que hasta entonces no habían entrado en la guerra, y se dedicó a saquear el Algarve, donde moraban los cunios, también sometidos a Roma. Sus victorias envalentonaron tanto a estos grupos que incluso se atrevieron a cruzar el Estrecho de Gibraltar para saquear el norte de África.

En 152, el pretor de la Ulterior, Atilio Serrano, decidió llevar la guerra a los lusitanos a su propia casa. Debido a la pobreza de su territorio, Lusitania no parecía ofrecer grandes alicientes para su conquista. Aun así, Atilio pensó que convenía sojuzgarla para detener las incursiones sobre las tierras ya romanizadas.

En esta campaña el pretor tomó el enclave más importante de los lusitanos, Oxtracas. Se ignora su ubicación; no debía de tratarse de una población demasiado grande, empero, pues en total los romanos mataron solo a setecientos enemigos. Como resultado, los lusitanos y sus vecinos los vetones acabaron solicitando la paz y aceptando las condiciones que les impuso Atilio. Pero no tardaron en volver a las andadas, entre otros motivos porque no existía unidad política entre las tribus lusitanas y lo que los romanos pactaban con unas no tenía por qué servir forzosamente para todas.

LA PERFIDIA DE GALBA

Al año siguiente, 151, ocurrió uno de los hechos más infames de la conquista de Hispania. El nuevo pretor de la Ulterior, Publio Servilio Galba, se había coordinado en sus acciones en Lusitania con el cónsul de la Citerior, Lucio Licinio Lúculo. De Lúculo, un personaje no menos siniestro, hablaremos en el apartado de las guerras contra Numancia a cuenta de la destrucción de Cauca, una acción tan rastrera como la de Galba.

La presión sobre su territorio de dos ejércitos, uno pretoriano y otro consular, forzó a algunas tribus lusitanas a enviar embajadores a Galba. Una vez en su presencia, le solicitaron que renovara con ellos el tratado de paz que habían firmado con Atilio.

Galba se mostró muy comprensivo y respondió a los embajadores que comprendía el motivo de sus correrías en las tierras más ricas. «Lo que os obliga a cometer esas tropelías es la pobreza de vuestro suelo. Si aceptáis ser amigos de Roma, yo entregaré tierras a vuestra gente». La idea de asentar en el llano a tribus montañesas consagradas al saqueo, otorgándoles parcelas para que se convirtieran en pacíficos campesinos, la aplicaron los romanos con otros pueblos, como los belicosos ligures, a los que trasladaron al sur de Italia, o con las tribus del norte de Hispania.

Pero en este caso las verdaderas intenciones de Galba eran muy distintas.

Confiados en su pacto con el pretor, miles de lusitanos se presentaron en la fecha convenida. Se dividieron en tres grupos y los hombres de Galba los condujeron a otros tantos valles, donde supuestamente iban a fundar ciudades para ellos.

Galba se dirigió al primer grupo de futuros colonos y los convenció de que, ya que se habían convertido en amigos y aliados

del pueblo romano, debían deponer las armas. «No las necesitaréis para vivir en estas tierras tan fértiles», argumentó.

Esta parte del relato de Apiano (*Ibér*. 60) causa cierta extrañeza, puesto que los guerreros hispanos solían preferir la muerte antes que renunciar a sus armas, y entre dichos guerreros los lusitanos eran de los más fieros. Quizá se trataba de depositar esas armas temporalmente mientras entraban en el recinto de la ciudad.

A continuación, los soldados de Galba rodearon a los colonos con una zanja. La intención era que no pudieran escapar, pero puede que el pretor los engañara asegurando que esa zanja era el perímetro de las murallas de su futura ciudad, que constituía un recinto sagrado —al igual que el *pomerium* de Roma— y que, por tanto, no podían penetrar en él armados.

Una vez que la fosa estuvo cavada, el pretor ordenó a sus soldados que penetraran en el recinto y dieran muerte a todos por igual: hombres, mujeres y niños. Las invocaciones a los dioses y a los juramentos no sirvieron para detener aquella masacre, que se repitió con los otros dos grupos de colonos. El relato hace pensar que todo ocurrió muy rápido, pero es posible que la acción se demorara algún tiempo mientras se trazaban los perímetros de las supuestas colonias o que ocurriera incluso de noche.

En total fueron asesinados ocho mil lusitanos. El historiador Suetonio, en la biografía de un descendiente de este mismo Galba que se convirtió en emperador por breve tiempo tras la muerte de Nerón, eleva la cifra hasta treinta mil (*Galba* 3).

Aquella traición horrorizó a los propios romanos. Cuando Galba regresó a la urbe, el tribuno de la plebe Escribonio Libón lo denunció. Durante el juicio, Galba recurrió al patético expediente de llevar a sus hijos ante el tribunal para conmoverlo con sus llantos. Mas si salió absuelto no fue por eso, ni porque, como señala Suetonio, estuviera considerado el mejor orador de su tiempo, sino porque gastó en sobornos buena parte del botín que había conseguido en Hispania con sus extorsiones.

Acciones como la de Galba o la que comentaremos de Lúculo no solo mancillaban el prestigio de Roma, sino que enconaban todavía más los conflictos con los nativos. Los hispanos se sentían desesperados ante los abusos de gobernadores crueles y corruptos como aquellos, y la desesperación los volvía más temibles en

combate.

UN LÍDER PARA LOS LUSITANOS

Según Apiano, entre los pocos lusitanos que escaparon de la trampa mortal de Galba se hallaba Viriato. La historia resulta verosímil, pero también puede que sea una tradición destinada a embellecer la historia del personaje. Si se tratara de una novela, el autor haría eso mismo con su protagonista: situarlo personalmente en los conflictos más importantes de la narración. A los autores antiguos les costaba resistirse a las mismas exigencias argumentales que mueven a novelistas y guionistas hoy día.



Los soldados de Galba rodean a los lusitanos antes de asesinarlos.

Es evidente que solo unos cuantos lusitanos habían participado en aquel supuesto reasentamiento colonial, de modo que Viriato bien pudo estar entre la gran mayoría que no sufrió la traición de Galba. En cualquier caso, el relato de la matanza había corrido por Lusitania y buena parte de Hispania. Estuviera presente o no, Viriato debía de sentir tanto rencor contra los romanos como si hubiera encontrado personalmente en el lugar de los hechos.

En un resumen muy sucinto de sus libros perdidos, conocido como *Periochae* (52.8), Tito Livio informa de que Viriato empezó siendo pastor y luego se convirtió en cazador, jefe de bandoleros y caudillo militar. Dicho así, da la impresión que sus orígenes fueron muy humildes y que ascendió poco a poco en sociedad: una especie de Curro Jiménez que acabó convertido en gran general.

Sin embargo, desde bien pronto vemos a Viriato elegido como jefe por miles de hombres, lo que hace pensar que pertenecía a la élite guerrera de su pueblo. En cualquier caso, el pastoreo era una ocupación que los nobles de las tribus seminómadas consideraban perfectamente digna, lo mismo que pensaban de la agricultura los nobles griegos y romanos.

El primer ataque en el que participó Viriato fue contra la vecina Turdetania, en el año 147. Formaba parte de un ejército más que respetable de diez mil hombres. En aquel momento, Viriato probablemente era líder de una de las bandas que componía aquella gran horda.

En Turdetania les salió al encuentro el pretor Cayo Vetilio con otros diez mil hombres. Vetilio mandó a su vanguardia sobre las patrullas lusitanas que se dedicaban al forrajeo, siempre más vulnerables. En la refriega que se produjo a continuación consiguió acorralar a los lusitanos en un paraje yermo donde no tenían manera de conseguir provisiones y del que únicamente podían salir chocando frente a frente con la poderosa infantería pesada romana.

La situación era desesperada: morir de hambre o atravesados por las jabalinas y espadas romanas. Los lusitanos enviaron a Vetilio embajadores con ramas de olivo para solicitarle que les concediera tierras donde asentarse. A partir de ese momento, le prometieron, se convertirían en pacíficos granjeros y renunciarían a sus correrías de saqueo.

El pretor aceptó y se dispuso a redactar las condiciones. Pero Viriato reunió a los demás cabecillas lusitanos y les dijo que aquel acuerdo se parecía demasiado al de Galba. ¿Iban a confiar en la lealtad romana, la supuesta *fides*, después de aquella matanza a traición y de lo que les había ocurrido a los habitantes de la ciudad vaccea de Cauca? Si no lo hacían y estaban dispuestos a seguir sus instrucciones, él, Viriato, les prometía sacarlos con vida de aquel atolladero.

Por los hechos de Viriato es evidente que poseía un gran carisma personal y que, seguramente, era un buen orador. Enardecidos por su arenga, los lusitanos lo eligieron como general. ¿Tenían otro general antes? ¿Funcionaban con una especie de consejo coordinado de jefes tribales? Es difícil saberlo.

Viriato desplegó a la mayor parte de los guerreros en línea

frente a los romanos, como si estuviera ofreciendo a estos una batalla campal. Después, mientras Vetilio hacía formar a sus propias tropas, el flamante general lusitano tomó a mil jinetes elegidos y los puso por delante de los demás. Aquí también faltan detalles, pero es de suponer que la formación de caballería era muy abierta con el fin de cubrir un frente amplio y ocultar de la vista a los soldados que se hallaban detrás, en su mayoría infantes.

Todo era una artimaña. A una señal de Viriato, los soldados formados por detrás de la caballería salieron a correr en todas direcciones. Su plan era desperdigarse y seguir rutas separadas hasta el punto de reunión donde debían esperar a Viriato, la ciudad de Tríbola. Su emplazamiento exacto se desconoce, pero no debía de hallarse demasiado lejos, seguramente al sur del Guadalquivir.

En otras circunstancias, los romanos habrían emprendido la persecución de aquellos fugitivos y dado muerte a buena parte de ellos. Sin embargo, Viriato se quedó allí con su caballería selecta, y mediante cargas y retiradas constantes consiguió mantener clavadas en el sitio a las legiones, jugando con ellas al ratón y al gato. Vetilio no se atrevía a lanzar patrullas de persecución porque habría tenido que dividirlas para dar alcance a cada grupo de fugitivos. Aquella acción no era aconsejable, ya que habría supuesto dejar a su espalda una fuerza de mil jinetes con caballos más veloces que los suyos. La calidad de la caballería lusitana era proverbial.

Tras dos días enteros de escaramuzas en aquella misma zona, Viriato calculó que los demás miembros de su ejército ya habrían llegado a Tríbola, el lugar convenido. A una orden suya, sus jinetes volvieron grupas y huyeron. Los romanos no pudieron darles alcance, como explica Apiano, «por el peso de su armadura, porque no conocían los senderos y porque sus caballos eran peores» (*Ibér*. 62).

El pretor, sin embargo, no se resignó, y condujo su ejército hacia Tríbola. Cuando estaba llegando a la ciudad, los lusitanos les tendieron una celada entre la espesura. Los hombres de Vetilio se vieron sorprendidos y cuatro mil de ellos perecieron, muchos despeñados por los barrancos cercanos.

Una de las víctimas fue el mismo Vetilio. Un soldado lusitano lo capturó y, «al verlo viejo y gordo, creyó que era un hombre que no merecía la pena y lo mató», (*Ibér*. 63). Viejo y gordo sería, pero

como tantos otros generales romanos era capaz de aguantar las duras campañas y las largas marchas a una edad respetable, eso al menos hay que reconocérselo.

Los seis mil supervivientes del desastre, mandados por un cuestor, se refugiaron en una ciudad que Apiano llama Carpessos y Livio Carpesia. El cuestor pidió la ayuda de cinco mil mercenarios celtíberos, belos y titios, y los mandó contra Viriato. En el combate, los lusitanos mataron a todos los celtíberos, de modo que ninguno sobrevivió para llevar la noticia de la derrota a Carpessos. La historia suena un tanto rara. Es cierto que por estas fechas los romanos no se hallaban en guerra abierta contra los celtíberos, por lo que podrían haberlos contratado como mercenarios, pero la gran distancia entre las tierras de titios y belos y el sur de Andalucía y el hecho de que no quedaran supervivientes hacen sospechar de esta parte de la historia.

En cualquier caso, las tropas romanas tuvieron que quedarse encerradas en aquella fortaleza, aguardando a que les llegara ayuda de Roma mientras los lusitanos proseguían sus correrías con toda impunidad.

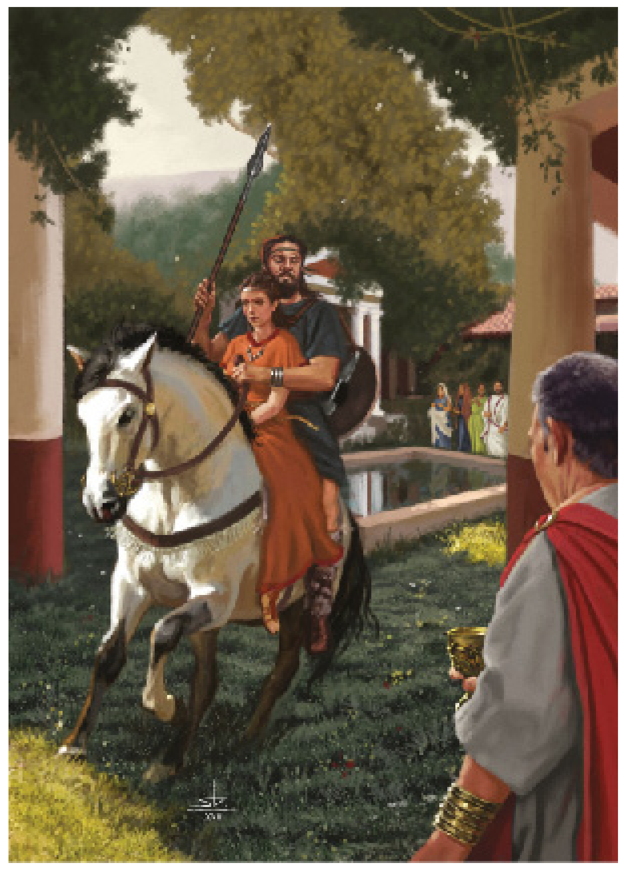
LA BODA DE VIRIATO

Aquella fue la primera hazaña de Viriato, que demostró una gran habilidad y capacidad de coordinación al cubrir la retirada de su ejército con una fuerza móvil de caballería. Después de Tríbola su prestigio se disparó: los lusitanos lo eligieron como caudillo y muchas tribus vecinas le enviaron refuerzos.

Gracias a ese prestigio, o al que ya poseía de antes, pues ignoramos las fechas, Viriato se casó con la hija de un lusitano noble y rico llamado Astolpas. El relato lo transmite el historiador Diodoro (33.7). Al ver que en la boda se exhibían copas de oro y plata y magníficas alfombras, Viriato, apoyado en su lanza, contempló con desprecio aquel despliegue de riquezas: «¿Cómo es que los romanos, viendo tanta riqueza empleada en banquetes, han renunciado a apoderarse de ellas, aunque tienen el poder para hacerlo?».

Su nuevo suegro le respondió que muchos romanos habían visto esas riquezas, pero que a ninguno se le había ocurrido cogerlas ni pedírselas. Viriato replicó: «¿Y por qué entonces has abandonado a aquellos que te dejan disfrutar tranquilamente de tus posesiones para emparentar conmigo, que soy pobre y villano?».

¿Quién no ha estado en una boda con mal ambiente? Aquella fue de las peores, si atendemos a Diodoro. Viriato se negó a sentarse y lavarse, y en lugar de probar los manjares que había en las mesas, tomó pan y carne asada y los repartió entre los partidarios que lo habían acompañado. Tras probar unos bocados, ordenó que le trajeran a la novia, hizo un sacrificio al estilo local, montó a la joven a la grupa de su caballo y se la llevó a las montañas.


La boda de Viriato con la hija de Astolpas.

Toda esta historia está plagada de tópicos. Viriato, en contraste con el opulento Astolpas, aparece prácticamente como el «buen salvaje»: valiente y sobrio por una parte y, por otra, sucio, desaliñado y un tanto maleducado. Estos rasgos recuerdan al retrato idealizado que Tácito hizo de los bárbaros germanos en su obra *Germania*. Los autores grecorromanos sentían una mezcla de repulsión, fascinación y admiración por los bárbaros atrasados y exóticos, como si pensaran: «Qué pena, en tiempos nosotros también fuimos así, valientes, sencillos y un poco guarros, sin depender tanto de los lujos». En esa idealización de una supuesta vida natural más pura —idealización que hoy también sufrimos— influyeron seguramente las doctrinas de los filósofos cínicos y estoicos, que despreciaban el lujo y ensalzaban el control de los

apetitos.

No obstante, no parece que haya que desechar del todo esta historia, sino despojarla un poco de sus adornos más románticos. Algunos autores, como Julio Mangas (*op. cit.*), creen que el relato de Diodoro puede reflejar una realidad: la existencia de una tensión interna de la sociedad lusitana entre los nobles más acomodados, como Astolpas, y los jóvenes con menos medios que debían formar bandas armadas para vivir del saqueo de sus vecinos. Con todo, si el tal Astolpas poseía tantas riquezas, es más que dudoso que casara a su hija con un pastor harapiento, como en ocasiones se representa a Viriato, lo que apoya la idea de que este pertenecía por nacimiento a la élite guerrera lusitana.

EL AUGE DE VIRIATO

Después de derrotar al pretor Vetilio, Viriato se enfrentó a varios comandantes romanos más. No siempre resultó victorioso, pero gracias a la facilidad de sus tropas para el repliegue nunca llegó a sufrir un desastre decisivo, y en más de una ocasión hizo morder el polvo a sus rivales.

Un hecho curioso es que Viriato luchó con generales que tenían diversos vínculos fraternos. En 144 combatió contra Fabio Máximo Emiliano, hijo natural de Emilio Paulo, el vencedor de Pidna, que había sido adoptado por los Fabios. Después lo hizo contra Fabio Máximo Serviliano, que había nacido en la *gens* Servilia, pero también había sido adoptado por los Fabios y era hermano legal del anterior. Por último, luchó contra Quinto Servilio Cepión, que era hermano carnal, pero no ya legal, de Serviliano. Sobre la frecuente práctica de la adopción en Roma comentaremos algo más adelante a raíz de Escipión Emiliano, que también era adoptado.

Volvamos al orden cronológico. En el año 146, los pretores Cayo Plaucio, de la Ulterior, y Claudio Unimano, de la Citerior, unieron sus fuerzas contra Viriato. Este había llevado a sus tropas a saquear el territorio de los carpetanos, al sur del Tajo. Plaucio le salió al encuentro con diez mil infantes y mil jinetes. Viriato volvió a fingir que huía y el pretor mandó en su persecución a cuatro mil de sus hombres, confiando en masacrar al enemigo; no olvidemos que en las batallas antiguas la mayor parte de las bajas se producían en las retiradas. Pero en este caso se trataba de una maniobra en la que los lusitanos eran auténticos ases: volviendo sobre sus pasos, cayeron sobre los perseguidores y los hicieron trizas.

Después de esto, Viriato cruzó el Tajo y acampó en un cerro cubierto de olivos y dedicado a la diosa Venus; se cree que se trata

de la Sierra de San Vicente, al norte de Talavera de la Reina. Allí lo atacó Plaucio. El relato de Apiano es tan sucinto que ignoramos si el general romano se había reforzado con nuevas tropas o si se atrevió a combatir con los restos de su ejército.

En cualquier caso, el resultado fue desastroso para los romanos.

El pretor se retiró a lamerse las heridas al sur de Hispania, donde empezó a invernar «desde la mitad del verano», como subraya Apiano (*Ibér.* 64), que lo critica por su cobardía. Hay que tener en cuenta que, tras dos derrotas consecutivas, las tropas se hallaban tan desmoralizadas que a Plaucio le habría resultado casi imposible conseguir que se enfrentaran de nuevo a los temidos lusitanos.

Prácticamente libre de enemigos, Viriato se dedicó a recorrer con impunidad el sur de la península y a saquear los territorios de los pueblos sometidos a Roma, requisando o destruyendo sus cosechas. En esas razias él y sus hombres cometieron un buen número de tropelías. Como ya comenté al hablar de la guerra entre cartagineses y romanos, estos últimos no eran los únicos villanos de la Antigüedad que ciertas historias nos quieren vender. Cuando hoy día se habla de abolir fronteras se olvida que las fronteras estables supusieron un avance en comparación con los límites difusos entre pueblos cuyo estado natural era combatirse y robarse unos a otros.

Entre las ciudades que atacó Viriato estaba la de Segóbriga, un gran enclave celtíbero en la provincia de Cuenca. Hoy día se conservan allí ruinas romanas de época posterior, con un magnífico conjunto del que destacan el anfiteatro y el teatro, en el que se celebra desde 1984 un festival de teatro clásico en el que participan tanto profesionales como estudiantes.

Frontino nos cuenta en sus *Estratagemas* (3.10.6) cómo actuó Viriato con los habitantes de Segóbriga: «Viriato envió hombres para que robasen a los de Segóbriga sus rebaños. Cuando lo vieron, los segobrigenses salieron corriendo tras ellos en gran número y a toda velocidad. Los ladrones huyeron y condujeron a los de Segóbriga hasta una emboscada donde fueron aniquilados».

Tras recorrer impunemente el valle del Tajo, los lusitanos llegaron incluso a cruzar el Sistema Central y atacaron las tierras de los arévacos de Segovia. Allí se apoderaron de mujeres y niños como rehenes y, como los arévacos no quisieron traicionar su

alianza con Roma, Viriato hizo que los ejecutaran. Esta última acción, más incluso que la anterior, demuestra que los romanos no eran los únicos que cometían barbaridades.

El año terminó con una nueva victoria de Viriato sobre Unimano, el pretor de la Citerior, al que arrebató un gran número de estandartes que, para mortificación de los romanos, fue exhibiendo como trofeos por todas partes.



Para el Senado, era imposible negar ya que se enfrentaban no a un jefe de bandidos cualquiera, sino a un general capacitado que mandaba un ejército en toda regla. Contra la típica visión todavía extendida en nuestros días de una guerra de guerrillas librada por grupos de montañeses semiharapientos que tiraban piedras a los romanos desde las alturas, para después retirarse a sus cuevas, es evidente que Viriato no solo era capaz de tender emboscadas, sino también de enfrentarse en campo abierto contra tropas regulares de infantería pesada.



Teatro romano de Segóbriga.

Considerando la magnitud de la amenaza que representaba Viriato, en 145 el Senado decidió nombrar para combatirlo a un cónsul en lugar de un pretor. En aquellas fechas la República podía dedicar más recursos a la guerra en Hispania, ya que el año anterior habían terminado tanto la Guerra Aquea como la Tercera Guerra Púnica con la destrucción de Corinto y Cartago respectivamente.

El cónsul elegido fue Fabio Máximo Emiliano, al que hemos mencionado antes. En lugar de elegir tropas ya bregadas en las guerras de Grecia y África, Fabio decidió recurrir a levas de reclutas novatos. Según Apiano (*Ibér*. 65), lo hizo por dar descanso a los veteranos. Quizá la verdadera razón fue que no deseaba encontrarse con las dificultades que había sufrido unos años antes Lúculo, al que los tribunos de la plebe llegaron a arrestar por querer llevar a

Hispania reclutas a la fuerza (más adelante explicaremos este caso).

Fabio se presentó con su ejército, formado por quince mil infantes y dos mil jinetes, en la ciudad de Urso (Osuna). Consciente de que sus hombres eran todavía bisoños, se dedicó a entrenarlos en lugar de sacarlos a combatir. Viriato trataba de provocarlo, pero Fabio se negaba a caer en sus trampas y únicamente dejaba a sus hombres librar algunas escaramuzas que les servían para tantear la forma de combatir de sus enemigos.

Actuando así, Fabio mostraba la misma prudencia que su padre biológico Emilio Paulo en la guerra de Macedonia, o que el antepasado de su familia adoptiva, el mismo Fabio Máximo que puso a prueba los nervios de Aníbal con tácticas dilatorias. Una muestra de su cautela y de su excelente organización era que cuando enviaba forrajeadores los protegía con un cordón de legionarios y jinetes, con el fin de evitar los típicos ataques que sufrían estos sirvientes.

En Roma empezaban a impacientarse con Fabio y en el Senado se habló de sustituirlo. Pero su hermano biológico Escipión Emiliano hizo valer su influencia y convenció a los demás senadores para que tuvieran paciencia: Fabio, estaba convencido, acabaría obteniendo buenos resultados.

Al segundo año Fabio se puso por fin en acción y atacó a Viriato, al que arrebató dos ciudades de las que el líder lusitano se había apoderado previamente: una la saqueó y la otra la incendió. Después persiguió a Viriato hasta un lugar llamado Bécor, que tal vez pueda identificarse con Baécula. En aquella acción Viriato perdió muchos hombres y se vio obligado a abandonar la provincia Ulterior.

Tras su victoria, que tampoco fue aplastante, Fabio volvió a invernar a Corduba. El Senado lo relevó del mando para entregárselo a un pretor, Quinto Pompeyo. El hecho de elegir un pretor y no un cónsul indica que consideraban que la situación en la Ulterior estaba más o menos controlada.

REVUELTA GENERAL

Los últimos contratiempos convencieron a Viriato de que él solo no podía vencer a los romanos. En 143 consiguió aliarse con los pueblos celtíberos más belicosos, arévacos, titios y belos, lo que desató una nueva guerra en Celtiberia. Aquella alianza suponía una gran amenaza para ambas provincias. Para enfrentarse a ella, el Senado nombró a un cónsul para la Citerior, Quinto Cecilio Metelo, de cuyas campañas hablaremos en el apartado de Numancia.

Aquel año Viriato se enfrentó por dos veces al pretor Pompeyo. Tras un primer revés, el líder lusitano se retiró de nuevo con sus tropas al monte de Venus. Allí se libró un segundo combate en el que los romanos llevaron la mejor parte. No obstante, Pompeyo no consiguió resultados demasiado brillantes, al menos según el juicio de Apiano (*Ibér*. 66): parece evidente que ni él ni su fuente, Polibio, le tenían grandes simpatías. En lugar de combatir personalmente, Pompeyo envió a hostigar a los lusitanos a un legado suyo llamado Cayo Marcio, un ciudadano romano ya nacido en la colonia de Itálica.

En 142, el Senado decidió nombrar de nuevo un cónsul para que se enfrentara a Viriato. El elegido en esta ocasión fue Fabio Máximo Serviliano, hermano por adopción del otro Fabio, como ya quedó dicho. Serviliano traía un potente ejército formado por dos legiones y dos alas de aliados, más mil seiscientos jinetes y diez elefantes que aportaba el rey númida Micipsa. El padre de este, Masinisa, había muerto a la más que respetable edad de noventa años; la última batalla la había librado en persona con ochenta y ocho.

Gracias a su superioridad numérica, Serviliano logró expulsar de nuevo a Viriato de la provincia Ulterior. Tras tomar represalias contra algunos de sus aliados, decidió que había que tomar aquel

toro por los cuernos, dejar de combatir en territorios ya romanizados y llevar la guerra a zona enemiga. Al año siguiente, en 141, invadió por fin Lusitania y atacó una de sus ciudades, Erisana, cuya localización se desconoce.

Los romanos no habían terminado todavía de cerrar el cerco de la ciudad cuando apareció Viriato con tropas de refuerzo. El caudillo lusitano logró introducirse de noche en la fortaleza sin que los centinelas del ejército de Serviliano se percataran. Al amanecer, los defensores de Erisana y los lusitanos recién llegados hicieron una salida conjunta con la que sorprendieron a los sitiadores, que no se esperaban encontrar tantos soldados dentro de la ciudad.

Los hombres de Viriato atacaron en primer lugar a los soldados que estaban excavando el foso de circunvalación. Cuando los zapadores arrojaron las palas y huyeron, los lusitanos cargaron contra el resto de los soldados de Serviliano, con tanto ímpetu que los pusieron en fuga; probablemente, porque no estaban desplegados todavía en orden de combate. Los romanos se retiraron a toda prisa y quedaron encerrados en un valle rodeado de barrancos.

Para salvar a su ejército, a Serviliano no le quedó más remedio que rendirse. Las condiciones que le impuso Viriato fueron bastante moderadas. No obligó a los romanos a pasar bajo el yugo para salir del valle, como habían hecho los samnitas en la infamante jornada de las Horcas Caudinas. Únicamente les pidió que se retiraran de Lusitania, que reconocieran la independencia de su territorio y que le otorgaran a él el título de amigo y aliado del pueblo romano.

¿Por qué no aprovechó Viriato para aniquilar a sus enemigos? Por más que las fuentes hablen con todo desparpajo de miles o decenas de miles de muertos en cada batalla, no debía de resultar fácil, ni siquiera para guerreros avezados, llevar a cabo una matanza de tales proporciones. Por otra parte, los ocho años de guerra también tenían agotados a los lusitanos. Viriato, que sin duda poseía visión de estado, consideraba que Roma podía representar un factor de estabilidad para la región. Lo que ni él ni otros pueblos querían era ser exprimidos inicuamente.

Diodoro narra aquí otra anécdota reveladora (33.7.5). Hablando con los habitantes de Tucci (Martos), Viriato les contó la historia de un hombre ya mayor que tenía dos esposas. La más joven de ellas le

arrancaba las canas para que el marido pareciera de su misma edad, mientras que la más vieja le quitaba los pelos negros con idéntica intención. El resultado era que el hombre se estaba quedando calvo. Del mismo modo, las ciudades de la Bética, que pasaban de manos de los romanos a las de los lusitanos y viceversa, se hallaban cada vez más destruidas y arruinadas.

«ROMA NO PAGA TRAIDORES»

El pueblo romano aprobó el acuerdo de Serviliano y Viriato. La situación en la urbe también era complicada y casi nadie quería alistarse para servir en aquella guerra interminable que tan pocos frutos rendía en comparación con las suculentas campañas de Oriente.

Sin embargo, a Quinto Servilio Cepión, hermano carnal y sucesor de Serviliano, no le gustó el acuerdo y lo denunció ante el Senado, lo cual hace pensar que entre ambos no reinaban muy buenas relaciones.

Cepión quería reanudar la guerra como fuera. Necesitaba un *casus belli* para romper el tratado con el nuevo aliado de Roma. El Senado, o tal vez la facción más belicista de él, lo animó para que provocara a Viriato, pero en secreto. Puesto que el acuerdo de paz había sido aprobado por la asamblea popular, no era conveniente que nadie en ella se enterara. De lo contrario, algún tribuno podía dirigirse a la plebe, cada vez más descontenta con la guerra en Hispania, y soliviantarla contra el Senado, que era el que cosechaba los frutos no demasiado abundantes de aquel conflicto.

Servilio Cepión tenía fama de prepotente y arrogante, no solo por su trato hacia los hispanos, sino hacia sus propios hombres. Solía mostrarse cruel y grosero con todos, pero en especial con los soldados de la caballería. A cambio estos se sentaban por la noche junto a las hogueras del campamento, hacían chistes obscenos a costa de su general y los propalaban entre el resto de las tropas. A Cepión aquello lo sacaba de quicio, pero cuanto más se enfadaba más chascarrillos inventaban sobre él.

El general quería cortar por lo sano aquellas bromas. Como no podía señalar a ningún culpable concreto, decidió dar ejemplo con

un castigo colectivo. Para ello envió a sus seiscientos jinetes a recoger leña al monte donde se levantaba el campamento de los hombres de Viriato.

Hacer de *lignarii* era una tarea servil, muy humillante para los orgullosos miembros de la caballería. Además los forrajeadores, con las manos ocupadas en recoger leña, trigo, agua o lo que fuese, siempre eran vulnerables a los ataques enemigos. Viendo el peligro, los tribunos militares de Cepión le pidieron que revocase su orden: corrían el riesgo de quedarse sin caballería, lo cual suponía una auténtica temeridad ante jinetes tan consumados como los lusitanos. Pero Cepión se negó rotundamente.

Los hombres de la caballería, que no querían rebajarse a pedir disculpas, salieron del campamento a cumplir su tarea. Al verlos, muchos voluntarios, entre ellos otros jinetes de la caballería aliada, cruzaron el río tras ellos de forma espontánea para cubrirles las espaldas. Tras cumplir su misión, los jinetes romanos regresaron sanos y salvos al campamento, donde amontonaron la leña recogida alrededor de la tienda de Cepión y le prendieron fuego. El general salvó la vida porque salió corriendo justo a tiempo de no perecer abrasado por las llamas.

Del mismo modo que a veces pongo en duda ciertas anécdotas plagadas de tópicos, en esta, transmitida por Dión Casio en su *Historia romana* (22.78), los detalles son tan ricos y realistas que cuesta dudar de que los hechos ocurrieran tal como los cuenta.



A fuerza de provocaciones, Cepión consiguió que en el año 140 se declarara abiertamente la guerra. Una vez rotas las hostilidades, expulsó a Viriato de la ciudad de Arsa, lo persiguió por la Carpetania con un ejército muy superior en número y lo acabó echando del territorio de la provincia Ulterior.

No contento con ello, Cepión persiguió a las tropas de Viriato

aún más allá, hasta las tierras de los vetones y los *callaeci* o galaicos —que no solo ocupaban Galicia, sino también el norte de Portugal—. Fue él quien primero abrió esta ruta de penetración, empezando la construcción de calzadas por la Vía de la Plata que servirían a los romanos más adelante para conquistar el oeste de la península. También instaló campamentos permanentes en la zona occidental como Castra Servilia (Casar de Cáceres) o Castra Caepiona (en Setúbal). A él se debe asimismo la construcción de la Torre de Cepión o *Turris Caepionis*, que dio nombre a Chipiona.

Al año siguiente, en 139, el Senado prorrogó el mandato de Cepión como procónsul. Al ver que se encontraba ante un hueso muy duro de roer, Viriato trató de entablar negociaciones con él. Cuando Cepión aceptó, el líder lusitano le envió como mediadores a tres hombres que consideraba de su máxima confianza: los turdetanos Audax, Ditalco y Minuro (este último se llamaba Nicoronte en la versión de Diodoro).

Los nombres de esos tres individuos han pasado a la historia universal de la infamia al igual que los de Anito, Meleto y Licón, los acusadores de Sócrates. ¿La razón? En lugar de servir a su jefe, lo traicionaron de forma miserable. Cuando se reunieron con Cepión, este les prometió grandes regalos si le libraban de una vez por todas de aquella piedra en el zapato que era Viriato.

Al regresar a su campamento, Audax, Ditalco y Minuro acudieron a la tienda de Viriato. Este, ocupado con mil cosas, dormía poco y a saltos. Lo hacía, además, con la armadura puesta para estar preparado ante cualquier contingencia, según Apiano (*Ibér*. 74), o quizá porque no era la primera vez que trataban de asesinarlo. Los tres conjurados le clavaron un puñal en el cuello, uno de los pocos puntos vitales que no protegía su blindaje, y huyeron a toda prisa antes de ser descubiertos. Nadie se dio cuenta de lo ocurrido hasta el amanecer.



Construcción de una calzada romana en la Vía de la Plata.

Cuando los tres traidores llegaron ante Cepión y le pidieron el resto de la recompensa, el procónsul contestó con el mayor cinismo que se contentaran con lo que ya les había entregado. Si querían más, tendrían que viajar a Roma a pedírselo al Senado.

La conocida frase «Roma no paga a traidores» parece ser una invención posterior que no se encuentra en fuentes clásicas. Algo así como el «elemental, querido Watson» que supuestamente dice Sherlock Holmes.

Las mismas fuentes romanas criticaron mucho a Cepión por su manera de proceder. Como escribe Valerio Máximo (*Mem.* 9.6.4): «La muerte de Viriato mereció una doble acusación de perfidia. Una contra sus amigos, porque lo asesinaron con sus manos. Otra contra el cónsul Q. Servilio Cepión, pues cuando prometió a los asesinos

que quedarían impunes se convirtió en culpable del crimen, y no mereció la victoria, sino que la compró».

Los lusitanos lloraron a su jefe muerto y lo honraron con un funeral a lo grande. Tras vestir su cadáver con las mejores galas y armas, lo subieron a una enorme pira y ofrecieron muchos otros sacrificios en su honor. Mientras su cuerpo ardía, los guerreros corrían a pie y a caballo alrededor de la hoguera, con todas sus armas y entre cánticos guerreros. Cuando la hoguera se apagó, doscientas parejas de guerreros combatieron sobre su tumba.

EL MITO DE VIRIATO

La muerte de Viriato en unas circunstancias tan dramáticas terminó de convertirlo en una leyenda. Esta se agrandó con el tiempo, igual que ocurrió con la de Numancia, hasta llegar a los mayores extremos con el nacionalismo del siglo XIX. Al considerar a Viriato un libertador de España, nación que obviamente no existía en el II a. C., se tendía un puente entre el presente y la Antigüedad, como si todos esos siglos intermedios no hubieran representado cambio alguno. Por supuesto, lo mismo cabe decir para quienes lo consideran el primer héroe nacional portugués.

Todo esto recuerda, salvando las distancias, a la querella que un grupo de abogados griegos quiso presentar contra la Warner Bros y Oliver Stone porque en su película *Alejandro* representaba a Alejandro Magno, su «héroe nacional», más homosexual que heterosexual. Dejando aparte cuestiones de homofobia —término incorrectamente formado, como vigorexia o tantos otros que se inventan hoy día sin el menor conocimiento del latín y el griego—, no hay nada más absurdo que pretenderse herederos de un país que no existía. Alejandro era macedonio, no griego, pero es que ni siquiera «griego» significaba entonces nada remotamente parecido a lo que significa hoy día.

Volviendo a Viriato, como suele suceder cuando las fuentes antiguas ofrecen pocos datos concretos, diversos pueblos y regiones de España y Portugal se disputan ser su cuna: Coímbra, la Sierra de la Estrella, Sayago en Zamora, incluso el valle del Ebro. Como reducción al absurdo de esas discusiones y teorías, recomiendo ver este vídeo *https://www.youtube.com/watch?v=NCElP7JXsf8* tomado del programa *Un país en la mochila*. El gesto de Labordeta escuchando impertérrito las explicaciones sobre el origen de Viriato

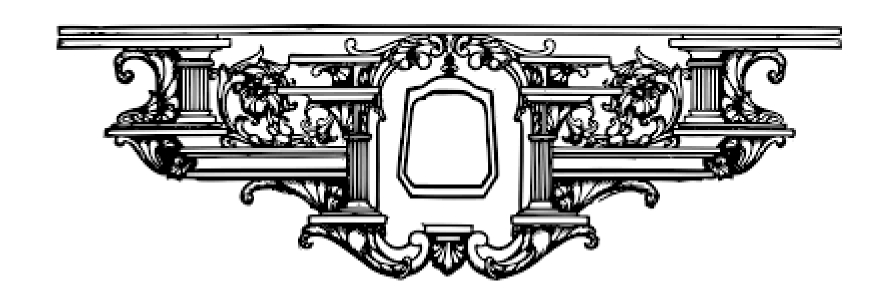
en Guijo de Santa Bárbara y su formación en la Academia de Infantería de Toledo es impagable.



Perdido su líder carismático, los lusitanos eligieron como caudillo a un tal Tántalo o Tautamo, y reanudaron sus expediciones de saqueo, en las que llegaron incluso hasta Levante. Cepión no tardó en derrotarlos en una batalla junto al Guadalquivir, y lo hizo de una forma tan contundente que ellos le pidieron de nuevo la paz. Pese a la arrogancia de su carácter, en esta ocasión el procónsul, que comprendía las razones de que los lusitanos se dedicaran al bandidaje, fue generoso y les concedió tierras donde asentarse y fundó ciudades para ellos. A cambio, ellos tenían que pagar un impuesto de un cinco por ciento por usar aquellas tierras, que se convertían oficialmente en propiedad de la República. De este modo, el oeste peninsular al sur del Duero quedaba pacificado.

Muy distinta era la situación en el centro, donde la rebelión celtíbera seguía en marcha, acaudillada no por un único líder, sino por toda una ciudad: Numancia.

VII



NUMANCIA Y LA GUERRA CELTIBÉRICA

LOS CELTÍBEROS

El segundo gran conflicto de aquella época estalló en el año 153 en Celtiberia y dio origen a otro mito tan duradero y emblemático como el de Viriato. En este caso no se trata de una leyenda individual, sino colectiva: Numancia, paradigma de ciudad hispana orgullosa e irreductible.

La región conocida por los antiguos como Celtiberia comprendía las tierras del Alto Duero, el Alto Jalón y el Alto Tajo. La coincidencia del adjetivo «alto» no es baladí: en general eran tierras elevadas y, en ocasiones, montañosas. Numancia, por ejemplo, se halla a más de mil metros sobre el nivel del mar. Eso explica los duros inviernos que tuvieron que sufrir los legionarios romanos, en muchas ocasiones sin indumentaria apropiada para ello.

Los celtíberos no formaban una única entidad, sino que estaban divididos en diversas tribus: titios, arévacos, lusones, belos, vacceos y pelendones. Existen dudas sobre otros dos pueblos, los turboletas y los olcades, que tal vez pertenecieran a la etnia celtíbera, pero no se sabe con certeza.

Durante un tiempo se entendió que el nombre de celtíberos que les daban los autores antiguos se debía a que este pueblo consistía en una mezcla de celtas y de iberos, y más de un lector recordará que así se explicaba en el colegio. Sin embargo, parece que hay que entender mejor el término «celtíberos» como celtas de Iberia. La lengua que utilizaban estas tribus pertenecía a la rama de las lenguas célticas, dentro del gran árbol del indoeuropeo. Se conservan muestras en inscripciones y también en monedas, gracias a que los celtíberos adoptaron el sistema de escritura de sus vecinos orientales, los iberos.

A diferencia de los lusitanos, una sociedad más atrasada,

seminómada y dedicada sobre todo a la ganadería y al saqueo, los celtíberos estaban alcanzando un grado más avanzado de desarrollo económico y social. Sus asentamientos habían evolucionado a ciudades cada vez mayores, en un proceso preestatal que, como ya he mencionado hablando de los iberos, se asemejaba al que había tenido lugar en Italia siglos antes. En parte esta evolución se produjo por desarrollo propio y en parte por influjo de los iberos de la costa y de los mismos romanos. Esas influencias se descubren en su arte y en la aparición de la moneda.

LA CUESTIÓN DE SEGEDA

El conflicto empezó precisamente por la mencionada evolución social de los celtíberos. Una de sus tribus, los belos, tenía su ciudad principal en Segeda, a unos diez kilómetros al sureste de Calatayud, al pie de la Sierra Vicora, una estribación de la Cordillera Ibérica. En el año 153 los belos decidieron ampliar el perímetro amurallado de su ciudad para acoger a sus vecinos, los titios. Se trataba de un proceso de fusión política conocido como sinecismo, del término griego *synoikismós* que, trasladándolo a raíces latinas, podríamos traducir como «cohabitación».

La práctica de unir aldeas para crear una entidad política mayor se observa también en etapas arcaicas de Grecia (las ciudades estado de Esparta y Atenas, por ejemplo) o de la misma Roma, que según la tradición nació de la Liga del Septimontium. Eso demuestra que los celtíberos estaban recorriendo el mismo camino político y social por el que ya habían pasado griegos y romanos. Para su desgracia, lo hacían con varios siglos de retraso, lo que los colocaba en clara desventaja ante sus conquistadores.

En el caso de Segeda no queda claro si el sinecismo era voluntario o los titios se veían obligados a él por el superior poderío militar de los belos. Para acoger a los nuevos pobladores, los segedanos tenían previsto aumentar el perímetro de sus murallas hasta ocho kilómetros: el doble de Numancia, lo que nos ofrece una idea de la importancia de esta ciudad celtíbera.

Cuando la noticia de esta ampliación llegó a Roma, causó gran preocupación. El Senado advirtió a los segedanos de que los pactos que se habían firmado un cuarto de siglo antes entre Sempronio Graco y las tribus celtíberas prohibían, de forma expresa, crear grandes alianzas o fundar nuevas ciudades que, por su entidad,

pudieran amenazar a los vecinos situados en territorio romano. El Senado no se limitó a esa advertencia, sino que exigió a los segedanos que entregaran los tributos atrasados que se habían estipulado también en la época de Graco, así como un contingente de tropas.

Los segedanos se negaron a aportar tanto lo uno como lo otro, alegando que estaban exentos de esas contribuciones por una decisión posterior de Roma. En cuanto a la construcción de nuevas murallas, su argumento para seguir adelante con ella era que las cláusulas del pacto les prohibían fundar nuevas ciudades, pero no decían nada de mejorar las fortificaciones de las que ya existían. Al contestar de esta manera no podían ignorar que iban a incurrir en la ira de la poderosa República. Sin embargo, se sentían envalentonados porque, por esas fechas, los lusitanos acaudillados por Césaro se habían sublevado contra el pretor Mummio y lo habían derrotado.

Los senadores se tomaron muy en serio tanto la derrota ante los lusitanos como la amenaza de Segeda. Por eso, en 153 el Senado decidió despachar a uno de los dos cónsules del año, Fulvio Nobílior, con un ejército de más de treinta mil hombres.

A partir de entonces, para afrontar las guerras de Hispania el Senado recurriría en varias ocasiones a ejércitos consulares, que por definición contaban con el doble de efectivos que los pretorianos. Otra muestra de su creciente interés en controlar militarmente la península fue que por estas fechas emprendieron la conquista del sur de la Galia, conocida como Narbonense, con el fin de asegurar el viaje de las legiones desde Italia hasta Hispania. El desafío de los segedanos, aunque se produjera en un lugar tan lejos de Roma, les servía como una excusa perfecta para reforzar ese control militar sobre Hispania.

Una de las primeras consecuencias de la guerra celtibérica tendría un alcance que los romanos de aquel entonces no podían prever. Sin duda, en su afán de universalidad, les habría hecho sentirse muy satisfechos.

Hasta aquel año, los cónsules entraban de forma oficial en el cargo en los idus de marzo; es decir, el día 15, una fecha que ha quedado indeleblemente grabada en la historia por el asesinato de Julio César en el año 44 a. C. Solo a partir de ese día empezaban a

reclutar a sus legiones y las equipaban y adiestraban en mayor o menor medida, según estuvieran formadas por soldados novatos o veteranos. Una vez que se consideraban suficientemente preparados, los cónsules y sus hombres se ponían en marcha hacia los escenarios bélicos que el Senado les encomendaba.

El problema era que los romanos ya no estaban combatiendo en Italia, sino en Hispania, a una distancia cada vez mayor de la urbe. Cuando las tropas llegaban a su destino el año andaba ya muy avanzado y, a poco que se descuidaran, les caía encima el invierno. Los inviernos de Celtiberia eran especialmente crudos, con mínimas que bajaban a menudo de los diez grados bajo cero.

La solución que pergeñaron los romanos fue adelantar el comienzo del año oficial al 1 de enero o *Ianuarius*, mes dedicado a Jano, el dios de las dos caras cuyo templo únicamente se cerraba en tiempos de paz; es decir, casi nunca. Desde entonces, enero se convirtió en el primer mes del año. Esto provocó una incoherencia en los nombres de los meses, ya que los romanos, tan conservadores, no los modificaron. Esa es la razón de que septiembre, octubre, noviembre y diciembre no sean los meses séptimo, octavo, noveno y décimo, como parecería lógico, sino que haya que sumarles dos para obtener su ordinal. Si no ocurre lo mismo con julio y agosto, que se llamaban en aquella época quintil y sextil, fue porque los romanos les cambiaron los nombres en honor de Julio César y de Augusto.

Incluso después del adelanto del calendario, la distancia y los problemas organizativos —los cónsules tenían muchas tareas que llevar a cabo antes de partir— provocaban que en ocasiones los ejércitos llegaran a Hispania más tarde de lo deseable. Nobílior, por ejemplo, no pudo alcanzar la península antes de agosto. Les ocurriría también a otros generales, como Marcelo, Lúculo o Metelo Macedónico.

En cualquier caso, Nobílior se las arregló al menos para llegar antes de que los segedanos hubieran terminado de construir sus murallas. Al comprender que su ciudad no podría resistir un asedio, y menos ante un poderoso ejército consular, los segedanos abandonaron la ciudad y se dirigieron en éxodo hacia el noroeste, al territorio de otra tribu celtíbera, los arévacos.

La capital de los arévacos no era otra que Numancia. Una ciudad

que como mucho podía movilizar ocho mil guerreros y que contaba con un perímetro amurallado de solo cuatro kilómetros, pero que se convertiría en una auténtica pesadilla para los romanos.

El historiador Polibio denominó «guerra de fuego» (35.1) a este conflicto entre la República y las tribus celtíberas, porque era como los incendios del monte, que, cuando parecen ya extinguidos, se vuelven a reavivar a partir de los rescoldos: una guerra tan larga y encarnizada que en ella «ni siquiera los cortos inviernos permitían una breve pausa».

El problema para los romanos en esta y otras guerras libradas en Hispania era que, tal como ya hemos comentado, su estrategia habitual de ganar batallas decisivas no les funcionaba. En Grecia y en Asia les bastaba con una gran victoria ante los ejércitos de un estado centralizado, como ocurrió en Magnesia o Pidna, para que los gobernantes de dicho estado se rindieran y sus súbditos se resignaran a esta situación. En Hispania, mucho más fragmentada políticamente, aquello era impensable: había que derrotar a las tribus una por una, y a menudo las que se rendían se rebelaban de nuevo en cuanto tenían ocasión, con lo que el incendio, según la metáfora de Polibio, se volvía a propagar.

EL ELEFANTE DE NOBÍLIOR

Persiguiendo a los fugitivos de Segeda, Nobílior y sus tropas invadieron el país de los arévacos. Estos se aliaron con los recién llegados titios y belos y eligieron como general a uno de ellos, llamado Caro. La primera acción de Caro fue apostar en unos bosques a veinte mil infantes y cinco mil jinetes para tender una emboscada al ejército romano. Según algunos autores, el lugar de la celada fue el barranco del río Valdano, a unos veinte kilómetros de Almazán (Soria).

La emboscada tuvo éxito. Tras una reñida batalla, seis mil hombres de Nobílior quedaron tendidos en el campo de batalla. Desmoralizados, los legionarios se batieron en retirada. Los celtíberos de Caro vieron la ocasión de masacrarlos y, de paso, apoderarse de un suculento botín. Pero la caballería romana que custodiaba el convoy de la impedimenta, que venía por detrás del resto del ejército, cayó sobre ellos cuando estaban desorganizados, y esta vez fueron seis mil celtíberos los que murieron. Entre ellos, su reciente y efímero caudillo Caro.

La llegada de la noche puso fin a la batalla. Si hacemos caso a las cifras de Apiano (*Ibér*. 45), el resultado quedó en un empate. Pero el paralelismo de bajas resulta algo sospechoso; máxime si tenemos en cuenta que aquel día, 23 de agosto, que estaba consagrado al dios herrero Vulcano, fue declarado nefasto. Desde entonces ningún general romano se atrevió a librar una batalla en esa fecha. Todo apunta a que el revés sufrido por Nobílior fue más que considerable.



Arévacos, titios y belos se concentraron en Numancia y eligieron a dos nuevos generales, Ambón y Leucón. Por su parte, los romanos plantaron su campamento a cuatro kilómetros de Numancia, una distancia que indica que sentían un temor más que respetuoso por sus enemigos celtíberos. Allí el cónsul recibió refuerzos del anciano rey númida Masinisa, que aportó trescientos jinetes y diez elefantes. (En el capítulo sobre Viriato se mencionó a Masinisa ya muerto, pero tengamos en cuenta que las fechas de la guerra lusitana y la celtíbera se solapan).

¿Qué encontró ante él Nobílior? Numancia presentaba un acceso muy difícil. Estaba situada en el Cerro de la Muela, también conocido como Cerro de Garay, y la rodeaban dos ríos, el Duero y su afluente el Merdancho. El único camino desde la llanura hasta la ciudad se hallaba sembrado de empalizadas y trincheras, por lo que resultaba muy difícil acercar las máquinas de guerra al muro.

No obstante, como ya hemos dicho, Numancia distaba mucho de ser una fortaleza imponente. Su perímetro amurallado no pasaba de cuatro kilómetros. En cuanto a la muralla en sí, tenía una base de sillares de piedra de cuatro metros de anchura por unos tres y medio de altura. Sobre ella corría un parapeto de adobe más estrecho, de un metro y medio de altura, que formaba el adarve o paseo de ronda. La altura del muro no deja de ser conjetural, mientras que la medida del ancho es más segura.

Para trepar esas paredes era preciso recurrir a escalas de asalto. Pero no tenían comparación con los quince metros que medían en muchos puntos, por ejemplo, las impresionantes murallas de Cartago.

Nobílior debió de pensar que aquel humilde *oppidum* no resistiría ni el primer embate. Sin perder más tiempo, lanzó un ataque contra las murallas, ocultando en la retaguardia a los elefantes para aprovechar el efecto sorpresa. Durante la batalla las

filas de los legionarios se abrieron y los paquidermos avanzaron por el espacio intermedio. Ante estas enormes bestias, que para ellos eran desconocidas, los caballos de los jinetes celtíberos se encabritaron espantados y emprendieron la huida.

A continuación, Nobílior hizo avanzar a los paquidermos contra el lado oriental de la muralla, el más accesible. Pero en ese momento una enorme piedra arrojada por los defensores cayó sobre la cabeza de uno de los elefantes. El animal se dio la vuelta con un tremendo barrito y, enloquecido de dolor, empezó a aplastar a amigos y enemigos por igual. Los demás elefantes se dejaron contagiar por sus barritos, se arrancaron en estampida y se dedicaron a pisotear y a lanzar por los aires a los soldados de su propio ejército.

Aprovechando la coyuntura, los defensores llevaron a cabo una impetuosa salida, mataron a cuatro mil soldados y tres elefantes y se apoderaron de numerosos estandartes. A cambio ellos perdieron a unos dos mil hombres. Antes hemos hablado de que Numancia podía movilizar a ocho mil soldados, pero es de suponer que en estas primeras fases de la guerra, con la suma de los refugiados de Segeda, el contingente era mayor.

Apiano, el autor que narra esta batalla, comenta que a los elefantes se los llama «enemigos comunes» (*Ibér.* 46) por su comportamiento imprevisible, ya que cuando se enfurecen atacan a aliados y enemigos por igual. Repasando las crónicas militares antiguas, uno descubre que, efectivamente, los elefantes podían ocasionar tantas victorias como derrotas para los ejércitos que los utilizaban.

Esta batalla plantea también algunas dudas, precisamente por los elefantes. ¿La derrota de Nobílior se debió de verdad a la estampida de un solo paquidermo, o es que los romanos intentaron buscar una explicación más honorable y un tanto extravagante para lo que se convirtió en un asalto desastroso? Resulta extraño que el cónsul lanzara a los elefantes al asalto, ya que no parecen el arma más adecuada contra una muralla. La historia es un tanto sospechosa y tal vez habría que pensar que el episodio del elefante fue una anécdota dentro de una contundente derrota debida al valor y empuje de los numantinos.



Las cuitas del cónsul Nobílior no terminaron aquí. El invierno en las tierras de Numancia fue terrible para sus soldados, que no estaban preparados para los fríos que bajaban del Moncayo. Tan solo contaban con las provisiones que llevaban encima y con lo que podían forrajear, que era poco: a más de mil metros de altitud, con el frío y las nevadas, la meseta se encontraba prácticamente pelada. Además, cuando las bandas de forrajeadores salían a buscar leña sufrían los ataques de la caballería enemiga, que les infligía cuantiosas bajas.

Para paliar la falta de provisiones, Nobílior lanzó un ataque contra Axinio (tal vez el pueblo de Uxama), donde los celtíberos tenían un gran almacén de víveres. Su intento fracasó y se saldó con muchas bajas. No logró más éxito el cónsul cuando mandó a un oficial de caballería llamado Biesio a solicitar alianza y jinetes a una tribu vecina, acción que se explica porque los romanos siempre andaban cortos de caballería y procuraban suplementarla con tropas locales. Aunque consiguió algunos refuerzos, Biesio sufrió en el regreso otra emboscada de los celtíberos en la que pereció junto con muchos de sus hombres.



Romanos y celtíberos combaten bajo las murallas de Numancia.

Al ver que Nobílior no conseguía nada positivo, el Senado decidió concederle el mando a Claudio Marcelo. Este Marcelo era nieto del gran general conocido como «la espada de Roma», que había conseguido los *spolia opima*, la condecoración más valiosa de Roma, por matar al caudillo galo Viridomaro poco antes de la Segunda Guerra Púnica.

Claudio Marcelo poseía gran experiencia militar, parte de ella cosechada en Hispania, donde había servido como pretor obteniendo un botín de un millón de sestercios para las arcas públicas. Los senadores tenían tanto interés en nombrarlo que se promulgó una ley especial para permitirle que fuera cónsul por tercera vez. Marcelo llegó a Hispania en la primavera de 152, con ocho mil infantes y quinientos jinetes de refuerzo. Eran más que

necesarios, ya que a estas alturas el gran ejército de Nobílior había quedado muy mermado por las bajas en combate y el duro invierno soriano.

Marcelo demostró que era un general más capacitado que Nobílior. Para empezar, se libró de una emboscada que le habían tendido en el Jalón. Además, en lugar de lanzarse sin más a atacar Numancia, donde el enemigo era más fuerte, prefirió concentrarse en otras poblaciones menores con el objetivo de obligar a los celtíberos a negociar. Así obró con la ciudad de Ocilis, cuya rendición aceptó a cambio de rehenes y de treinta talentos.

La vecina Nertóbriga, al saber lo ocurrido, le envió embajadores para tratar sobre la paz. El cónsul les exigió cien jinetes, que por un lado le servirían como tropas auxiliares y por otro de rehenes para garantizar la buena conducta de los nertobrigenses. Estos aceptaron y se los entregaron. Pero cuando el ejército romano se alejaba, los nertobrigenses atacaron su retaguardia y sus bestias de carga, esperando conseguir un botín fácil. No fue así, gracias al buen orden de los soldados romanos. Enojado, Marcelo les quitó las armas a los cien jinetes que había reclutado como auxiliares y los convirtió en rehenes. Después, volviendo sobre sus pasos, asoló los campos que rodeaban Nertóbriga y se plantó ante la ciudad.

Sus habitantes, al ver torres y máquinas de asedio, un espectáculo sobrecogedor y probablemente nuevo por esos pagos, decidieron pedir perdón al cónsul. Para ello enviaron un heraldo que, en lugar del típico bastón de los heraldos griegos y romanos, llevaba una piel de lobo. Marcelo, que no quería desgastar inútilmente sus fuerzas combatiendo pueblo contra pueblo, les dijo que solo les concedería dicho perdón si lo pedían al mismo tiempo todas las tribus de los arévacos, titios y belos. Ellos, que estaban divididos en querellas internas (titios y belos a favor de Roma, los arévacos en contra), accedieron.

Así pues, viajaron a Italia representantes de todos los pueblos celtíberos implicados en el conflicto, con una carta de Marcelo en la que solicitaba a los senadores que aceptaran el tratado de paz que él proponía.

Llegados a Roma, los embajadores de titios y belos, que se habían declarado aliados de los romanos, fueron alojados dentro del recinto de la urbe. A los arévacos, en cambio, como enemigos

declarados, se les ordenó acampar al otro lado del Tíber y aguardar la decisión del Senado sin entrar en el *pomerium*, el recinto sagrado de la urbe.

Titios y belos solicitaron que las legiones no abandonaran Hispania. Si lo hacían, argumentaban, los arévacos no tardarían en rebelarse y volver a declararles la guerra. En el caso de que las legiones no tuvieran más remedio que marcharse, titios y belos pedían que al menos se diera un buen escarmiento a los arévacos, de modo que estos se convencieran de que en lo sucesivo les convenía mantener la paz.

Cuando les tocó el turno de hablar a los arévacos, se mostraron dispuestos a pagar una sanción por haberse rebelado, pero exigieron como contrapartida que se respetaran los acuerdos que habían firmado en tiempos de Sempronio Graco.

En el Senado el bando belicista que podríamos llamar de los «halcones» acusó a Marcelo de blando y de contemporizador por las moderadas condiciones que había ofrecido a los arévacos. En aquella época la dureza era la tónica de la política romana: solo se aceptaba la paz cuando el enemigo ofrecía una rendición sin condiciones, la llamada *deditio*. Siguiendo esta brutal tendencia, pocos años después Cartago y Corinto serían literalmente arrasadas.

Mientras se seguía negociando, Marcelo marchó al norte de Lusitania, donde colaboró en operaciones militares con el pretor de la zona, Atilio Serrano. Después se retiró a pasar el invierno al valle del Guadalquivir, una zona de clima mucho más benigno que Celtiberia. Allí, sobre el núcleo de una población indígena, fundó Corduba (Córdoba). Esta ciudad prosperaría tanto que se convertiría en la capital de la futura provincia Bética.

En la primavera de 151, con la llegada del buen tiempo, Marcelo se dirigió de nuevo al norte y acampó en el cerro de Castillejo, frente a Numancia, a apenas un kilómetro de sus murallas. El caudillo numantino de aquel momento, Litennón, se reunió con Marcelo y le ofreció la *deditio* en nombre de belos, titios y arévacos. El cónsul la aceptó con condiciones similares a las de Sempronio Graco, añadiendo una cuantiosa indemnización de seiscientos talentos.

Los adversarios políticos de Marcelo sospecharon que tanto la marcha como la declaración de guerra y el asedio habían sido una

maniobra fingida y pactada con los principales caudillos celtíberos, que preferían rendirse ante un hombre razonable como él que arriesgarse contra un nuevo general al que todavía no conocían. No obstante, las condiciones resultaban tan ventajosas para el erario romano que la paz se ratificó y Marcelo pudo regresar a la urbe con la satisfacción de haber terminado con aquella guerra.

LA GUERRA PERSONAL DE LÚCULO

Mientras esto ocurría, uno de los cónsules del nuevo año, Lucio Licino Lúculo, estaba reclutando un ejército para viajar a Hispania, ya que el Senado había perdido la confianza en Marcelo. Pero Lúculo se encontró con más problemas de los esperados. Tras regresar a Roma, Nobílior y sus allegados se habían dedicado a contar cosas sobre la guerra contra los celtíberos que ponían los pelos de punta a los posibles voluntarios. Según ellos, los celtíberos eran unos guerreros increíblemente feroces, en Hispania se combatía constantemente en lugar de librar una batalla decisiva al año como se hacía en Grecia o Asia y, para rematarlo todo, el clima era terrible. El botín que se podía conseguir, por supuesto, no aguantaba la comparación con las riquezas de Oriente: lo más jugoso de las riquezas de Hispania ya había sido explotado y saqueado en las primeras décadas de la conquista.

Cuando llegó el día del alistamiento apenas se presentaron voluntarios en el Campo de Marte. Lúculo y su colega en el consulado, Postumio Albino, se empeñaron en reclutar a todos los hombres disponibles sin admitir exenciones para nadie. Muchos protestaron y pidieron *auxilium* a los tribunos de la plebe. Estos ordenaron a los cónsules que, en lugar de reclutar a la fuerza y elegir a soldados que ya habían servido en varias campañas (los generales, lógicamente, preferían legionarios ya instruidos y avezados en combate), lo hicieran por sorteo. Cuando ambos cónsules se negaron, la respuesta de los tribunos fue arrestarlos y mantenerlos encerrados hasta que accedieron a cumplir sus órdenes. A la hora de defender los derechos de los ciudadanos plebeyos, el poder de los tribunos era casi ilimitado.

Lúculo tuvo problemas también para encontrar tribunos

militares y legados. Se trataba de puestos muy codiciados en los que siempre había más voluntarios que vacantes. Pero en esta ocasión, según Polibio (35.4), los jóvenes nobles se hallaban tan desanimados que ninguno se ofreció.

Entonces se levantó Escipión Emiliano, que tenía a la sazón treinta y tres años. Este personaje era hijo biológico de Emilio Paulo, vencedor del rey Perseo de Macedonia, y nieto por adopción del gran Escipión Africano: no se podían presentar credenciales más ilustres.

La adopción era muy habitual en Roma. Si un varón no tenía descendencia, adoptar a un hijo era una forma de asegurar que no se perdiera el nombre de la familia y que los dioses domésticos siguieran recibiendo culto. Cuando alguien era adoptado, tomaba el nombre de su nueva familia, pero mantenía el *cognomen* de la antigua más el sufijo *anus*. De este modo, quien había nacido como Lucio Emilio Paulo se convirtió en Publio Cornelio Escipión Emiliano.

En el caso que nos ocupa, el general Emilio Paulo había entregado a su segundo vástago en adopción a Publio Cornelio Escipión. Este, hijo del gran Africano, adolecía de una salud pésima —los autores no entran en más detalles—, lo que le impidió tanto engendrar sus propios descendientes como participar de forma activa en la política romana. De hecho, este Escipión únicamente desempeñó cargos sacerdotales que no le obligaban a salir de la ciudad ni a mandar tropas. Lo más probable es que él mismo o algún familiar le pidieran a Emilio Paulo —que había tenido otros dos hijos de su segunda esposa— que le diera a su segundo hijo en adopción.

A efectos legales no existían diferencias entre los hijos adoptados y los carnales. No obstante, los adoptados solían mantener la *cognatio* o lazo de sangre con su familia biológica. Tanto Escipión Emiliano como su hermano, que había sido adoptado por Fabio Máximo, acompañaron a su padre en la batalla de Pidna, demostrando las buenas relaciones que reinaban entre ellos.

Por herencia tanto de su familia natural como de la adoptada, y también por su viaje a Grecia, Escipión Emiliano fue siempre un gran amante de la cultura griega. Tuvo a Polibio primero como

preceptor y después como amigo, lo que explica en buena medida el prisma tan favorecedor con que el historiador lo presenta en su obra.

En el momento que nos ocupa, Escipión declaró que, aunque le habían pedido que acudiera a arbitrar un conflicto a Macedonia, un lugar mucho más seguro, estaba dispuesto a arrostrar cualquier peligro por la República y a viajar con Lúculo con el mando que él le quisiera otorgar. Aquella actitud animó a otros jóvenes y, por fin, las vacantes se cubrieron.

Conviene tomar esta historia con cierta cautela. Sin negar que Polibio fue un gran historiador, su amistad con Escipión Emiliano le impulsaba a resaltar las virtudes de este y a criticar a políticos y generales de otras facciones, como por ejemplo Marcelo. Por otra parte, cuando veamos las condiciones que se encontraría años más tarde el mismo Escipión al llegar a Hispania como cónsul, comprobaremos que servir allí como legionario tampoco era el infierno apocalíptico que pintaban algunos. Parece verosímil que Escipión se presentara voluntario para un mando, pero más difícil de aceptar que fuese el único entre toda la juventud romana.

Resueltas por fin las trabas que le impedían ponerse en marcha, Lúculo viajó a Hispania y se dirigió al territorio de los celtíberos. Allí se encontró ante hechos consumados: las tribus ya habían firmado la paz con Marcelo. ¿Qué iba a hacer él con aquel ejército que tanto le había costado reclutar? Tenía que buscar una guerra, eso era obvio. Al menos lo era para él.

En aquellos tiempos, la política romana estaba dominada por la élite conocida como *nobilitas*. Esa aristocracia no se limitaba únicamente a los patricios, tal como había ocurrido en los primeros tiempos de la República, sino que se extendía asimismo a las familias plebeyas más poderosas y adineradas. Uno pertenecía a la *nobilitas* si entre sus antepasados se encontraba alguno que hubiese sido elegido cónsul.

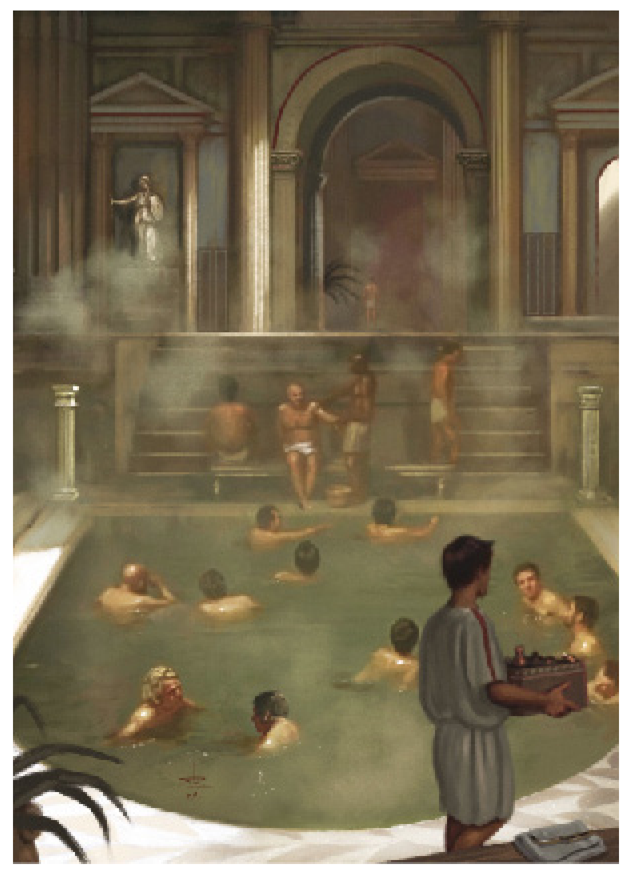
El sistema era como una pescadilla que se muerde la cola. Para vencer en las elecciones y convertirse en cónsul, uno necesitaba dinero y, sobre todo, influencia y prestigio. Una influencia y un prestigio que los miembros de la *nobilitas* prácticamente monopolizaban: gracias a sus antepasados cónsules podían convertirse ellos también en cónsules y acrecentar la nobleza de su

familia de modo que sus descendientes gozaran de tantas facilidades como ellos, o incluso más, para llegar a lo más alto.

Resultaba muy complicado colarse como un intruso en este sistema cerrado. A quienes conseguían llegar a cónsules sin contar con antepasados que hubiesen ocupado tan alta magistratura se los conocía como *homines novi*, «hombres nuevos».

Cuando un *homo novus* como Lúculo llegaba a cónsul, se veía incluso más obligado que los *nobiles* a dejar huella de su magistratura y marcar diferencias. Era preciso demostrar valor guerrero y dotes como general con el fin de conseguir alabanzas, gloria y, por qué no decirlo, un suculento botín que compensara los gastos realizados durante los años anteriores hasta llegar a cónsul. En el caso de Lúculo, antes de su elección había incurrido en cuantiosas deudas que esperaba liquidar cuanto antes.

Durante los aburridos —y escasos— tiempos de paz no se conseguía gloria ni botín. Por eso, si los generales no encontraban una guerra abierta, hacían todo lo posible por buscarse un pretexto para organizar una. De eso se acusaría posteriormente a Julio César durante sus campañas de conquista de las Galias.



Otro refinamiento que se extendería por la Hispania romanizada fue el uso de las termas, auténticos centros de reunión social.

Lúculo se sintió defraudado cuando llegó al territorio de los aguerridos celtíberos y los encontró tranquilos y apaciguados. Puesto que no podía atacar Numancia, buscó fútiles excusas para atacar a los vacceos. Esta tribu no había mantenido hasta entonces relaciones con los romanos, ni hostiles ni amistosas, pero él alegó que estaban lanzando incursiones contra los carpetanos, un pueblo ya absorbido por los romanos, algo que probablemente estaba ocurriendo de verdad. Con tal excusa cruzó el Tajo hacia el norte y se dirigió contra Cauca (Coca, en Segovia). Al actuar así, estaba obrando por su cuenta, ya que el Senado no le había dado órdenes en tal sentido.

La parte más fértil del territorio vacceo estaba situada al norte, en la conocida Tierra de Campos. Allí los vacceos producían

cereales en abundancia, gracias a los cuales comerciaban con los arévacos y otras tribus celtíberas que dependían de ellos para el trigo y la cebada. Años después Escipión los atacaría para cortar el suministro de trigo a Numancia, pero sus excusas serían menos débiles que las de Lúculo: en ese momento Roma y Numancia estaban en guerra. Ahora, en cambio, no existía ningún *casus belli*.

Cauca se encontraba en un lugar estratégico y fácil de defender, una especie de V orientada de norte a sur, dibujada por los cañones que se forman en la confluencia del Eresma y su afluente, el Voltoya. Cuando Lúculo se plantó ante sus murallas, los caucenses le preguntaron por qué motivo lo hacía. El cónsul contestó que obraba así en nombre de los carpetanos.

Una vez acampados los romanos, los de Cauca atacaron a los sirvientes que buscaban grano y madera, los *pabulatores* y *lignarii*, que siempre eran más vulnerables. Cuando estos forrajeadores huyeron al campamento, los vacceos los persiguieron. Se entabló una batalla en la que al principio los vacceos llevaron la mejor parte. Pero cuando se les agotaron los proyectiles, no fueron capaces de aguantar el combate cuerpo a cuerpo contra la infantería pesada, de modo que se retiraron en tropel a la ciudad. Allí, apelotonados ante las puertas, perecieron tres mil hombres.

Es difícil no sentirse escéptico ante estas cifras tan abultadas que nos ofrecen los autores antiguos al narrar cualquier escaramuza, pero son las que nos dan los historiadores antiguos y no es cuestión de sustituirlas arbitrariamente por otras. Por otra parte, este pasaje de Apiano (*Ibér.* 51) es uno de los pocos en que vemos a soldados hispanos con armamento ligero que no pueden resistir el empuje de los legionarios con armas más pesadas.

El revés que habían sufrido y la reputación de los romanos convencieron a los caucenses de que era mejor entenderse con Lúculo por las buenas. Al día siguiente, una legación de ancianos con ramas de olivo a modo de suplicantes se presentó ante el cónsul para preguntarle cómo podían ganarse la amistad de Roma. Lúculo les requirió rehenes, cien talentos de plata y tropas de caballería. Además, para demostrar su lealtad debían permitir que una guarnición romana entrase en la ciudad.

Los caucenses aceptaron todos los términos, incluido el de recibir una guarnición. Lúculo escogió a dos mil hombres y les

ordenó que, una vez dentro de la ciudad, se distribuyeran estratégicamente sobre el camino de ronda de la muralla. Después entró con el resto de sus tropas y, a toque de trompeta, dio orden de matar a todos los varones adultos de la ciudad. El destino de los demás —mujeres y niños— debió de ser el habitual: la esclavitud. De veinte mil caucenses que eran, solo unos cuantos escaparon por unas puertas de difícil acceso que estaban situadas en el lado contrario de la muralla por el que habían entrado los romanos, y se dispersaron por los montes o huyeron a las ciudades de Intercacia y Palantia.

Aquella traición, una ofensa no solo contra el derecho de gentes sino contra los dioses que garantizaban este tipo de juramentos, no contribuyó en absoluto al buen nombre de Roma. Junto con la matanza de Galba, se trata de una de las peores infamias cometidas por los romanos durante la conquista de Hispania. En la mentalidad de la época —y no solo de los romanos—, masacrar a los habitantes de una ciudad si se resistían con fiereza a un asedio era algo incluso lógico. Pero si se rendían antes de que el ariete tocara el muro no tenía ningún sentido asesinarlos de aquella manera: lo único que se conseguía así era quebrantar la reputación de los romanos de *fides* o buena fe en sus relaciones con otros pueblos.

EL SITIO DE INTERCACIA

Si lo que quería Lúculo era prender la chispa de una guerra, lo consiguió. Cuando se presentó ante la siguiente ciudad, Intercacia (se cree que se trataba de la actual Villalpando, en Zamora), y ofreció un tratado a sus habitantes, entre los que había refugiados de Cauca y sus alrededores, ellos le preguntaron con sarcasmo si las garantías iban a ser las mismas que había ofrecido a los caucenses.

El texto de Apiano (*Ibér*. 53) se permite una breve interpretación psicológica. Lúculo, «como todos los culpables, en lugar de irritarse contra sí mismo lo hizo contra quienes lo acusaban». Cuando los de Intercacia rechazaron su oferta, se dedicó a devastar los campos circundantes y ordenó a sus tropas que cavaran fosos y trincheras alrededor de la ciudad para someterla a asedio. Aparte de esto, todos los días desplegaba a sus tropas ante las murallas para provocar a los vacceos al combate.

Los de Intercacia habían escarmentado en la cabeza ajena de los caucenses. Por eso se limitaban a disparar flechas desde su muralla, sin salir a combatir a campo abierto, pese a que sus fuerzas eran más que respetables: veinte mil infantes y dos mil jinetes.

El único que abandonaba la seguridad del recinto era un guerrero celtíbero de aspecto formidable, ataviado con una magnífica armadura, que solía cabalgar hacia las líneas romanas para retar a quien se atreviera a batirse con él en duelo singular. Como nadie se decidía a hacerlo, se bajaba del caballo, ejecutaba una danza ritual para burlarse de ellos, volvía a montar y se marchaba.

Los duelos singulares eran una pervivencia de tiempos anteriores, enfrentamientos en los que combatían campeones nobles rodeados por partidarios y sirvientes, un poco al modo de la *Ilíada*.

No obstante, los romanos los aceptaban en más de una ocasión. Ya se ha mencionado, por ejemplo, al abuelo del cónsul Marcelo, que se batió contra el rey galo Viridomaro y consiguió así la preciada condecoración de los *spolia opima*.

En esta ocasión no fue el general romano quien decidió aceptar el reto; sin entrar en las cualidades personales como combatiente de Lúculo, que ignoramos, el duelo solo habría tenido sentido de ser contra un caudillo de su mismo rango. ¿Quién pudo ser el valiente que se enfrentó al campeón celtíbero?

Obviamente, Escipión Emiliano.

Escipión lo hizo a pesar de que, según señalan las crónicas, él mismo no era hombre de gran estatura, comentario que hace suponer que su rival debía de ser una especie de gigante. En la tradición grecolatina, los adversarios que desafían a los romanos a duelo individual siempre son de tamaño colosal. Puede que haya algo de embellecimiento y exageración en estas historias, pero también parece lógico suponer que eran precisamente guerreros de gran fuerza física quienes se atrevían a desafiar a duelo a cualquier posible adversario.

Como solía ocurrir en tales casos, ambos empezaron el duelo acometiéndose a caballo. En la primera embestida, el campeón vacceo alcanzó con su lanza al caballo de Escipión y lo dejó malherido. Pero el animal no se desplomó de golpe. Gracias a ello, Escipión consiguió caer de pie, continuó la pelea y finalmente derribó y mató a su adversario.

También se cuenta que en ese mismo asedio Escipión obtuvo la *corona muralis*, condecoración que, como vimos al hablar de la toma de Cartago Nova, se otorgaba al primer soldado que plantaba el pie en lo alto de una muralla enemiga. Si fue así, debió de tratarse de una escaramuza en la que los romanos acabaron retirándose, porque nos consta que el muro de Intercacia no cayó. En cualquier caso, estos actos de Escipión formarían parte de una operación destinada a ganar popularidad, gracias a la cual pudo convertirse en cónsul antes de tiempo y obtener el mando de la guerra contra Cartago. Seguramente no fue él el único que llevó a cabo proezas de valor, pero sí quien tuvo la suerte de conocer a mejores cronistas y propagandistas.



El asedio de Intercacia se estaba prolongando. Los romanos empezaban a sufrir carestía de provisiones. Les faltaban vino, aceite, vinagre y sal, y comían carne de ciervo y de liebre en demasiada cantidad. Eso hace pensar en la llamada «inanición cunicular» —es decir, por comer conejo—, tan bien explicada por el antropólogo Marvin Harris en su libro *Bueno para comer*. Una dieta de carne demasiado magra, sin otros complementos, produce una intoxicación por exceso de proteínas, con síntomas como la diarrea y, al final, incluso la muerte: así los describe Apiano (*Ibér*. 54). La única pega es que en su texto añade trigo y cebada a la dieta de ciervo y liebre; habría que pensar que los afectados consumían estos cereales en una cantidad demasiado exigua, porque los síntomas relatados por Apiano coinciden demasiado bien con la inanición cunicular.

No obstante, los romanos también hacían sus avances. Gracias a sus máquinas lograron derruir parte de la muralla, y por aquel hueco se coló un destacamento de soldados. Una vez dentro, sin embargo, se vieron superados en número por los defensores y tuvieron que retirarse a toda prisa. En su precipitación y desconocimiento del terreno, muchos de ellos cayeron en una gran cisterna de agua y se ahogaron. En realidad, el texto resulta difícil de interpretar; acaso se trataba de un pequeño embalse más que de una cisterna excavada en la roca.

El hambre acosaba a ambos bandos. Los habitantes de Intercacia, convencidos de que al final las murallas caerían, estaban deseando rendirse, pero no se fiaban de Lúculo. Escipión se ofreció de mediador y dio su palabra de que los términos del tratado se respetarían. El prestigio de sus dos familias, tanto la biológica como la de adopción, era tan alto que los vacceos aceptaron iniciar la conversaciones.

Los romanos les ofrecieron una rendición incruenta si los de

Intercacia les entregaban un número determinado de cabezas de ganado —Apiano no concreta cuántas—, cincuenta rehenes y diez mil sagos. El *sagum* o sago era un manto de lana oscura, que se ceñía sobre el hombro derecho con una fíbula o broche y dejaba libre el brazo izquierdo. El de los hispanos, a diferencia del romano, llegaba más abajo, casi hasta los tobillos. Es posible que estuviera saturado de lanolina, la grasa natural de la lana, lo que lo haría impermeable, aunque no olería precisamente bien. La exigencia de los diez mil sagos demuestra que la campaña se había prolongado a los meses de invierno y que los legionarios no habían venido preparados para el frío de la Meseta Norte.

Aunque aquella indemnización debió de resultar muy costosa para los habitantes de Intercacia, que seguramente pasaron mucho frío el resto del invierno, a Lúculo no le servía para pagar sus deudas. Como señala Apiano (*Ibér. 54*), el cónsul estaba haciendo la guerra poseído por una especie de fiebre del oro, creyendo que toda la península abundaba en metales preciosos.

Decidido a conseguir un botín más sustancioso, Lúculo llevó su ejército contra Palantia (Palencia). Era esta una de las ciudades más importantes de los vacceos, y a ella habían acudido muchos refugiados huyendo del ejército romano.

El asedio resultó infructuoso. La caballería palantina hostigaba a los forrajeadores de Lúculo cada vez que se alejaban del campamento en busca de alimentos, de modo que el hambre volvió a atormentar a sus soldados. A Lúculo no le quedó otro remedio que retirarse en dirección sur, hacia el Duero. Durante el camino sufrió el acoso pertinaz de los palantinos, por lo que su ejército tuvo que marchar en cuadro y a ritmo lento en lugar de hacerlo en columna, que era la formación más rápida para desplazarse. Ya cruzado el río y lejos del peligro, Lúculo se dirigió hacia la Bética, donde pasó el resto del invierno.

De forma tan deslucida acabó esta campaña contra los vacceos, que únicamente sirvió para ensuciar el nombre de Roma y, sobre todo, el de Lúculo. Pese a que había declarado esta guerra sin la autorización del Senado, cuando por fin regresó a la urbe no recibió ninguna acusación. ¿Logró pagar sus deudas? Probablemente, gracias al dinero que había obtenido extorsionando a los hispanos, pero no debió de enriquecerse tanto como esperaba.

Al menos, Lúculo había conseguido algo positivo. Como cónsul, él y sus descendientes pasaron desde entonces a formar parte de la anhelada *nobilitas*. Casi ochenta años después un nieto suyo, llamado también Lucio Licinio Lúculo, se convertiría en un destacado general en las guerras contra uno de los peores enemigos de Roma, el rey Mitrídates del Ponto.

Sin embargo, quien más provecho sacó con diferencia de la campaña contra los vacceos fue Escipión, que conquistó una enorme popularidad. Es de suponer que Lúculo, *homo novus*, observaría con envidia y resentimiento cómo el tribuno, al menos diez años más joven que él, acrecentaba el prestigio que ya traía heredado de sus ilustres familias.

Tal vez con la intención de alejar a Escipión de las tropas y evitar que le siguiera robando protagonismo, Lúculo lo envió en plena campaña a África para que le consiguiera elefantes. Allí, Escipión presenció una batalla entre el anciano rey númida, Masinisa, y los cartagineses, y finalmente ejerció de árbitro en el conflicto que los enfrentaba. De este modo, cuando regresó lo hizo con más prestigio incluso del que había llevado.

En cuanto a Lúculo y sus tropas, tras pasar el invierno en la Bética, probablemente en Córdoba, en la primavera de 150 invadieron Lusitania al mismo tiempo que Servilio Galba. Fue entonces cuando este último perpetró la matanza de la que hemos hablado en el capítulo de Viriato.

LA GUERRA SE REANUDA

Merced a sus pactos con Marcelo, la ciudad de Numancia se mantuvo en paz durante unos años. Pero la tregua acabó en 143, cuando, animados por los éxitos de Viriato, los arévacos decidieron sumarse a la revuelta lusitana.

A partir de esta fecha, Numancia aguantaría todavía diez años la presión de Roma, algo que se antoja una heroicidad sobrehumana en una ciudad que solo podía movilizar ocho mil guerreros y que se había granjeado la enemistad de la mayor potencia del Mediterráneo. Para entender mejor este hecho, hay que tener en cuenta que la crisis social y política de la República estaba a punto de estallar. Por otra parte, el ejército romano había entrado en cierta fase de decadencia. Como señala Adrian Goldsworthy, en el capítulo dedicado a Escipión Emiliano, en *Grandes generales del ejército romano*:

> La generación de la Segunda Guerra Púnica estaba muerta o era demasiado mayor para el servicio activo y una buena parte de la experiencia acumulada había caído en el olvido. El sistema de milicia romano hacía difícil conservar los conocimientos por alguna vía institucional y ese problema se agravó aún más por la escasa frecuencia de conflictos en el segundo cuarto del siglo. En el año 157 a. C., el Senado se mostró especialmente dispuesto a enviar una expedición a Dalmacia porque temía que una paz prolongada podía volver afeminados a los italianos (p. 14).

Estos problemas que afectaban a la tropa se agravaban porque el mando cambiaba todos los años y unos generales deshacían lo que habían hecho los otros. Buena culpa de ello la tenía la lucha de

facciones en el Senado. Los dos principales bandos en aquel momento eran los que orbitaban en torno a los Claudios y los Escipiones, más tradicionalistas y xenófobos los primeros y más filohelenos y abiertos a influencias exteriores los segundos.



La reacción de los romanos a la insurrección celtíbera fue enviar al cónsul Cecilio Metelo Macedónico, veterano y casi anciano general de las guerras de Macedonia, tal como indica su *cognomen*. Metelo era un excelente comandante que sabía mantener la disciplina de sus tropas. Llevó a cabo una campaña metódica con el fin de reprimir a las diversas tribus una por una y sofocar la revuelta antes de que los celtíberos pudieran coordinar sus esfuerzos con los lusitanos. También atacó a los vacceos en la época en que segaban el grano, con lo cual mató dos pájaros de un tiro: evitó que los vacceos pudieran suministrar provisiones a los rebeldes y consiguió víveres para sus tropas.

Metelo tomó varias ciudades celtíberas, como Centóbriga y Contrebia, y finalmente entró en el territorio de los rebeldes más recalcitrantes, los arévacos. Pero tanto Numancia como Tiermes (que Apiano llama Termancia, tal vez por analogía) se negaron a rendirse, confiando en la solidez de sus murallas. En general, aunque no se conservan demasiados datos de esta campaña, parece que el resultado fue más positivo que negativo para los romanos.

Al año siguiente el Senado no renovó el mando a Metelo, sino que se lo entregó a Quinto Pompeyo. Este era un *homo novus* de la familia plebeya de los Pompeyos (del miembro más célebre de este linaje hablaremos más adelante). Pompeyo heredó de Metelo un gran ejército de treinta mil infantes y dos mil jinetes. Más agresivo que su predecesor, acampó cerca de Numancia y, sin más preámbulos, lanzó un ataque frontal contra ella. Como era previsible, el asalto fracasó, del mismo modo que fracasaron todas

las escaramuzas posteriores.

Pensando que Tiermes sería una presa más fácil, Pompeyo se dirigió contra ella, solo para cosechar un nuevo revés. O tres reveses para ser más exactos, en tres asaltos distintos, lanzados todos ellos el mismo día. En la última intentona, muchos soldados de caballería y de infantería acabaron extraviándose y despeñándose por un barranco de las cercanías.

Al día siguiente todavía se libró otra batalla. En ella romanos y celtíberos pelearon
ε’κταξα’μενοι,
«en formación de combate», término que se utiliza para un despliegue regular, no para emboscadas ni guerra de guerrillas (Apiano, *Ibér*. 76). El resultado fue incierto, y solo la noche separó a ambos ejércitos. Fernando Quesada utiliza este pasaje para demostrar que los ejércitos hispanos, y en particular los celtíberos, eran capaces de combatir en batallas campales con grandes números y en orden cerrado (*Armas de la antigua Iberia*, p. 220).

Visto el fiasco de Tiermes, Pompeyo decidió lanzar una nueva ofensiva contra Numancia. Esta vez probó a unir con un foso el Merdancho, al sur de la ciudad, con el Duero, situado al oeste, para rodear la ciudad con un cerco de agua y reducirla por hambre.

La obra en sí era muy complicada, pues suponía excavar una zanja profunda de más de dos kilómetros. Para dificultarla todavía más, los numantinos salieron de repente de las murallas y masacraron a los obreros que trabajaban en el foso. Cuando los legionarios salieron del campamento para defender a sus compañeros, los numantinos los rechazaron, los pusieron en fuga y llegaron al extremo de encerrarlos en su propio campamento. En otros lugares del campo de batalla atacaron a grupos de forrajeadores y también a unos soldados que cavaban una zanja, matando a cuatrocientos. De esta manera consiguieron evitar que los romanos cerraran el perímetro, con lo cual seguían entrando víveres en la ciudad tanto por tierra como por el Duero.

Todo esto parece indicar que Pompeyo dejaba mucho que desear como coordinador de operaciones. No obstante, se hallaba decidido a vencer y recuperar su honor, así que en lugar de viajar a latitudes más cálidas decidió pasar el invierno allí con sus tropas. Pero el frío, el hambre, la disentería y los ataques de los numantinos

terminaron disuadiéndolo, y finalmente se retiró a pasar el resto del invierno a lugares más seguros.

Desmoralizado, Pompeyo intentó llegar a un arreglo con los numantinos y pactó con ellos la entrega de rehenes, de desertores de los romanos y de treinta talentos de plata. Sin embargo, en el Senado contaba con muchos detractores que se opusieron al acuerdo; entre ellos el cónsul anterior, Metelo, que se sentía ofendido por el hecho de que no le hubieran renovado el mando a él para concedérselo a un comandante tan inepto. El Senado encargó el mando de las operaciones a un nuevo cónsul, Popilio Lenas. Lo único positivo que sacó Pompeyo fueron los treinta talentos, que se quedó para sí. Aunque a la vuelta a Roma lo acusaron de corrupción, consiguió salir absuelto del juicio.

LA HUMILLACIÓN DE MANCINO

La campaña de Popilio Lenas tampoco resultó positiva. A finales de 138 volvió a Roma con las manos vacías. Lo sucedió Cayo Hostilio Mancino. Este salió de la urbe con los peores auspicios. Cuando quiso realizar un sacrificio, los pollos salieron volando del gallinero. Además, en el momento en que iba a montar en el barco que lo llevaría a Hispania, una voz misteriosa exclamó: «¡Quédate, Mancino!». Al leer esta anécdota, que no es única en su género, uno se pregunta de dónde brotaban esas voces y por qué las tomaban como presagios si podía ser cualquiera que anduviera por las inmediaciones.

Mancino no tuvo más suerte que sus predecesores en sus numerosos asaltos contra la ciudad. Tras fracasar en todos ellos, recibió la falsa información de que hordas de cántabros y vacceos venían en ayuda de los numantinos. Temiendo verse rodeado de enemigos y en inferioridad numérica, al llegar la noche el cónsul hizo que sus hombres abandonaran el campamento sin tan siquiera atreverse a encender fuegos para alumbrar el camino. Al amparo de la oscuridad, se dirigieron a otro lugar más alejado donde las tropas de Nobílior se habían acantonado años atrás, tal vez la llamada Atalaya de Renieblas.

Pero los numantinos los persiguieron. Al día siguiente los romanos se vieron asediados. Las defensas antiguas de Nobílior estaban derruidas y los soldados no habían tenido tiempo de levantar otras nuevas. La desmoralización entre las tropas era tal que, pese a su superioridad numérica, en lugar de plantear batalla ofrecieron la rendición a sus enemigos.

Los numantinos respondieron que únicamente pactarían una tregua si el mediador era Tiberio Graco. Este personaje, hijo del

mismo Sempronio Graco que había firmado los antiguos pactos con las tribus hispanas, acompañaba a Mancino como cuestor. Ahora se reunió con los numantinos, que exigieron unas condiciones humillantes. Además de firmar la paz con Numancia en igualdad de condiciones, un *foedus aequum*, los romanos debían entregar sus armas y pertenencias como botín de guerra.

Era la única forma de salvar las vidas de veinte mil soldados, más un número muy alto de sirvientes y seguidores del campamento. Mancino prefirió arrostrar la deshonra antes que la culpa de tantas muertes. Los romanos tuvieron que marcharse prácticamente con una mano delante y otra detrás. Como parte del botín quedaron atrás las tablillas en las que Graco, en su cargo de cuestor, llevaba las cuentas del ejército. Debido a la amistad que tenían con él, los numantinos le permitieron entrar en la ciudad, donde le invitaron a comer y le entregaron las tablillas en cuestión.

Cuando Mancino llegó a Roma, el Senado se negó a ratificar el pacto que había firmado. Comparaban lo ocurrido con el infamante desastre de las Horcas Caudinas, donde en 321 un ejército consular quedó encerrado en un angosto valle y tuvo que rendirse a los samnitas y, de uno en uno y sin armas, pasar bajo un yugo que representaba la derrota más humillante.

Mancino había prestado un juramento. Puesto que el Senado iba a romperlo, había que propiciarse de algún modo a los dioses ofendidos. La decisión fue que los sacerdotes feciales y su patrono, el *pater patratus*, custodios de los ritos relativos a la guerra, llevaran al cónsul de regreso a Hispania. Allí, con el consentimiento del propio Mancino, lo desnudaron, le ataron las manos a la espalda y, a modo de víctima propiciatoria, lo dejaron ante las murallas de Numancia para que sus habitantes hicieran con él lo que desearan.

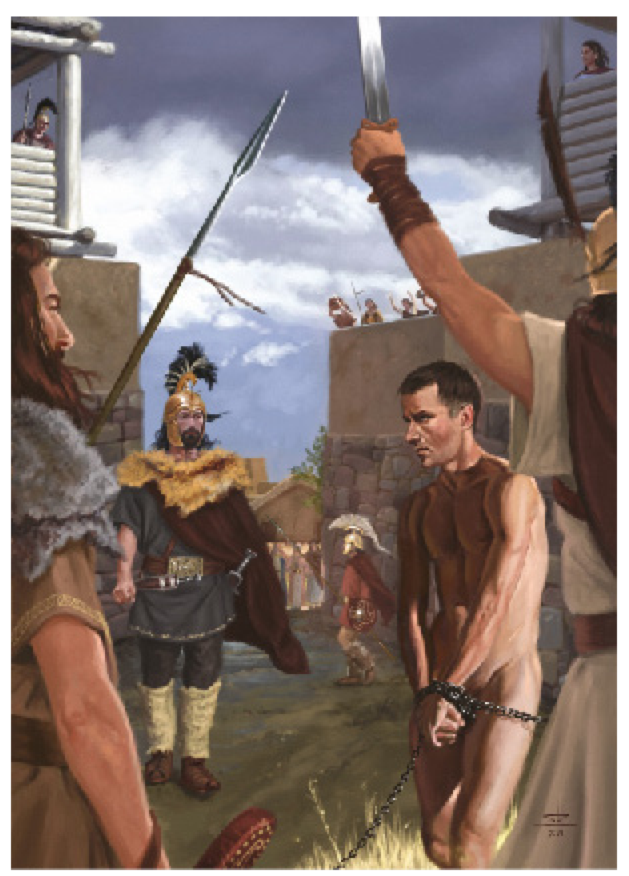
Los numantinos se negaron a aceptar aquella extraña ofrenda. Mancino pasó un día entero en cueros delante de la ciudad. Cuando volvió a Roma, en lugar de ocultar aquella como una vergüenza, encargó que le esculpieran una estatua en la que aparecía desnudo y encadenado: era un modo de demostrar que había aceptado sacrificarse por Roma en lugar de huir.

Como consecuencia de estos hechos Tiberio Graco, que había sido el garante del tratado con Numancia, se quedó muy ofendido con el resto del Senado, y en particular con Escipión Emiliano, líder

de la facción belicista, aunque ambos eran cuñados. Aquello acarrearía graves perjuicios a la República, si bien no es este el lugar para extenderse sobre ellos.

LA HORA DE ESCIPIÓN EMILIANO

Durante unos años Numancia no sufrió más asedios, aunque el Senado había decretado que la guerra continuara. Los sucesores de Mancino prefirieron concentrar sus ataques contra los vacceos. Así, por ejemplo, actuó Emilio Lépido, cónsul en 137, que los acusó de suministrar grano a los numantinos. Después se alió con su cuñado Junio Bruto, que gobernaba la Ulterior, y ambos invadieron las tierras de los vacceos. Cuando el Senado se enteró, envió emisarios a Lépido para prohibirle de forma expresa esta guerra. Pero él hizo caso omiso de ellos y decidió poner sitio a la ciudad de Palantia.



Mancino encadenado frente a las murallas de Numancia.

Como tantos otros asedios de esta guerra, el de Palantia no marchó bien. Pasadas las semanas, las bestias de carga perecieron de hambre, y los siguientes en sufrirla fueron los soldados. Finalmente, Lépido y Bruto decidieron levantar el asedio de noche, antes de la última guardia. La situación era tan mala que abandonaron en el campamento a los heridos y enfermos que se hallaban en peores condiciones. Aun sin esa carga, la retirada fue un desastre. Durante todo el día los de Palantia persiguieron y acosaron a los romanos, matando a un gran número. Lo único que los salvó fue que al hacerse de noche se produjo un eclipse de luna que detuvo a los vacceos. No porque estos fueran más supersticiosos que otros pueblos: griegos y romanos, aparentemente más civilizados, hacían cosas similares, como demostró el general

ateniense Nicias en Sicilia durante la Guerra del Peloponeso al abortar una retirada por otro eclipse lunar.

El Senado no se limitó a no renovar el cargo de Lépido, sino que lo destituyó y le impuso una multa. Lo reemplazó por Furio Filón, cónsul en funciones. Pero ni este ni su sucesor, Calpurnio Pisón, lograron nada de renombre.



A estas alturas, la guerra de Celtiberia y Numancia se había convertido en una llaga supurante para Roma. La situación duraba ya demasiados años y el desprestigio y desmoralización que sufrían las legiones de Roma no conocían parangón en otras épocas. En el Senado continuaba la pugna entre facciones. Finalmente, se impuso el bando más belicista, que decidió que el salvador del honor de Roma tenía que ser Escipión Emiliano, el mismo que doce años antes había tomado y arrasado Cartago como cónsul.

En teoría, Escipión era elegible por segunda vez para el puesto de cónsul, puesto que tenía más de cuarenta y dos años (no así en su primer consulado) y había pasado más de una década desde su primer mandato. El problema era que se había aprobado recientemente una ley que prohibía incluso esa segunda elección. Pero existía tanto interés en que Escipión fuese cónsul que el Senado pidió a los tribunos que aprobaran un plebiscito para suspender esa ley.

Ya elegido cónsul, cuando se le encomendó la guerra contra Numancia, Escipión decidió no hacer más levas. Por esas fechas se había producido una grave revuelta de esclavos en Sicilia a la que había que dedicar tropas. Por otra parte, la guerra de Hispania estaba desgastando los recursos humanos de la República.

Escipión pidió voluntarios y recurrió además a sus reyes clientes de Asia y de África, que le mandaron dinero y tropas auxiliares. Los refuerzos de Numidia los mandaba un príncipe llamado Yugurta,

que se convertiría con el tiempo en uno de los peores enemigos de Roma.

También se alistaron veteranos de la Tercera Guerra Púnica, más clientes suyos de Roma. El núcleo duro de los cuatro mil hombres que lo acompañaban era el de la *cohors amicorum* o tropa de amigos, en número de quinientos. Entre ellos había personajes de los que se oiría hablar más adelante, como Cecilio Metelo y, sobre todo, Cayo Mario, que con el tiempo sería reformador de las legiones y salvador de Roma en una de sus peores crisis. También se encontraban allí Cayo Graco —hermano menor del ya mencionado Tiberio—, el historiador Polibio, el cronista Rutilio y el poeta Lucilio. Iban asimismo su hermano mayor Fabio Máximo y el hijo de este, Quinto Fabio.

En cualquier caso, esos cuatro mil hombres más los que lo aguardaban en Hispania no dejaban de constituir un contingente más digno de una expedición contra Egipto o Antioquía que contra un lugar tan humilde como Numancia.



Escipión estaba muy lejos de ser un general impetuoso como Lépido o Pompeyo. Para él la preparación, el adiestramiento y la logística constituían los cimientos de la victoria. Por eso, cuando llegó a Hispania y recibió las tropas de su predecesor en el cargo, lo primero que hizo fue tratar de restablecer la moral y la disciplina, tal como había hecho años atrás al encargarse del asedio de Cartago.

Antes mencioné que quizás Hispania no era el infierno que algunos vendían en Roma. Sin duda, acampar ante Numancia en invierno suponía una experiencia muy dura. Pero pasar esos meses en las zonas ya romanizadas y pacificadas no debía de resultar tan terrible. Algunos soldados preferían seguir allí a regresar a Roma, donde muchos pasarían a formar parte de la creciente masa

empobrecida que abarrotaba la ciudad; en aquellos momentos se estaba gestando allí una gravísima crisis social que a no mucho tardar causaría derramamientos de sangre en las calles de la urbe.

Las condiciones con las que se encontró Escipión lo escandalizaron, así que empezó por limpiar el campamento. Primero expulsó a las prostitutas —nada menos que dos mil—, así como a sus proxenetas y a los adivinos. Ni los vivanderos que vendían provisiones al ejército se salvaron: igual que había hecho en Cartago, el cónsul los echó a todos y solo permitió a sus soldados comer las raciones oficiales, prescindiendo de refinados manjares destinados a dar placer al paladar. En suma, acabó con la pequeña ciudad que se formaba alrededor de un campamento.

También obligó a los soldados a vender sus carros y sus monturas y cargar ellos mismos con la impedimenta en duras marchas de entrenamiento. Según Livio (*Per*. 57) los obligaba a llevar encima raciones para treinta jornadas, cifra que se antoja excesiva, y siete estacas para las empalizadas. Todos los días tenían que montar un nuevo campamento con fosos completos, empalizada y terraplén, conforme a lo establecido en las ordenanzas. Lo hacían con un límite de tiempo para que se acostumbraran a trabajar bajo presión, ya que en el futuro tendrían que montar el campamento a la vez que recibían ataques de los enemigos. Las marchas las hacían en cuadro para acostumbrarse a esta formación, menos propensa a sufrir emboscadas que la columna de marcha. Cuando Escipión presenciaba un acto de indisciplina, hacía azotar con sarmientos a los soldados romanos y con varas a los que no poseían la ciudadanía.

El único ajuar que se permitía a los legionarios era el reglamentario: un plato, una olla de cobre y un asador. Nada de colchones ni camas, sino a dormir en jergones de paja; para dar ejemplo, él hacía lo propio. También fue el primero que se puso un *sagum* celtibérico de lana negra, como si vistiera luto por la afrenta que sufrían las armas romanas. Hizo que los soldados que tenían esclavos que los bañaban y masajeaban se desprendieran de ellos; esto último hace pensar que las condiciones que encontró no eran tan duras para los legionarios. Solo permitió que se quedaran los esclavos imprescindibles, los *lixae*, que llevaban a cabo tareas de aguadores, forrajeadores y vigilantes del convoy de suministros. Un

fragmento del poeta Lucilio (*Sátiras* 11 432) dice que incluso confiscó veinte mil navajas y pinzas de depilar. El fragmento sirve para distinguir entre *forfices*, «tijeras», y *forcipes*, «pinzas».

Esta disciplina tan férrea impactó a dos de sus tribunos, Metelo y, sobre todo, Mario, que recurrirían a ella en la guerra de Numidia. En cierto modo, es posible que el modo de actuar de Escipión prefigurase las reformas de Mario que convirtieron a las legiones romanas en un ejército casi profesional.

Una vez que estimó que sus tropas estaban preparadas, Escipión se puso en marcha. En lugar de hacerlo directamente contra Numancia, describió un rodeo por los pasos de Pancorbo para invadir el territorio de los vacceos. Aunque el grano no estaba maduro, hizo que sus hombres lo arrancaran de los campos para que los vacceos no pudieran suministrar víveres a los numantinos. Los soldados se llevaron lo que podían cargar y lo demás lo quemaron en enormes pilas humeantes.

A cambio de esa devastación, como compensación por los desmanes cometidos por el codicioso Lúculo, Escipión permitió que los supervivientes de Cauca regresaran a su ciudad y se instalaran en ella. Aun así, habría que preguntar a los vacceos si les parecía que el ataque de Escipión era más ético que los que habían sufrido antes; Apiano, que se basa a su vez en Polibio, amigo de Escipión, no insinúa la menor crítica sobre esta campaña contra los vacceos, mientras que no las escatima con las anteriores: ya desde la Antigüedad no había nada como tener un buen publicista para pasar a la historia con buena imagen.

El ejército de Escipión se encontró con las primeras dificultades cerca de Palantia, en la llanura de Coplanio. Los palantinos emboscaron tropas en las estribaciones frondosas de unos montes. Después enviaron guerreros para atacar abiertamente a los forrajeadores de Escipión que recogían el grano de los campos cercanos. Se trataba de un ardid para atraer a los romanos a la emboscada. Rutilio Rufo, el futuro cronista histórico, tomó cuatro unidades de caballería y acudió en ayuda de los forrajeadores. Al hacerlo y perseguir a los atacantes, cayó en la trampa de estos y se topó con los emboscados.

Al ver los apuros de Rufo, que se había quedado al borde del bosque rechazando los ataques con las lanzas, Escipión acudió en su

ayuda, dividiendo al resto de la caballería en dos cuerpos. Cada uno de ellos atacaba, disparaba sus jabalinas y retrocedía, siempre un poco más atrás: era una forma de recular sin dar la espalda al enemigo. Gracias a eso los hombres de Rufo y los forrajeadores se salvaron.

Por fin, los romanos llegaron ante Numancia. A esas alturas, entre tropas itálicas y aliadas, Escipión mandaba más de cincuenta mil hombres, tal vez incluso sesenta mil. Se trataba del mayor ejército dirigido hasta entonces por un general romano en Hispania, un contingente desproporcionado, teniendo en cuenta la entidad y magnitud del enemigo contra el que se dirigía.

Cuando los romanos llegaban ante una ciudad amurallada era bastante típico que lanzaran un asalto inicial. Así había ocurrido en Cartago, al inicio de la Tercera Guerra Púnica. Escipión había presenciado en persona aquel ataque y era bien consciente de que no había servido para nada. Por otra parte, conocía la solidez de las murallas de Numancia y, sobre todo, el carácter feroz de sus guerreros. Los numantinos no poseían un ejército muy numeroso, ocho mil guerreros como mucho; pero en los asaltos a posiciones fortificadas los defensores siempre contaban con ventaja. Si eran disciplinados y valientes, casi siempre infligían muchas más bajas de las que sufrían y además desmoralizaban a los atacantes.

Escipión no estaba dispuesto a cometer los mismos errores que sus predecesores. Numancia era una tarea que debía acometer, sin más. Aquella pequeña fortaleza no iba a añadir mucha gloria al hombre que había destruido la poderosa Cartago. Pero si cometía algún error sí que podía dilapidar todo el prestigio conquistado a lo largo de su carrera. En cierto modo, ocurría como con esos engañosos partidos de Copa del Rey que juegan los grandes equipos de fútbol de Primera: si ganan, todo el mundo lo ve lógico, porque es su deber, mientras que si pierden se considera una debacle. Numancia era una devoradora de reputaciones: había conseguido que varios generales fueran depuestos y uno de ellos incluso

entregado en cueros al enemigo.

Escipión estaba decidido a tomar la ciudad por hambre y enfermedad. Para empezar, ordenó construir dos campamentos completos, uno en Castillejo, al norte de la ciudad, y otro en Peña Redonda, al sur. Ambos se hallaban perfectamente fortificados. Uno lo mandaba él personalmente y otro su hermano biológico Fabio Máximo Emiliano.

Al ver cómo avanzaban las obras, los numantinos desplegaron sus tropas delante de la muralla y retaron a los romanos a combatir. Aunque los guerreros celtíberos eran muchos menos que los suyos, Escipión no picó el anzuelo. Si el combate se libraba cerca de la muralla, los legionarios tendrían que protegerse al mismo tiempo de los oponentes situados frente a ellos y de los proyectiles lanzados desde el parapeto. Además, entre las tropas que había recibido de sus antecesores muchos soldados habían sufrido la traumática experiencia de ser derrotados por los guerreros celtíberos, y no quería arriesgarse a deteriorar todavía más su maltrecha moral.

Una vez construidos los campamentos, los soldados y sirvientes empezaron a excavar alrededor de la ciudad, hasta rodearla con un perímetro de más de nueve kilómetros. El sistema era tan metódico y formidable como el que había cercado a Cartago doce años antes o como el que usaría César contra los galos en Alesia. Aparte de los dos campamentos principales se alzaban siete fuertes menores, unidos por un muro de cuatro metros de altura reforzado por fosas y empalizadas. En una zona más accidentada, en la laguna que se formaba entre Travesadas y Castillejo, Escipión hizo levantar un terraplén y una empalizada en lugar de un muro.

Tanto los campamentos como los fuertes menores estaban construidos en piedra, lo que ayudaba a resistir los ataques enemigos y también el terrible frío de las noches sorianas: Escipión no estaba dispuesto a escatimar medios.

A lo largo de esta formidable circunvalación se erguían atalayas de madera, espaciadas cada treinta metros y equipadas con catapultas, balistas y escorpiones. No se trataba de grandes máquinas como las que emplearon Alejandro Magno contra Tiro o Demetrio Poliorcetes contra Rodas, sino de artillería ligera: su misión no era derruir las murallas de Numancia, que no podían alcanzar desde sus posiciones, sino proteger la empalizada romana

de las posibles salidas de los numantinos.

Con el fin de comunicarse entre unos fuertes y otros para pedir ayuda por si los numantinos lanzaban algún ataque sorpresa, se estableció un sistema de señales en el que se utilizaban banderas rojas cosidas a largas picas de día y hogueras por la noche. Con ellas se transmitían mensajes recurriendo a un complejo código tal vez diseñado por Polibio; si conserváramos su obra completa lo sabríamos con certeza.

Había, además, un cuerpo de diez mil hombres de reserva para acudir allí donde se produjera un ataque. Con el fin de que cada unidad dispusiera de suficiente potencia de fuego para rechazar a los asaltantes, Escipión asignó honderos y arqueros de refuerzo a los legionarios, e hizo apilar en el parapeto del muro flechas, jabalinas y piedras en abundancia. Como curiosidad, se han encontrado proyectiles de plomo con inscripciones en griego grabadas por los honderos de Etolia que los disparaban.

El único agujero en aquel perímetro perfecto era el Duero. Por el río entraban y salían provisiones y a veces incluso guerreros, que se colaban remando en pequeños botes, casi imposibles de detectar de noche, o incluso buceando. El río tenía demasiada anchura y caudal en aquel punto como para construir un puente, por lo que Escipión hizo levantar una torre en cada orilla. A continuación, sus ingenieros tendieron entre ambas torres una larga red de cuerdas, a las que ataron vigas de madera. La superficie de esas vigas estaba erizada de puntas de lanza y de cuchillos: cuando las sacudía la corriente, todo el sistema se convertía en una enorme trituradora de carne que hacía picadillo al que intentara escapar o entrar a la ciudad por allí.

Una vez cerrado el circuito, resultaba prácticamente imposible atravesarlo. Aun así, Escipión inspeccionaba día y noche el perímetro y recibía informes constantes de los mensajeros que recorrían el cerco.

Cada vez que los numantinos intentaban salir por algún punto, las cornetas resonaban por todo el perímetro vallado, las banderas rojas se alzaban en las atalayas y, si era de noche, las almenaras se encendían.



Hemos dicho «prácticamente». No existe el cerco perfecto. Un tal Retógenes Caraunio, cuyo nombre indica que se trataba de un noble numantino helenizado, se acercó al muro romano en una noche de niebla con cinco compañeros, cinco esclavos, varios caballos y unas escalas plegables. Allí mataron a los centinelas con sumo sigilo y, al amparo de la bruma que se alzaba del Duero, utilizaron las escalas, que más bien serían rampas, para que los caballos pudieran subir al muro. Los esclavos que los habían ayudado regresaron a la ciudad y los fugitivos escaparon en la noche.

Caraunio y sus compañeros recorrieron las ciudades y pueblos de los arévacos, pidiendo auxilio para Numancia. Pese a que portaban ramas de olivo como suplicantes, ninguna población les quiso ayudar, ya que temían las represalias de los romanos.

Finalmente, en Lutia, una ciudad situada a unos sesenta kilómetros de Numancia, consiguieron que los hombres más jóvenes y belicosos les prometieran ayuda. Los ancianos del lugar, más cautelosos, mandaron un mensaje en secreto al campamento romano. Escipión lo recibió dos horas después de mediodía y al momento tomó cartas en el asunto. Tras movilizar una fuerza lo bastante numerosa, al amanecer del día siguiente ya se encontraba en Lutia. «Entregad a los cómplices de Caraunio o saquearé la ciudad», amenazó. Los habitantes le entregaron a los jóvenes, en número de cuatrocientos. Escipión ordenó que les amputaran la mano derecha como represalia y advertencia a los demás. Apiano, de nuevo siguiendo a Polibio, se abstiene de hacer ningún comentario sobre esta brutalidad.

Los meses pasaban y el hambre acuciaba a los defensores de Numancia. Los numantinos, sabedores de que nadie iba a acudir en su ayuda, enviaron seis embajadores, entre ellos un tal Avaro, para negociar condiciones de paz. A esas alturas, Escipión había dejado ya de ser cónsul y mandaba las tropas como procónsul. Su respuesta

fue que solo aceptaría una *deditio in fidem*, una rendición incondicional: los numantinos tendrían que entregar primero sus armas, después sus propias personas y finalmente esperar a lo que él decidiera. Cuando los emisarios regresaron a la ciudad, los numantinos, que como tantos guerreros hispanos no soportaban la idea de renunciar a sus armas y su libertad, mataron a Avaro y sus compañeros de embajada, haciendo bueno el proverbio sobre la costumbre de «matar al mensajero».

El asedio era tan estricto que los numantinos no recibían ni una brizna de heno del exterior. Acuciados por el hambre, empezaron a hervir el cuero de ropas y guarniciones para masticarlo. Después pasaron a cocer y devorar carne humana: empezaron por aprovechar los cadáveres de los que fallecían de muerte natural, después los de los enfermos moribundos y, por último, en una macabra y darwinista progresión, llegó un momento en que los más fuertes mataban a los más débiles.

La situación era tan extrema que, finalmente, a los supervivientes no les quedó más remedio que entregarse. Escipión les ordenó que depositaran las armas en un lugar y una fecha determinada y al día siguiente se entregaran ellos mismos en otro. Los numantinos, en un alarde postrero de espíritu rebelde, se tomaron otro día más. Muchos de ellos aprovecharon este tiempo para darse muerte. Los demás supervivientes se presentaron en el lugar que les había indicado el cónsul.

> Al tercer día se presentaron los demás en el lugar indicado, con un aspecto lamentable y extraordinario de ver: sus cuerpos estaban sucios, con las uñas y los cabellos largos y llenos de roña, y exhalaban un olor hediondo. Sus ropas estaban igualmente sucias y también apestaban. Por esta razón parecían dignos de compasión incluso a sus enemigos, aunque sus miradas seguían siendo temibles; pues todavía se veía en ellos una expresión de furia, dolor, fatiga y la conciencia de haber recurrido al canibalismo. (Apiano, *Ibér*. 97).

Escipión se quedó con cincuenta de aquellos prisioneros —es de suponer que los que tenían mejor aspecto—, para lucirlos en su cortejo triunfal al regresar a Roma. A los demás los vendió como

esclavos. Finalmente, sin aguardar a que le llegaran órdenes de Roma, arrasó la ciudad hasta los cimientos. Parece que nadie se lo echó en cara al llegar a casa, tal era el alivio que experimentaron los romanos de que aquella guerra interminable y frustrante hubiera terminado. Gracias a ese triunfo, Escipión añadió el *cognomen* de Numantino al de Africano que ya poseía tanto por herencia como por haberlo ganado personalmente en Cartago. Los territorios de Numancia los repartió entre los pueblos vecinos.

A su regreso a Roma, Escipión celebró un nuevo triunfo, como había hecho tras la caída de Cartago. Según Plinio (*HN* 33 141), repartió siete denarios, o veintiocho sestercios, a cada uno de sus soldados. Si la noticia es cierta, revela la pobreza de Numancia y lo poco apetitosa que era esta guerra: comparemos con los veinte mil sestercios por cabeza que pagó César a sus legionarios tras sus victorias de la guerra civil. Plinio comenta también qué grandes soldados eran aquellos, dignos de su general, para conformarse con tan pequeña suma. Si ocurrió de verdad, no habría estado mal haberse acercado a las tabernas de Roma a escuchar los comentarios de los legionarios sobre la generosidad de su comandante.



De esta manera cayó Numancia, la ciudad cuyos ocho mil guerreros habían vencido y humillado a cónsules y pretores: acorralada como una fiera por un ejército inmensamente superior y sin poder luchar. Hay autores actuales que critican a Escipión por haber abusado de esa aplastante superioridad con la que mató a cañonazos no a una mosca, pero quizá sí a una liebre. Pero el primer deber de Escipión como general era vencer la guerra con las mínimas pérdidas humanas en su propio bando, y eso lo consiguió al utilizar sus recursos de la forma óptima y no arriesgarse a batallas frontales que necesitaban los numantinos, pero él no. Tal

como señala Fernando Quesada (*Op. cit. p. 237*), «como en tantas ocasiones en la historia militar, la efusión de sudor ahorraba sangre».

Durante la conquista de Hispania hubo muchas otras plazas fuertes que opusieron resistencia a otros generales, y en su conquista debieron de producirse hechos de armas quizás tan memorables como los de Numancia. Pero esos generales no tuvieron la suerte de contar con amigos como el historiador Polibio, por lo que sus hazañas han quedado en el olvido o se han convertido en simples notas a pie de página.

Numancia, como Viriato, se convirtió en un mito de la historiografía ya desde la misma Antigüedad. Para muestra, este texto del periodista e historiador decimonónico Modesto Lafuente en su monumental *Historia general de España*:

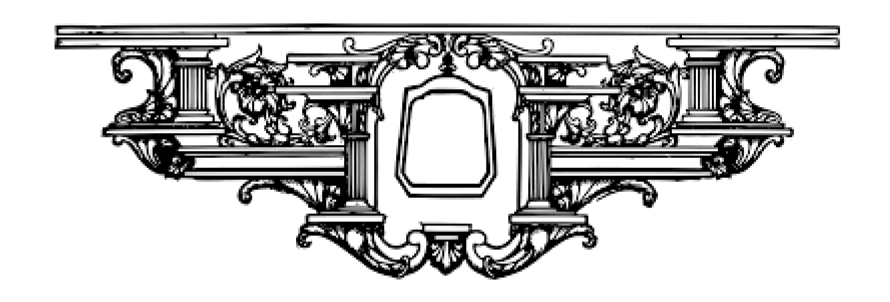
> Tal fue el horrible y glorioso remate de aquel pueblo de héroes, de aquella ciudad indómita, que por tantos años fue el espanto de Roma, que por tantos años hizo temblar a la nación más poderosa de la Tierra, que aniquiló tantos ejércitos, que humilló tantos cónsules, y que una vez pudo ser vencida, pero jamás subyugada. Sus hijos perdieron antes su vida que la libertad. Si España no contara tantas glorias, bastaríale haber tenido una Numancia. Su memoria, dice oportunamente un escritor español, durará lo que las historias duraren. Cayó, dice otro erudito historiador extranjero, cayó la pequeña ciudad más gloriosamente que Cartago y que Corinto. (Tomo I, p. 34).

A lo que más adelante añade: «Pero el fuego del patriotismo no se había extinguido todavía en España». Como ocurre con Viriato, durante mucho tiempo no se ha podido evitar extrapolar la situación del presente y llevarla al pasado, a una época en la que no existía ninguna noción de España como nación. Ni de ninguna otra, claro está, habría que añadir antes de que nacionalistas modernos se apresuren a arrimar el ascua a su sardina.

Como pequeña anécdota para lectores nacidos en la época del *baby boom*, muchos recordarán que entre los castillos que se construían en el juego Exin Castillos estaban las fortalezas de Sagunto y Numancia (con nulo parecido con el trazado de las

murallas reales). Dos ciudades cuyo destino se ha unido siempre como ejemplos del heroísmo y el amor por la independencia de los españoles, cuando la primera era ibera y cayó por su amistad con Roma, y la segunda era celtíbera y fue destruida por todo lo contrario.

VIII



LAS CAMPAÑAS DE JUNIO BRUTO

MÁS ALLÁ DEL RÍO DEL OLVIDO

Cada vez que los romanos conquistaban y pacificaban un territorio, se encontraban con nuevos vecinos. Estos no solían ser precisamente pueblos pacíficos, sino que lanzaban expediciones de saqueo contra las tierras recién sometidas, lo que servía de excusa a Roma para contestar a su vez con expediciones de castigo que, a la larga, se convertían en campañas de conquista. No deja de ser el mismo sistema que en la Galia llevó a Julio César hasta el Rin.

En el caso de Lusitania, una vez muerto Viriato quedó más o menos pacificada la región entre el Guadiana y el Tajo. Pero al norte de este río y en zonas más septentrionales seguía existiendo un gran número de tribus que, desde el punto de vista romano, había que «domesticar».

El encargado de estas tareas fue el cónsul Décimo Junio Bruto, que en 138 sucedió a Servilio Cepión al frente de la provincia Ulterior. Junio Bruto era miembro de la facción más aristocrática del Senado romano, que se oponía a la política popular de los tribunos de la plebe, y pertenecía a la *gens* Junia, una de las más ilustres prosapias de Roma. En concreto a una de sus ramas plebeyas, los Brutos, que se decían descendientes de Lucio Junio Bruto, el mismo que en 509 había expulsado a Tarquinio el Soberbio, último rey de Roma.

Cuando Bruto estaba reclutando tropas en Roma para viajar a Hispania se produjeron algunos incidentes. Por una parte, los tribunos que organizaban el alistamiento acusaron a un tal Cayo Matienio de haber desertado del ejército en Hispania. Matienio fue atado a un yugo y azotado con varas, y después lo vendieron como esclavo por un sestercio. Esta anécdota, relatada por Livio (*Per.* 55), nos da idea de los castigos que sufrían los desertores. A

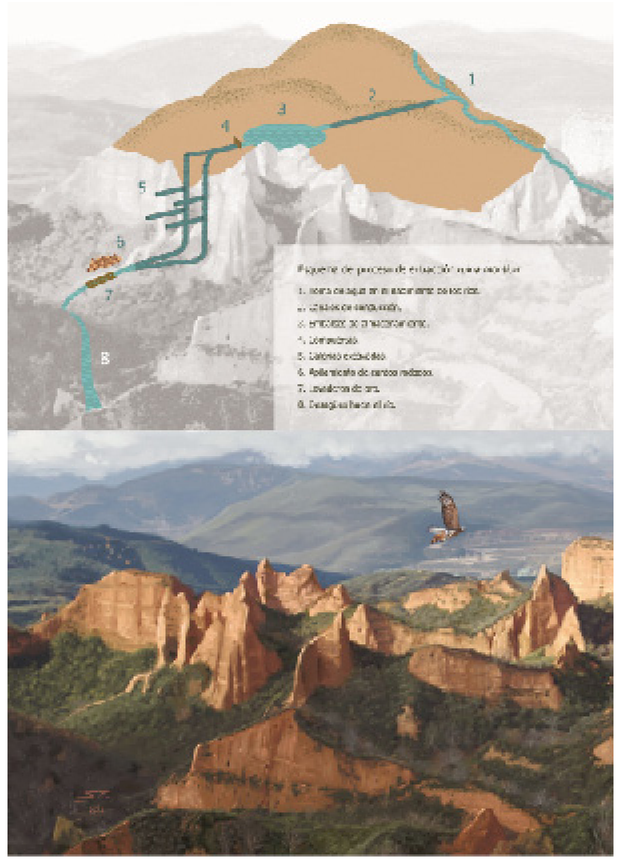
continuación de este pasaje, se nos dice que los tribunos de la plebe encarcelaron a los cónsules —de modo temporal, lógicamente— porque no les permitían elegir a su voluntad a uno de cada diez soldados reclutados para eximirlo del servicio militar. Es posible que aquí el texto, que no deja de ser un pobre resumen de los libros perdidos de Livio, se confunda con lo que le ocurrió a Lúculo unos años antes cuando trató de reclutar tropas a la fuerza.

Al llegar a Hispania para hacerse cargo del gobierno de la Ulterior, Bruto ya tenía referencias de las tierras que se extendían allende el Tajo, pues Servilio había llegado hasta el Duero persiguiendo a Viriato y a sus hombres, y había levantado un campamento fortificado en Castra Caepiona, en Cetóbriga (Setúbal).

Con su expedición hacia el norte, el nuevo gobernador pretendía pacificar la región para evitar ataques sobre la provincia Ulterior. Su plan incluía explorar las desembocaduras de los ríos auríferos de la zona. Hablando de esta zona, Plinio afirma que estaba sembrada de minas de oro, plata, hierro, plomo y estaño (*Hist. Nat.* 4112).

Las tropas de Bruto siguieron el curso del Tajo hasta llegar al estuario donde desemboca. Allí fortificaron la ciudad de Olisipo (Lisboa), antigua población lusitana que, según una tradición originada probablemente en la semejanza fonética, había sido fundada por el incansable viajero Ulises: así lo señala Plinio en su *Historia natural* (9.9).

El viaje de Bruto y sus soldados los llevó más al norte, hasta Conimbriga (Coímbra), desde donde remontaron el curso del río Duero. En su camino se topó con tribus tan duras y aguerridas que, según Apiano (*Ibér.* 71), las mujeres combatían hombro con hombro junto a los varones y morían en el sitio sin proferir un grito ni siquiera cuando las degollaban. Como se solía hacer en tales campañas, Bruto tomó rehenes en abundancia y saqueó todo lo que pudo para pagar y contentar a sus hombres.



Las Médulas (León). El paisaje antes y después de que los romanos derruyeran la montaña para extraer el oro.

La expedición alcanzó después el río que llamaban Letes, que muchos autores identifican con el Limia, que nace en Orense y desemboca en Portugal. Debido a su nombre, se lo identificaba con el río Leteo, una de las corrientes que bañaba el Inframundo. Se habla de este río en las láminas órficas, unas laminillas de oro en las que se han encontrado instrucciones para el más allá destinadas a iniciados. En ellas alguien, supuestamente el mismo Orfeo, explica a las almas de los muertos lo que deben hacer al acercarse al Hades:

Encontrarás a la izquierda de la morada de Hades una fuente
y a su lado un enhiesto ciprés.
¡Ni se te ocurra acercarte a esa fuente!

Más adelante hallarás la laguna de Mnemósine,
agua que fluye fresca…

Los textos de las láminas órficas suelen advertir al alma del difunto para que no beba de la fuente que se encuentra al lado del ciprés. Un manantial cuyo nombre no se da, pero que se identifica con el Leteo, el río del Olvido: si bebe de ellas, perderá todos los recuerdos del mundo de los vivos y se convertirá en una triste sombra en el de los muertos. Por eso, el iniciado debe acercarse a las aguas de Mnemósine, la Memoria —madre de las Musas—, y así recordará las instrucciones que le permitirán gozar de un destino venturoso en la otra vida.

Relatos similares debían de haber llegado a oídos de los hombres de Bruto, que se negaron a cruzar el río Letes. Según cuenta Livio (*Per.* 55): «Cuando sus soldados se negaron a atravesar el río del Olvido, le quitó la enseña al portaestandarte y, llevándola él mismo, pasó hasta la otra orilla, lo que convenció a sus hombres de que lo siguieran».

En ese río hay una placa de 2009 donde se explica en portugués que, una vez que se encontró al otro lado, Bruto empezó a llamar a sus hombres de uno en uno, lo que les demostró que no había olvidado sus nombres y que no se trataba del Leteo, el río que conducía al Inframundo. De alguna manera, esas tierras brumosas y húmedas tan distintas de lo que conocían en el Mediterráneo parecían despertar aún más la superstición y la imaginación de los conquistadores romanos.

La acción de Bruto, cruzando un río que marcaba los límites con lo desconocido, recuerda a acciones similares en ríos que marcaban fronteras naturales y difíciles de franquear, como cuando Lúculo cruzó el Éufrates o Julio César atravesó el Rin para adentrarse en Germania y el Canal de la Mancha para invadir Britania. Al hacerlo, estos generales seguían una pulsión exploradora muy arraigada en el ser humano, que los romanos sabían explotar a la perfección aderezándola con propaganda. Como reza la célebre frase de Star Trek, lo que Bruto y otros conquistadores pretendían era *To boldly go where no man has gone before*, «alcanzar lugares donde nadie ha podido llegar».

Tras cruzar el Limia, Bruto y sus hombres llegaron al Nimis, que

probablemente se identifique con el Miño. Allí los aguerridos brácaros —de cuyo nombre proviene, a través de Bracara Augusta, el de Braga, una de las ciudades más importantes de Portugal— atacaron su convoy de suministros y saquearon parte de sus provisiones. El cónsul no estaba dispuesto a permitirlo y lanzó una expedición punitiva contra ellos. Como era habitual, algunas ciudades que aceptaban someterse a los romanos se rebelaban en cuanto estos se alejaban, por lo que tenían que volver sobre sus pasos a sojuzgarlas de nuevo. (Se entiende, considerando el escaso grado de desarrollo de la región, que las ciudades serían poco más que aldeas, castros fortificados o incluso tribus sin más).

Las mujeres de los brácaros, como las de los pueblos con los que habían guerreado los romanos al sur del Letes, llevaban armas, combatían con sus hombres, no mostraban la espalda al enemigo para huir y morían sin dejar escapar un grito. «Cuando las mujeres son apresadas, unas se matan a sí mismas y otras llegan a dar muerte a sus hijos con sus propias manos, prefiriendo la muerte a la esclavitud» (Apiano, *Ibér.* 72). De nuevo ignoramos si nos encontramos ante una verdadera observación etnográfica, una generalización a partir de algún hecho aislado o un tópico sobre la bravura de estos pueblos, que tan primitivos les parecían a los romanos. Escenas similares de mujeres matando a sus hijos se repetirían en las batallas que libraron los romanos contra cimbrios y teutones.

En esta misma campaña Bruto tuvo que atacar varias veces la ciudad de Talábriga, en la zona de Aveiro. En la última batalla venció de forma tan contundente que los talabrigenses se le entregaron en *deditio*. El cónsul les ordenó que le entregaran rehenes, que depusieran las armas y que también le dieran grano, dinero y caballos. A continuación hizo que todos los habitantes, hombres mujeres y niños, salieran de la ciudad. Una vez fuera del recinto amurallado los rodeó, lo que hizo pensar a los nativos que iba a producirse una matanza como la de Galba. Pero, después de aquel susto, se limitó a echarles un tremendo rapapolvo por su contumacia en las revueltas y después dejó que volvieran a su ciudad.

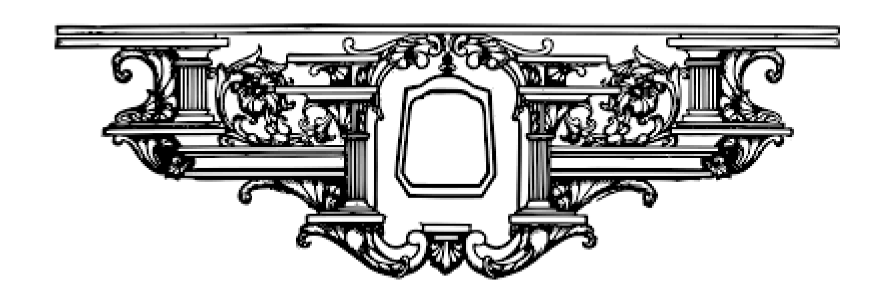


Gracias a sus logros, cuando Bruto regresó a Roma pudo celebrar un gran triunfo y se le concedió el *cognomen* de Galaico. Aunque su expedición no se conozca con tanto detalle como las campañas de otros generales, se trató de una operación de gran alcance. Los textos sugieren que «pacificó» todo el actual territorio de Portugal hasta el sur de Galicia, territorios que con Augusto se convertirían definitivamente en provincias.

No tenemos noticias de grandes revueltas posteriores, lo que hace pensar que las campañas de Bruto fueron muy eficaces… y probablemente devastadoras. Como decía un caudillo rebelde hablando de la paz romana: *Ubi solitudinem faciunt, pacem apellant* «donde crean desolación, lo llaman paz» (Tácito, *Agrícola* 30). No obstante, hay que pensar que, tal como explica Ian Morris en el ya mencionado *Guerra, ¿para qué sirve?*, la destrucción que sembraban los romanos era la semilla de tiempos más prósperos y pacíficos.

Los galaicos pasaron a depender teóricamente del gobernador de la Ulterior, aunque en la práctica todavía conservarían su independencia durante un tiempo. Ahora bien, cuando los romanos hacían una primera expedición, sembraban en ella semillas para el futuro: primero fortificaban puestos avanzados y después enviaban a los *mercatores* romanos e itálicos, que a menudo eran la vanguardia de los ejércitos de la República. Estos *mercatores* llevaban vino, una de las mercancías más apreciadas por los pueblos «bárbaros», y otros bienes de lujo que usaban como cebo para congraciarse con las élites locales y atraerlas hacia el modo de vida grecorromano.

IX



HISPANIA ENTRE NUMANCIA Y LAS GUERRAS CIVILES

MEDIO SIGLO DE OSCURIDAD

Los romanos enviaron diez senadores (*decemviri*) a inspeccionar las regiones de Hispania recién sometidas tras la rendición de los lusitanos primero y la caída de Numancia después. Esta comisión se dedicó a organizar los territorios recién subyugados.

Por desgracia, el medio siglo entre la caída de Numancia y la guerra de Sertorio se halla muy mal documentado, principalmente porque los libros de Tito Livio correspondientes a este periodo se han perdido y solo quedan tristes resúmenes de ellos. Ese desconocimiento no afecta únicamente a Hispania, sino también a otros territorios de la órbita romana.

Aparte de que se hayan perdido textos importantes, los cronistas de esta época centraron su atención en la propia ciudad de Roma y las convulsiones que sufrió a partir de las reformas de los Gracos. Esa atención, por tanto, se apartó de las provincias hispanas, que quedaron sumidas en una penumbra informativa de la que apenas vislumbramos algunos detalles. Por desgracia, en muchas ocasiones los historiadores antiguos funcionaban así, como si tuvieran una linterna cuyo foco únicamente pudiera posarse en una región a la vez.

En cualquier caso, en Hispania seguían produciéndose rebeliones, sobre todo de lusitanos y celtíberos. Una prueba es que los gobernadores, fuesen pretores o cónsules, solían celebrar triunfos al regresar a Roma. Si se hubiera tratado de campañas de poca entidad, habrían tenido que conformarse con una ovación.

Una de las operaciones más señeras de esta época la llevó a cabo el cónsul Quinto Metelo conquistando Mallorca y Menorca en una campaña que le ganó el *cognomen* de Baleárico en 121. Los guerreros baleares, afamados desde mucho tiempo atrás como

honderos, se dedicaban a la piratería. En realidad, muchos de los piratas no eran propiamente nativos, sino que provenían de Cerdeña y del sur de la Galia: las Baleares se habían convertido en un nido de piratas de muchas procedencias, como mucho después ocurriría con otras islas allende el Atlántico, en el Caribe.

Esa piratería dificultaba el comercio en el Mediterráneo Occidental, de ahí que los romanos se decidieran a sofocarla. En la campaña, los hombres de Metelo tuvieron que proteger los cascos de sus barcos forrándolos con pieles para evitar que los certeros proyectiles de las hondas los taladraran.

Terminada la campaña, de la que se conoce muy poco, Metelo instaló a tres mil veteranos licenciados en Pollensa y Palma. Al menos, ante la penuria de textos, se han encontrado en los campos marcas de los lotes de tierra que se repartieron a estos veteranos.



En cuanto a la península, sabemos que en 114 el célebre Cayo Mario, reformador de las legiones, sirvió como propretor de Hispania Ulterior. Allí luchó contra bandas de lusitanos que carecían de entidad suficiente como para que se le otorgara el triunfo en Roma. No obstante, con los años se resarciría de sobra tras sus victorias sobre Yugurta en Numidia y sobre los cimbrios y teutones.

Esos mismos cimbrios entraron en Hispania en el año 104. Se trataba de un pueblo bárbaro que podría proceder de la provincia de Jutlandia, de donde emigraron hacia el año 120 debido a una catástrofe natural, una brusca subida del nivel del mar, debida acaso a una serie de tormentas muy intensas, que inundó sus tierras de labor. No se puede precisar más, ya que todo lo que rodea a los cimbrios está envuelto en una niebla de misterio que parece muy apropiada para un pueblo tan norteño. Incluso se duda de si eran germanos, celtas o una mezcla de ambos.

En cualquier caso, estos cimbrios se pusieron en marcha hacia el sur con sus familias, sus carromatos y sus bestias, y en su largo peregrinaje se unieron a otras tribus, de las cuales la más nutrida y poderosa era la de los teutones.

Juntos, cimbrios y teutones se convirtieron en una pesadilla para Roma. En el año 106 aplastaron a dos ejércitos consulares en la batalla de Arausio, a orillas del Ródano. Fue una de las jornadas más negras de las armas romanas. Desde entonces el 6 de octubre quedó marcado como un día *nefastus*, fecha de mal agüero en la que no se llevaban a cabo actividades públicas. Entre los supervivientes de aquella batalla se encontraba Quinto Sertorio, uno de los principales protagonistas de este libro al que no tardaremos en conocer.

La victoria de Arausio dejó a los bárbaros abiertas las puertas de Italia. Sin embargo, en lugar de invadirla, los cimbrios se separaron de los teutones, se dirigieron hacia el oeste y cruzaron los Pirineos para entrar en Hispania. El motivo por el que obraron así se ignora; pero a los romanos les vino muy bien, ya que les concedió tiempo para prepararse. El artífice principal de dicha preparación fue el ya mencionado Cayo Mario, que resultó elegido cónsul durante cinco años seguidos y en ese tiempo adiestró a conciencia a sus legionarios, introduciendo ciertas reformas que, de alguna manera, profesionalizaron más su ejército. Hay que añadir que el alcance exacto de esas reformas no está tan claro como se lee en algunos textos y que algunas ya debían de haberse llevado a cabo antes.

Se desconoce qué hicieron los cimbrios exactamente en Hispania. Se cree que pudieron saquear Narbona, y es posible que ya al sur de los Pirineos atacaran ciudades como Ampurias, Tarraco o Ilerda. Sobre todo se dedicarían a devastar sus campos, pues nada indica que fueran grandes expertos asaltando murallas sólidas.

Curiosamente, esta misma tribu de guerreros formidables que había aplastado a los romanos chocó en Hispania con los celtíberos y fue derrotada. Teóricamente, este revés motivó que los cimbrios decidieran regresar a la Galia y unirse de nuevo a los teutones en sus correrías. Así se lee en las *Periochae* de Livio (67), pero el texto es tan conciso y fragmentario que no se puede precisar el alcance de este enfrentamiento, si implicó a todos los cimbrios o únicamente a algunos contingentes tribales.

En cualquier caso, los cimbrios estuvieron muy lejos de quedar aplastados, ya que enseguida los vemos guerreando de nuevo en otras regiones. Buscaban tierras que explotar y saquear; es posible que Celtiberia no les ofreciera mucho en estos aspectos y por eso no les mereciera la pena guerrear por ella.

Por terminar esta historia, hay que señalar que los romanos se resarcieron de Arausio con sendas victorias en Aquae Sextiae y en Vercelas. Gracias a Cayo Mario, la amenaza que suponían cimbrios y teutones fue aniquilada, y a Mario se lo consideró «el tercer fundador de Roma». Aunque este salvador de la República se convertiría poco después en una terrible amenaza para sus compatriotas durante la guerra civil que lo enfrentó con su antiguo lugarteniente, Sila.



Retornando a Hispania, durante los años siguientes tenemos noticias dispersas sobre revueltas de lusitanos y celtíberos. Hay que tomar en cuenta la extensión del territorio y la gran diversidad de tribus: algunas de ellas seguirían sometidas y otras mantendrían su actitud levantisca. Se sabe, por ejemplo, que en torno al año 100 un tal Cornelio Dolabella, del que por otra parte no se conoce nada, celebró un triunfo sobre los lusitanos. Eso implica que al menos cinco mil enemigos perecieron en combate.

Poco más tarde Tito Didio, cónsul del 98, mató a veinte mil arévacos. Cinco años después, en 93, celebró un triunfo en Roma, lo que indica que hasta ese momento estuvo guerreando en Hispania. Y lo hizo con una dureza y crueldad como no se recordaba desde los tiempos de Galba o Lúculo.

Por ejemplo, a los habitantes de Tiermes o Termancia, que también habían resistido duramente a los romanos durante la época de Numancia, los sacó a la fuerza de su ciudad para llevarlos a la llanura, en una población sin murallas.

En realidad, los de Tiermes fueron afortunados en comparación con los moradores de Colenda, ciudad que cayó tras nueve meses de cerco. Como entre los acompañantes del procónsul no parece que hubiera ningún cronista como Polibio ignoramos los detalles del asedio, pero su historia pudo ser tan dramática como las de Sagunto y Numancia. Cuando Colenda se rindió por fin, Didio no titubeó en vender como esclavos a todos sus habitantes.

Cerca de Colenda había otra ciudad de nombre olvidado cuyos habitantes se dedicaban a saquear las tierras de los vecinos. Para evitar que prosiguieran con aquellas actividades, Didio les ofreció las tierras recién arrebatadas a los de Colenda.

No era más que una trampa. Cuando los nativos llegaron al lugar y se agruparon para censarse, Didio los rodeó con sus tropas, tal como había hecho Galba con los lusitanos, y ordenó asesinarlos.

De la dureza de los combates que se seguían librando y del gran número de bajas que sufrían todavía los romanos da una idea este texto de Frontino (*Estratagemas* 10.1):

> Cuando Tito Didio estaba en Hispania, después de librar un crudelísimo combate al que había puesto fin la noche, habiendo caído un gran número de hombres por ambos bandos, se preocupó de que los cadáveres de los suyos fueran sepultados de noche. Al día siguiente, cuando los hispanos vinieron a cumplir con el mismo deber, al encontrar más muertos de sus filas que de las romanas, argumentando según sus cálculos que habían sido derrotados, accedieron a las condiciones que les ponía el general.

Mientras esto acontecía en la Citerior, en la Ulterior gobernaba Licinio Craso, padre del general que formó parte del Primer Triunvirato con César y Pompeyo. Por sus campañas contra los lusitanos, Craso celebró un triunfo en 93, el mismo año que Didio. En Orellana de la Sierra se ha encontrado un tesoro de casi mil monedas de plata dentro de un yelmo, tesoro que se cree que corresponde a esta campaña.

Plutarco (*Cuestiones romanas* 83) señala que Craso prohibió a los bletonenses, que quizás eran los habitantes de Bletisama (Ledesma, en Salamanca), seguir con los sacrificios humanos como

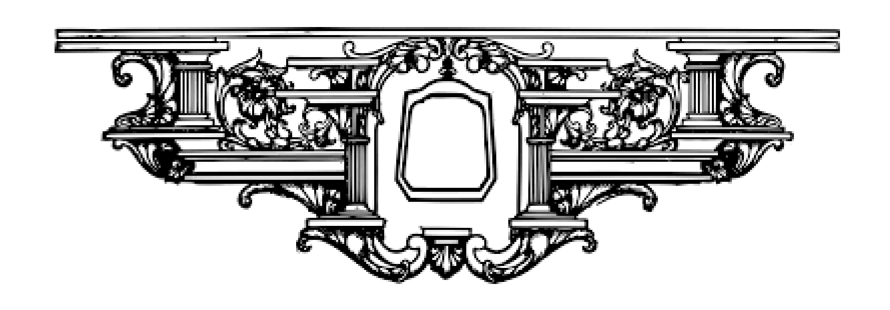
era su costumbre. Incluso pensó en castigarlos, pero los bletonenses respondieron que estaban obrando según sus propias leyes, como habían hecho toda la vida. Craso se limitó a advertirles de que no lo hicieran en lo sucesivo. Curiosamente, en el mismo pasaje Plutarco señala que pocos años antes los romanos habían enterrado vivos a dos hombres y dos mujeres en el foro Boario como ofrenda a los dioses. En realidad aquello había ocurrido un siglo antes, durante la guerra contra Aníbal.

En el mismo año en que Didio y Craso celebraban su triunfo, el cónsul Valerio Flaco tuvo que acudir a la Citerior a sofocar una revuelta celtíbera. El mismo hecho de que fuese cónsul y no pretor indica que el problema era grave. Al parecer, mató hasta veinte mil miembros de esa tribu.

Por entonces en la ciudad de Belgeda, de ubicación desconocida, se produjo una revuelta de la población joven contra su consejo de ancianos, cuyo edificio quemaron, porque los consejeros se negaban a sublevarse contra los romanos. Esta misma oposición entre jóvenes rebeldes y mayores «colaboracionistas» ya la vimos en el asedio de Numancia, cuando los ancianos de la ciudad de Lutia denunciaron a sus propios jóvenes por intentar ayudar a los numantinos.

Los siguientes años transcurren prácticamente en la oscuridad por la falta de fuentes. Pero después entra en acción uno de los personajes más brillantes y carismáticos de esta historia: Quinto Sertorio.

X



LA GUERRA DE SERTORIO

EL SUPERVIVIENTE DE ARAUSIO

Al igual que ocurría con su primer mentor militar, Cayo Mario, y con su mayor rival en la guerra, Cneo Pompeyo, Quinto Sertorio carecía del típico *cognomen* honorífico de otros linajes, por lo que únicamente poseía *praenomen* y *nomen*. Su familia era originaria de Nursia, una ciudad sabina, y formaba parte de la élite local. No obstante, ningún antepasado suyo desempeñó el consulado, de modo que puede considerarse que Sertorio era un *homo novus*.

En el año 105, cuando tenía veinte o veintiún años, sirvió como tribuno en la batalla de Arausio a las órdenes de Servilio Cepión. Aquel fue uno de los mayores desastres militares de la historia de Roma, con dos ejércitos consulares completos aplastados por los bárbaros cimbrios, de los que acabamos de hablar a raíz de su enfrentamiento con los celtíberos.

Sertorio fue uno de los pocos supervivientes de la masacre de Arausio. Aunque durante la batalla perdió el caballo y sufrió varias heridas, todavía le quedaron arrestos y energías para cruzar el Ródano con su armadura y su escudo a cuestas, más de medio kilómetro de orilla a orilla. En general, los datos que poseemos sobre él hacen pensar que era un hombre amante del ejercicio y la vida al aire libre, y que gozaba de una forma física excelente.

Después de Arausio, Sertorio sirvió con Cayo Mario, reformador de las legiones. Incluso trabajó de espía para él, infiltrándose entre los pueblos invasores gracias a su dominio de las lenguas celtas. A su regreso de aquella misión participó con Mario en la gran victoria de Aquae Sextiae, la revancha por Arausio.



Sertorio cruza el Ródano pese a sus heridas.

Tal vez en su tiempo de espía ya había visitado Hispania, pero la primera vez que estuvo en ella de forma oficial fue en el año 97, de nuevo como tribuno militar. Su jefe era el procónsul Tito Didio, del que acabamos de ver que llevó a cabo masacres tan infames como las de Galba o Lúculo.

En esa época, mientras invernaba en Castulo, Sertorio demostró que era un militar hábil y astuto, aunque también implacable. Quizá debido al lujo de una ciudad tan rica, los soldados de la guarnición se habían vuelto corruptos, viciosos y prepotentes, y pasaban las noches en borracheras y orgías en las que no se cohibían de abusar de las mujeres de la ciudad. Indignados por esta conducta, los hombres de Castulo se aliaron con sus vecinos de Isturgi, que entraron en la ciudad por la noche y, aprovechando la

embriaguez de los soldados romanos, empezaron a matarlos sobre los mismos triclinios.

Sertorio, que estaba sereno —fue de natural sobrio hasta el final de sus días—, logró escapar con buena parte de la guarnición. Tras salir de la ciudad y reorganizar a sus hombres, volvió a entrar, y esta vez fueron los romanos quienes masacraron a todos los varones en edad de empuñar las armas. No contento con eso, Sertorio ordenó a sus legionarios que se despojasen de sus uniformes y se pusieran las ropas de los de Castulo. Ataviados de esa guisa, se dirigieron a la cercana Isturgi y, entrando por sus puertas como si fueran aliados, llevaron a cabo una nueva matanza y vendieron a todos los habitantes a los que no habían asesinado.

Fue una terrible lección para los hispanos sometidos a Roma. Sertorio también escarmentó con lo ocurrido: en el futuro, procuraría alojar a sus tropas fuera de las ciudades, con lo que ganaba popularidad entre las poblaciones locales al evitar los abusos, rapiñas y violaciones, y de paso se aseguraba de la disciplina y seguridad de sus tropas.

LAS VICISITUDES DE SERTORIO

Durante la Guerra Social que enfrentó a los romanos con sus aliados itálicos, Sertorio sirvió como cuestor. Fue entonces cuando perdió un ojo: una mutilación que lucía con tanto orgullo como otros lo hacían con sus condecoraciones, si no más. Como él decía, los que ganaban coronas, brazaletes y collares tenían que quitárselos de vez en cuando, mientras que la herida de su ojo, que lo equiparaba a otros célebres generales como Antígono Monoftalmo o el mismísimo Aníbal, siempre estaba presente a la vista de todos.

Cuando estalló la rivalidad entre Mario y Sila que tantos muertos causó, Sertorio combatió en el bando de Mario. Pese a ello, le desagradó profundamente la brutal represión que presenció cuando las fuerzas de Mario y Cinna se apoderaron de Roma. De hecho, fue él quien puso fin a las tropelías de los bardieos, esclavos liberados por Mario que sembraban el terror en la ciudad a modo de escuadrones de la muerte.

En general, estas últimas décadas de la República estuvieron plagadas de convulsiones y violencia. Mientras Roma, paradójicamente, seguía expandiéndose por la Galia y Oriente, terribles crisis la sacudían en el interior: la lucha entre Mario y Sila, la dictadura de este y su feroz represión, la revuelta de Espartaco y sus esclavos… y las propias luchas de Sertorio, como veremos enseguida.

Con Mario desaparecido de la escena por una apoplejía, Sila y sus ejércitos entraron triunfantes en Roma en el año 83. Una vez allí, Sila se convirtió en dictador y empezó a publicar sus tristemente célebres proscripciones, listas en las que apuntaba a sus enemigos políticos. Los así proscritos podían ser impunemente asesinados por cualquier ciudadano, que además obtenía una

recompensa por su acción.

En aquellos momentos, Sertorio, que había sido pretor el año anterior, se dirigía a Hispania para tomar el mando de la provincia Citerior como propretor. Sila lo apuntó en una de sus listas malditas y nombró en su lugar a Valerio Flaco como gobernador. Sertorio se negó a entregar sus tropas y prosiguió su marcha.

El camino más sencillo para entrar en Hispania era por Ampurias, pero se encontraba bloqueado por Flaco. Sertorio tuvo que tomar un paso montañoso por los Pirineos. Allí se encontró con que la tribu ibérica de los ceretanos le impedía el paso exigiéndole un tributo. Aunque sus allegados se indignaron, diciendo que cómo iba a pagar si era el legítimo magistrado, Sertorio, un hombre práctico que comprendía que los ceretanos estaban en su territorio y tenían la sartén por el mango, respondió que el dinero le servía para comprar tiempo, el bien más escaso para un hombre ambicioso como él.

Sabiendo que lo perseguían los soldados de Sila mandados por Cayo Annio, Sertorio dejó a uno de sus oficiales, Livio Salinátor, con seis mil hombres en los pasos orientales de los Pirineos (probablemente en el Perthus, también conocido como las Panizas).

Pero Annio se valió de intrigas para conseguir que un tal Calpurnio asesinara a Salinátor. Muerto este, sus soldados abandonaron la posición. Annio pudo entrar en Hispania sin oposición y unir sus fuerzas a las de Flaco, el gobernador nombrado por Sila.

Sertorio no contaba con hombres suficientes para oponerse a aquellos enemigos, de modo que huyó a Cartago Nova con tres mil soldados. Allí embarcó en una pequeña flota y se dirigió hacia África. A partir de ese momento, vivió una serie de aventuras un tanto rocambolescas.

Para empezar, en cuanto desembarcaron en las costas de Libia, sus hombres fueron atacados por los nativos del lugar mientras se abastecían de agua. Sertorio hizo que subieran de nuevo a las naves, levó anclas y se dirigió de regreso a Hispania. Allí lo rechazaron de nuevo, pero se alió con piratas cilicios para lanzar una campaña contra Ibiza. Estos piratas eran, por aquel entonces, una plaga que asolaba todo el Mediterráneo. Aunque sus guaridas principales se hallaban en Cilicia, en la parte sur de la actual Turquía, sus

correrías alcanzaban hasta Italia e Hispania. (En realidad no había solo cilicios en sus naves, sino piratas de muchos otros pueblos).

Cuando Annio se enteró de que Sertorio se encontraba en Ibiza, envió una flota de trirremes con una legión. Sertorio se vio ante un dilema: combatir por mar era arriesgado, pero esperar a que desembarcara aquella legión y resistirse a ella con el escaso número de hombres que tenía en aquel momento habría resultado mucho peor. Así pues, levó anclas con sus aliados piratas y sus barcos de transporte, confiando en la maniobrabilidad de estos, que eran más ligeros que los trirremes y quinquerremes del enemigo.

Para su desgracia, se levantó un temporal que afectó mucho más a sus naves que a las de Annio. Aunque consiguió salvar la mitad de la flota, no le quedó más remedio que huir. Durante diez días sus barcos tuvieron que soportar los fuertes vientos, sin poder acercarse a la costa por temor a quedar destrozados contra los escollos. Finalmente, arribaron a unas islas pequeñas y desprovistas de agua donde pasaron la noche. Todo sugiere que se trataba de las Columbretes, un archipiélago de islas volcánicas, diminutas y áridas, situado frente a la costa de Castellón.

Ya con mejor tiempo, Sertorio prosiguió su navegación hacia el oeste. Tras atravesar el Estrecho, llegó a la desembocadura del Guadalquivir. Allí contactó con unos marinos que venían desde unas islas del Atlántico, dos según Plutarco (*Sert.* 8), a las que llamaban Afortunadas o de los Bienaventurados. Seguramente se trataba de las Canarias, que ya habían sido visitadas desde hacía siglos por navegantes fenicios, y a las que Plinio, al describir una expedición organizada por el rey mauritano Juba II en época de Augusto, da nombres como Pluvialia (Lanzarote), Ombrios (La Palma) o Capraria (Fuerteventura). No obstante, según otros autores también podría haberse tratado del archipiélago de Madeira, sobre el cual existen algunas referencias en textos antiguos.

Al escuchar los relatos acerca de aquellas islas paradisíacas, en las que los vientos eran suaves y húmedos, las lluvias moderadas y la tierra fértil, Sertorio se dejó llevar por ensoñaciones melancólicas y fantaseó con la idea de viajar hasta allí para retirarse y vivir en paz, lejos de las guerras en las que llevaba enfrascado toda su vida. «Qué descansada vida/la del que huye del mundanal ruido», podría haber pensado de haber conocido los versos de Fray Luis. Por aquel

entonces, Sertorio tenía cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco años, una edad propicia para hacer balance y, como diríamos ahora, tratar de reinventarse.

Pero, aunque había pasado ya la mitad de sus años, le quedaba por vivir los más intensos. Llevado por su naturaleza castrense, olvidó aquellas tentaciones propias de un monje budista y, en lugar de dirigirse a Poniente, volvió a cruzar el Estrecho hasta Mauritania. Allí participó en una disputa dinástica y combatió contra Áscalis, pretendiente al trono mauritano. El dictador Sila, que apoyaba las pretensiones de Áscalis, envió a un tal Paciano con tropas. Sertorio lo derrotó, dando muerte a Paciano, y persiguió a Áscalis hasta Tingis (Tánger), ciudad que expugnó al asalto.

En Tingis, los habitantes del lugar le enseñaron una tumba en la que, según se decía, se hallaba enterrado Anteo. Era este un hijo de Poseidón y Gea con el que luchó Heracles mientras buscaba las manzanas de oro de las Hespérides en el extremo occidental del mundo. Anteo cobraba fuerzas cada vez que su cuerpo tomaba contacto con su madre, la Tierra, lo que lo convertía en un luchador invencible. Para derrotarlo, Heracles tuvo que levantarlo en vilo y aplastarle las costillas hasta asfixiarlo.

El esqueleto que le mostraron a Sertorio medía según Plutarco (*Sert.* 9) más de veinticinco metros, y según Estrabón (17 829) más de dieciocho. En general, los grecorromanos sostenían la creencia de que los hombres de la Edad Heroica eran auténticos gigantes. En Atenas, por ejemplo, se veneraban unos huesos enormes que el general Cimón había traído en 469 de la isla de Esciros, huesos que se atribuían a Teseo. Cabe pensar que estas anécdotas carecen de fundamento, o que los antiguos, lo que parece más razonable, desenterraban de vez en cuando huesos de enormes bestias del Mesozoico o el Cenozoico.

Fue entonces, en el año 80, cuando una embajada hispana acudió a Mauritania para entrevistarse con Sertorio. Se trataba de lusitanos que, atraídos por sus éxitos y su prestigio, querían pedirle que regresara a la península para librarlos de la opresión del gobernador de la provincia Ulterior.

Sertorio se lo pensó durante unos días. Exactamente siete, que fueron los que se quedó encerrado en su tienda y tumbado en su camastro, lamentando la muerte de su madre, noticia de la que se

acababa de enterar.

Pasado ese plazo, decidió aceptar y emprendió de nuevo la travesía del Estrecho. Llevaba consigo dos mil seiscientos soldados romanos e itálicos más setecientos libios, y cuando llegó a Hispania se le añadieron cuatro mil infantes y setecientos jinetes lusitanos. Con tan exiguas fuerzas no tardó en cosechar los primeros éxitos contra ejércitos muy superiores en número. Una de esas victorias fue un combate naval contra el general Aurelio Cota delante de Melaria (en las cercanías de Tarifa). No queda claro si esta batalla la libró durante la travesía a Hispania o ya después de haber pisado terreno peninsular.

Al verse en tal inferioridad numérica, Sertorio comprendió desde el principio que, si quería prevalecer sobre sus enemigos silanos, tenía que convertirse en el campeón de la causa hispana. Eso no significa que en ningún momento de su carrera ofreciera a lusitanos, iberos o celtíberos la posibilidad de independizarse de Roma, pero sí ser gobernados con unas condiciones más justas. Para empezar, redujo los tributos a las poblaciones que controlaba o directamente las eximió de ellos. Se trataba de una decisión lógica: Sertorio no tenía el menor interés en que ese dinero viajara a Italia a engrosar las arcas de Sila y de sus partidarios.

Otra de las medidas que le reportó popularidad entre la población nativa fue ordenar a sus hombres que, en lugar de acantonarse en las ciudades, construyeran sus campamentos y barracones fuera de ellas. De esta forma se evitaba que la población civil tuviera que mantener a los soldados en sus casas y aguantara sus juergas y abusos, y se prevenían sucesos como los que él mismo había vivido en Castulo.

Los lusitanos necesitaban no solo a un general romano como el que acababan de fichar, sino también un ejército con disciplina romana. Sabedor de eso, Sertorio empezó a adiestrar a los hispanos al modo de las legiones, con el fin de conseguir un ejército que gozara de la mayor flexibilidad posible, capaz al mismo tiempo de las tácticas de emboscada, ataques por sorpresa y retiradas fingidas propias de los lusitanos, y de desplegarse en líneas cerradas y ordenadas como los romanos. En esa tarea le ayudaron oficiales supervivientes de los partidarios de Mario, que empezaron a acudir a Hispania atraídos también por su prestigio.

Es un buen momento para que ofrezcamos el retrato que su

biógrafo Plutarco hizo de Sertorio como general (*Sert.* 10):

> En el combate frontal era más audaz que los generales de su época. Era un gran experto en acciones de guerra en las que se necesitaba la sorpresa para obtener posiciones fuertes y rápidas a la hora de pasar ríos, y también en engaños y trampas en las circunstancias convenientes. También era generoso para recompensar las hazañas valerosas, y moderado para castigar las faltas; no obstante, la crueldad y violencia que demostró con los rehenes en sus últimos años demostró que su temperamento no era pacífico, sino que lo encubría fríamente por necesidad.

De esa crueldad con los rehenes —un suceso esporádico al final de sus días— trataremos en su momento, pero es cierto que en los sucesos de Castulo ya había demostrado que sabía ser implacable.

Por otra parte, Sertorio se las ingeniaba para explotar los sentimientos religiosos de quienes lo rodeaban, siguiendo en eso el ejemplo de Escipión Africano. En tal sentido, Plutarco (*Sert.* 11) cuenta una historia que conocemos asimismo por otros autores.

Un campesino lusitano llamado Spanus —nombre que resulta un tanto sospechoso por lo genérico— encontró una cierva recién parida que huía de unos cazadores. La cierva se le escapó, pero no así su cría, que era de una blancura asombrosa, tan llamativa que Spanus decidió regalársela a Sertorio. La cervatilla se volvió tan dócil que seguía al general a todas partes y acudía como un perrillo faldero cuando la llamaba, sin asustarse del griterío ni del gentío del ejército, como habría sido lo normal en un animal tan huidizo. Sertorio, hábil en aprovechar los asuntos divinos para su propio interés, empezó a decir que no se la había regalado un campesino, sino la mismísima Ártemis (el ciervo es el animal totémico de esta diosa).

Para convencer a sus seguidores de que Ártemis lo ayudaba, cuando Sertorio se enteraba por espías de que se iba a producir algún ataque enemigo, lo anunciaba a todos tras cuchichear con su cierva, como si esta se lo hubiera comunicado. En el caso de algún éxito cosechado por sus tropas en algún lugar lejano, llegaba al extremo de presentar a la cierva a sus aliados con una corona de victoria en la cabeza. Según Plutarco, obraba así porque los nativos

hispanos eran proclives a la superstición. En realidad, los romanos no les iban a la zaga en ese terreno. Plutarco, que escribió más de siglo y medio después, era muy crítico con lo que llamaba *deisidaimonía* o superstición; pero, desde nuestro punto de vista, por más que él considerase su religiosidad más racional, el mismo Plutarco no dejaba de ser también bastante supersticioso.

Muchos autores consideran que la historia de la cierva blanca no es más que un mito. Personalmente, su riqueza de detalles me convence. Que la cierva hablara con Sertorio y le revelara las victorias es inverosímil; pero que él se sirviera de un artificio como aquel para aumentar su influencia no resulta tan difícil de creer.

LA LLEGADA DE METELO

Además de derrotar por mar a Cotta, Sertorio venció en batalla a Lucio Fufidio, propretor de la Ulterior, y también a Domicio Calvino, procónsul de la Citerior. Cada éxito suyo provocaba que muchos romanos desterrados y proscritos por el dictador acudieran a reforzar sus filas. Sila, preocupado por aquel problema que amenazaba con convertirse en un quiste maligno en Hispania, decidió nombrar gobernador de la Ulterior a un hombre de su confianza, Quinto Cecilio Metelo Pío.

Este Metelo era hijo del Cecilio Metelo, que combatió con Escipión Emiliano en el asedio de Numancia y que más tarde dirigió la guerra contra Yugurta en Numidia. Mario le había acabado arrebatando el mando y la gloria, lo que hizo que ambos Metelos, padre e hijo, se convirtieran en furibundos enemigos tanto de Mario como de sus seguidores; de hecho, Metelo Jr. era conocido como Pío por el apoyo incondicional que había prestado a su padre en contra de Mario, una muestra de *pietas* o amor filial.

Por aquel entonces, Metelo Pío había pasado ya de los cincuenta años. Aunque había vivido mucho tiempo en campamentos militares, con la madurez se había acostumbrado a una existencia más relajada y lujosa, y su estado físico había decaído bastante. Por contraste con él, Sertorio, que tendría como mucho cinco años menos, se ejercitaba constantemente en marchas y combates y conservaba las energías y el vigor de un hombre bastante más joven. Convencido de su superioridad, llegó al extremo de retar a un duelo singular a Metelo. Este se negó, como era de esperar. Plutarco, que critica a Metelo en otros aspectos, le da la razón en esto porque, «como dice Teofrasto, un general debe morir como un general y no como un peltasta de infantería ligera» (*Sert.* 13).

El contraste entre ambos rivales se manifestaba también en su forma de dirigir sus tropas. Metelo era un buen general, aunque bastante convencional: acostumbrado a tácticas tradicionales de formaciones cerradas, lentas, contundentes y seguras, que sin embargo resultaban menos adecuadas para perseguir al enemigo o huir de él en terrenos difíciles.

Sertorio era todo lo contrario: un genio de la improvisación, una mente rápida como el azogue. Si él y sus hombres tenían que retirarse a toda prisa a los montes, pasar sed y hambre y dormir al raso sin prender hogueras, lo hacían. Sus tácticas imprevisibles suponían una pesadilla para Metelo y otros generales. Aparecía de la nada, se dedicaba a hostigar a sus forrajeadores y aguadores, incordiaba a su columna de marcha y por las noches, sin llegar a atacar frontalmente sus campamentos, lanzaba amagos de asalto para perturbar su sueño.

Una muestra de la diferente forma de actuar de ambos se dio en el asedio de Lacóbriga. Sobre el emplazamiento de esta población existen enormes discrepancias. Algunos autores la sitúan en Palencia, cerca de Carrión de los Condes, basándose en un pasaje de Plinio el Viejo (3.3.26) que la cita entre las ciudades de los vacceos. Otros, en cambio, la identifican con Lagos, en el extremo sur del Algarve, muy cerca del Cabo San Vicente.

El relato, en cualquier caso, es el mismo se sitúe donde se sitúe. Al saber que Lacóbriga, ciudad partidaria de Sertorio, disponía de una única fuente de agua potable dentro de su recinto amurallado, Metelo pensó que podría tomarla en un par de días rindiendo a sus habitantes por sed. Para adelantarse a su rival, decidió viajar a marchas forzadas y con la impedimenta imprescindible, por lo que ordenó a sus hombres que llevaran provisiones únicamente para cinco días. Lo más probable es que, por ir ligeros de peso, los hombres no cargaran leña, ni trigo, ni *molae*, los molinos en miniatura que cargaban sobre mulas y con los que trituraban el grano. A cambio llevarían algún tipo de cecina y, sobre todo, *buccellatum*, pan cocido dos veces y deshidratado que ocupaba menos sitio y que estaba más duro, al estilo de las regañás andaluzas. De ese tipo de pan procede el término «bizcocho», que significa precisamente «cocido dos veces».

Todo apunta a que Sertorio disponía de un excelente servicio de

espionaje gracias a sus simpatizantes hispanos, que probablemente trabajaban como criados o taberneros en los campamentos del enemigo. Después él, para incrementar su carisma, filtraba esa inteligencia y aseguraba que la recibía de su famosa cierva blanca.

Plutarco nos transmite, precisamente, una anécdota relativa al padre de Metelo y a la necesidad de guardar el secreto militar en todo momento para evitar que enemigos como Sertorio adivinen los planes (*Máximas de romanos*, 202A): «Cuando un tribuno militar muy joven le preguntó cuáles eran sus intenciones, Metelo respondió: “Si creyera que mi túnica lo sabe, me la quitaría y la arrojaría al fuego”».

En este caso, cuando Sertorio se enteró de los planes de Metelo, trató de anticiparse a su jugada a toda prisa. Compró y llenó de agua nada menos que dos mil odres, que hizo cargar a voluntarios hispanos y mauritanos de piernas ágiles. Aquellos hombres llegaron sin tardanza a Lacóbriga con los odres recorriendo caminos montañosos y en su regreso aprovecharon para sacar de allí en secreto a todos los moradores que no se hallaban en condiciones de combatir. De este modo, no solo aumentaron las reservas de agua de Lacóbriga, sino que disminuyeron el número de bocas que había que abrevar. (Lo de los senderos montañosos hace pensar más en Lagos, que está a siete kilómetros de algunas elevaciones del terreno, que en Carrión de los Condes, situada en una zona muy llana de Tierra de Campos).

Cuando llegó con sus tropas, Metelo se encontró con que los habitantes de Lacóbriga disponían de agua suficiente para aguantar unos días, mientras que a sus hombres se les estaban acabando las provisiones. Ante esa situación, encargó a uno de sus oficiales, un tal Aquino, que recorriera la zona con una legión para hacer acopio de víveres.

Como era de esperar, Sertorio aprovechó para tenderle una emboscada a Aquino. Apostó a tres mil hombres en un barranco «sombrío», y cuando vio pasar la columna de marcha enemiga los lanzó sobre la retaguardia. La vanguardia de la legión, que en circunstancias normales avanzaría al menos mil metros por delante, se dio la vuelta para proteger a sus compañeros.

En ese preciso instante el propio Sertorio los atacó de frente con el resto de sus hombres, sorprendiéndolos cuando se daban la

vuelta, totalmente desorganizados. Se produjo una desbandada en la que muchos soldados de Aquino murieron y muchos otros fueron capturados. El propio oficial fue de los pocos que consiguió huir, pese a perder su caballo y sus armas, y volvió con Metelo a darle la mala noticia. Metelo decidió declarar aquella operación un fracaso y se retiró, entre las burlas de los hispanos.

LA ESTRELLA DE SERTORIO EN ASCENSO

No todo fueron reveses en las actuaciones de Metelo. Decidido a reforzar los límites entre Lusitania y la Bética, cuyos habitantes sentían espanto ante las incursiones de los saqueadores lusitanos, se dedicó a establecer campamentos que, con el tiempo, se convertirían en colonias. Por ejemplo, Metellinum, la actual Medellín, que era a la vez un trampolín desde el que atacar Lusitania y un bastión para rechazar los ataques que pudieran venir de allí. (La Medellín extremeña dio nombre a otra ciudad fundada en Colombia que hoy día tiene más de dos millones y medio de habitantes: Metelo Pío se sentiría orgulloso de que tanta gente lleve el gentilicio «medellinense»).

Otro de los lugares que fundó Metelo fue Castra Caecilia, en las cercanías de Cáceres, y más al norte Caecilio Vico o Caelionico, en las inmediaciones de Béjar o de Baños de Montemayor, controlando la Vía de la Plata.

Por otra parte, al ver que no conseguía derrotar personalmente a Sertorio, Metelo recurrió en ocasiones a la táctica de tierra quemada que había utilizado su padre en 109 contra los númidas, y se dedicó a quemar aldeas y *oppida* de los lusitanos y a expulsar de sus tierras a aquellos que estaban asentados como campesinos.

Mientras todo esto ocurría en Hispania, en Roma, para sorpresa de todo el mundo, el dictador Sila renunció a su puesto y se retiró a la vida privada. Poco tiempo después falleció. El cónsul de aquel año, Emilio Lépido, que en sus primeros tiempos se había mostrado como ferviente partidario de Sila, se dedicó desde ese momento a derogar las leyes del dictador. Su programa incluía devolver las competencias arrebatadas a los tribunos de la plebe, traer de nuevo

a los exiliados, restituir las propiedades confiscadas por los silanos y distribuir de nuevo trigo barato al pueblo. En suma, de político «optimate», como se conocía a los partidarios de la aristocracia senatorial, se había convertido rápidamente en «popular».

Lo que ocurrió a continuación en Italia es demasiado complicado para explicarlo aquí en detalle. Resumiendo, Lépido se acabó declarando en rebeldía contra el Senado, hasta que uno de los antiguos generales de Sila, el jovencísimo Cneo Pompeyo, se unió al procónsul Catulo para luchar contra Lépido, y entre ambos lo derrotaron. Lépido huyó a Cerdeña, donde enfermó y murió al poco tiempo. De Pompeyo, conocido como «el Grande» por empeño propio, hablaremos con más detalle en breve.



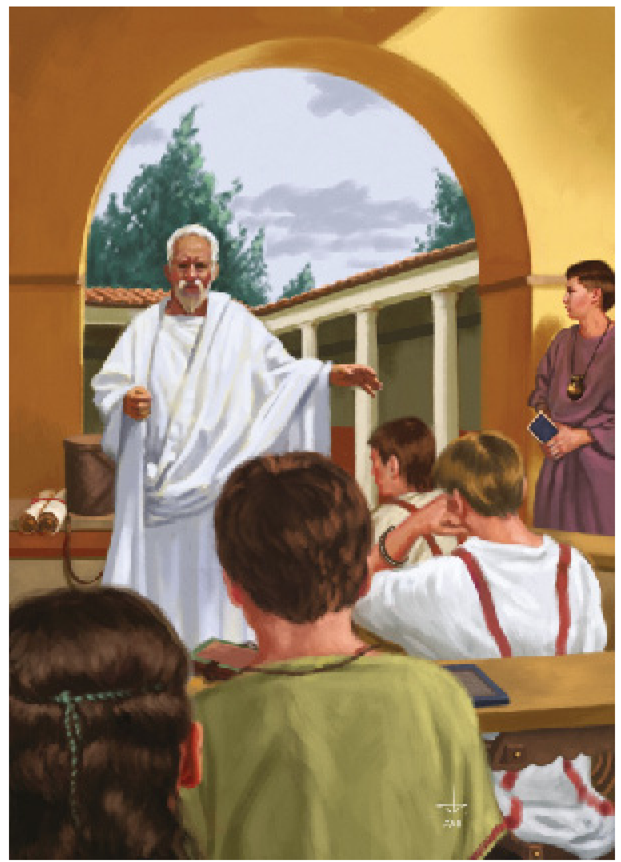
En Hispania, entretanto, el poder y el prestigio de Sertorio no dejaban de crecer. Convencido de que Lusitania era territorio asegurado para él, dejó allí a su legado Lucio Hirtuleyo, que ya había cosechado un gran éxito militar contra Domicio Calvino, gobernador de la Hispania Citerior. Fue precisamente a la Citerior adonde se encaminó Sertorio, decidido a obtener el apoyo de las tribus celtíberas. Allí se apoderó de centros neurálgicos tan importantes como las ciudades de Calagurris e Ilerda (Calahorra y Lérida).

Pero fue en Osca (Huesca) donde estableció su principal base de operaciones. En aquel lugar fundó una escuela donde los hijos de las élites hispanas se educaban a la manera latina. Se vestían con togas pretextas, el manto con franjas púrpuras que caracterizaba a los jóvenes romanos, y también usaban la *bulla*, un colgante redondo que pendía del cuello y que contenía diversos amuletos y hierbas y otras sustancias apotropaicas para alejar el mal. (Las niñas llevaban un colgante similar, llamado *lunula*, en forma de media luna). En aquella academia, entre otras enseñanzas, los jóvenes

aprendían a expresarse y escribir en latín y griego. De esta manera Sertorio los romanizaba y atraía a su bando; otrosí, se trataba de una forma sutil de conseguir rehenes para cerciorarse de la lealtad de sus padres.

Al mismo tiempo, Sertorio seguía adiestrando a sus tropas hispanas con el sistema militar romano, haciendo que se desplegaran bajo sus estandartes y que respetaran la misma disciplina que las legiones. Dice Plutarco (*Sert.* 14) que les adornaba escudos y yelmo con plata y oro, los acostumbraba a llevar capas y túnicas bordadas y les enseñaba «el amor por lo bello».

En esa línea de romanización, Sertorio fundó su propio Senado, constituido por trescientos miembros. No tenía intención, como ya hemos dicho, de independizar Hispania de Roma, sino de montar una especie de Roma paralela, aguardando el momento en que él, legítimo representante de la República derrocada por Sila, pudiera regresar a la urbe.



Escuela de Sertorio en Osca para educar a jóvenes hispanos al modo romano.

Las victorias, el carisma y hasta la famosa cierva habían convertido a Sertorio en un personaje de leyenda. Lo protegía una guardia personal formada por *devoti*, guerreros celtíberos que habían jurado protegerlo con sus vidas y no sobrevivirlo después de su muerte. Este voto de fidelidad a un caudillo, que sobrepasaba con mucho la relación romana entre patrono y cliente, era muy típico de las tribus galas y germanas. Como muestra de esta *devotio* explica Plutarco en el mismo pasaje antes citado: «Cuentan que, con ocasión de una derrota ante una ciudad, cuando los enemigos los atacaron, los hispanos se desentendieron de su propia suerte para salvar a Sertorio, y pasándoselo sobre los hombros de unos a otros lo levantaron hasta las murallas. Solo cuando su caudillo se encontró a salvo, se dieron a la fuga individualmente».



Tras la derrota de Lépido y su muerte en Córcega, los restos de su ejército se dirigieron por mar a Hispania, donde la causa de los populares parecía correr mejor suerte que la de los optimates. «Restos» suena a despojos, pero se trataba de un contingente considerable: cincuenta y tres cohortes, más de veinte mil hombres mandados por otro miembro de la facción popular llamado Marco Perpenna. Este Perpenna traía consigo, además, una gran suma de dinero, y con estos fondos y su ejército estaba dispuesto a hacerle la guerra a Metelo y a cualquier otro defensor de las ideas de Sila y los optimates.

Perpenna no podía compararse a Sertorio ni en carisma ni en talento militar. Sus hombres, que no tardaron en percatarse de la diferencia, empezaron a reclamarle que juntara ambos ejércitos en uno y se pusiera a las órdenes de Sertorio. Perpenna, hijo de un cónsul y por tanto miembro de la *nobilitas*, era reacio a seguir a aquel advenedizo, un *homo novus* sabino. Pero finalmente la presión de sus hombres se intensificó tanto que tuvo que ceder y presentarse ante Sertorio.

En aquel momento, Sertorio se hallaba en la cumbre de su poder y dominaba toda Hispania excepto la parte sur, donde Metelo se encontraba prácticamente encerrado en la Bética.

Fue entonces, si atendemos a Plutarco (*Sert.* 17), cuando Sertorio llevó a cabo otra treta singular. En realidad la historia que narra podría haber ocurrido en otro momento, antes o después, pero no es este un mal lugar para incluirla.

Sertorio y parte de sus tropas estaban en campaña contra Caraca, una ciudad de los carpetanos que los autores emplazan cerca del río Tajuña, bien sea en la provincia de Guadalajara o en la de Madrid, o incluso cerca de Tarancón, en Cuenca. No muy lejos de esta última ciudad se han encontrado cuevas de habitación, lo que cuadraría con el relato de Plutarco.

Los caracitanos, que se resistían a aceptar la autoridad de Sertorio, moraban en una colina elevada, sembrada de cuevas y cavidades orientadas hacia el norte que les servían como morada. La base de aquella colina era de una marga muy fina, tan meteorizada que se deshacía como ceniza y se desmoronaba a poco que alguien la pisara o la desmenuzara entre los dedos.

La entrada a las cuevas resultaba inaccesible desde abajo, por lo que los caracitanos se permitían el lujo de asomarse a ellas para burlarse de Sertorio y sus hombres. El general, sin alterarse, recorrió a caballo la zona para estudiar el terreno. No encontró ningún punto por el que subir hasta las cuevas del enemigo, pero observó que una ventolera arrastraba un remolino de polvo a las alturas, hecho que le pareció interesante. Después interrogó a guías locales y descubrió que allí predominaba un viento del noroeste llamado Cecias.

Aquello le sugirió un plan bastante alambicado. Ordenó a los soldados que desmenuzasen aquella marga cenicienta, la llevaran hasta la base de la colina y levantaran con ella un gran terraplén. Los caracitanos siguieron mofándose de ellos desde las alturas, porque era evidente que ese polvillo tan fino no podía servir de base para levantar ninguna obra de asedio.

Pero las intenciones de Sertorio eran otras. Al amanecer del día siguiente empezó a soplar la brisa y a levantar nubecillas de polvo. Poco a poco la brisa arreció y pasó a ser viento, y las inofensivas nubecillas se convirtieron en enormes polvaredas que el aire transportó a las alturas, directamente a las entradas de las cuevas. Para reforzar el efecto del viento, los soldados de Sertorio empezaron a saltar sobre el montón de tierra y a pasar con sus caballos por encima una y otra vez. Las cuevas no disponían de más ventilación que aquellas bocas orientadas al norte, por lo que no tardaron en llenarse de polvo fino como ceniza. Los caracenos empezaron a jadear y toser, con los ojos cada vez más irritados. Finalmente, al tercer día, cuando ya no aguantaban más, se rindieron a Sertorio, que tomó aquella posición aparentemente inexpugnable gracias a aquella *Dust Bowl* improvisada por su ingenio.

POMPEYO ENTRA EN ESCENA

Tras la llegada de los refuerzos de Perpenna, Metelo comprendió que llevaba las de perder, por lo que pidió refuerzos a Roma. Con las fuerzas que tenía Sertorio en aquel momento, comprendieron los senadores, se podía plantear incluso invadir Italia desde Hispania Ulterior.

¿A quién encomendar el mando de aquella misión? Los cónsules de aquel año, Junio Bruto y Emilio Liviano, no querían ni oír hablar acerca de ir a Hispania para enfrentarse con Sertorio. Pero había otro general de estrella ascendente que no dejaba de observar con interés los asuntos de Hispania y que, además, se negaba a desmovilizar a las tropas que había utilizado contra Lépido: Cneo Pompeyo.

Cuando se propuso prorrogarle el mando de ese ejército para que marchara a Hispania, hubo senadores que se opusieron. El nombramiento, argumentaban, era extremadamente irregular: aparte de ser demasiado joven —todavía no había cumplido los treinta—, Pompeyo no había desempeñado tan siquiera el cargo de cuestor. Para convencer a los demás padres de la patria, un partidario suyo llamado Lucio Filipo se levantó e hizo un juego de palabras: Pompeyo no tenía por qué ir «como procónsul sino en lugar de los cónsules», *non proconsule sed pro consulibus*.

Todo lo que había ocurrido con Pompeyo hasta entonces era irregular. En el año 83, con tan solo veintidós años, había reclutado por su cuenta tres legiones en la región del Piceno, donde contaba con grandes influencias heredadas de su padre. Fue una ilegalidad, pero Sila se la aceptó cuando el joven Pompeyo le ofreció poner a su servicio esas legiones.

Al año siguiente Pompeyo recibió un *imperium* oficial como

procónsul, a pesar de su edad y de que no había sido cónsul, con la misión de aplastar a los partidarios de Mario en Sicilia. Llevó a cabo esta tarea de forma tan contundente e incluso sanguinaria que se ganó el apodo de *adulescentulus carnifex*, «el carnicero adolescente». Sin embargo, con el tiempo esta crueldad se moderó, y nunca llegó a los extremos de otros generales como su propio padre, el aborrecido —incluso por sus soldados— Pompeyo Estrabón.

Después de Sicilia, Pompeyo viajó a África, siempre a las órdenes del dictador. Cuando derrotó a los enemigos de este, Sila le ordenó que licenciara a sus tropas. Pompeyo se negó, demostrando que tenía unos redaños más que considerables: aparte de él y del joven César nadie osaba desobedecer a Sila, que prácticamente contaba sus enemigos por número de lápidas.

No se detuvieron allí las irregularidades de Pompeyo. A su regreso a Roma se empeñó en celebrar un triunfo, pese a que era de mal gusto hacerlo cuando había luchado no contra extranjeros, sino contra compatriotas romanos en una guerra civil. Finalmente se salió con la suya, si bien el esplendor de la ocasión quedó un tanto deslucido cuando se obstinó en que su carro triunfal fuera arrastrado no por caballos sino por elefantes, y estos se atascaron en la puerta de entrada a la ciudad. No fue ni la primera ni la última vez que Pompeyo, que tendía a darse mucha importancia —acaso por el complejo de ser del Piceno y no poseer un abolengo tan añejo como un Sila o un César—, hizo el ridículo.

Este, en suma, era el personaje al que el Senado encomendó terminar la guerra contra Sertorio. Decidido, sin demasiados escrúpulos, popular entre sus tropas y metódico y organizado como general. Sin embargo, todavía estaba un poco verde para enfrentarse a un genio de la táctica y la estrategia como Quinto Sertorio.



En otoño de 77, Pompeyo cruzó los Alpes con unos treinta mil hombres. Pero no pudo entrar en Hispania hasta la primavera de 76, pues tuvo que enfrentarse a tribus rebeldes en la provincia de Galia Transalpina y se vio obligado a pasar el invierno en Narbona.

De momento, Sertorio no se enfrentó personalmente a él, sino que envió a Perpenna con órdenes de detenerlo en el bajo Ebro, mientras él se encargaba de asegurarse la lealtad de arévacos y pelendones. Antes de separarse de Perpenna, Sertorio lo aleccionó para que no se enfrentara en batalla campal con Pompeyo; en lugar de combatir de frente, debía tenderle emboscadas y hacerle la vida lo más difícil posible. Era la misma instrucción que había impartido también a los demás lugartenientes a la hora de luchar contra Metelo.

En ese sentido, los consejos que brindaba Sertorio a sus subordinados romanos y lusitanos eran los mismos. Como explica Valerio Máximo (7.3.5), cuando se convirtió en general de los lusitanos, al ver que eran tan impetuosos y se empeñaban en enfrentarse en campo abierto con los romanos, Sertorio les puso un ejemplo práctico. Eligió primero dos caballos, uno muy fuerte e impetuoso y el otro un jamelgo renqueante. Después ordenó a un anciano ya achacoso que, pelo a pelo, fuera arrancando la cola del caballo más vigoroso, y a un joven de gran fuerza que arrancara de un solo golpe la del caballo débil.

Ambos obedecieron sus instrucciones. El joven, pese a sus gruesos bíceps, se dedicó a dar tirones en vano hasta quedar exhausto. El anciano, sin embargo, fue dejando al otro caballo sin cola pelo a pelo.

Después de esta demostración, Sertorio explicó a sus seguidores: «El ejército romano es como la cola de un caballo. Podemos vencer a cualquiera de sus partes si las atacamos de una en una, como ha hecho el anciano. Pero si intentamos derrotarlas a todas juntas, no conseguiremos nada».



Perpenna no logró defender por mucho tiempo la línea del Ebro. Pompeyo la sobrepasó y se dirigió hacia el sur, siguiendo el litoral. Su intención era arrebatarle a Sertorio el control de toda la línea costera y a partir de esta ir penetrando hacia el interior. De momento, contaba con la zona de Tarraco y con Sagunto, que eran fieles al bando senatorial, como también seguía siéndolo la Bética.

Gracias al prestigio de Pompeyo, muchas ciudades se fueron pasando a su bando. Durante su estancia en Hispania Pompeyo se las arregló —como haría años después en Oriente— para establecer unas extensas redes de clientes que con el tiempo le resultarían muy útiles.

El primer objetivo importante de Pompeyo era Valencia. Sertorio, anticipando sus movimientos, decidió arrebatarle al enemigo una de las ciudades que había en el camino, Lauro. No se sabe con certeza dónde estaba emplazada, pero no debía de distar mucho de Valencia.

Por primera vez, Pompeyo y Sertorio, los dos generales más exitosos del momento, uno joven y el otro ya curtido en cien batallas, iban a encontrarse frente a frente. ¿Quién prevalecería?

LA BATALLA DE LAURO

Cerca de la ciudad de Lauro se levantaba una colina estratégicamente situada para dominar toda el área circundante. Ambos generales trataron de tomarla, pero Sertorio fue más rápido que su rival y levantó en ella su campamento.

Tratando de hacer de la necesidad virtud, Pompeyo plantó su propio campamento al lado opuesto de la colina, de tal modo que el de Sertorio quedó emparedado entre él y la ciudad de Lauro. Era prácticamente un cerco en el que Sertorio había caído por sí solo. Convencido de que iba a ganar, Pompeyo despachó mensajeros a Lauro para que dieran aliento a sus moradores, y los animó a que subieran al parapeto de su muralla para contemplar cómo un ejército que se pretendía sitiador se había convertido en sitiado.

Sertorio no se dejó impresionar. Con una carcajada, aseguró: «Voy a enseñar al cachorro de Sila que un general debe vigilar su espalda más que su frente». Cuando Pompeyo se quiso dar cuenta, a su retaguardia tenía a seis mil soldados de Sertorio. Este, antes de ocupar la colina, los había dejado atrás ocultos entre la espesura, con órdenes de atacar a Pompeyo por la espalda en cuanto vieran que abandonaba la protección de su empalizada. Ahora, ¿quién había encerrado a quién?

Cuando se percató de la situación, Pompeyo no se atrevió a abandonar su propio campamento, por temor a recibir ataques simultáneos por el frente y la retaguardia. Momentáneamente, la situación quedaba en tablas. Pero Sertorio tenía nuevas tretas reservadas contra el joven Pompeyo.

En los alrededores de Lauro no había más que dos zonas donde los hombres de Pompeyo podían encontrar forraje y leña. Una se hallaba más cerca de su campamento y otra algo más alejada.

Sertorio ordenó a sus tropas ligeras que hostigaran constantemente a los forrajeadores que acudían a la zona más próxima, pero que en ningún momento molestaran a los que se abastecían en la otra. Como es lógico, los hombres de Pompeyo acabaron decidiendo que merecía la pena hacer un viaje más largo para ir al área más alejada, ya que por allí no asomaban nunca los enemigos y parecía mucho más segura.

Cuando vio que el enemigo había mordido el anzuelo, Sertorio seleccionó veinte cohortes de infantería pesada y ligera más dos mil efectivos de caballería, y les dio la orden de tender una celada junto al camino que llevaba a la zona de forrajeo. El oficial encargado de la tarea, Octavio Grecino, salió de noche de su campamento y colocó en los bordes del sendero a la infantería ligera hispana, un poco más allá a la infantería pesada y todavía más retirados entre los árboles a los jinetes, de modo que los relinchos de sus caballos no delataran dónde estaban.

Al día siguiente, a la tercera hora (las nueve en horario solar), los forrajeadores de Pompeyo aparecieron de regreso, lo que indica que el lugar adonde habían ido a buscar leña y provisiones se hallaba tan apartado que habían tenido que pernoctar allí.

Justo en ese instante los hispanos de la infantería ligera de Sertorio cayeron sobre ellos. Momentos después, mientras los hombres de Pompeyo intentaban reorganizarse, los atacaron las demás cohortes.

Como era de esperar, los soldados pompeyanos emprendieron la huida. Algunos de ellos lograron adelantarse a los demás, pero Sertorio había dado instrucciones de que nadie escapara con vida. El jefe de su caballería en aquella operación, Tarquinio Prisco, había dejado en el camino que conducía al campamento enemigo un segundo grupo de emboscados, doscientos cincuenta jinetes que sorprendieron a los fugitivos cuando estos ya se las prometían tan felices, y acabaron con casi todos.

Cuando Pompeyo se enteró de la celada, envió una legión en ayuda de sus hombres bajo el mando del legado Décimo Lelio. Al ver que este se acercaba, Tarquinio hizo tocar la orden de retirada como si quisiera dar la señal a sus jinetes de que renunciaba a la persecución.

Se trataba de otra añagaza o, como diría Frank Herbert en *Dune*,

de «planes en los planes de los planes».

Cuando se habían alejado a cierta distancia, los jinetes de Tarquinio giraron a la derecha, describieron una media vuelta muy amplia para rodear a la legión que venía de refuerzo y la atacaron por la retaguardia. Al mismo tiempo, las tropas pesadas de Octavio Grecino que habían tendido la emboscada avanzaron por el camino y cargaron de frente contra la unidad de Pompeyo.

Este, observando lo ocurrido desde la distancia, comprendió que necesitaba más efectivos para ganar aquella refriega, por lo que hizo salir a prácticamente todas sus tropas del campamento. Pero Sertorio respondió actuando de la misma manera y desplegando a los suyos como si ofreciera batalla. Pompeyo se vio en la tesitura de recibir un ataque por detrás mientras acudía en ayuda de sus hombres, por lo que no le quedó otro remedio que quedarse tras su empalizada y contemplar, rabioso de impotencia, cómo los enemigos terminaban de aniquilar a su partida de forrajeadores y a la legión que había mandado para salvarlos.

En esta primera confrontación directa, Pompeyo salió más que escaldado. Su ejército sufrió diez mil bajas, entre ellas la del legado Lelio, y para colmo perdió su convoy de suministros. Los habitantes de Lauro, resignados a que Pompeyo no iba a ser capaz de rescatarlos, se rindieron a Sertorio. Este les perdonó la vida y les dejó marchar, pero prendió fuego a su ciudad.



Cneo Pompeyo el Grande, el mayor enemigo de Sertorio.

Sobre esta o alguna otra de las muchas batallas que libraron Sertorio y Pompeyo nos cuenta Valerio Máximo (5.5.4) uno de sus hechos memorables. Durante un combate cuerpo a cuerpo, un legionario romano de Pompeyo logró matar a un enemigo que lo acometía con violencia. Al despojarlo de sus armas y quitarle el yelmo, reconoció su rostro: era su propio hermano, que luchaba en el bando sertoriano. Maldiciendo a los dioses por el impío botín que acababa de obtener, vistió a su hermano con ropas lujosas y lo puso sobre una pira. Después la prendió con una antorcha, desenvainó la misma espada con la que había dado muerte a su hermano, se la clavó en el pecho y cayó sobre él, acompañándolo en la muerte. Una historia triste y hermosa que nos recuerda lo terrible que era esta larga guerra civil.

LAS TORNAS EMPIEZAN A CAMBIAR

La derrota de Lauro supuso un duro varapalo para el ego de Pompeyo, considerado hasta entonces poco menos que un general invencible. Por desgracia para Sertorio, sus lugartenientes no poseían su mismo talento como estrategas. Pese a que él permanecía prácticamente imbatible, ellos empezaron a perder batallas por su empeño en librarlas en lugar de evitarlas. En ese mismo verano del año 76, Hirtuleyo desoyó los consejos de su líder y, hallándose en inferioridad numérica, se enfrentó con Metelo cerca de Itálica. Como era de esperar, Hirtuleyo resultó derrotado y tuvo que retirarse al territorio leal de Lusitania para reorganizar fuerzas.

Al año siguiente, fue Pompeyo quien derrotó cerca de Valencia a Perpenna y Herenio, que dejaron en el campo de batalla diez mil muertos.

Aquella victoria tan contundente devolvió la confianza al joven general, que se convenció de que podía derrotar a Sertorio solo. Sin esperar a que llegara la ayuda de Metelo, decidió atacar a su adversario en Sucro, junto al río Júcar. Se podría achacar esta conducta a su gran vanidad, pero no era el primer general romano que prefería arriesgarse a combatir con menos tropas con tal de no compartir la gloria con otro. Así había ocurrido, por ejemplo, en el desastre de Arausio.

A quien más le interesaba librar esa batalla cuanto antes era a Sertorio. Las tropas de Metelo se acercaban por mar. Si dejaba que desembarcaran, se vería pillado en una tenaza mortífera entre él y Pompeyo. Por eso, tras explorar el lugar, decidió lanzar un ataque contra el enemigo cuando caía la tarde.

En la oscuridad, el ala derecha que dirigía personalmente

Sertorio se enfrentó con el ala izquierda de su rival. Allí no estaba Pompeyo, sino uno de sus legados, Afranio. Como ocurría a menudo en estas batallas, el flanco derecho de cada ejército, donde se hallaban las mejores tropas, empezó haciendo retroceder al flanco izquierdo de su rival.

Al saber que en el otro extremo del campo de batalla Pompeyo llevaba las de ganar, Sertorio dejó a sus subordinados el encargo de terminar con Afranio y se apresuró a acudir a caballo para enfrentarse contra el general al que más temía, aunque ya lo hubiera derrotado anteriormente.

La llegada de Sertorio con refuerzos hizo frenar en seco a los hombres de Pompeyo, que ya estaban iniciando la persecución del ala izquierda enemiga. El mismo Pompeyo resultó herido. Según Apiano, recibió un lanzazo en el muslo, una herida muy peligrosa por la posibilidad de desangrarse (*Guer. Civ.* 1110). En la versión de Plutarco (*Sert.* 19), un soldado de infantería de gran estatura se enfrentó con Pompeyo, que luchaba a caballo. Ambos chocaron sus espadas, con tan buena o mala puntería que se hirieron mutuamente en la mano. Pero mientras que Pompeyo se limitó a sangrar por la herida, su contrincante perdió la mano entera, rebanada a la altura de la muñeca.

En el caos de la refriega, varios soldados africanos se abalanzaron sobre Pompeyo. Este desmontó y salió corriendo. Tuvo la suerte de que los hombres de Sertorio, al ver que su corcel tenía arreos y arneses de oro, renunciaron a perseguirlo por apoderarse de aquel botín.

Curiosamente, Afranio también se había rehecho en su flanco, por lo que el resultado del combate vio alternativas en las dos alas. Cuando amaneció, Sertorio se dispuso de nuevo a presentar batalla, pero en tal tesitura apareció Metelo con sus tropas. Sertorio, viéndose en tal inferioridad numérica, no tuvo más remedio que retirarse. Frustrado, comentó con sarcasmo que no le habrían hecho falta más que una palmeta y un látigo para darle una lección al niñato de Pompeyo, de no ser porque tenía cerca a «la Vieja», como llamaba a Metelo.



En esa misma campaña se libró todavía otra gran batalla cerca de Sagunto. Tampoco fue concluyente, aunque en ella murió Memnio, el mejor legado de Pompeyo. En esta ocasión quien resultó herido, combatiendo pese a sus años, fue Metelo. ¿Es posible que se tratara de una instrucción personal de Sertorio, la de buscar y acometer directamente a Pompeyo y Metelo para descabezar al ejército enemigo?

Si era así, en esta ocasión se equivocó. Aunque estaban reculando, los hombres de Metelo sintieron vergüenza de abandonar a su general herido y, poniendo los escudos por delante de su cuerpo, hicieron retroceder a los hombres de Sertorio con el furor de guerreros homéricos.

Esta fue la última gran batalla campal que libró Sertorio. Aunque causó seis mil bajas a Pompeyo, él mismo sufrió tres mil. Para empeorar la situación, el inepto Perpenna había perdido otros cinco mil hombres contra Metelo. Sertorio sabía, como lo supo el rey Pirro en su momento, que no podía aguantar tal desgaste contra un enemigo que disponía de muchos más recursos que él.



Durante el invierno del 75-74, ambos bandos trataron de recurrir a la ayuda exterior. Pompeyo, que se había retirado a invernar al territorio de los vacceos, se dirigió al Senado romano con una carta en la que, más que pedir,

exigía refuerzos, dinero y provisiones. El tono sonaba áspero y a ratos insolente. El joven Pompeyo no era entonces, ni lo sería nunca, un as de la diplomacia. Salustio nos transmite el texto de la misiva en uno de los fragmentos de sus *Historias* (2.98): «Por los dioses inmortales, ¿es que pretendéis que yo haga de tesoro público? ¿Creéis que puedo mantener a mi ejército sin grano ni pagas?». Se había gastado tanto su fortuna familiar como su crédito. Si no lo ayudaban, seguía amenazando de forma no demasiado velada, el ejército y la guerra que se libraba en Hispania pasarían a asolar Italia.

En cuanto a Sertorio, había recurrido a un expediente más drástico y lejano: entablar negociaciones con el rey Mitrídates del Ponto. Mitrídates era un viejo conocido de los romanos, y no precisamente querido. En el año 88, en el día conocido como «Vísperas Asiáticas», había hecho asesinar a ochenta mil romanos e itálicos de ambos sexos y de toda edad y condición en Asia Menor. Precisamente por causa de Mitrídates habían disputado Mario y Sila a cuenta de quién debía ser el general que lo derrotara, desembocando en la sangrienta guerra civil que todavía, muertos los dos primeros protagonistas, seguía librando el propio Sertorio en la Península Ibérica.

Según los términos de su acuerdo, Mitrídates entregaría a Sertorio cuarenta naves de guerra y la enorme suma de tres mil talentos de plata. A cambio, recibiría soldados y asesores militares y se le reconocería la propiedad de Bitinia y Capadocia. Sin embargo, Sertorio se negó a que Mitrídates pusiera las manos en la provincia de Asia, ya que era propiedad de Roma desde hacía décadas y él no se consideraba ningún traidor a su patria. Evidentemente, quienes sí lo juzgaban así eran sus adversarios, que se apresuraron a criticarlo por aquello en cuanto se enteraron de que andaba en tratos con el rey del Ponto.

A Mitrídates le llamó la atención que Sertorio, que se veía cada vez en una situación más apurada en Hispania, se mostrase sin embargo tan exigente. «¿Qué condiciones no me pondrá si alguna vez controla Roma, cuando ahora que está acorralado a las orillas del Atlántico pretende ponerle límites a mi reino y me amenaza con la guerra si intento reconquistar Asia?», comentó.

Pese a ello, el pacto se selló y Sertorio recibió el dinero y los

barcos prometidos. A Mitrídates, hombre que no se sentía demasiado esclavo de la palabra dada, no le importaba ceder en el asunto de Asia: mientras Sertorio y sus enemigos se mataban y desgastaban mutuamente en el oeste, ya encontraría él la ocasión de apoderarse de nuevo de la provincia de Asia.

EL DECLIVE DE SERTORIO

El pacto ya llegaba tarde para Sertorio. Pompeyo y Metelo recibieron la ayuda que habían solicitado. Con más recursos humanos y financieros que el año anterior, decidieron que a ellos tampoco les convenía enfrentarse en campo abierto a su rival. Les era suficiente con arrinconarlo poco a poco y reducir su espacio vital rindiendo sus fortalezas. Durante el año 74, Metelo se apoderó de Bílbilis (Calatayud) y Segóbriga, mientras que Pompeyo se adueñó de Cauca (la ciudad de la masacre de Lúculo) infiltrando soldados suyos como si fueran heridos y enfermos que precisaban de reposo.

Después de Cauca, Pompeyo decidió expugnar Palantia. Sus zapadores se dedicaron a excavar minas por debajo de las murallas y después, en secreto, introdujeron troncos de madera para introducirlas bajo los cimientos a modo de calzos. Una vez hecho esto, prendieron fuego a los troncos y, cuando estos se rompieron por las llamas, varios lienzos del muro se hundieron al no tener base donde apoyarse.

Justo entonces llegó Sertorio y Pompeyo se vio obligado a retirarse. Mientras los hombres de Sertorio y los palantinos reconstruían los sectores derruidos de la muralla, Pompeyo se dirigió a Calagurris, donde sus fuerzas convergieron con las de Metelo. Pero Sertorio se apresuró a acudir en ayuda de los calagurritanos, dio muerte a tres mil soldados enemigos y forzó a los demás a renunciar al asedio.

Al final de esta campaña, Pompeyo se retiró a la Galia a invernar, mientras que Metelo bajó con sus tropas a la Ulterior. Allí fue recibido como un triunfador, gracias a que había dado muerte a miles de hombres de Perpenna y, sobre todo, a que los habitantes

de aquella región tan romanizada y próspera querían que los siguiera protegiendo de sus enemigos exteriores, en particular de los temidos lusitanos. En una celebración un tanto excesiva, Metelo se hizo proclamar *imperator* por sus soldados. En las ciudades de la Bética que visitaba le ponían guirnaldas, quemaban incienso en su honor y le ofrecían suntuosos banquetes. Mientras coros infantiles y femeninos cantaban himnos triunfales en su honor, desde las alturas ingeniosos mecanismos de poleas hacían descender sobre él estatuas de la Victoria alada y resplandecientes coronas de oro.

Tanto jolgorio no parecía del todo apropiado, porque Sertorio todavía respiraba. Decidido a que dejara de hacerlo de una vez para siempre, Metelo en persona ofreció una gran recompensa a quien acabara con él: cien talentos de plata y veinte mil pletros de tierra, el equivalente a ochenta kilómetros cuadrados; es de sospechar que esta última cifra que da Plutarco (*Sert.* 22) es errónea o está muy hinchada.



Aunque conservara intacto su talento como general, Sertorio no dejaba de perder terreno en Hispania, lo que provocaba que su popularidad entre sus propios hombres empezara a desplomarse. Los inevitables roces y conflictos entre los elementos romanos y nativos de su ejército no tardaron en agudizarse. A los primeros les molestaba que Sertorio se rodeara de una guardia de celtíberos juramentados a modo de reyezuelo bárbaro. A los segundos les indignaba que los mandos romanos los extorsionaran y castigaran por cualquier infracción real o imaginada.

Muchos pueblos y ciudades de Hispania desertaron del bando de Sertorio. A estas alturas, ya habían comprendido que sus objetivos no eran los mismos. Buena parte de sus seguidores hispanos querían sacudirse el yugo de Roma, mientras que Sertorio luchaba por cambiar el gobierno de la República, no por liberarlos a ellos.



En las campañas de los años 73 y 72, Sertorio siguió cediendo ciudades y territorios ante el avance de rodillo de Pompeyo y Metelo. También continuaron desertando sus aliados hispanos. Para reprimir aquellas defecciones, que le dolían aún más que las derrotas ante sus enemigos, Sertorio llegó al extremo de ejecutar a algunos de los jóvenes que se educaban en su academia de Osca y a vender como esclavos a otros, en represalia por supuestas faltas cometidas por sus padres: esta es la crueldad que mencionaba Plutarco al hacer el retrato moral de su biografiado.

La buena estrella de Sertorio lo había abandonado. Se sentía cada vez más desesperado, pues comprendía finalmente que la suya era una causa perdida. Se decía que para evadirse pasaba el tiempo en banquetes, refugiándose en la bebida y en el sexo cuando hasta entonces había sido un hombre frugal y moderado. Es más que posible que se tratara de calumnias propaladas por su oficial Perpenna, que siempre había estado resentido por tener que aceptar su autoridad y ahora veía la ocasión de arrebatarle el puesto.

Fue precisamente en uno de esos banquetes cuando Perpenna y otros nueve conjurados decidieron librarse de él. El festín en sí era una trampa, ya que Perpenna y los demás habían amañado una carta en la que se comunicaba a Sertorio la victoria de uno de sus generales. Sertorio, contento por la noticia —ignoramos si él también fingió que se la transmitía la cierva blanca—, hizo sacrificios a los dioses y celebró una cena. Merece la pena reproducir la escena en detalle, tal como la cuenta Plutarco (*Sert.* 26).

> Los banquetes en los que estaba presente Sertorio eran siempre decorosos y moderados, ya que no soportaba ver ni escuchar nada vergonzoso. Al contrario, acostumbraba a los participantes a divertirse con bromas y diversiones que fueran de buen gusto y no ofendieran a nadie. Pero en

> aquella ocasión, cuando ya habían bebido bastante, los invitados, buscando provocar una pelea, empezaron a usar un lenguaje grosero y, fingiendo estar borrachos, se comportaron de forma obscena para enojarlo. Él […] les volvió la espalda en el lecho, como si no quisiera escucharlos ni prestarles atención. Entonces Perpenna, cogiendo una copa de vino sin mezclar y bebiendo de ella, la soltó de las manos y la dejó caer con gran estrépito. Aquella era la señal: Antonio, que estaba tumbado por encima de Sertorio en el lecho, le clavó su espada. Cuando Sertorio se dio la vuelta ante el golpe y trató de levantarse, Antonio se sentó sobre su pecho y le agarró ambos brazos, de modo que Sertorio no pudo defenderse de los muchos que lo herían y murió.

Como se comprueba por este pasaje, las escenas de orgías de vino y sexo no debían de ser más que un infundio de Perpenna. ¿Influyó en esta conspiración la recompensa ofrecida por Metelo? ¿Se presentó alguien a cobrarla? Lo ignoramos.

A la muerte de Sertorio, la mayoría de sus seguidores hispanos abandonaron definitivamente la lucha. En cambio Perpenna, que por fin había conseguido el mando supremo que tanto ambicionaba, se obstinó en seguir adelante con la guerra. Pero pocos estaban dispuestos a secundarlo, fueran romanos o nativos. Para colmo, cuando se leyó el testamento de Sertorio y se descubrió que uno de los herederos principales era Perpenna, todos se indignaron contra él, el asesino de su amigo y benefactor.

A fuerza de regalos, sobornos, promesas y una dosis de crueldad —hizo asesinar a tres nobles que llevaban con él desde la huida de Roma, e incluso a su cuñado—, Perpenna mantuvo a duras penas las riendas del ejército. Pero en la primera batalla que libró fue derrotado por Pompeyo. Los hombres de este encontraron a Perpenna oculto debajo de unos matorrales, casi más por temor de sus propios soldados que de los enemigos. Cuando lo llevaron a rastras ante Pompeyo, Perpenna le ofreció cartas y documentos secretos que, supuestamente, demostraban que Sertorio contaba con un buen número de cómplices en Roma. Pompeyo, pensando que aquella información podría avivar otra vez la discordia en la ciudad, quemó todos los documentos y dio orden de ejecutar a Perpenna.

Con las muertes de Sertorio y Perpenna, aquella guerra civil terminaba por fin, diez años después de haber empezado en Italia. Tras su larga estancia en Hispania, Metelo Pío regresó a Roma para celebrar su triunfo.

En cuanto a Pompeyo, todavía permaneció unos meses más en Hispania. Primero tuvo que someter los últimos focos de resistencia en la provincia Citerior. Uno de ellos fue la ciudad de Calagurris, donde según Valerio Máximo (7.6) se alcanzaron extremos de resistencia que superaron en horror los de Numancia: «Una vez muerto Sertorio, con tal de no entregarse a Pompeyo, como ya habían muerto todas las bestias de su ciudad, no dudaron en salar y devorar a sus muertos, sus propias mujeres e hijos incluidos».

Apagados estos fuegos, Pompeyo abandonó su papel de general duro y adoptó el de conciliador, lo que acrecentó su prestigio y su influencia en la península. Trató de romanizar el territorio vascón y fundó varias ciudades, entre ellas Pompaelo, cuyo nombre evolucionaría hasta convertirse en Pamplona. También firmó pactos con los jefes de las tribus que se habían pasado a su bando, y a cambio les entregó tierras donde asentarse.



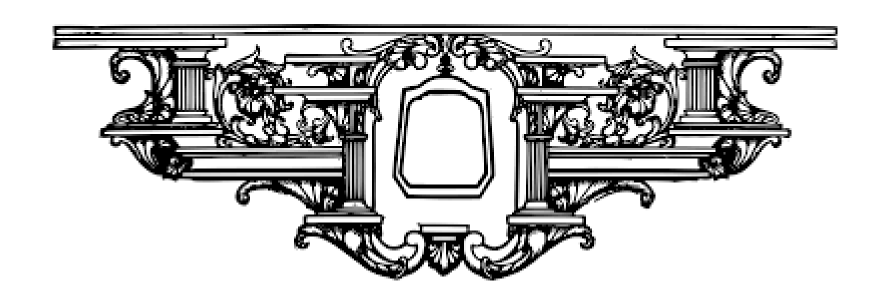
Los cónsules del año 72, Gelio Publícola y Cornelio Léntulo, presentaron la *Lex Gellia Cornelia*, que permitía a Pompeyo conceder la ciudadanía romana a aquellos hispanos que hubieran luchado contra Sertorio. Pompeyo usó esta ley con generosidad, lo que le ganó muchos más partidarios. Eso se puede atestiguar en las inscripciones posteriores por el número de veces en que aparece el nombre «Pompeyo», que los nuevos ciudadanos adoptaban el nombre de su benefactor. Uno de los que conservó el suyo, no obstante, fue un ilustre gaditano, Lucio Cornelio Balbo, que años después se convirtió en amigo y agente de César.

Con el tiempo se demostraría que Pompeyo era un orador

mediocre y que los debates del Senado le venían grandes; hoy diríamos que era un mal parlamentario. Pero había demostrado que maniobrando sobre el terreno no había nadie comparable a él. En la primavera del año 71 sabía que contaba con más apoyos en la Península Ibérica que ningún otro líder romano.

Precisamente esa Hispania que creía controlar sería el escenario donde, veinte años después, se libraría la fase definitiva de una nueva guerra civil, esta vez entre el propio Pompeyo y quien, de ser su amigo, se convirtió en su peor rival: Cayo Julio César.

XI



CÉSAR EN HISPANIA

LAS MAGISTRATURAS DE CÉSAR EN HISPANIA

Los años posteriores a la revuelta de Sertorio siguieron siendo convulsos en Roma. En el año 63 se produjo la famosa conspiración en la que el noble romano Lucio Sergio Catilina y otros revolucionarios intentaron dar un golpe de estado en el que, de no haber sido descubiertos, habrían asesinado al cónsul de aquel año, el gran orador Marco Tulio Cicerón, y a otros rivales.

Durante estos años empezó a ascender políticamente el romano más célebre de la historia. Hablamos, por supuesto, de Cayo Julio César, cuyo nombre aparece indisolublemente unido al de las Galias que él conquistó, pero que también estuvo relacionado con Hispania varias veces a lo largo de su vida.

Así ocurrió, por ejemplo, cuando empezó el *cursus honorum*, la carrera de los honores que culminaba en la magistratura suprema, el consulado. El primer peldaño era el de cuestor, cargo para el que César fue elegido en 69 *suo anno*, «en su año», es decir, al alcanzar la edad mínima de treinta que se exigía para tal puesto.

Tras ser nombrado, César acompañó a Hispania Ulterior al propretor Antistio Veto. Como cuestor tenía entre otras misiones la de controlar las finanzas, pagando a las tropas con el dinero que recibía de los cuestores de Roma, llevando la contabilidad y controlando el erario militar. Aparte de estas tareas económicas, también se dedicó a recorrer la provincia administrando justicia. Igual que había hecho antes que él Pompeyo, César procuró aprovechar su estancia en Hispania para crear redes de influencias y clientes que pudieran ayudarlo en el futuro.

La anécdota más conocida de esta primera estancia de César en Hispania está relacionada con el templo de Hércules-Melkart en la

ciudad de Gades. La noche anterior el joven cuestor había soñado que violaba a su propia madre, lo cual le había provocado una honda inquietud. Al consultar a los adivinos cuál podía ser el significado de aquella visión, le respondieron que la mujer que estaba tendida bajo él no era Aurelia, su madre biológica, sino la propia diosa Tierra, la gran madre de todos, y que el hecho de poseerla sexualmente indicaba que se convertiría en emperador del orbe de las tierras. ¿Una predicción introducida *a posteriori* en los textos? Parece más que posible, aunque también pudiera ser que los mencionados adivinos, captando la ambición y el carisma del joven César, pensaran que con aquellas palabras podían complacerlo.

En ese templo había un busto de Alejandro Magno, el espejo donde se miraban los políticos y generales ambiciosos. Al verlo, César se quedó pensativo durante un rato y después se lamentó. «¡A mi edad, Alejandro ya había conquistado el mundo, mientras que yo todavía no he hecho nada de provecho!».

Se trata de una historia bien conocida; pero o bien es falsa o en realidad César solo quería pronunciar aquella frase *pour épater la galerie*. Salvo irregularidades como las que se habían cometido con Escipión Africano o Pompeyo, elegidos como generales antes de la treintena, todo aquel que quisiera llegar a mandar un ejército como pretor o cónsul debía respetar unos plazos. En el caso de César, como ya he comentado, fue consiguiendo las magistraturas *suo anno*, es decir, en la edad mínima establecida.

Precisamente en Gades, una ciudad muy romanizada a esas alturas, conoció César a un aristócrata de la ciudad, Lucio Cornelio Balbo. Era este un personaje de ascendencia fenicia, lo cual tal vez explique su *cognomen*, que podría derivar del dios Baal. Su familia había obtenido la ciudadanía romana por combatir a favor de Metelo y Memmio durante las guerras sertorianas. La carrera de Balbo no dejaría de ascender desde que se convirtió en amigo y partidario de César, y en el año 40 se convertiría en el primer hombre nacido fuera de Italia que alcanzaba el consulado. Con el tiempo, otros hispanos alcanzarían puestos todavía más elevados, hasta llegar a ser emperadores como Trajano o Adriano.

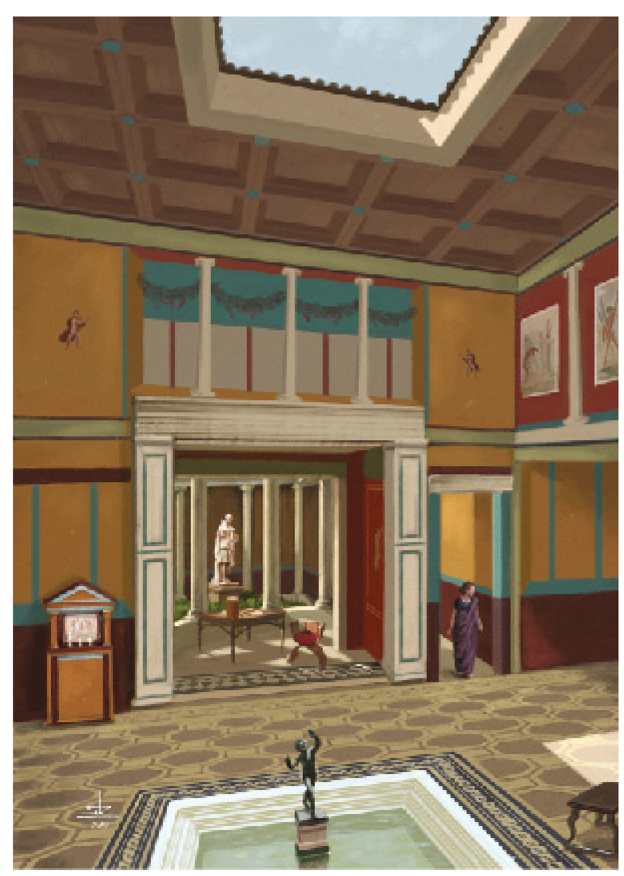


Tras su primera estancia en Hispania, César continuó su carrera política. En el año 65 fue elegido edil curul, cargo que aprovechó para cimentar su popularidad organizando unos juegos espectaculares, incluyendo un combate naval en el Circo Máximo. El problema era que para financiarlos de su propio bolsillo tuvo que incurrir en unas deudas no menos espectaculares.

Más tarde, en 63, cuando murió el mismo Cecilio Metelo al que hemos visto combatir contra Sertorio, César consiguió ser elegido para el cargo vitalicio que hasta entonces ostentaba el difunto, un puesto que comportaba un inmenso prestigio: *pontifex maximus*. No se trataba de una especie de Papa, pues en Roma no existía una organización similar a la de la Iglesia, pero el *pontifex maximus* era la figura más importante en la religión romana.

Un año después, César fue elegido pretor. El inicio de su mandato resultó tumultuoso. Por oponerse al tribuno de la plebe Catón y a sus partidarios, que se negaban a que Pompeyo regresara de Asia con sus tropas, el Senado llegó a privarlo de su cargo y a despojarlo de símbolos de autoridad como las *fasces* o haces que llevaban sus lictores, los guardaespaldas de los magistrados superiores. Sin embargo, la popularidad de César era ya tanta que el Senado decidió restituirlo como pretor.

De su año de mandato en Roma no se sabe demasiado, salvo la historia de un escándalo en el que se vio implicada Pompeya, la esposa de César, y que dio lugar a su divorcio y a la frase proverbial de «la mujer de César no solo debe ser honrada, sino parecerlo».



En ciudades tan romanizadas como Gades las élites locales construían casas al estilo de la urbe, como esta *domus* de la que vemos el *atrium*.

Terminado su año de pretor, a César le correspondió como provincia Hispania Ulterior. Cuando iba a partir, sus acreedores le exigieron que les pagara al menos una parte del dinero que les debía: tanto para convertirse en *pontifex maximus* como para alcanzar el cargo de pretor, César había incrementado todavía más el monto de sus deudas. En esta ocasión lo ayudó Marco Licinio Craso, uno de los hombres más poderosos y ricos de Roma, que lo avaló por ochocientos treinta talentos, equivalentes a unos veinte millones de sestercios. Los acreedores se dejaron convencer y permitieron que César saliera de Roma. A cambio de esta ayuda, César se dedicó a favorecer los intereses económicos y comerciales de Craso en Hispania. Con el tiempo, a la alianza entre ambos se uniría un tercer personaje, Cneo Pompeyo, y la sociedad de los tres

se conocería como el Primer Triunvirato.

De camino a Hispania, mientras atravesaban una aldea sucia y perdida de los Alpes, algunos compañeros del séquito de César dieron en preguntarse si en aquel miserable lugar habría tantas disputas por el poder y la preeminencia como en Roma. Muy serio, César respondió: «Preferiría ser el primer hombre aquí que el segundo en Roma». La frase revela el carácter de aquel hombre, para quien todo lo que no fuera ser el mejor, el primero y el más poderoso suponía un fracaso.

Como gobernador de la provincia, era la primera vez en que César se hallaba al frente de un ejército sin obedecer las órdenes de otro general; obviamente, tenía que dar cuentas de sus acciones al Senado, pero la distancia con Roma era tal que los gobernadores, como ya hemos comentado, eran prácticamente plenipotenciarios.

En su provincia encontró que disponía de veinte cohortes, a las que añadió otras diez hasta sumar un total de unos quince mil soldados. En las tareas de alistamiento le ayudó el gaditano Balbo en el puesto de *praefectus fabrum*, oficial jefe de ingenieros.

Aquel ejército era la herramienta de César para alcanzar sus ambiciones y objetivos. Lo primero que necesitaba era cosechar un botín suficiente: tenía que servirle para satisfacer las exigencias del erario romano y quedarle lo suficiente como para pagar sus deudas. Por otra parte, pretendía llevar a cabo alguna acción militar de envergadura y mérito suficientes, de modo que el Senado le permitiera celebrar un triunfo a su regreso. Pues precisamente ese triunfo sería la piedra sobre la que podría cimentar su elección como cónsul. Su intención era alcanzar la más alta magistratura en el año 59, de nuevo *suo anno*.

Tenía el cargo, disponía del ejército: únicamente le faltaba conseguir una guerra. Tan interesado estaba en ella que según Apiano (*Ibér*. 102) descuidó las tareas administrativas de gobierno; no obstante, hay que tener en cuenta que este autor no era precisamente partidario de César.

Al principio el nuevo gobernador se dedicó a reprimir los brotes de bandolerismo. Con aquello, no obstante, sabía que no conseguiría el ansiado triunfo. Para ello tendría que abandonar la seguridad del valle del Guadalquivir, la región más próspera y romanizada, y dirigirse hacia el Tajo, una zona más pobre donde las

tribus más atrasadas seguían combatiendo entre ellas y lanzando razias contra sus vecinos.

Llegado a los montes Herminios —hoy día la Serra da Estrella en Portugal—, César ordenó a las tribus lusitanas de la zona que bajaran de las montañas, abandonaran sus hogares y se asentaran en la llanura como campesinos. Los lusitanos, celosos de su libertad y su modo de vida, se negaron. Al actuar así le concedieron a César el *casus belli* que necesitaba.

En la guerra que se libró a continuación, César se dedicó a perseguir a sus enemigos cada vez más al norte, hasta llegar al río Duero, que por entonces venía a ser la frontera septentrional de la provincia (los límites políticos y administrativos, en cualquier caso, eran mucho más difusos que los que manejamos hoy día). Cruzado el río, derrotó a los lusitanos y permitió también que sus hombres saquearan botín en el territorio de los galaicos.

Una parte de sus enemigos huyó hacia el Atlántico, y hasta allí los persiguió César. Los rebeldes se cobijaron en una isla cercana a la costa cuya localización se desconoce, aunque algunos autores conjeturan que pudieran ser las Islas Berlengas, cerca de lo que podríamos describir como el caballete de la nariz de Portugal.

Dispuesto a aplastarlos, César envió tropas a la isla a bordo de pequeñas embarcaciones. Las mareas atlánticas, mucho más intensas que las mediterráneas —ya comentamos algo sobre el tema a raíz de la toma de Cartago Nova por Escipión—, sorprendieron a sus hombres, que quedaron aislados del continente y fueron aniquilados por los hispanos.

César no se resignó a aquel revés. No tardaron en llegar barcos construidos en Gades gracias a la ayuda de Balbo. Con ellos pudo llevar tropas en abundancia a la isla y derrotar a los rebeldes.

Aprovechando la presencia de aquella flota, el propretor embarcó a sus soldados y recorrió el litoral atlántico hasta Brigantium (Betanzos, en La Coruña). Cuando los galaicos vieron arribar los barcos de guerra atiborrados de legionarios, se rindieron ante César, reconocieron la soberanía de la República romana y, casi más importante, le pagaron un botín suficiente para cumplir con el erario, repartir con sus hombres y quedarse una porción para él. Además hay que tener en cuenta el prestigio que confería llevar las armas romanas a los confines del mundo, al auténtico *Finis*

terrae, algo que volvería a hacer César en Britania y allende el Rin.

Gracias a aquella campaña sus soldados lo saludaron como *imperator*, el título que permitía a un general solicitar un triunfo. El principal objetivo del gobierno de César ya estaba conseguido. Pero su labor, pese al comentario de Apiano, no se limitó a hacer la guerra. También introdujo reformas; por ejemplo, humanizando las duras leyes cartaginesas de Gades. Político popular como era, más proclive a defender los intereses del pueblo llano que de los aristócratas, decretó que en el caso de deudas —una cuestión para la que él era especialmente sensible— los acreedores solo pudieran confiscar al año dos tercios de los ingresos de los deudores, dejándoles el tercio restante para sobrevivir, y así hasta que la deuda quedara satisfecha.

EL ORIGEN DE LA GUERRA CIVIL

En junio del año 60, cuando todavía no había llegado su sucesor en el cargo, César salió de Hispania y llegó a Roma en junio. Su intención era presentarse a las elecciones a cónsul, para las que era favorito dada su gran popularidad. Gracias a sus campañas en Lusitania y Galicia, el Senado le había otorgado el ansiado triunfo. Desfilar en carro por las calles de Roma seguido por tropas armadas y con el rostro pintado de rojo era el mayor honor al que podía aspirar un noble romano, y también la mejor campaña electoral para un candidato a cónsul.

Por desgracia para César, si quería celebrar el triunfo necesitaba conservar su *imperium* y sus tropas. Únicamente podía hacerlo permaneciendo fuera del pomerio, el recinto sagrado de la ciudad. En el momento en que lo transpusiera se convertiría en un civil más y no podría celebrar el triunfo.

El problema era que tampoco podía quedarse fuera del pomerio, pues una ley exigía que los candidatos a las magistraturas se presentaran personalmente en el Foro y no por medio de representantes. La fecha establecida para esa comparecencia se acercaba y era anterior a la que se le había asignado a César para su triunfo.

El dilema parecía irresoluble. César solicitó una dispensa que le permitiera acceder al consulado *in absentia*. La víspera de que se proclamaran los candidatos, el Senado se reunió para tratar del asunto. Al ver que muchos de los senadores estaban por la labor de favorecer a César, Catón, jefe de la facción rival, se levantó y empezó a pronunciar un larguísimo discurso contra su odiado enemigo. Con ello pretendía que se hiciera de noche y se tuviera que suspender la sesión sin votar, y consiguió su propósito en una

auténtica muestra de filibusterismo parlamentario.

Cuando terminó el día sin que se votara la propuesta, César se encontraba ante una alternativa diabólica: renunciar a la anhelada gloria del triunfo y presentarse a cónsul, o bien celebrar el triunfo y aguardar un año entero antes de concurrir a las elecciones.

Al día siguiente, para sorpresa de todo el mundo, César entró en el Foro vestido con la toga blanca e inmaculada —*candida* en latín, de donde el término «candidato»— de los que se presentaban a las elecciones. Al actuar así demostró que era capaz de renunciar a la gloria del presente por la esperanza, o en su caso la seguridad, de que conseguiría logros mayores en el futuro.

Como era de esperar, César arrasó en las elecciones. El año de su consulado estuvo plagado de incidentes y dificultades, sobre todo porque su colega Bíbulo procuraba hacer lo posible y lo imposible por boicotear sus medidas. César se las arregló para salirse casi siempre con la suya, en buena parte gracias al apoyo de los otros dos miembros del Triunvirato, Pompeyo y Craso.

Al término de su mandato, consiguió que le concedieran como provincias Iliria y Galia Cisalpina. Su llegada a la Galia supuso el inicio de una larga campaña de conquista que lo llevaría hasta más allá del Rin y del Canal de la Mancha y que lo convirtió en el hombre más rico y poderoso de Roma.

En el año 53, Craso pereció en una desastrosa campaña contra los partos en Oriente. Muerto el hombre que ejercía de pegamento entre César y Pompeyo, y muerta también Julia, hija de César y esposa de Pompeyo, las relaciones entre ambos hombres se deterioraron. Los optimates, la facción más conservadora del Senado, encabezada por Catón, consiguieron atraer a su bando a Pompeyo y finalmente convertirlo en enemigo de César.

Mientras esto ocurría en Roma, no se conoce gran cosa de lo que sucedía en Hispania, ya que la mayoría de las fuentes apenas la mencionan. Ambas provincias, la Citerior y la Ulterior, le fueron asignadas a Pompeyo en 55 por nada menos que cinco años. Por general las gobernó desde la distancia, enviando a legados y partidarios suyos como Petreyo, Afranio y Varrón para que llevaran a cabo las tareas por él. Se sabe que un año antes el gobernador Cecilio Metelo Nepote había luchado contra vacceos y lusitanos y, aunque los derrotó en un primer enfrentamiento, después fue

derrotado al sitiar Clunia. Esta misma derrota fue la que sirvió de excusa al tribuno de la plebe Trebonio, agente del Triunvirato, para proponer por ley ese mandato de cinco años de Pompeyo.



El alejamiento entre Pompeyo y César llegó a su extremo cuando el bando de los optimates ordenó al conquistador de la Galia que licenciara a sus ejércitos. César pretendía que se prorrogara su mandato proconsular para presentarse a un segundo consulado en otoño de 49. Su intención era entrar en el cargo el 1 de enero de 48 y celebrar el triunfo ese mismo día, lo que haría que no dejase de tener tropas a su mando en ningún momento. Una vez terminase el consulado, obtendría otro proconsulado, garantizándose en todo momento la inmunidad política. Este punto era clave, ya que sus enemigos planeaban lanzar contra él una batería de demandas. Entre ellos, Catón lo acusaba de crímenes de guerra por su actuación contra los germanos, a cuyos embajadores había detenido César violando el derecho de gentes.

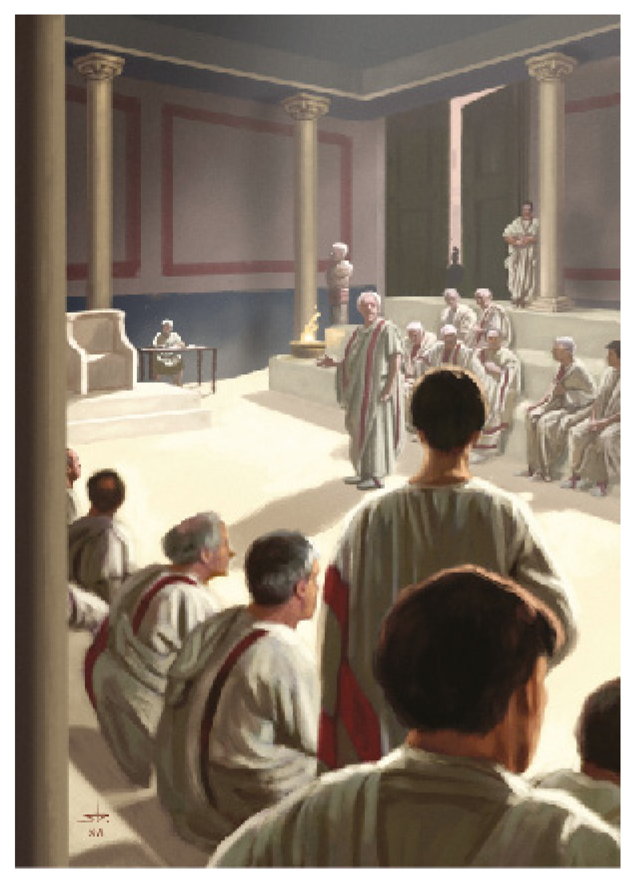
Durante todo el año 50 la tensión fue aumentando en escalada y culminó a principios del 49, cuando entraron en el cargo los nuevos cónsules, Cornelio Léntulo y Claudio Marcelo. El día 7 de enero el Senado recurrió a una medida de excepción, el *senatus consultum ultimum*. Por ella, se otorgaban plenos poderes a los cónsules y a Pompeyo para defender la República. También se destituía a César de su cargo como gobernador de la Galia, reemplazándolo por Lucio Domicio Ahenobarbo.

En el año 49, César atravesó con parte de su ejército el río Rubicón, que señalaba la frontera entre su provincia, la Galia Cisalpina, e Italia, donde tenía prohibido entrar con tropas armadas. Al actuar así se declaraba en rebeldía contra el Estado, del mismo modo que lo hacían sus hombres. Estos, sin embargo, no vacilaron en seguir a su general. Era una característica de los ejércitos

romanos que había empezado con Mario y con Sila y que se había agudizado con Pompeyo y César: los legionarios, más que ser leales a la República, lo eran a sus generales, auténticos señores de la guerra que se ganaban a sus hombres gracias al botín y también a las tierras que les entregaban al licenciarlos para garantizarles una vejez digna.

Los siguientes cinco años presenciaron una guerra civil tan encarnizada o más que la que había enfrentado a Mario y a Sila; una guerra que se extendió a escenarios bélicos de todo el Mediterráneo.

Durante los primeros meses del conflicto César ocupó Italia, que había sido abandonada por Pompeyo. Este cruzó el Adriático con sus tropas, y desde Grecia y el Epiro recurrió a los gobernantes orientales a los que había convertido en amigos y clientes durante sus campañas en Asia. Gracias a ellos, fue haciendo acopio de dinero, provisiones y más tropas de refuerzo.



El Senado decide aplicar el *senatus consultum ultimum* contra César.

César se veía en Italia en una situación delicada. Quería pasar a Grecia a enfrentarse directamente con Pompeyo, pero al otro lado de Italia, en Hispania, se encontraban los legados de su adversario con un poderoso ejército que suponía una grave amenaza para la Galia, núcleo del poder de César. Además, llegado el momento podía verse apresado en una pinza entre los dos contingentes pompeyanos, el de Hispania y el de Grecia.

Sin apenas tardanza —en su rapidez a la hora de tomar decisiones y llevarlas a cabo se diferenciaba del Pompeyo ya avejentado de aquellos años—, César se dirigió a Hispania. Al mismo tiempo, envió legados con tropas para que controlaran Cerdeña, Sicilia y la provincia de África, auténticos graneros que surtían de cereales a Roma y a toda Italia: de haberlo hecho antes

sus enemigos, podrían haber cortado el suministro y provocar una hambruna que habría hundido la popularidad de César en Italia. Al mando de Roma dejó al pretor Emilio Lépido, y como general de las tropas de Italia a Marco Antonio.

LA BATALLA DE ILERDA

El 19 de abril, en su camino a Hispania, César llegó a Masalia. La próspera ciudad, situada en un punto de paso estratégico, se declaró neutral en el conflicto y se negó a abrirle las puertas.

La supuesta neutralidad demostró ser falsa cuando pocos días después apareció Domicio Ahenobarbo, al que los pompeyanos habían nombrado gobernador de la Galia: los masaliotas permitieron sin mayor objeción que su barco entrase en el puerto.

César no podía permitirse viajar a Hispania dejando a su espalda un enclave tan poderoso y con unas murallas tan sólidas. Primero envió seis legiones a Hispania en avanzadilla, mandadas por su legado Fabio. Mientras tanto, él emprendió personalmente las labores de asedio a las que tan acostumbrado estaba tras los cercos de Avarico y Alesia. Ordenó, asimismo, construir una flota en la desembocadura del Ródano, en Arelate (Arlés). Una vez que todo estuvo organizado, dejó tres legiones sitiando la ciudad y se dirigió hacia Hispania escoltado por novecientos guerreros germanos.

En Hispania había siete legiones enemigas. Cinco de ellas se encontraban en la Citerior, más cerca de la Galia, y por tanto representaban la amenaza más inmediata. Tres de ellas las mandaba Lucio Afranio y dos Marco Petreyo, que hasta entonces había actuado en Lusitania, pero que se había apresurado a unir sus tropas con Afranio para afrontar la amenaza de César. Disponían además de tropas lusitanas, celtíberas y cántabras. Todavía había otras dos legiones en la Ulterior, al cargo de Marco Terencio Varrón, más conocido como el erudito autor del tratado *Sobre la lengua latina* que como general.

Llegado a las inmediaciones de Ilerda (Lérida), César se reunió con las seis legiones de Fabio. No muy lejos de ellos, en la colina de

Gardeny, se hallaba el ejército de Afranio y Petreyo, que entre los legionarios y los numerosos aliados hispanos contaba con unos sesenta mil hombres.

Afranio y Petreyo tenían el control de la ciudad de Ilerda y también del puente de piedra sobre el Segre, que en esas fechas bajaba muy crecido por el deshielo de los Pirineos. El puente permitía que los pompeyanos pasaran a la orilla este del río. Su uso era imprescindible, ya que la orilla oeste, después de tantos días forrajeando con sus caballos, había quedado pelada de vegetación.

Por su parte el legado de César, Fabio, que había librado ya algunas escaramuzas con los pompeyanos, había hecho construir dos puentes de madera sobre el río. Gracias a ellos sus hombres y sus caballos podían también cruzar al otro lado en una zona algo más alejada, aunque al hacerlo no dejaban de sufrir el acoso de los pompeyanos, que gozaban de una posición más ventajosa.

César llegaba con prisas por entablar batalla con sus adversarios. Sabía que el tiempo corría contra él: si dejaba pasar los meses, Pompeyo no dejaría de alistar y adiestrar nuevas legiones en Grecia. Además, las condiciones del terreno le dificultaban alimentar a sus hombres y a sus caballos.

César ocupó una colina (Puig Bordel) que se alzaba entre la base de Ilerda y el campamento enemigo del Gardeny. De este modo esperaba provocar a Afranio a la batalla.

En eso acertó, pero el resultado no fue el que esperaba. Las tropas pompeyanas no vacilaron en cargar contra las suyas, incluso cuesta arriba. Durante horas ambos ejércitos pelearon, sin que César lograra el rápido éxito que esperaba. Al final, no le quedó otro remedio que retirarse abandonando aquella posición.

Para colmo, unos días después cayeron unas lluvias torrenciales. Además de que su campamento se anegó, la crecida del Segre destruyó los puentes de madera vitales para aprovisionar a sus tropas, pues por ellos recibía César los víveres que le llegaban de la Galia.

El ejército de César se quedó aislado entre dos ríos, el Segre y el Cinca. Los intentos de reconstruir los puentes resultaron vanos. La corriente bajaba con tanto ímpetu que derribaba los pilares antes de que llegaran a asentarlos. Mientras tanto, desde la otra orilla la artillería de Afranio y Petreyo no dejaba de hostigarlos, y el

siguiente convoy con víveres de la Galia fue interceptado por los enemigos.

Los cesarianos pasaron diez días en esta situación apurada, rodeados de charcos y lodazales y recortando las raciones para que no se les agotaran los víveres. Finalmente, César ordenó a sus soldados que construyeran coracles. Se trataba de un tipo de bote muy sencillo, un armazón de madera cubierto de cuero que había visto utilizar a los nativos en Britania.

Al amparo de la noche, un convoy de carros cargado con las balsas remontó más de treinta kilómetros el curso del Segre. Allí, lejos de la vista de los enemigos, una legión cruzó el río a bordo de los coracles. Cuando tuvieron ambas orillas en su poder, los hombres de César se las ingeniaron para levantar otro puente en apenas dos días.

La nueva construcción permitió a César salvar aquel trance. También ordenó a sus soldados que abrieran enormes zanjas al norte de Ilerda con el fin de canalizar y domesticar la corriente del Segre de tal modo que se pudiera vadear. Gracias a estas obras y a que disponía de más caballería que los pompeyanos —contaba, sobre todo, con sus jinetes germanos, que sembraban el pavor en el enemigo—, César hizo volverse las tornas y se dedicó a hostigar a los forrajeadores pompeyanos.

La situación de los cesarianos empezó a mejorar: varios pueblos, entre ellos los jacetanos, los ilergetes y los ausetanos, se pasaron a su bando y le mandaron suministros. En cambio, la situación de los pompeyanos se deterioraba por momentos. Petrenio y Afranio comprendieron que la posición de Ilerda no podía mantenerse y se replegaron hacia el Ebro, donde podrían aprovisionarse mejor. Allí empezaron la construcción de un puente de barcos en Octogesa, un punto que se cree que estaba cerca de la actual Ribarroja.

César no estaba dispuesto a permitir que sus adversarios organizaran una nueva línea de frente más al sur. Por eso los persiguió sin vacilar, vadeando el Segre aunque la corriente bajaba todavía con bastante potencia, y empezó a acosarlos con su caballería. Sin llegar a librarse una verdadera batalla, el hostigamiento constante, que se centraba sobre todo en los forrajeadores, obligó a los pompeyanos a detenerse y levantar un campamento en un lugar donde resultaba casi imposible

aprovisionarse.

Los hombres de César, con la moral por las nubes, animaban a su general a atacar al enemigo en aquella posición y destruirlo. Sin embargo, César, que había observado el desánimo del enemigo, se negó. Mejor conseguir una victoria sin derramar sangre contra compatriotas romanos, a los que tal vez podría ganar para su causa.

En general, a diferencia de otros personajes como Sila o como Mario al final de sus días, César no recurría a la crueldad salvo si la veía estrictamente necesaria; una excepción fue el tratamiento que dio a los defensores de la ciudad gala de Uxelodono, a los que hizo amputar ambas manos como advertencia a futuros rebeldes.

Durante los días siguientes, el ejército cesariano y el pompeyano se dedicaron a fortificar sus campamentos. Estando tan cerca unos de otros, los soldados de ambos bandos confraternizaron, algo que ocurriría en alguna que otra ocasión durante la guerra civil y que recuerda a la tregua de Navidad de 1914 entre las tropas inglesas y alemanas enfrentadas en las trincheras.

Al cabo de unos días, llegó un momento en que los cesarianos empezaron a visitar el campamento de los pompeyanos y viceversa. Petreyo se enfureció al descubrirlo y ordenó detener y matar a los hombres de César que habían entrado en su cuartel. Algunos se salvaron gracias a que los pompeyanos los escondieron en sus tiendas y les dejaron escapar al amparo de la noche.

César, que era un maestro de la propaganda —en buena medida en eso consisten sus obras *La guerra de las Galias* y *La guerra civil* —, actuó de forma radicalmente contraria y anunció que los pompeyanos que se encontraban en su campamento podían irse sin sufrir ningún daño o, si querían, pasarse a su bando.

Uno de los señuelos para atraer a los pompeyanos era que César pagaba el doble de salario a sus hombres. Con tal generosidad, no es extraño que, aunque César se había apoderado del tesoro público en Roma, a esas alturas ya tuviera que pedir dinero prestado a sus centuriones para pagar a los soldados. De ese modo, los legionarios peleaban más contentos y los centuriones procuraban que su general ganara las batallas y sobreviviera, pues únicamente así recuperarían su dinero.

Al ver que su primer plan de llegar al Ebro había fracasado, Afranio y Petreyo hicieron un esfuerzo por romper el asedio de

César y se dirigieron al norte, de regreso a Ilerda, con la intención de atravesar el Segre. Para entonces su ejército se había visto disminuido por las deserciones y también por el hambre: empezaron a devorar a sus bestias de carga, muchas de las cuales habían caído ya debido a que llevaban cuatro días sin pastar.

César emprendió la persecución de nuevo y volvió a rodear a sus enemigos. En este caso, para empeorar la situación de los pompeyanos, los acorraló en un sitio donde apenas tenían agua. Al ver a sus hombres atormentados ahora también por la sed, Afranio se reunió con César y le suplicó que les perdonara. Hasta ese momento sus soldados habían luchado contra César por lealtad a Pompeyo, le explicó, pero incluso esa lealtad tenía un límite, y ellos habían sufrido más privaciones de las que nadie podía soportar.

César reprochó a Afranio que hubiera perdido días y vidas humanas cuando podría haber negociado mucho antes. También aprovechó para reivindicarse a sí mismo, explicando que a los demás generales de éxito de la República se les permitía regresar a Roma con honores y triunfos, mientras que solo a él se lo pretendían arrebatar con ignominia. «Pero yo no pienso tratar así a los demás», añadió. Ni siquiera quería quitarle a Afranio su ejército. Tan solo pensaba disolverlo, licenciando al momento a los soldados de origen hispano y a los demás cuando llegaran a la Galia Narbonense.

De este modo, sin que se produjeran demasiadas bajas, César derrotó al ejército más poderoso que Pompeyo tenía en Hispania. Pese a sus palabras sobre el licenciamiento, muchos soldados enemigos se pasaron a su bando. Afranio y Petreyo, por su parte, pudieron regresar con Pompeyo y siguieron luchando contra César.

Después César envió dos legiones a la Citerior, al mando del tribuno de la plebe Casio Longino. Él mismo se adelantó con seiscientos jinetes a marchas forzadas hasta Córdoba, donde convocó a los magistrados de las ciudades de la provincia. Al obrar así aprovechaba la red clientelar que él mismo había tejido en sus dos visitas previas a Hispania, primero como cuestor y después como gobernador.

El erudito Varrón, por su parte, había estado haciendo preparativos para proseguir la guerra, reclutando soldados y acopiando trigo para enviárselo a Afranio y Petreyo y a los

masaliotas, que seguían asediados por Trebonio. También se apoderó del tesoro del templo de Hércules-Melkart en Cádiz y trató de conseguir de la rica zona del valle del Guadalquivir un tributo de dieciocho millones de sestercios y veinte mil libras de plata, más cerca de ochocientas toneladas de trigo. Esto suponía doblar las exigencias anteriores, lo que sumado al alistamiento a la fuerza no contribuyó precisamente a su popularidad.

Cuando Varrón llegó a Córdoba se encontró con las puertas de la ciudad cerradas. Carmona, otra de las ciudades más importantes de la Ulterior, expulsó a la guarnición que la custodiaba y se pasó al bando de César. También le cerró las puertas Gades de una forma más que hiriente: de las dos legiones que había en ella, la llamada Vernácula, que estaba formada por hispanos, abandonó la ciudad y se dirigió a Híspalis para unirse a César ante la mirada atónita de Varrón.

Por último, Varrón marchó a Itálica, que también se negó a obedecerle. Desesperado, cada vez con menos hombres y sin posibilidades de abastecerse, decidió que la única opción posible era entregarse a César junto con la legión que le quedaba.

De este modo, la Ulterior cayó sin que se derramara prácticamente una gota de sangre. César marchó a Gades y desde allí embarcó a Italia. Su viaje, que realizó costeando como se solía hacer en la época, lo llevó primero a Masalia, ciudad que por fin, tras un asedio de siete meses, se le había rendido el 25 de agosto de 49.

Pero no todo fueron alegrías para César. Primero, el rey númida Juba, aliado de Pompeyo, tendió una emboscada a su legado Curión, en la que este pereció. De ese modo vio César cómo le era arrebatado el control de África. También perdió una flota de cuarenta naves de guerra, más la legión y media que había intentado rescatar dichas naves en Iliria. Para colmo, la veterana IX Legión se amotinó contra él en Placentia, un hecho que interpretó como traición personal y que le dolió en el alma.

A partir de ese momento la guerra conoció diversas alternativas de fortuna, con reveses para los cesarianos como la batalla de Dirraquio. Sin embargo, el 9 de agosto de 48 César derrotó a las tropas de Pompeyo de forma contundente en la llanura de Farsalia. Tras esta victoria, el propio César se lanzó en persecución de

Pompeyo, una persecución que lo llevó hasta Egipto, donde solo llegó a tiempo de recibir el macabro regalo de la cabeza decapitada de su antiguo amigo y posterior adversario.

En Egipto pasaría meses enfrascado en la llamada Guerra Alejandrina, una disputa dinástica que enfrentaba a la célebre Cleopatra contra su hermano Ptolomeo. Acabada esta guerra —una durísima campaña urbana en Alejandría— con la victoria de César y Cleopatra, el general romano siguió recorriendo el Mediterráneo para luchar contra los demás pompeyanos, que pese a la muerte de su líder seguían conservando un gran poder. La siguiente gran batalla se libró en Tapso (Túnez) en el año 46. Allí César derrotó a Metelo Escipión y al rey Juba, y como resultado Catón, su enemigo más acérrimo, se suicidó.

Al ejército pompeyano todavía le quedaban legiones, que se concentraron en el sur de Hispania, mandadas por los hijos de Pompeyo, Cneo y Sexto. Si la península había sido el escenario de la primera batalla de la guerra civil, relativamente incruenta, también lo sería de la última, una auténtica carnicería cuyo resultado pendió de un hilo hasta el último instante.

Pero no adelantemos acontecimientos.

LA BATALLA DE MUNDA

En julio del año 46, tras su victoria en el norte de África, César volvió a Roma. Si a su regreso de Hispania catorce años antes como propretor se le había privado del triunfo que creía merecido, ahora pudo celebrar nada menos que cuatro: sobre los galos, sobre los egipcios, sobre Farnaces del Ponto y sobre Juba de Numidia. Con ello batía el récord de Pompeyo, que lo ostentaba hasta entonces con tres. Así pretendía César demostrar que era el romano más grande de todos los tiempos.

En esta época se le volvió a nombrar dictador, cargo que se concedía a gobernantes romanos en tiempos de emergencia. Era la tercera vez, y en esta se le prolongó por nada menos que diez años, algo que jamás se había hecho antes.

Pero los últimos rescoldos pompeyanos todavía ardían en Hispania. En parte era responsable el mismo César, por haber dejado como gobernador a Casio Longino, antiguo tribuno de la plebe. Su torpeza como gestor, su crueldad y su avaricia le granjearon el odio de los nativos. Debido a ello, muchas ciudades de la Ulterior abrazaron de nuevo la causa de los pompeyanos.

Al principio César pensó que el problema de Hispania no era tan grave como para tener que acudir en persona, por lo que encargó a sus legados que lo solucionaran. Pero tanto Cayo Trebonio como Fabio Máximo y Pedio fueron derrotados una y otra vez por los hijos de Pompeyo.

Para empeorar las cosas, con cada derrota pompeyana fuera de Hispania los restos del ejército vencido se dirigían a la península y se ponían a las órdenes de los hijos de su antiguo general. Así, en otoño de 46 Cneo Pompeyo el Joven tenía bajo su mando el equivalente a trece legiones sumando soldados hispanos y veteranos

de su padre. Entre los generales que se le habían unido se encontraba un antiguo legado de César, Labieno, que después de servir a sus órdenes durante años en la Guerra de las Galias se había pasado al enemigo y era ahora uno de los adversarios más encarnizados de César.

César acabó dándose cuenta de la gravedad de la amenaza, entre otras cosas porque así se lo comunicaron sus legados Máximo y Pedio, que estaban refugiados en Obulco (Porcuna, provincia de Jaén) aguardando la llegada de su líder.

César, que en 46 había sido elegido como cónsul para el año siguiente, amén de mantener su cargo de dictador, dejó al otro cónsul, Lépido, al cargo de Roma y partió hacia Hispania. Siguiendo la ruta de la costa, recorrió más de dos mil doscientos kilómetros en menos de cuatro semanas a marchas forzadas: diecisiete días de Roma a Sagunto y diez más hasta Obulco para ponerse al frente de su ejército.

Por aquel entonces tenía ya cincuenta y cuatro años. Aunque se conservaba en buena forma, su salud se resentía en ocasiones por las campañas y el estrés constantes. En ocasiones viajaba en carruaje, aunque no tanto por descansar como por atender otros asuntos. Entre los traqueteos del carro sacaba tiempo para escribir cartas y redactar documentos, e incluso para componer un poema titulado *Iter*, o *El viaje*.

La situación que encontró al llegar a la Ulterior era muy distinta de la que había dejado unos años antes, en el año 49. Ahora el entusiasmo hacia la causa cesariana se había convertido en rencor y rechazo debido a los abusos y la corrupción de Casi Longino.

Para esta campaña César contaba con ocho legiones. Dos de ellas, la V Alaudae y la X, eran veteranas, aunque también se habían licenciado muchos hombres de sus filas. Los soldados de las demás unidades eran mucho más novatos, lo que hacía temer incluso a partidarios de César que en esta ocasión se le agotara la suerte.

Durante el invierno de
46-45
César y los pompeyanos mantuvieron una durísima guerra de desgaste, mucho más sangrienta que la primera campaña en la Citerior contra Afranio y Petreyo. En esta ocasión se ejecutó a prisioneros, se amputaron cuellos, se cercenaron cabezas y, en

general, no hubo atrocidad que no se llevara a cabo.

A César, que sufría problemas de abastecimiento y que además confiaba en sus superiores dotes como general, le interesaba librar un combate decisivo. No así a sus enemigos, que se fortificaban en plazas situadas en lugares altos y difíciles de expugnar, todo ello en la zona con más densidad de ciudades y poblaciones de Hispania. Eso desató una serie constante de cercos, asaltos y maniobras, con cambios de bando en los que los vencedores de cada momento —hablamos de los nativos sobre todo— se vengaban de los perdedores con la inquina propia de los conflictos civiles.

Por fin, en marzo de 45 César se encontró frente a las tropas de Cneo Pompeyo y de Labieno en las inmediaciones de Munda. El emplazamiento de este lugar se sigue discutiendo. Algunos autores lo sitúan en Montilla, mientras que otros estudios posteriores proponen el Cerro de la Atalaya o el Alto de las Camorras, ambos en las cercanías de Osuna.

Cneo Pompeyo y Labieno habían dispuesto a sus tropas en una colina: trece legiones más jinetes y tropas auxiliares, hasta un número de setenta mil. El ejército de César rondaba los cuarenta mil hombres. El dictador los desplegó en una amplia llanura al pie del cerro, un campo perfecto para maniobras tanto de infantería como de caballería. Si se acepta la hipótesis de que Munda se hallaba en el Alto de las Camorras, la llanura en cuestión se correspondería con los Llanos del Águila.

Durante varios días César ofreció batalla a sus adversarios, que se la denegaban, ya que el terreno donde se encontraban ellos les resultaba más favorable. Es posible que Labieno, viejo conocido de César, le sugiriese a Cneo que tuviera paciencia, pues sabía que su antiguo general prefería siempre tomar la iniciativa y entrar en acción.

Que fue lo que hizo finalmente. El día 17 de marzo, pese a que cargar ladera arriba contra un enemigo bien desplegado era arriesgado, César decidió lanzar a sus hombres al ataque. Estaba convencido de que, para bien o para mal, aquella iba a ser la batalla decisiva de la larga guerra civil. Por eso eligió como santo y seña «Venus», la diosa de la que procedía su linaje a través de Eneas y su hijo Julo.

La batalla fue extremadamente dura, un combate frontal en el

que lucharon unidades de características similares, con cargas y lanzamientos de *pila*, retrocesos y nuevas embestidas. Durante un largo rato la situación se mantuvo más o menos estable, sin que la línea de combate avanzara ni retrocediera demasiado: el mayor empuje de los cesarianos quedaba contrarrestado por la inclinación de la ladera, que favorecía a los pompeyanos.

Entonces ocurrió algo que sorprendió a César. Sus veteranos de la X Legión, la unidad en la que más confiaba, empezaron a ceder terreno. Estaban situados en el ala derecha, lugar donde por tradición los generales antiguos desplegaban a sus mejores tropas y donde lo habitual era vencer el combate. Pero la X, disminuida por bajas y licenciamientos, poco a poco reculaba ante el enemigo.

Más adelante, César comentó a amigos de confianza que en aquel momento pensó que todo estaba perdido, pues veía a los pompeyanos a punto de quebrar sus líneas justo donde estas deberían ser más fuertes, en el ala derecha. Considerando que el enemigo gozaba de superioridad numérica y que su posición en la colina era más ventajosa, eso podía significar que el ejército de César se viera rodeado por ambos flancos y resultara aniquilado. Así que por primera vez en su larga carrera no combatió para vencer, sino para salvar la vida.

Al parecer, César sopesó la posibilidad de arrojarse sobre su propia espada para evitar la vergüenza de ser derrotado y probablemente ultrajado por unos enemigos que ardían en deseos de vengarse de él. Después se le ocurrió que en lugar de morir por su propio hierro podía intentar que un final heroico inspirara el valor de sus hombres.

Alzando las manos al cielo, César suplicó a los dioses que no mancillaran su gloriosa carrera militar con una derrota a última hora. Después desmontó del caballo desde cuyo lomo controlaba la batalla y se quitó el yelmo para que sus hombres pudieran reconocerlo —aunque probablemente el manto rojo que solía llevar lo hacía bastante visible—. Tomando el escudo de un legionario se plantó en primera fila, ocupando un hueco que los acobardados soldados de la X habían dejado al retroceder.

Ver al comandante luchar en primera fila suponía un poderoso acicate para la moral de los soldados, un recurso que algunos generales como Alejandro Magno o Pirro utilizaban casi siempre y

otros más fríos como César solo a veces.

Munda fue una de esas ocasiones. Al ver que ni poniéndose en primera fila animaba a sus hombres, César decidió recurrir a la vergüenza.

«¡Muy bien! ¡Este será al mismo tiempo el final de mi vida y de vuestro servicio en las legiones!», exclamó dirigiéndose a sus hombres. Después se lanzó hacia las líneas enemigas y no se detuvo hasta llegar a apenas tres metros de ellas.

Al ver que decenas o cientos de *pila* volaban hacia César y se clavaban en su escudo, los tribunos y centuriones de las primeras filas de la X corrieron por fin en su ayuda. (Es de suponer que todo este relato, que aparece en Apiano, *Guerras civiles* 2104, está un tanto exagerado por la retórica).

Siguiendo el ejemplo de sus mandos, los hombres de la X recuperaron su valor y decidieron hacer un último esfuerzo por el general con el que tantas batallas habían vencido.

Gracias a los bríos renovados de la carga de la X, se abrió una brecha en el flanco izquierdo de los pompeyanos. Cneo, que combatía en su propia ala derecha, también montado a caballo, envió tropas de refuerzo desde allí.

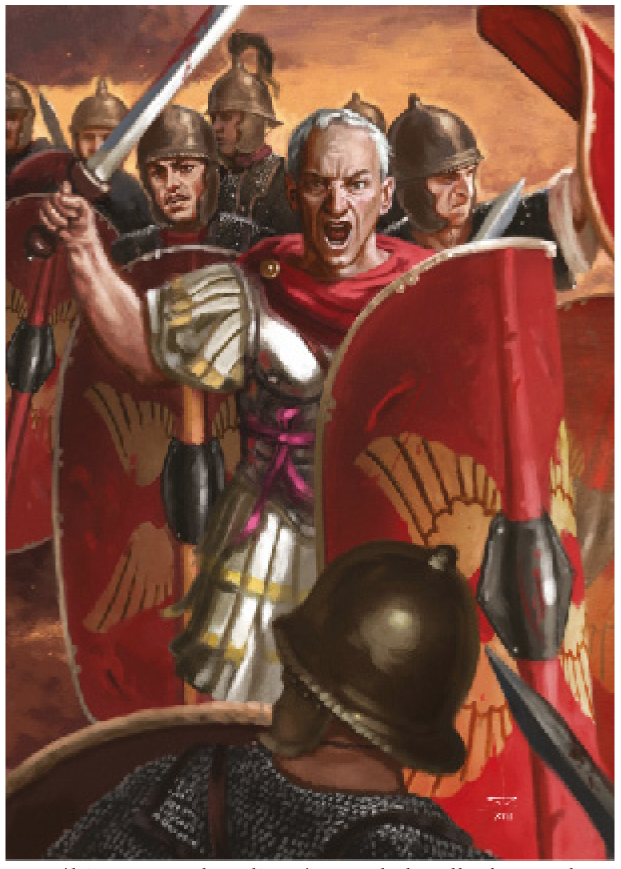
Al hacerlo, despobló de tropas parte de su ala derecha. En ese instante el jefe de la caballería aliada de César, el rey Bogud de Mauritania, que se había mantenido a la expectativa hasta entonces, se lanzó con sus jinetes por el hueco recién abierto, para asaltar el campamento pompeyano.

Cuando observó el ataque de los mauritanos, Labieno, que comandaba la caballería del bando pompeyano, se dirigió hacia el campamento para rechazarlo tomando consigo escuadrones de caballería y posiblemente algunas cohortes de infantería. Aquellos hombres pasaron a toda velocidad por detrás de las filas posteriores de sus propios compañeros. Los soldados que formaban allí, sin comprender el motivo de aquella maniobra —algo lógico en la confusión de la batalla—, entraron en pánico, pensando que o bien Labieno los estaba abandonando o bien la caballería de César se había colado por su retaguardia.

Como solía ocurrir en tales casos, el miedo se extendió entre las tropas como un incendio por las mieses. Las filas que hasta entonces se habían mantenido disciplinadas se rompieron en un sálvese quien

pueda.

Aunque en esta ocasión no se salvó demasiada gente. Los que pudieron huyeron de regreso a Munda, pero según el autor de la obra cesariana *Guerra de Hispania* (31) allí perecieron treinta mil pompeyanos, entre ellos el mismo Tito Labieno, cuya cabeza fue llevada como trofeo ante César. La cifra podría ser exagerada, pero parece claro que en aquella batalla, al contrario de lo que había ocurrido en Ilerda, no hubo compasión ninguna.



La última carga de Julio César en la batalla de Munda.

Tras la batalla, los cesarianos asediaron la colina de Munda. La forma de plantear el cerco resultó extremadamente macabra, pues apilaron cadáveres, de los que había gran abundancia, a modo de terraplén. Sobre ellos plantaron escudos como empalizada, y entre los escudos espadas y jabalinas en las que empalaron las cabezas

cercenadas de los enemigos muertos. Sin duda, el espectáculo sembró el terror en los corazones de los sitiados.

Muchos de ellos se rindieron poco después, pero en realidad se trataba de un engaño. Los cesarianos los alojaron en su campamento, distribuyéndolos entre las diversas legiones. El plan de los pompeyanos que supuestamente se habían rendido era que por la noche los que quedaban en Munda hicieran una salida, al tiempo que ellos se dedicarían a matar a sus compañeros de tienda. Pero el plan fue descubierto y quienes acabaron muertos fueron los conjurados.

De los jefes del ejército pompeyano, Cneo resultó malherido, si bien consiguió huir del campo de batalla, transportado en una litera que lo llevó hasta Carteya. Pocos días después fue capturado y decapitado, y su cabeza también le fue enviada a César.

El más joven de los hermanos, Sexto, salvó la vida y llegó hasta el mar. Incluso sobreviviría a César, y durante bastante tiempo se convirtió en jefe de piratas tomando como base Sicilia para oponerse a los herederos políticos de César, Marco Antonio y Octavio.

El baño de sangre no terminó en Munda. Después de la batalla, César se dirigió a Córdoba, donde la guarnición pompeyana estaba dirigida por T. Quincio Escápula. Este, al prever la caída de la ciudad, se dio a sí mismo un espléndido banquete, se perfumó con resina y nardo y dio orden a dos de sus sirvientes de que le dieran muerte y arrojaran su cadáver a una pira.

Una vez empezó el asedio de Córdoba, parte de la guarnición decidió que lo mejor era entregar la ciudad. Pero los que se oponían a la rendición empezaron a prender fuegos para incendiarla. En ese momento entraron las tropas de César y de nuevo se produjo una gran carnicería, con veintidós mil muertos.



Poco después, en la última semana de abril, cayó también la próspera Híspalis. Allí César convocó a los ciudadanos y pronunció ante ellos un discurso lleno de reproches. Les recordó que cuando fue cuestor en el año 69 los había tratado con mucho afecto y que después, siendo propretor, libró a la provincia de pagar los tributos que les había impuesto Metelo diez años antes por apoyar a Sertorio. Además, había favorecido siempre a las embajadas hispalenses que se presentaban ante el Senado. Incluso se había personado en juicios públicos y privados contra compatriotas suyos y a favor de ciudadanos de Híspalis, lo que lo había enemistado con muchos en Roma.

«Pese a todo ello —les dijo—, odiáis tanto la paz que no ha sido posible en ningún momento que deje de haber aquí legiones romanas».

Para terminar les dijo una frase tan poderosa que en su momento no pude evitar utilizarla como lema de mi libro *Roma invicta*:

> Pero ¿es que no os dabais cuenta de que, aunque me hubierais destruido, el pueblo romano tiene tales legiones que no solo podrían venceros a vosotros, sino incluso derribar el cielo?



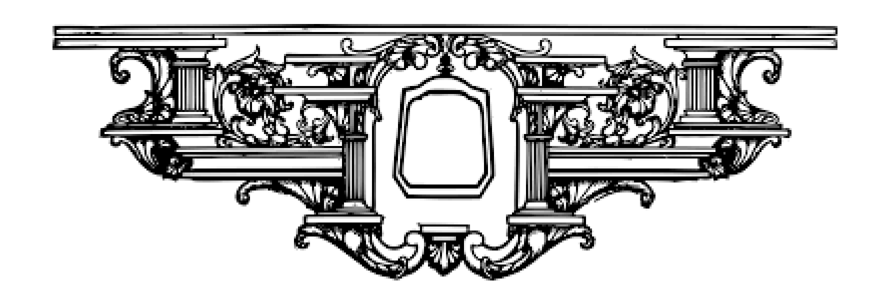
La aniquilación del ejército pompeyano en Munda supuso el final de la guerra civil. Solo había un vencedor, César, al que se nombró dictador perpetuo y se concedió todo tipo de honores. Tras el baño de sangre de los últimos meses en Hispania, César —que, aunque aparentemente no era más que el primer ciudadano de la República, se había convertido *de facto* en el soberano de una Roma que jamás volvería a ser la misma— se permitió el lujo de volver a ser clemente con sus enemigos.

Fue un error. Un año después varios de esos enemigos, entre ellos los destacados Casio y Bruto, lo asesinaron a puñaladas durante la sesión del Senado que se celebró en los famosos idus de marzo del año 44.

Pero si los conjurados creían que con la muerte de César podrían regresar a las esencias prístinas de la República, un régimen en el que una casta formada por cientos de familias aristocráticas se repartía el poder, estaban muy equivocados. César había dejado como heredero a un jovenzuelo de dieciocho años, Octavio, que demostraría ser más implacable que su tío abuelo y padre adoptivo en su camino a un poder casi absoluto.

Y sería Octavio, el verdadero fundador del Imperio romano, quien culminaría la tarea de la conquista de Hispania, como veremos en el siguiente capítulo.

XII



CÁNTABROS Y ASTURES: LA CAMPAÑA FINAL

EL ASCENSO DE OCTAVIO

Tras la muerte de César en el año 44, sus herederos políticos Octavio y Marco Antonio se aliaron con Lépido, otro partidario de César, y formaron el llamado Segundo Triunvirato. En primero, constituido por el mismo César, Pompeyo y Craso, era una alianza informal. En este caso, sin embargo, se promulgó una ley que otorgaba poderes especiales a los triunviros por cinco años.

En su afán por vengar la muerte del dictador, Octavio y Antonio —Lépido siempre permaneció en segundo plano— fueron implacables, bañando Roma en sangre con nuevas proscripciones similares a las que había llevado a cabo Sila. Mediante estas macabras listas declararon fuera de la ley y sentenciaron a muerte a ciento treinta senadores —según otras fuentes, a trescientos— y a dos mil miembros del orden ecuestre. La más ilustre de las víctimas fue el orador Cicerón, al que Marco Antonio detestaba y por el que Octavio no levantó un dedo.

Dos años después del magnicidio, Antonio y Octavio se enfrentaron a los asesinos de César en la batalla de Filipo, en tierras de Macedonia. Los jefes del bando que quería restaurar la República volviendo a sus esencias originales —al menos, ese era el mensaje que vendían—, Casio y Bruto, se quitaron la vida. El primero, tras el primer día de batalla, ordenó a su liberto Píndaro que le diera muerte. El segundo se suicidó varios días más tarde, después de un segundo enfrentamiento en que sus tropas fueron aplastadas por los triunviros.

Después de Filipo, Antonio y Octavio se repartieron las tierras dominadas por la República. A Lépido le arrebataron las provincias que controlaba, entre ellas Hispania, acusándolo de que había mantenido tratos con Sexto Pompeyo, quien seguía operando con su

flota desde Sicilia. Finalmente le permitieron quedarse con la provincia de África.

Antonio y Octavio nunca se habían llevado bien: ya antes de pactar el Triunvirato habían chocado en la Guerra de Módena. Después de Filipo las relaciones comenzaron a volverse tirantes de nuevo. No sirvió de mucho que Antonio se casara con Octavia, la hermana de Octavio. Poco a poco, el imperio que gobernaban ambos se polarizó entre la mitad occidental, controlada por Octavio, y la oriental, donde Antonio se alió con Cleopatra de Egipto y, para humillación de su esposa romana, tuvo varios hijos con ella.

La tensión entre los dos señores de la guerra escaló hasta provocar una nueva guerra civil. Finalmente, en septiembre del año 31 las flotas de ambos bandos combatieron frente al golfo de Ambracia, en el norte de Grecia. Allí, en la batalla conocida como Accio por un promontorio cercano, las naves de Octavio, capitaneadas por su amigo y general Marco Vipsanio Agripa, derrotaron a las de Antonio y Cleopatra. La pareja se retiró a Alejandría, donde Octavio los persiguió y asedió. En agosto del año 30 Antonio se suicidó, seguido poco después por Cleopatra.

Octavio se había convertido en el nuevo amo de la República. Esta mantendría su nombre, pero ya nunca sería la misma. En una trascendental sesión del Senado que se celebró el 16 de enero de 27, Octavio recibió los títulos inventados para la ocasión de augusto, «consagrado por los augurios», y de príncipe o *Princeps*, algo así como «primer ciudadano». No serían los últimos honores que recibiría. En el año 23 se le nombró tribuno perpetuo, lo que le otorgaba veto sobre todos los demás cargos de la República, amén de convertir su persona en inviolable, y se le dio asimismo imperio proconsular. Años más tarde, en 12, se le nombró también *pontifex maximus*.

Con aquellas medidas, aunque nominalmente las cosas parecían seguir igual, la República que llevaba agonizando más de un siglo terminó de morir. Poco a poco había sido sustituida por un régimen que, si jamás se atrevió a utilizar el nombre de *rex*, «rey», tan detestado por los romanos, se había convertido de hecho en una monarquía en la que Augusto ostentaba un inmenso poder personal, aún mayor que el que hubiera soñado poseer su padre adoptivo,

Julio César. Empezaba la época que los historiadores conocen como Imperio romano.

LAS GUERRAS CÁNTABRAS

En la guerra civil entre Octavio y Marco Antonio, a diferencia de lo que había ocurrido en las anteriores, Hispania apenas se vio afectada. Aunque pertenecía a la órbita de Octavio, este, mientras se encargaba primero de Antonio y después de reorganizar la política romana, gobernó la península sin pisarla a través de legados como Domicio Calvino o como Balbo el Menor.

Poco a poco, las armas romanas se habían ido desplazando hacia el norte, siempre con la excusa de proteger a los pueblos ya conquistados y romanizados de las incursiones de sus vecinos más atrasados y belicosos. Durante la guerra de Sertorio, este, aunque se hallaba enfrentado con la República, hizo mucho por romanizar y pacificar grandes territorios de Lusitania y Celtiberia, mientras que su rival Pompeyo actuó de forma similar en Navarra y la zona del Pirineo Aragonés. De este modo, la frontera de la Hispania conquistada se movía inexorablemente y se aproximaba al Cantábrico.

El problema, y al mismo tiempo el pretexto para actuar, era el de siempre: los pueblos que se convertían en nuevos súbditos de Roma sufrían el acoso de las tribus situadas más al norte, con lo cual las legiones tenían que internarse en nuevos territorios para tomar represalias. En este caso, los astures y, sobre todo, los cántabros, más agresivos, se dedicaban a lanzar incursiones contra los vacceos, y también contra los autrigones, recién sometidos en el norte de Burgos, y los turmogos, situados en esta misma provincia y en la zona oriental de Palencia.

Para reprimir a las tribus norteñas, en el año 29 Estatilio Tauro fue enviado como procónsul a Hispania. Se ignora todo sobre su campaña, de la que únicamente nos habla Dión Casio (*Historia*

romana 51.20). Según este autor, Estatilio sometió a vacceos, cántabros y astures, por lo cual recibió una ovación al regresar a Roma. Pese a lo que afirme su texto, el procónsul debió de someter como mucho a los últimos vacceos que se mantenían independientes. En el caso de los cántabros y astures, desde luego no los conquistó. Incluso si es verdad que consiguió derrotarlos, no lo hizo de forma decisiva, ya que sus incursiones de saqueo continuaron.

En ese mismo año Calvisio Sabino celebró un triunfo por sus campañas hispanas, como haría en el año 27 Sexto Apuleyo. No queda nada claro en qué consistieron esas campañas ni contra quiénes lucharon los generales nombrados. De nuevo, la escasez de fuentes puede resultar desesperante. Sobre estas campañas tenemos textos muy escuetos y, para colmo, de segunda mano. Los libros de Livio se han perdido, por lo que no queda más remedio que conformarse con lo que dejaron Dión Casio, Floro y Orosio.



En el año 26, el mismísimo Octavio, flamante César Augusto, decidió tomar parte en las campañas en el norte de Hispania para someter a los cántabros y astures.

Se ha discutido mucho sobre sus motivos y sobre si el conflicto en el norte de Hispania alcanzaba realmente tales dimensiones como para que llegaran a participar hasta ocho legiones dirigidas por el amo del imperio: una movilización como no volvería a verse hasta que el emperador Trajano decidió conquistar Dacia.

Es muy posible que el primer motivo que impulsó a Augusto fuera el de acrecentar su prestigio militar. Había luchado en Filipo, pero en aquella batalla su papel resultó más deslucido que el de Antonio. Después, en Accio el protagonismo recayó sobre todo en su general Agripa. Además, tanto Filipo como Accio fueron victorias contra compatriotas romanos, algo que confería mucho menos

prestigio que combatir contra bárbaros y llevar los límites del imperio cada vez más lejos, como habían hecho César o Pompeyo. Lo que ansiaba Augusto era celebrar un triunfo por las calles de Roma con todas las de la ley. La campaña cántabra parecía brindarle una oportunidad inmejorable.

En el caso de Hispania, si se llevaba el límite del imperio más al norte acabaría en el Cantábrico. De este modo quedaría cerrada una frontera interior, con lo cual se podrían liberar tropas para otras zonas que se antojaban más complicadas, como el *limes* entre Galia y Germania. Precisamente este *limes* daría a Augusto en sus últimos años el mayor disgusto militar de su vida, con la masacre sufrida en el bosque de Teutoburgo por las tres legiones de Varo en 9 d. C.

Prestigio aparte, tampoco hay que desdeñar las recompensas económicas que podían obtenerse conquistando los territorios del norte. Si bien ni cántabros ni astures eran precisamente ricos, en Cantabria había minas de hierro y plomo, y en la zona de los astures podían encontrarse metales preciosos.

Aunque fuesen los últimos pueblos hispanos en quedar sometidos, ni cántabros ni astures eran desconocidos para los romanos. Es posible que los primeros, que como ya hemos dicho gozaban de fama de ser todavía más belicosos que sus vecinos, sirvieran como mercenarios con los cartagineses en la Segunda Guerra Púnica. Así lo afirma el poeta Silio Itálico en su poema épico *Púnica* (16.45-67), que, si bien no es una obra histórica, pudo contar entre sus fuentes con autores de confianza ya perdidos.

Existen referencias posteriores a los cántabros en relación con las primeras campañas de Catón. También los hemos visto antes en esta misma obra, cuando el general Mancino recibió la falsa información de que tropas de cántabros y vacceos venían en ayuda de los numantinos, lo que le hizo levantar el asedio y acabar cercado él mismo con las consecuencias ya relatadas. Ya en el siglo I, los cántabros participaron en las guerras civiles, primero como aliados de Sertorio y después a favor de Pompeyo y contra César.



Contra estos enemigos se dirigió, pues, César Augusto en el año 27. En la primavera de ese año atravesó la Galia y de ahí se trasladó a Tarraco. En esta ciudad celebró el día 1 de enero de 26 su investidura como cónsul, cargo que desempeñaba por octava vez. Justo un año después y en el mismo lugar sería investido cónsul una vez más. De algún modo, Tarraco se convirtió durante un tiempo en su capital, desde la que despachaba asuntos de lo que ya se podía considerar claramente un imperio. Allí, por ejemplo, recibió a un ciudadano de Trales, en Asia, que venía para pedirle que pagara la reconstrucción de su ciudad, arrasada por un seísmo. También recibió a embajadores extranjeros llegados de la India, y es posible que acudiera a verlo el propio Tirídates, rey de los partos, para solicitarle ayuda contra las invasiones de los escitas.

Cuando se acabó el invierno, Augusto partió al frente de un ejército que contaba con seis legiones y, remontando el curso del Ebro, marchó hacia Cantabria. Al llegar a Segisama (Sesamón, provincia de Burgos), ciudad de los turmogos, estableció allí su base de operaciones.

El ejército se dividió en dos entonces, si es que no se había dividido ya antes. Una mitad, mandada por Publio Carisio, gobernador de la provincia Ulterior, se dirigió al oeste para combatir a los astures. De la otra mitad se encargó personalmente Augusto, auxiliado por el gobernador de la Citerior, Antistio Veto. Con esas tres legiones, Augusto avanzó hacia el norte en tres columnas de marcha separadas, una medida que parecía lógica en un terreno tan accidentado y a la que ya había recurrido su padre adoptivo César en la Galia cuando se dedicó a arrasar el territorio de los eburones en las Ardenas. Cada columna debía de contar con una legión más cierto número de auxiliares: los restos de campamentos que se han encontrado en la zona sugieren contingentes de tamaño relativamente reducido.

Al principio, los romanos se dedicaron a incendiar los campos de

los enemigos, haciéndolos retroceder hacia las montañas. Pero conforme el relieve se tornó más accidentado, Augusto y sus hombres se vieron en grandes dificultades. En aquel entonces, la región se hallaba poblada de bosques más densos que los de ahora. Los cántabros los aprovechaban para tender emboscadas a los romanos, negándose a aceptar la batalla campal que ofrecían sus enemigos. El avance de las legiones se estancó poco a poco, mientras las celadas de los cántabros dificultaban el aprovisionamiento de los romanos.

Ante tales dificultades, Augusto ordenó a una flota que zarpara desde Aquitania para traer de allí tropas que recientemente habían sofocado una revuelta. Parece que dicha flota transportaba a la IX Legión, la Hispana, y es posible que también a la Legión IV Macedónica. El plan de Augusto era presionar al enemigo entre dos frentes sorprendiéndolo por la espalda.

La dureza de las campañas y la tensión del mando fueron demasiado para Augusto. Sufría problemas de riñones y de hígado, aunque con los datos de las fuentes no resulta fácil establecer un diagnóstico. Años más tarde, en 23, estuvo a punto de morir, hasta que el médico Antonio Musa lo sometió a un tratamiento con baños y compresas frías. Pasadas estas crisis, el estado físico de Augusto mejoró, hasta el punto de que llegó a la respetable edad de setenta y siete años.

Sin embargo, en el momento que nos ocupa la salud de Augusto era precaria. Para colmo, durante la campaña cántabra se produjo un incidente que terminó de hundir su moral. Mientras viajaba por un sendero montañoso transportado en una litera, un rayo cayó a muy poca distancia de él y fulminó a uno de los esclavos que alumbraba el camino con una antorcha. Aquel pésimo presagio convenció a Augusto de que lo mejor era regresar a Tarraco, dejando a Cayo Antistio al mando de las tropas. Más tarde, en Roma, dedicaría un templo a Júpiter Tonante, dios de la tormenta, por haber respetado su vida.

Al año siguiente, Antistio se enfrentó contra los cántabros, que según Orosio (*Historias contra los paganos* 6.21.5) cometieron el error que habían evitado en la campaña anterior, enfrentándose contra los legionarios en campo abierto junto a los muros de un castro llamado Bergida. Es posible que no se tratara tanto de un

error táctico, sino de que los cántabros se vieran forzados a librar esa batalla porque sabían que a sus espaldas tenían las tropas romanas que habían desembarcado en Suances. Toda esta campaña, vuelvo a insistir, es bastante confusa y ni siquiera existe consenso entre los historiadores sobre el correcto orden de los hechos.



Un rayo fulmina a un sirviente junto a la litera de César Augusto.

La batalla, como era de esperar, terminó en victoria romana. Los cántabros derrotados se refugiaron en el monte Vindio, cuya ubicación exacta, como la de tantos otros lugares de esta campaña, se discute. De hecho, en la geografía de Ptolomeo se denomina así a toda la Cordillera Cantábrica. Antistio cercó a los cántabros, que fueron vencidos por el hambre: puede que su cerco consistiera en cortar los accesos a toda una zona montañosa o, lo que parece más probable, en rodear un monte concreto sobre el que habrían

intentado fortificarse los refugiados.

Tras la caída del monte Vindio, Antistio prosiguió con sus operaciones, en cuyo curso tomó y destruyó la plaza fuerte de Aracillum o Aracelium. De nuevo, no queda claro dónde estaba; desde luego, parece que no se hallaba en Aradillos, cerca de Reinosa, tal como se sugirió durante un tiempo por similitud fonética.

Al mismo tiempo que todo esto ocurría, el gobernador de la Ulterior, Carisio, actuaba contra los astures en las inmediaciones del río Esla, en León. Por motivos tácticos y logísticos, había repartido sus tres legiones en otros tantos campamentos. Los astures se dividieron asimismo en tres grupos con la idea de emboscar a los hombres de Carisio al mismo tiempo y por separado, de modo que las legiones no pudieran enviarse auxilio mutuamente. Pero los habitantes de Brigaecium —los lectores no se sorprenderán si añado que se ignora la ubicación de esta ciudad— avisaron al gobernador romano, que consiguió salvarse a tiempo, aunque a costa de sufrir muchas bajas. Los astures se retiraron a una fortaleza llamada Lancia, que no tardó en caer en poder de los romanos.

Para evitar nuevos problemas, Carisio obligó a los astures a abandonar sus hogares en las alturas e instalarse en los llanos al sur de las montañas. No solo asentó a las tribus enemigas, sino que hizo lo propio con sus soldados. En el año 25, a orillas del Guadiana Carisio fundó por delegación de Augusto una ciudad rodeada de tierras fértiles para sus veteranos o *emeriti*. El nombre de la ciudad, Emerita Augusta, evolucionaría hasta convertirse en el de Mérida con que conocemos la principal ciudad romana de Lusitania, y seguramente la que mejor conserva en España el patrimonio de tiempos romanos.



La campaña parecía terminada, por lo que Augusto regresó a

Roma. Allí, en el año 25, ordenó un gesto de una gran importancia simbólica: cerrar las puertas del templo de Jano, cosa que solo se hacía en tiempos de paz. Teóricamente, Hispania había quedado sometida. Como tal aparece representada en el relieve de la coraza de una estatua muy conocida de Augusto, la de Prima Porta. En ella, dos figuras femeninas que representan a Galia e Hispania rodean una imagen en la que los partos devuelven a los romanos los estandartes que había perdido Craso en el desastre de Carras.

El optimismo de Augusto demostró ser prematuro. En el año 24 los cántabros tendieron una trampa a soldados de Elio Lamia, legado de la Citerior, a los que aniquilaron cuando iban a recibir grano y otros suministros. En venganza, las tropas de Lamia quemaron campos y ciudades de los rebeldes y cortaron las manos a los prisioneros.

Dos años después los cántabros se rebelaron de nuevo, forzados por los abusos y la codicia de Carisio. Los astures siguieron su ejemplo y se sublevaron contra Cayo Furnio, legado de la Citerior. Este, pese a que contaba con poca experiencia en la zona, logró derrotarlos y someterlos. A partir de entonces, la zona de los astures quedó prácticamente pacificada.

Los cántabros, como ya quedó dicho, eran un hueso más duro de roer. Según Dión Casio (*HR* 54.5), cuando veían que iban a caer prisioneros o verse obligados a rendirse, preferían incendiar sus fortalezas y suicidarse degollándose, arrojándose a las llamas o envenenándose.

De la dureza de los cántabros da testimonio este texto de Estrabón (3.4.17):

> Por ejemplo, durante las guerras cántabras unas madres dieron muerte a sus hijos antes de caer prisioneras. Por otra parte un niño, al ver encadenados a sus padres y a sus hermanos, se apoderó de una espada por orden de su padre y los mató a todos. Una mujer hizo lo mismo con sus compañeros de cautiverio.

Muestras de esta fiereza se vieron en el monte Medulio, enclave cántabro que los romanos rodearon con un gran perímetro de 23 kilómetros. Al perder toda esperanza de vencer, los nativos celebraron un gran banquete en el que es de suponer que

consumieron los víveres que les quedaron, y después se dieron muerte de la manera descrita. Floro (*Epítomes* 2.33.59) concreta la naturaleza del veneno: tejo.



Agripa escribiendo un informe para Augusto.

Por supuesto, se ha discutido también dónde se encontraba dicho monte. Aunque en algunos textos se identifique con las Médulas, estas, situadas muy al oeste del territorio cántabro, no tienen nada que ver.

La caída del monte Medulio pareció dar por terminada la guerra, pero aún daría unos últimos coletazos. En el año 19, los cántabros que habían sido vendidos como esclavos tras las campañas anteriores consiguieron ponerse de acuerdo en secreto y asesinaron a sus dueños de forma más o menos simultánea. Ya libres de ellos, regresaron a sus antiguas tierras. Por el camino se dedicaron a

extender la sublevación, al modo que había hecho Espartaco en Italia, y a atacar a las guarniciones romanas. Una de ellas, la de la I Legión, sufrió la humillación de ver cómo los cántabros le arrebataban su estandarte, la preciada águila.

Augusto decidió enviar a Hispania al general en quien más confiaba, Agripa. Pese a que habían estado distanciados unos años —Agripa sentía celos de Marcelo—, recientemente se habían reconciliado y Augusto había casado a Agripa con su hija Julia.

Al llegar a Hispania, Agripa actuó de forma implacable. Primero con sus propios hombres, a los que disciplinó al modo de Escipión Emiliano, castigando en concreto a la I Legión al quitarle el nombre de Augusta. Después con los rebeldes cántabros. Tras una serie de luchas larga y encarnizada, a los enemigos que sobrevivieron a sus masacres los deportó lejos de sus tierras y los instaló en el llano para pacificarlos.

Una vez terminada esta cruenta campaña, Augusto ofreció a su yerno y amigo celebrar un triunfo en Roma. Agripa lo rechazó, al parecer porque no se sentía satisfecho por haber sufrido tanto para someter a un enemigo teóricamente inferior.

EPÍLOGO

De esta manera, en el año 19 a. C., dos siglos después de la llegada de Cneo Escipión y de su flota a Ampurias, quedaba cerrada la conquista de Hispania. La península conservaría tres legiones durante mucho tiempo. De ellas, la IIII Macedónica permaneció instalada en el sector cántabro, mientras que la VI Victrix y la X Gemina se hallaban acantonadas cerca de territorio astur. Aunque los astures fuesen menos belicosos que los cántabros, Roma tenía mayor interés económico en la zona, ya que las minas de oro de la región proporcionaban al tesoro la nada despreciable cifra de veinte mil libras de oro al año.

Estas tres legiones suponían el mayor ejército desplegado dentro de las fronteras del imperio, lo que demuestra que Roma temía que pudieran surgir nuevos focos de rebelión. Después, en el año 74 d. C., el emperador Vespasiano redujo el número de tropas, dejando únicamente una legión en Hispania, la VII Gemina, que permanecería en la península hasta la caída del Imperio romano, ayudada por tropas auxiliares. A estas alturas, Hispania ya era una de las zonas más romanizadas del Mediterráneo, que había dado a Roma figuras de la talla de Séneca o Lucano y de la que saldrían dos futuros emperadores, Trajano y Adriano.

Pero esa historia, la de la romanización, queda fuera del alcance del relato de *La conquista de Hispania*. Para los lectores interesados en ampliar sus conocimientos en ese terreno, les recomiendo las siguientes obras:

Barceló, Pedro y Ferrer Maestro, Juan José, *Historia de la Hispania romana*, Alianza Editorial, Madrid, 2007.

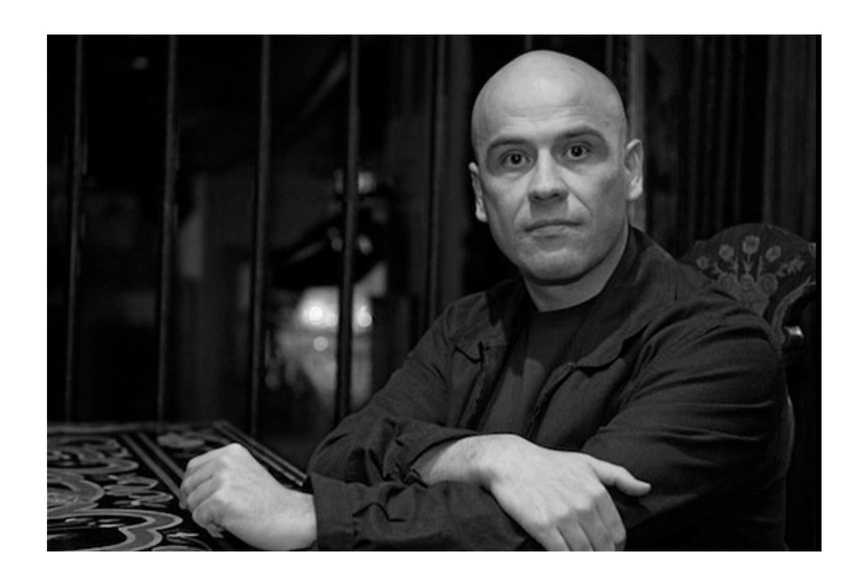
Bravo, Gonzalo, *Hispania. La epopeya de los romanos en la Península*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2007.

Mangas, Julio, *De Aníbal al emperador Augusto. Hispania durante la República romana*, Temas de Hoy, Madrid, 1995.

Tovar, Antonio y Blázquez, José María, *Historia de la Hispania romana*, Alianza Editorial, Madrid, 1975.

Y, por supuesto, no puedo dejar de recomendar la lectura de una obra excelente que he mencionado varias veces en este libro:

Quesada Sanz, Fernando, *Armas de la antigua Iberia. De Tartesos a Numancia*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2010.



JAVIER NEGRETE nació en Madrid en 1964. Estudió Filología Clásica y desde 1991 trabaja como profesor de griego en el IES Gabriel y Galán de Plasencia.

En 1992 publicó su primera novela, *La luna quieta*. Ha cultivado géneros tan diversos como la ciencia ficción, la fantasía, la literatura juvenil, la erótica y la novela histórica.

Entre sus ensayos destacan *La gran aventura de los griegos* y *Roma victoriosa*, y entre sus novelas *La espada de fuego*, *El espíritu del mago*, *Señores del Olimpo* (Premio Minotauro 2006), *Salamina* (Premio Espartaco de la Semana Negra de Gijón), *Atlántida*, *La zona* (escrita en colaboración con Juan Miguel Aguilera), *La hija del Nilo* y *El espartano*.

Su obra ha sido traducida a varios idiomas.

Notas

[1] A partir de ahora, puesto que prácticamente todas las fechas son antes de Cristo, me limitaré a indicar el año. < <